

MUJERES DE RANCHO, DE METATE Y DE CORRAL

Martha Chávez Torres



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

**MUJERES DE RANCHO,
DE METATE Y DE CORRAL**

MUJERES DE RANCHO, DE METATE Y DE CORRAL

Martha Chávez Torres



El Colegio de Michoacán

306.852
CHAV-m

Chávez Torres, Martha
Mujeres de rancho, de metate y de corral / Martha Chávez Torres.—
Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, 1998.
364 p.: il.; 23 cm.
ISBN 968-6959-83-1

1. Antropología cultural.
 2. El Santuario, municipio de Tocuambo, Michoacán - Vida social y costumbres.
 3. La Aurora, municipio de M. Diéguez, Jalisco - Vida social y costumbres.
 4. Mujeres.
- I. t.

© D. R. El Colegio de Michoacán, A. C., 1998
Martínez de Navarrete 505
Esquina con Avenida del Árbol
59690 Zamora, Mich.
Publica@colmich.cmich.udg.mx

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-6959-83-1

A ti madre...

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN	19
Un día en la vida...	21
Ambigüedad y paradoja	33
Vicisitudes del trabajo de campo	35
Vivencias en la cañada de El Santuario	38
Los reparos en La Aurora	42
Andamios y procedimientos	47
Análisis de datos	51
Esbozo de la obra	51
“NUESTRO RINCÓN Y NUESTRAS COSTUMBRES”: LA REGIÓN RANCHERA JALMICHANA	55
CONSTRUCCIÓN Y TEJIDO SOCIAL DE LA REGIÓN DE ESTUDIO	59
Factores básicos en la construcción de la región de estudio	61
Factores históricos	61
Factores sociales	62
Factores culturales	64
La pertenencia a un “nosotros”: escalas espaciales de identificación entre los rancheros jalmichanos	66
El espacio vecindario y la pequeña región: localidades de estudio	71
El espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco	75
El espacio vecindario de El Santuario, Mpio. de Tocumbo, Michoacán	98

“LOS DE ESTOS RANCHOS Y LOS DE AQUÉLLOS, SOMOS <i>AI</i> DE LOS MISMOS”:	
RANCHOS Y RANCHEROS DE LA SIERRA JALMICHANA	121
La región ranchera jalmichana: cohesión y vigencia	122
Entre ranchos y rancheros: alianzas para la producción y para la reproducción	127
Los vocablos: origen y evolución	127
Organización de los ranchos según los tiempos del año	133
Composición y organización de un rancho	137
La arquitectura habitacional ranchera	141
El reparto de bienes y de estatus	145
Los arreglos económicos	149
“Entre primos y primores...”: matrimonio y parentesco	153
Etapas de una boda típica en el seno de los ranchos	159
Honor y propiedad, génesis de los conflictos	164
Hacia un sistema de valores	171
ENSEÑANZA, TRABAJO Y EJERCICIO DE AUTORIDAD DE LA MUJER RANCHERA JALMICHANA	177
“ASÍ NOS CRIARON”: REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA Y SOCIALIZACIÓN FEMENINA	181
Lo subterráneo y lo tácito de la división sexual del trabajo	189
Las mujeres de rancho: reproducción biológica y social	192
“Haber mantenencia”: unidades o grupos domésticos	193
Los “chiquitos”: embarazo, parto, puerperio y lactancia	198
Educación casera de los niños y otras influencias	205
De “chiquilla” a “viejilla”: ser mujer en la sierra jalmichana	206
MUJERES DE “METATE Y DE CORRAL”: TRABAJO, IDENTIDAD Y PODER FEMENINOS	229
Los trabajos de “metate”: consigna para las mujeres	233
La rutina doméstica y sus variaciones	235
Entre el deber y el ser: los trabajos de “corral”	251
Unidades domésticas de producción integradas y el trabajo familiar del rancho	262
La explotación familiar de un rancho	267
Identidad, visión y alcance del rol de la mujer ranchera	274
La gente de los ranchos: identidad y alteridad	275
El <i>impasse</i> de “ayudante”: la identidad femenina en el trabajo	284

“LOS DE ESTOS RANCHOS Y LOS DE AQUÉLLOS, SOMOS <i>AI</i> DE LOS MISMOS”:	
RANCHOS Y RANCHEROS DE LA SIERRA JALMICHANA	121
La región ranchera jalmichana: cohesión y vigencia	122
Entre ranchos y rancheros: alianzas para la producción y para la reproducción	127
Los vocablos: origen y evolución	127
Organización de los ranchos según los tiempos del año	133
Composición y organización de un rancho	137
La arquitectura habitacional ranchera	141
El reparto de bienes y de estatus	145
Los arreglos económicos	149
“Entre primos y primores...”: matrimonio y parentesco	153
Etapas de una boda típica en el seno de los ranchos	159
Honor y propiedad, génesis de los conflictos	164
Hacia un sistema de valores	171
ENSEÑANZA, TRABAJO Y EJERCICIO DE AUTORIDAD DE LA MUJER RANCHERA JALMICHANA	177
“ASÍ NOS CRIARON”: REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA Y SOCIALIZACIÓN FEMENINA	181
Lo subterráneo y lo tácito de la división sexual del trabajo	189
Las mujeres de rancho: reproducción biológica y social	192
“Haber mantenencia”: unidades o grupos domésticos	193
Los “chiquitos”: embarazo, parto, puerperio y lactancia	198
Educación casera de los niños y otras influencias	205
De “chiquilla” a “viejilla”: ser mujer en la sierra jalmichana	206
MUJERES DE “METATE Y DE CORRAL”: TRABAJO, IDENTIDAD Y PODER FEMENINOS	229
Los trabajos de “metate”: consigna para las mujeres	233
La rutina doméstica y sus variaciones	235
Entre el deber y el ser: los trabajos de “corral”	251
Unidades domésticas de producción integradas y el trabajo familiar del rancho	262
La explotación familiar de un rancho	267
Identidad, visión y alcance del rol de la mujer ranchera	274
La gente de los ranchos: identidad y alteridad	275
El <i>impasse</i> de “ayudante”: la identidad femenina en el trabajo	284

La “coproductora” reducida a “ayudante”	286
La auténtica “ayudante”	289
“Cuando las ‘viejas’ ayudan, luego reclaman su derecho”: el poder femenino, un poder bajo el velo doméstico	291
CONSIDERACIONES FINALES	307
El poder de las mujeres y su “consentimiento” a la dominación	309
“Más antes” y hoy: permanencias y cambios	314
ÍNDICE DE FIGURAS	323
GLOSARIO	327
BIBLIOGRAFÍA TEMÁTICA	333
LUGARES, GENTE Y VIDA COTIDIANA	341

AGRADECIMIENTOS

Agradezco vivamente a todos los habitantes de la sierra jalmsichana que, pese a su inicial y natural desconfianza, terminaron proporcionándome hospitalidad, información y afecto. De entre ellos quiero destacar al profesor Federico Bautista y a su esposa Flora Barragán Rangel por haberme abierto las puertas de su hogar desde el primer día de mi llegada a La Aurora; también al señor Agapito Ocegüera, a su esposa Margarita Aviña y a sus hijos por aceptarme en su hogar y familia, acogiéndome con mi esposo e hijos cuando visitamos estos lares, haciéndome partícipe de algunos acontecimientos familiares y preocupándose –desde entonces– por nosotros cuando no damos señales de vida. De igual manera, resalto el apoyo del señor Héctor Sandoval y de Eulalia López Mendoza –su esposa– para llevar a cabo algunos recorridos de campo y por haberme proporcionado valiosos datos y amistad sincera. Por el rumbo de El Santuario, Mich., recuerdo y agradezco la convivencia y las sustanciosas conversaciones con María Esthela Barragán quien cálidamente me albergó en su hogar durante el trabajo de campo en esta zona.

Realzo y muestro especial gratitud a Jesús Tapia Santamaría quien me puso en el camino de la antropología social y a mi esposo Esteban Barragán por apoyarme incondicionalmente para recorrerlo. Jesús, pese a la distancia geográfica, siempre ha estado dispuesto a enriquecer con sus comentarios y sugerencias lo que aquí presento; Esteban por su parte, ha sido el primer lector y censor de mis escritos, siempre con el interés de mejorarlos y de alentarme en esta ardua tarea, a él debo también todo el material cartográfico. Asimismo, agradezco y resalto el importante aporte de José Lameiras Olvera y de Gail Mummert, tenaces y certeros guías que han seguido de cerca cada uno de los pasos que me han permitido llegar a este documento.

Mi reconocimiento también para Luz Nereida Pérez Prado, lectora y correctora voluntaria de algunas de las ideas aquí expuestas, leal impulsora, sin mucho éxito en mi caso, de la discusión crítica de bibliografía que suele caracterizar a estos trabajos. También reconozco las aportaciones que en su momento me brindaron Thierry Linck, Andrew Roth Seneff y Ana Paula de Teresa; aportaciones que en cierta medida marcaron la dirección y el contenido de lo aquí presentado. Del mismo modo agradezco a Robert Shadow los sugerentes comentarios que hizo a este trabajo.

Para Aída Castilleja también mi gratitud, gran compañera de generación (1989-1991 de la Maestría en Antropología Social cursada en El Colegio de Michoacán) que me alentó enormemente en el aprendizaje de la teoría y de la tarea antropológica, gracias por sus comentarios a la introducción y primer capítulo aquí presentados. Con Juan Carlos Herrejón tengo una deuda especial por su disposición desinteresada en el asesoramiento en mi torpe manejo de la computadora, así como por su participación directa en la mejora de la presentación final de este documento. Agrego en esta lista a Héctor Manuel Hernández a quien doy las gracias por su importante y siempre dispuesta colaboración en la creación del material gráfico.

Quiero dejar constancia de la enorme deuda que tengo con los diversos autores consultados –pertenecientes a diferentes disciplinas y enfoques teóricos– cuyas ideas u orientaciones apoyaron y permitieron dar una interpretación más satisfactoria a lo recabado en el trabajo de campo. También inspiraron la redacción de algunos de los párrafos que componen este documento.

Finalmente mi enorme gratitud a El Colegio de Michoacán, a El Centro de Estudios Antropológicos y a sus maestros, por el sostén material, teórico, metodológico y humano que me han proporcionado a lo largo de mi relación con esta institución. Agradezco, finalmente, el importante respaldo económico que el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) me otorgó durante el curso de los estudios de maestría (beca 59253); a decir verdad, sin este apoyo todos los demás no hubieran sido posibles.

PRÓLOGO

Hace ya tiempo que el umbral entre el descubrimiento y la invención, entre encontrarse con lo preexistente o crear algo novedoso preocupan a los científicos, sobre todo a los de orientación social. Muchas veces la preexistencia de las cosas, de sus seres y sus haceres no han tenido presencia ni han cobrado existencia en nuestras conciencias, simplemente por no tener carta de indagación legítima y necesaria en la búsqueda de nuestro ser.

Acostumbrados los antropólogos, historiadores y sociólogos a apreciar, luego de pergeñar en las relaciones hispano-indígenas, indígeno-africanas e indígeno-asiáticas e hispanas, los que hemos buscado los pretendidos fundamentos étnicos y culturales de nuestra “mexicanidad” nos hemos olvidado con frecuencia de una “pobrería” arribada a México con la Colonia y presente desde entonces en la historia nacional.

Una pobrería que desde entonces, y de inmediato, se alojó en rincones, terrenos no disputados por los españoles poderosos y deshabitados por los indígenas extintos. Territorios que de alguna manera les fueron significativos: quién, identificándose con sus paisajes septentrionales peninsulares no cayó a nuestras regiones procedente de Málaga, Cartagena, Cádiz, Granada, Sevilla, Córdoba, Jerez y Huelva a las costas, altiplanos y montañas mesoamericanas. Quién, procedente de Castilla y Extremadura, de los nortes hispanos, rechazó plantarse en territorios agrestes como los de Aguascalientes, Jalisco, Durango, Chihuahua, Tamaulipas y otros extremos de nuestra septentrionalidad, meridionalidad y occidentalidad.

Estos colonos descubrían, al tiempo que inventaban —o adaptaban— su estilo de vida cultural a un nuevo tipo de exigencias para la supervivencia. Permanecieron en un medio social, cultural y político que, aun en

su país, no contó con una plena consideración: eran rancheros; los de *rianchos*, en el país de mi padre, se asentaban –arranchaban– en lugares agrestes, con pocos recursos, poco disputados e incomunicados; no constituían, por tanto, una población importante para el desarrollo económico y el progreso nacional, cultural y político. Sólo eran un pequeño y olvidado ejército fabricante de productos lácteos –o embutidos– y salazones en Europa.

Los rancheros constituyen un contraste muy marcado entre la vida rural y la urbana; si bien la dominación ideológica los ha llevado a constituir por su tipo físico, sus habilidades campiranas y la pretensión de su representatividad criollo-mestiza mexicana a convertirse en el prototipo del mexicano, salta a la vista que son una rareza, una otredad dentro de “lo mexicano”, de un México que exhibe lo monótono, lo amenazante y lo epatante de los membretes y de los grupos sociales que tratan de sobrevivir, nomenclados desde la oficialidad y del poder, en un contexto nacional “desmoderno”, harto de modernidad frustrante, en el sentido en que Bartra lo indica en su obra *La jaula de la modernidad*.

Si el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán tuvo razón en denotar la calidad de “refugio” de múltiples regiones mexicanas para salvaguardar una integridad sociocultural, como la indígena, podemos apelar al mismo concepto para tratar de entender a la rancherada, no sólo en términos similares, sino en el plan de cuestionamiento que les ha perjudicado secularmente, simplemente porque es inabordable en los términos del buen sentido anarquista.

Quizá el “ranchearse” es aislarse y refugiarse, liberarse y preservarse, en términos simbólicos –que no entienden, pero ejecutan los rancheros. Hay múltiples datos para apoyar tal propuesta: en tal sentido todos merecemos la reprensión “no seas ranchero”. Quizá el ranchero, fuera de lo peyorativo que tiene el mote, tiene un significado de verdad: el sentido de la conducción social de la anarquía, en los simples términos del “portarse bien”, sin jueces arbitrarios y externos, sino conforme a costumbres internas. No de otra forma se pueden interpretar la justicia, el honor, la tolerancia y la dignidad social entre los rancheros. Todo un código moral se puede extraer de esos grupos aislados de la legislación nacional; el Estado, la Iglesia, el magisterio, las mujeres y los hombres,

los niños, los jóvenes, los adultos y los viejos, los normales y los anormales tienen un lugar en esas sociedades, desconocidas y contradictorias por nuestro mundo “desmoderno”.

Pero el equilibrio habido en ese mundo ranchero, a pesar de sus desequilibrios internos, se nos muestra generosamente en un entorno menos primitivo, pero más intolerante.

Prácticamente todo paisaje regional, nacional, de lomeríos, mesetas, laderas montañosas, barrancas, cimas y simas es asiento de ranchos y rancheros. Ello los diversifica y los hace relativamente diferentes, pero hay elementos que los presentan, dentro de la heterogeneidad cultural, étnica y social nacional, como grupos similares. Su vocación ganadera y agrícola es la principal, también su autodistinción e identidad respecto a “los nuestros” y “los otros”, su voluntad aislacionista respecto a “los males” existentes fuera de sus dominios. En el listado están “el gobierno” —que lo mismo significa el Estado—, las diversas instancias político-administrativas, las varias policías, los ejidatarios atendidos, los indios flojos y apocados y los habitantes de pueblos y ciudades. Esto lo explica una cierta sabiduría histórica para saber susstraerse de convulsiones seculares que han afectado a los mexicanos, por ello están “refugiados”.

Varios otros hábitos los hacen diferentes: sus formas de subsistir produciendo, consumiendo e intercambiando, y ello desmiente su pretendido “autismo”, confirmando el aislacionismo en el que los mantiene la sociedad externa, particularmente el Estado. Mas una reconsideración a su distinción conduce nuevamente a las razones de su identidad. Quien esto escribe conoció a los nueve miembros de un rancho cercano a Cotija años antes de que la autora de este libro le brindara la oportunidad de ir *Más allá de los caminos*: el tipo físico, el habla, el comportamiento intergénero, la organización del trabajo, la sociabilidad con el extraño y los valores ideales de libertad, de igualdad y de amistad son subrayadamente contrastantes y notables respecto a “otros” connacionales. Subjetiva —y objetivamente— afirmo que, estéticamente, pocas veces he visto en México gente tan bella, hablando en un castellano que, por arcaico y primitivo, traté de entender volviéndome a la Colonia. Tampoco había visto destrezas en la monta y la cacería, en

la permisión de portar armas y en el oteo del horizonte para localizar y caminar a edades tan tempranas, como las hube de haber visto en la sierra de Jalmich y en los Altos de Jalisco.

Aun cuando el mundo de la mujer está restringido para los hombres, en el medio rancharo y otros, sobre todo cuando se es extraño, pude percatarme, desde un principio, de su importancia para la supervivencia de estas socio-culturas. Nunca olvidaré las reuniones en El Santuario –ordenadas, jerarquizadas y respetadas– presididas, servidas, vigiladas y autorizadas por las *Mujeres de rancho*...

Martha Chávez, autora de este magnífico y oportuno libro, es una mujer de rancho, de metate y de corral. Por ello logró una identidad con los rancheros y rancheras. Pero es, al mismo tiempo, una mujer académica; de una academia libre y amistosa, como la de la escuela Luis Gonzaliana, en la que varios hemos abrevado, ordeñado y sembrado.

Lo que Martha Chávez ha descubierto, inventado e interpretado sobre los rancheros y sus mujeres, viene a sumarse a otros afanes y éxitos pesquisitorios como los de Barragán, Brading, Fábregas, González y González, Shadow, Zárate y otros muchos descubridores de la vida de rancho. Este trabajo hará meditar al lector y hacerle ver la luz de un Santuario para otra Aurora.

José Lameiras Olvera
Jacona, Michoacán, junio de 1997.

INTRODUCCIÓN



Orando a lado del nicho.

En la oscura masa de la sierra jalmichana no se advierte actividad humana. Sus habitantes, cerca de 15 mil, duermen en sus respectivos ranchos diseminados entre cerros, puertos, cañadas y márgenes de los ríos. Ese espacio de relieves accidentados y suelo arcillo-arenoso con vegetación caducifolia, es escenario de un modo de vida peculiar, ahora dormido esperando la aurora.

UN DÍA EN LA VIDA...

En la madrugada, entre el canto despertador de los gallos y el bramido de becerros y vacas ansiosos de reunirse en el corral de ordeña, doña Margarita (de 42 años de edad) hace a un lado la cobija y se sienta sobre la cama, se persigna y comienza sus oraciones matutinas: “Gracias, Dios mío, porque me dejaste amanecer, te ruego señor me dejes anocheecer en gracia y servicio tuyo, sin llegarte a ofender y alabando tres personas que son Jesús, José y María”... Después de prepararse espiritualmente para emprender su larga jornada, lo hace materialmente. Pasa sus dedos entre el pelo y teje su larga y mermada trenza, toma su *reflector*¹ y busca los zapatos de plástico para ponérselos. Levantándose encuentra su mandil que la noche anterior colocó sobre una silla. Ya lista, sigilosamente, observa a sus hijos pequeños, los cobija y sale del “rancho”² con dirección a la cocina. En el *zarzo* (lava trastes) se enjuaga

1. Consultar el glosario para las palabras de uso local.
2. El vocablo rancho tiene varias acepciones locales: como cuarto para dormir o “el dentro” (sentido de interioridad), como unidad de producción agropecuaria (tierra y ganado propiedad privada) y como núcleo de población (categoría política recogida por los censos), con el sentido de exterioridad. En este momento nos referimos a la connotación del vocablo con el sentido de interioridad para designar el recinto físico más íntimo de la mujer como esposa y madre: la alcoba matrimonial.



Pialando. La integración de la mujer a la actividad ganadera es fundamental para la marcha del rancho.

las manos y lava el nixtamal; ya en la cocina lava también el molino y el metate.

Su esposo Maximino (de 48 años) se levanta enseguida y se prepara para darle vueltas al molino de nixtamal. Mientras dura la molienda del grano, en medio del rezo a dúo del rosario, doña Margarita prepara el desayuno y el almuerzo sobre la estufa o el *fogón*. Su hija Mercedes, a sus 19 años, se les une después de haber arrojado en el patio de la casa un puñado de granos de maíz a las gallinas. Mercedes hace la lumbre en la *hornilla* del comal que, al lado de los fogones, se asienta en la *chimenea* de piedra recubierta y enjarrada con tierra. Entre palmadas inequívocas las mujeres “de metate”³ empiezan a elaborar las tortillas.

Al amanecer, Carlos, Eduardo y Eulalia (de 13, 15 y 17 años respectivamente) se suman al grupo de trabajo. Eduardo, sin olvidar su resotera, su honda y su morral, sale del solar de la casa; un perro negro, estirándose, se le une a su joven amo. La honda, los ladridos y mordidas del *prieto* son indispensables para *realar*, es decir, reunir y conducir las vacas del “*potrero* de la corrida” al corral de ordeña.

Doña Margarita deja el trabajo de la cocina a Mercedes y se dirige, junto con su esposo, Eulalia y Carlos a realizar “los trabajos de corral”. Una vez en el corral de ordeña, Carlos empieza a llamar y junta las vacas que tienen la costumbre de llegar primero y las que se encuentran más cerca : “Vaca corral... frondosa, frondosa, corraaal”. Las reses empiezan a llegar y son encerradas en el corral; por la puerta opuesta Eulalia deja pasar, de uno en uno, los becerros de las vacas presentes; luego de *pialar* la vaca (amarrarle las patas) y amamantar al becerro, lo *enjaquima* para colgarlo enseguida de los cuernos de la madre. En medio de lodo, excremento, gritos, bramidos y empujones, doña Margarita y don Maximino, con cubeta de fierro en mano, comienzan la ordeña. “Esa bandida vaca tienes que *amanillarla* Maximino, siempre se brinca y descompone la cerca, es muy *dañera*”, dice doña Margarita. Cuando Eduardo regresa con las últimas vacas, Eulalia se agrega al grupo de ordeñadores y Eduardo al de los amarradores. Eulalia o don

3. La palabra “metate” simboliza el conjunto de actividades domésticas destinadas al cuidado y alimentación de los miembros del hogar, así como al aseo y organización de la casa.

Maximino conducen los recipientes llenos de leche hasta la tina que se encuentra en “el rancho del queso”, localizado a unos cuantos metros del corral. En la casa, los niños han despertado y son atendidos por Mercedes quien se dedica a las labores domésticas, localmente dichas “de metate”.

La ruda actividad de la ordeña termina con el sol alto, después de que sus protagonistas dejan pasar la vaca reservada (de *añejo*) para desayunar con una *paloma* (leche ordeñada directamente a un vaso con azúcar, chocolate y alcohol). Se echan del corral las vacas y los becerros a sus respectivos potreros, se recogen los *avíos* de la ordeña y doña Margarita y don Maximino se retiran al rancho del queso y el resto del grupo, a la casa. En el rancho del queso los utensilios desocupados de la ordeña son lavados y acomodados por doña Margarita. Las piezas de queso que se destinan, junto con los becerros del año, a los mercados regionales, se encuentran en los zarzos de *otate* para secarse y madurar. Ahí son cuidadosamente revisadas por don Maximino, quien las voltea y soba para eliminar hongos y bacterias. Eduardo se une a su padre para realizar esta actividad. Doña Margarita se da cuenta de esto y les grita:

—¿Qué andan haciendo los dos allá arriba?

Don Maximino le contesta :

—Estamos limpiando el queso.

—¿Qué no les he dicho que no quiero que se pongan los dos a limpiar el queso? !Se me bajan inmediatamente! —les dice doña Margarita.

—Ya vamos —le contesta don Maximino—, nomás nos hace falta una pieza.

—Que se bajen inmediatamente ¿no me están oyendo? —reafirmó doña Margarita.

Ellos se bajan del zarzo y en silencio se dirigen hacia la casa. Detrás doña Margarita les sigue reprendiendo: “Mira que hacerse tontos... ponerse los dos a limpiar el queso, tú, Eduardo, tienes otras cosas que hacer”. Al llegar a la casa, doña Margarita discretamente revisa si los trabajos domésticos se han hecho, qué es lo que falta y qué se hizo mal. Su voz sonora se hace escuchar comentando el avance y estado del trabajo y preguntando si ya almorzaron los niños.

En la cocina, Mercedes sirve el almuerzo y María, su hermanita de nueve años, arrima agua a cada uno y coloca la sal, el queso y el chile.

Los participantes de la ordeña se sientan alrededor de la chimenea o de una mesa para tomar sus alimentos, los niños habiendo almorzado ya, se acomodan en un rincón de la cocina o se salen a la enramada a jugar. Don Maximino interrumpe la conversación de su familia para abordar el tema que en ese momento les preocupa: la compra del potrero “El Escobillal” propiedad de su hermano. Doña Margarita no está de acuerdo en esa compra; fundamenta que esa adquisición no conviene porque, a pesar de que hay agua y está cerca de la casa, la fuente es disputada por el otro colindante y eso les acarrearía muchos problemas. Don Maximino, quien desea conservar el pedazo de tierra que ha pertenecido a la familia por tres generaciones, argumenta que es buen precio y que además de poder pagarse en un plazo e intereses razonables, ese potrero podría destinarse para “el ganado *horro*”; los demás miembros de la familia dan su opinión en favor de una u otra posición. La conversación se suspende cuando Audel, el más pequeño de la familia, reclama con llanto su mantilla, leche y siesta. Rápidamente Mercedes prepara el biberón, María se lo lleva al “rancho” y ahí lo arrulla para que pruebe el sueño: “Huurraaa, huurraaa, /una vaca pinta que anda por el mar, /se encajó una espina y no puede caminar; /huurraaa, huurraaa”.

“Mira Maximino –continúa doña Margarita– no nos conviene esa compra, se pone en peligro la vida de los muchachos, acuérdate que esos Orozco son matones. Hace poco se tiraron unos balazos con mi compadre Jorge ¿a poco ya no te acuerdas?” Al terminar de almorzar y dejando la conversación inconclusa todos reemprenden el trabajo. Como el día anterior llovió bien, habrá agua en las *barranquillas* y don Maximino quiere aprovecharla para *rociar* (esparcir herbicida) el maíz. Carlos y María acompañan a su padre al desmonte, su ayuda será útil para acarrear el líquido necesario para diluir el herbicida; ellos comerán allá, en el cerro, con el bastimento preparado por Mercedes. “Eduardo, ve a traer leña, no se te olvide” –le dice don Maximino antes de partir. Doña Margarita se dirige al rancho del queso para *desgordar* y *cuajar* la leche; Mercedes y Eulalia por su parte se quedan en casa con los trabajos domésticos y al cuidado del pequeño Audel. Eulalia acarrea el agua, recoge los huevos frescos de los nidos que en canastas y cajas viejas cuelgan del *chupil*, lava los trastos y limpia el rancho de dormir y



Preparándose para salir a realizar las labores del día. Sr. Leobardo Barragán
Rancho Los Desmontes, Mich.

la enramada; Mercedes asienta los frijoles y guisa la cecina de venado con huevo; *enjarra* la chimenea, limpia la cocina y pone el nixtamal. Como terminaron temprano, las muchachas se disponen a escuchar por la radio las “increíbles aventuras de Kalimán y su amigo Solín”; se sientan cómodamente en la enramada y, para no perder el tiempo y para desarrollar algunas de las destrezas asociadas culturalmente a su feminidad, bordan alguna servilleta o *toalla* que servirá para el uso de la casa, de regalo o para cuando se casen. Al mismo tiempo están al pendiente de los mensajes que por la radio se emiten, entre cada episodio de la radionovela, a los habitantes de esos ranchos. En eso se escucha: “Atención, atención, a los habitantes del rancho El Santuario, se les comunica que el señor Rigoberto Barragán salió bien de la operación, lleven bestias a La Taberna el jueves próximo. Atentamente Jerónimo Valencia. Persona que escuche este mensaje, favor de comunicarlo”. Doña Margarita, una vez que cuajó la leche, lava y llena los cántaros con el agua limpia que Eduardo acarreó del pozo de agua para tomar y se une a sus hijas quienes le comentan la fresca noticia.

Gracias al Sagrado Corazón que escuchó nuestra novena —exclama con regocijo. Entre atendiendo las difíciles aventuras de Kalimán y agradeciendo a Dios la buena noticia sobre el estado de salud de su tío, doña Margarita se queda dormida, haciendo una pequeña siesta.

Al inicio de la tarde, Mercedes le hace unas “sopitas” con frijoles a Audel y sirve los alimentos para su madre y hermanas, quienes, acomodadas alrededor de la chimenea, se disponen a comer. Doña Margarita se sienta cerca del fogón y mientras come, calienta las tortillas que lanza, como platillos voladores, desde su lugar hasta la servilleta que sobre un plato se encuentra en el centro de la parte plana de la chimenea, usada como mesa. Eduardo regresa de la leña, la coloca a un lado del chapil y sin poner atención a la limpieza de la casa y al concierto de ruidos compuesto por el canto de gallos y de gallinas, ladridos del “pinto”, risas o regaños de la mujeres, llantos, voces o risas de los niños... se dirige al *chicol* que sostiene el cántaro a la entrada de la cocina para beber agua. Luego de que se le *enjuta* el sudor, entra a la cocina; allí es atendido con mucha dedicación por las mujeres de la casa quienes le pasan la reciente información.

Al terminar la hora de la comida, doña Margarita continúa con la elaboración del queso. Lava cuidadosamente la *artesa* y se pone a asentar con sus manos la *cuajada*. Después la pasa a la artesa donde la exprime para que se escurra bien el suero que le queda. Enseguida le pone la sal y la remuele con las manos. Como el día anterior don Maximino no *prensó* (porque el queso no fue suficiente para elaborar una pieza), junta el queso de ambos días y se dispone a elaborar una nueva pieza. Al terminar, lava aros, mantas, zarzos, artesa y tina. Eulalia, después de lavar los trastos usados de la comida, se dirige al rancho del queso y ayuda a su madre. Estas mujeres “de corral”⁴ saben que en la época de estiaje, el trabajo de la ordeña se sustituye por la ardua tarea de alimentar el ganado y de atender los partos.

Después de bañar al niño, Mercedes aprovecha el fuego que queda para calentar, sobre las brasas o en el comal, las planchas de fierro y prepara la mesa para desarrugar la ropa de los varones miembros de la familia; a Eulalia le toca planchar lo de su madre y lo de María. Eduardo, ya libre de trabajo, se dirige a la huerta de mangos para reunirse con sus amigos y “chupar” (fumar) un cigarrillo. Ahí dialoga sobre sus cosas más íntimas y descansa un rato.

Los cultivadores abandonan las pendientes de los cerros de donde cuelgan sus desmontes (labores) al ocultarse el sol. Al llegar a la casa, don Maximino guarda cuidadosamente su pistola, cuelga su costalillo en el pico de un *horcón* y descansa un rato en la enramada. María y Carlos se van a casa de su abuelita, a jugar con sus primos. La mayor parte de la familia, ya desocupada de sus labores, se dispone a descansar y a conversar; el ladrido de los perros anuncia la presencia de visitantes... es don Carlos, el hermano de don Maximino, acompañado por su hija Maclovia. Después de un “buenas tardes” y del obligado saludo de mano, don Carlos y su hija se instalan en las bancas o sillas de la enramada y se integran al grupo de conversación. Comentan que María fue ese día al desmonte, que ya es una mujer “de cerro”, que sabe

4. El corral designa sin más el espacio donde se encierra las reses para su cuidado y explotación. Los trabajos de corral remiten al conjunto de actividades requeridas para mantener y aprovechar el ganado.

sembrar y ayudar a don Maximino en el cuidado del maíz; además, la gallina que doña Margarita le dio ya tiene quince pollitos de los cuales María es responsable. La conversación sigue con el comentario de la reciente noticia sobre el estado de salud de don Rigoberto recién operado, sobre la posible suerte de su sobrino Jesús que acaba de irse a los Estados Unidos y otros acontecimientos rutinarios sobre la familia. Poco a poco se introduce el tema de interés: la compra del potrero del “Escobillal”. Don Carlos pregunta a Maximino si siempre le va a comprar el potrero a Jorge, hermano de ambos. Don Maximino, después de un corto silencio, le responde que la oferta es buena, pero que aún ve algunos inconvenientes, además no ha podido tratar el asunto con su hijo Roberto que, a pesar de vivir a escasos metros de la vivienda paterna, anda muy atareado con su desmonte, además su esposa está a punto de dar a luz y tiene que llevarla al pueblo. Doña Margarita comenta que la oferta es buena, pero peligrosa, porque los Orozco, esos nuevos colindantes, son peligrosos... “a ver Maximino qué hace, él sabrá”...

Deja a los hombres discutir sobre el asunto, y ella se dirige a Maclovia para comentar el suceso actual de la localidad: Sandra, hija de su hermana Carmen, se encuentra en un triángulo amoroso, no sabe a quién elegir: Miguel, su primo hermano, la pretende y Enrique, su primo tercero, también. Miguel es el preferido de doña Carmen, es hijo de un hermano de don Maximino y pertenece a una familia de terratenientes con gran solvencia económica, es buen trabajador y no tiene vicios. Enrique es hijo de un pariente minifundista y mediero, con muy poca tierra, ganado y solvencia económica; es medianamente trabajador y responsable. Se comenta que los dos muchachos aprecian la gran belleza juvenil de Sandra y su dominio de los “trabajos de metate”; no es perezosa y además es hija de terrateniente. Doña Margarita admira la habilidad de Sandra para manejar esta situación: “*ai* trae a los dos pobres tontos, hace con ellos lo que quiere, le da entrada a Enrique siendo novia de Miguel”. Mercedes agrega que Sandra acababa de mandarle una carta a Miguel en donde le decía “que no”, y que le había dado esperanzas a Enrique, que por eso éste andaba muy contento. Maclovia pregunta por la reacción de su tía Carmen, Mercedes responde que se había enojado

mucho. tanto que no le hablaba a Sandra ni la dejaba platicar con él. “Con Miguel sí tenía permiso, ella quería que quedara ahí”.

Los hombres hacen una pausa para escuchar esta conversación, don Carlos participa comentando que si Sandra prefiere a Enrique, como se dice, tiene que enfrentar a su madre, quien por tradición se ha opuesto a todos los noviazgos y matrimonios de sus hijos, sobre todo si el pretendiente no es de su agrado. Al pardear, los visitantes se retiran y se escuchan los gritos de María y Carlos que regresan a casa.

Todos se reúnen en “el rancho” (cuarto de dormir), y acompañados por la débil luz emitida por la linterna de petróleo, frente al *nicho* de la casa, comienza el rezo de por lo menos cinco misterios del rosario (los domingos es de quince), doña Margarita lo guía. Al iniciar la noche y una vez terminado el rezo familiar, todos se dirigen a la cocina, doña Margarita se pone a calentar tortillas y asa unos jitomates, Eulalia hace el chile en el molcajete y Mercedes sirve la leche. Don Maximino pide unos frijoles y dispuesto a disfrutar ese momento familiar empieza a contar “cosas de antes”, que acontecieron en la familia y a los vecinos...

Don Jesús Maldonado era un ganadero que venía seguido a la casa, era “muy maletero, le echaba mucho a la maleta” (presumido) y era muy mentiroso. Una noche antes de irse, estuvo contando que su perra era muy obediente y que cuando le decía: “ve a traerme el macho” la perra lo buscaba en el potrero y lo traía de donde quiera que anduviera. Según él, esa perra era el animal más inteligente y obediente que existía. Amalia, mi hermana, no quería nada a don Jesús porque, con el pretexto de comprar el ganado que al fin no siempre compraba, se quedaba hasta por quince días y las mujeres los tenían que atender. Don Jesús nada más comía y platicaba y su perra tragaba y dormía. Al día siguiente ya se iba. Mi papá mandó a Carlos (que estaba “añejillo”) a buscar el macho de don Jesús; Carlos se fue sin almorzar y por allá duró toda la mañana y no encontró el macho. Cuando regresó sin el animal, mi papá, muy molesto, lo manda de nuevo; en eso que sale Amalia y que le dice que cómo iba a mandar a Carlos sin probar bocado aún, “que don Jesús mande su perra, ¿no que es tan inteligente la *arrastrada* y que siempre le trae el macho de donde quiera que ande?” Finalmente, don Jesús encontró el macho y se fue. Cuando pasó por El Rodeo comentó: “No, hombre, don Gerardo tiene una muchacha muy *rescoldosa*, trae los pantalones de todos en el cogote”.

Todos disfrutaban estos momentos y cada uno agrega un detalle o una anécdota diferente. El pequeño Audel se queda dormido en los brazos

de su madre, María y Carlos dormitan en la silla. Antes de retirarse al rancho de dormir, comentan la actividad principal, aparte de la rutina, que se hará el día siguiente. Los hombres y los menores se disponen a descansar. Mercedes lava los trastos, alza los alimentos y recoge la cocina. Doña Margarita, después de acostar a Audel, llama a los guardianes de la casa: al “prieto” y al “pinto” y les da de cenar. Las dos mujeres son las últimas en salir de la cocina e ir “pa' fuera” (ir al baño).

Mercedes se acuesta al lado de su hermanita María; doña Margarita revisa con la luz de su reflector si hay alacranes, tarántulas o *tendarapos* sobre los muros y vigas del rancho; si los niños están bien cobijados o acostados... los mira fijamente y la invade el recuerdo de su hijita fallecida durante el parto, antes de tener a Audel. Recuerda que doña Jesús (la comadrona) hizo lo posible por salvar a su niña pero ni la manda a la virgen de Acaguato funcionó, tuvieron que cooperar los hombres de los ranchos circunvecinos para transportarla a pie, en una camilla de palos hasta el pueblo. El médico no pudo hacer nada y su chiquita murió. Invasión por esas reminiscencias y de los recientes tiempos pasados cuando en la zona no había terracería (brecha) que los comunicara más rápido a las ciudades circunvecinas, se quita su mandil y lo coloca sobre la silla más cercana; se inclina para retirar sus zapatos y se sienta sobre la cama, se persigna y secretea —al igual que lo hicieron los otros miembros de la familia— sus oraciones... “Santa Mónica bendita, madre de san Agustín, bendice mi cama que ya me voy a dormir, con los clavos me persigno y me abrazo de la cruz, la santa hostia consagrada del dulcísimo Jesús. Como me echo en esta cama, me echaré en la sepultura y a la hora de mi muerte, amparadme Virgen pura... amén”.

Al mover las cobijas don Maximino se reacomoda:

—Maximino, ¿estás despierto?

—¿Qué quieres vieja? —le contesta don Maximino.

—Mira, Maximino, lo mejor es que no compren ese potrero, yo sé lo que les digo ¿por qué no entiendes?

—Ya veremos, vieja, hay que dormir, tenemos que madrugar.

—Pero... hazme caso, Maximino...

—Sí, vieja, sí...

Este relato, reconstruido a partir de lo visto, oído y registrado⁵ en la sierra jalMichana, intenta reproducir un día cualquiera en la vida de una mujer ranchera inmersa en los valores, temores y cosmovisión propios de su grupo de pertenencia; esposa de ganadero-terrateniente que nace y crece en estas montañas. La narración también muestra la iniciación, participación y desempeño de la mujer en los trabajos “de rancho”, “de metate” y “de corral”, trabajos reproductivos y productivos⁶ que se desarrollan en el seno de una unidad doméstica nuclear en su incipiente etapa de dispersión. Unidad doméstica que se encuentra dentro de una unidad de producción integrada por la residencia y trabajo del hijo casado en el rancho del padre.

Si las hijas se hacen cargo de los trabajos de la casa y del cuidado de los niños, la mujer madre acentúa su participación en las actividades productivas y de ahí su autoridad en los asuntos relacionados con la familia y el manejo del rancho; autoridad que debe ser regulada y “velada” para no dañar la imagen que “deben” mantener sus hombres: fuertes, tenaces y valientes; defensores a cualquier precio de la familia, del honor y del patrimonio; quienes por naturaleza deben tener el ejercicio de autoridad, mando y decisión. En este contexto de autoridad masculina: ¿Cómo y por qué, la participación femenina de esa autoridad, reforzada—en gran medida— por la alta participación de la mujer en las esferas reproductiva y productiva, es generada, luego frenada y controlada por el mismo proceso de socialización?

5. En este documento aparecen entre comillas tanto las expresiones textuales recogidas mediante cuestionarios o grabaciones como las reconstrucciones de textos a partir de lo oído y registrado en el diario de campo o en la memoria. También se utiliza este signo para señalar las citas textuales de algún autor, para resaltar algún término local o para expresar un sentido figurado a ciertos términos empleados.
6. Los trabajos reproductivos rebasan el ámbito de la reproducción física, humana o biológica para llegar a la reproducción—con sus cambios y reajustes— del grupo como tal y de su sistema social. Los trabajos productivos no se dan sólo fuera del ámbito doméstico, allá en los potreros de la unidad de explotación agropecuaria. sino dentro de él, pues, la ordeña, la elaboración del queso, el desgrane y almacenamiento del maíz, por ejemplo, se realizan en el corral y rancho del queso y en la enramada respectivamente, localizados en el conjunto que forma la casa.

AMBIGÜEDAD Y PARADOJA

Nuestra posición ante esta pregunta rectora es que, gracias a la intervención femenina –socialmente fomentada y valorada– en los trabajos productivos del rancho, la mujer, sólo habilitada para dominar en su reino doméstico, *conquista* y mantiene un alto grado de autoridad que se manifiesta en la toma de decisiones sólo en el seno del hogar: públicamente es el hombre quien debe asumir y asume el papel dominante, es a él a quien se le debe atender, obedecer e incluso temer. La mujer así lo debe admitir y exige a sus hijos que así se le trate. La complicidad familiar aunada a la aparente sumisión y a la importancia cuantitativa y cualitativa de las tareas a su cargo, le dan a la mujer una autoridad real, efectiva que culturalmente hay que ocultar: ordena que el hombre sea el que mande... y el hombre manda.

El hecho de que no exista una autoridad absoluta de un género sobre el otro, y de que la compartan marido y mujer, no elimina el forcejeo –no siempre pacífico– que implica la lucha por la imposición de sus opiniones y decisiones. Y es en el interior del hogar donde se desarrolla un sistema de regulación de fuerzas que frena, apoyándose en las prescripciones sociales, el ejercicio público del poder detentado por las mujeres. Asimismo, la puesta en práctica del mando, autoridad y dominio, socialmente atribuidos al sexo masculino, es generalmente regulada por la intervención y vigilancia de sus mujeres, quienes se apoyan en su activo papel como reproductoras y productoras en la sociedad ranchera jalMichana.

Esta hipótesis se integra al razonamiento de que, cuando la mujer madre se libera de algunas tareas domésticas y puede dedicarse a las labores del campo y del “corral”, son las mismas mujeres del grupo doméstico quienes las asumen y, sólo en casos coyunturales, los hombres las realizan. Si bien, la mujer madre logra ejercer –en el seno del hogar– un alto grado de autoridad y de decisión, la condición social de la mujer ranchera no sufre grandes cambios. Son siempre ellas quienes *deben* realizar las labores domésticas, “ayudar” en las labores del campo y respetar y supeditarse a sus hombres (hermanos, padre y marido).

La mujer casada, en público, no debe de excederse en el ejercicio de su poder y autoridad; si el marido lo permite, éste es socialmente devaluado. De esta manera, la mujer cuida y reproduce —mediante la socialización de sus hijos— lo poderoso de la imagen masculina: su honor, prestigio y virilidad. La mujer es dominada por las condiciones sociales y el hombre se encuentra atrapado en ellas, es él quien “debe” mandar, sostener y proteger a la familia, luchar por conservar su honor y patrimonio, aunque eso le pueda costar hasta la vida.

La hipótesis final nos sitúa en la ambigüedad y paradoja del *deber ser* de ambos sexos.⁷ Situación fomentada por el proceso y normas de socialización, generando la recurrencia a la apariencia. “La mujer debe negarse en tanto detentora de poder para ejercer el poder por procuración”,⁸ debe mostrar una aparente sumisión y resignación y, aunque participe en las actividades productivas, “debe” circunscribir su autoridad al ámbito doméstico. El hombre, por su parte, debe negarse la cobardía y atribuirse toda la autoridad para salvar su honor; este supuesto privilegio lo conduce a trampas que pocas veces advierte: en el contexto ranchero estudiado, “es malo ser hombre porque por ello quedará enfrentado a la disyuntiva de morir o matar”, pero... frecuentemente se escucha “¿te vas a dejar?, tienes que demostrar que eres hombre”. Como es algo profundamente interiorizado (poco cuestionado) siguen reproduciendo esta imagen, llegando al extremo de sentirse obligados en determinadas circunstancias a quitarle la vida a un semejante para demostrar su hombría. Así, coincidiendo con Bourdieu:

7. Entre sexo y género, se hace una diferenciación fundamental. El término sexo denota la ubicación de una persona como hembra o macho de acuerdo a su clasificación basada en criterios biológicos sobre sus órganos sexuales, su anatomía y fisiología. En contraste, género refiere al sexo socialmente construido, es decir, la preasignación social y convencional de valores, funciones y atributos diferenciales de acuerdo —como lo expresa Bourdieu— a las construcciones socialmente sexuadas del mundo y del cuerpo, como si lo asignado fuera normal e inevitable. El género también es socialmente activo porque, de acuerdo a estas disposiciones atribuidas a los sexos, los individuos se deben relacionar y conducir en sociedad.
8. Retomamos y nos sumamos a este planteamiento que Pierre Bourdieu presenta en su ponencia “La domination masculine”, Université de Toulouse Le Mirail, Toulouse, Francia, marzo de 1994. La traducción es de la autora.

el dominante es también dominado pero por su propia dominación [...] su destino social es la fuerza superior que le hace aceptar, sin deliberación ni examen, los presupuestos tácitos de la visión falonarcisista⁹ del mundo. Y no puede contribuir a su liberación mientras no se libere del mismo *privilegio trampa*. Las disposiciones que conducen a reivindicar o a ejercer tal o cual forma de dominación, deben ser construidas por un largo trabajo de socialización tan indispensable, como el que dispone a la sumisión.¹⁰

Estos planteamientos descansan en el proceso formado por la socialización, la división social del trabajo y el ejercicio de autoridad; proceso social observado a partir de la interacción hombre-mujer a través de las grandes vertientes de análisis: “rancho, metate y corral”. Concretamente nuestro objeto de investigación es el proceso de socialización ranchera, proceso que nos conduce al estudio de los géneros y a su respectiva identidad; aspectos que repercuten en la división del trabajo y en las disposiciones que permiten reivindicar o ejercer tal o cual forma de dominación.

A la vez que pretende identificar y explicar las dimensiones socioculturales de las labores que realizan las mujeres rancheras a lo largo de su vida, *el objetivo* del trabajo es rescatar el conjunto de valores que sustenta y caracteriza a los habitantes de esta abrupta sierra; haciendo énfasis, obviamente, en la trascendencia de su transmisión, asimilación y reajuste que forjan a sus mujeres.

VICISITUDES DEL TRABAJO DE CAMPO

Compartir con el lector los altibajos en el campo es la preocupación central de este apartado. Desde luego que hablar de experiencias personales demanda un discurso narrativo en primera persona que rompe momentáneamente con el estilo impersonal clásico de los trabajos de investigación. Antes de partir al terreno, es necesario presentarles cómo

9. La personalidad falonarcisista se caracteriza por la propensión a acentuar sus aspectos viriles en detrimento de sus aspectos dependientes, infantiles o femeninos y a concederse a la adoración. Pierre Bourdieu, 1990, “La domination masculine” en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, p. 4.

10. *Ibid.*

surgió el interés sobre el tema estudiado. Esteban Barragán –mi esposo– y su libro *Más allá de los caminos*¹¹ tuvieron mucho que ver al respecto.

En palabras de Luis González, Esteban Barragán en esta obra “toca todos los ángulos del mundo ranchero: la vida material, las costumbres sociales, el escaso ejercicio de la política y la preponderancia de un estilo cultural católico y conservador”. En todos estos temas, el ranchero es el protagonista principal, la mujer sólo aparece como una sombra que complementa la vida en los ranchos. Pero ¿es tan sólo eso? ¿cuál es su verdadero papel? ¿por qué las mujeres son absorbidas por la imagen masculina?... Estas inquietudes me impulsaron a entrar, con una mirada heurística, al rudo mundo ranchero que no desconocía del todo, a él pertenecían mis ancestros por línea paterna y pertenecen ahora, los padres, hermanos, primos y demás familiares de mi esposo.

Aunque nací, crecí y viví en el medio urbano, el contacto con mis familiares del lado paterno fue continuo durante la infancia. En cuanto iniciaban las vacaciones escolares, mis hermanos y yo gustosos recorríamos a pie o a caballo los laberintos que formaban los caminos de herradura o las veredas que nos conducían, ya fuera al rancho que había comprado mi padre (parte sur del Mpio. de Los Reyes, Mich.), al de alguno de sus hermanos (al oriente del Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jal.) o a los ranchos donde trabajaban mis dos hermanos mayores –sólo por línea paterna– (parte oriente del Mpio. de Jilotlán de los Dolores, Jal.). Estos aventurados y excitantes viajes se suspendieron por más de quince años por causa de la migración de mi familia hacia el norte del país. En 1985, una vez que uní mi vida a la de Esteban, se reanudaron estas odiseas, pero con otro rumbo: ahora hacia el Potrero de Herrera –porción suroeste del municipio de Tocumbo, Mich.–, para visitar a mis parientes políticos, vecinos de los familiares de mi padre que aún permanecen en el extremo oriente del municipio de Manuel M. Diéguez, territorio ejidal desde los años cuarenta.

Pero no bastaban mi inquietud indagadora ni el relativo conocimiento y facilidad de acceso a los ranchos. Como egresada de un Instituto Tec-

11. Esteban Barragán López, *Más allá de los caminos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990.

nológico del país (Tepic, Nay.), carecía del bagaje teórico-metodológico que me orientara y apoyara en el trabajo etnográfico; afortunadamente el Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán aceptó equiparme. El afán de rescatar el papel que desempeñan las mujeres en los ranchos jalmichanos fue sumamente respetado en el Centro. Ningún profesor intentó desviarme a intereses particulares o a temas de actualidad que tal vez me hubieran confundido o desanimado. En cambio, me dieron elementos para salvar las dificultades que el mismo tema imponía y me hicieron ver cuáles eran las ventajas que tenía para abordarlo. Con todo, la estructura y el contenido de este trabajo sufrieron algunas modificaciones impuestas por las nuevas disposiciones del programa de estudios de la Maestría en Antropología Social. Éstas consistieron en delimitar más el tema estudiado y presentarlo en un número menor de capítulos y cuartillas. Por estas razones, la tesis que inicialmente pretendía presentar un estudio antropológico más amplio, tuvo que concretarse a lo aquí presentado.

Así, poco a poco, las aportaciones teóricas acogidas durante mi formación antropológica y las vivencias personales dentro y fuera del mundo ranchero fueron construyendo y reforzando un divisadero contrastante que facilitó y enriqueció la observación, interpretación y evaluación de las prácticas interactivas de los hombres y mujeres de esta sierra.

Dentro del programa de estudios de la Maestría en Antropología Social, delimité el área de estudio; obviamente el Potrero de Herrera sería tomado en cuenta, pero sentía la necesidad de incorporar otra zona que ampliara los datos y que me situara en una perspectiva comparativa desde donde pudiera observar en qué sentido la sociedad ranchera jalmichana está cambiando a fines del siglo xx. Guiada por estas inquietudes, elegí una localidad –La Aurora– en el centro del municipio de Manuel M. Diéguez, Jal., parte integrante de la región ranchera jalmichana más inclinada a la vida urbana. En ambas porciones de territorio jalmichano, seleccioné las localidades más grandes y aquéllas con las que mantuvieran estrechas relaciones de intercambio; así, El Santuario junto con sus ranchos aledaños y La Aurora con sus ranchos satélites se convirtieron en mis localidades de estudio. En abril de 1990 se inició el primer periodo de trabajo de campo; como éste sólo duraría tres meses,

opté por trasladarme a El Santuario, rancho que ya conocía y en el cual residían familiares de mi esposo. Los otros seis meses de campo que contemplaba el programa de estudios, los consagré a La Aurora, localidad que desconocía al igual que a sus pobladores.

Vivencias en la cañada de El Santuario

En este tiempo, llegar a El Santuario no fue excesivamente difícil. Después de un polvoriento y aporreador viaje de dos horas y media por la terracería que apenas un año antes había alcanzado este lugar, nos instalamos en la casa de mi cuñada donde residiría –junto con mi pequeña hija de 18 meses de edad– durante los tres meses de este periodo de campo. Esteban, mi esposo, regresaría por nosotros a finales de cada mes para trasladarnos a Zamora, cobrar la beca que para este efecto nos otorgaba El Colegio de Michoacán, comprar provisiones y después de unos dos o tres días de reposo, devolvernos a El Santuario.

Para integrarme al vecindario y para reunir la población dispersa, decidí impartir clases a niños y jóvenes. Para tal tarea, el apoyo que me proporcionó el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos –delegación Zamora– fue sumamente útil (material didáctico actualizado: libros, cuadernos, pizarrón, lápices, marcadores). La gente del Instituto vio en mí la posibilidad de llegar a estos remotos lugares donde sus instructores no querían meterse. El problema fue el corto tiempo de mi estancia, la idea de preparar una persona del lugar para que siguiera con el programa no prosperó, nadie quiso comprometerse.

Desde los primeros días de mi llegada, intenté explicar que haría un trabajo –la palabra investigación no es recomendable– para mi escuela. Un libro similar al que había hecho Esteban (porque ya lo conocían), pero ahora sobre las mujeres; aclaré que aprovecharía mi estancia en El Santuario para dar algunas clases a los niños y jóvenes que ya tenían varios años sin maestro. Nadie dio importancia a mi explicación, al parecer, ellos ya tenían en claro a lo que había ido.

Para poder empezar conseguí que una joven cuidara a mi hija mientras cumplía mis deberes docentes. Poco a poco, entre números y letras pude observar y conversar ampliamente con mis alumnos; me fui dando

cuenta de sus puntos de vista, sus hábitos, sus juegos y cantos, sus dificultades, sus anhelos y su vocabulario. Durante las sesiones de clase (de 8:30 a 13 horas) anotaba mis observaciones en hojas sueltas y por la noche las pasaba al diario de campo. También pude tomar fotografías a voluntad, pero mis alumnos se negaron a que grabara sus palabras.

Por las tardes había planeado impartir clases a los jóvenes. Los primeros quince días fueron todas las mujeres y sólo un varón de catorce años. Los días siguientes, y de manera irregular, sólo asistieron cuatro personas a las que les dedicaba tres tardes por semana; el resto del tiempo lo destiné a cultivar otros vínculos sociales con la gente. La recolección de frutos silvestres de la temporada nos ocupaba grandemente. Las salidas a los mangos, ciruelas, changungas (nanches) y nopales, causaban gran alboroto. Niños y jóvenes veían en estas salidas la oportunidad de jugar, conversar o alimentar relaciones amorosas. Los adultos que los acompañaban, aparte de vigilar a la chiquillada y a la muchachada, conversaban animadamente sobre los acontecimientos actuales mientras que cortaban, recogían o comían los frutos buscados.

Los baños en las “pilas cuatas” de la barranca de El Santuario, el rezo de novenas y de rosarios, las horas de bordado compartidas y la asistencia a los corrales de ordeña y a las matanzas de cerdo también me permitieron estar más cerca de la vida y de la gente de los ranchos. Mientras compartía estos momentos, observaba lo que pasaba a mi alrededor tratando de grabar en mi mente todo lo vivido, lo visto y lo oído para registrarlos en mi diario de campo que siempre se quedó corto respecto a lo archivado en mi memoria. También tuve la oportunidad —a petición de las mujeres— de dar una plática sobre los métodos anti-conceptivos. Fue un gran momento: pude escuchar sus temores, preferencias y rechazos; también me abrió las puertas para abordar este velado tema cuantas veces quisiera.

En las visitas a los hogares se privilegiaron y combinaron las encuestas, los cuestionarios y las guías de entrevista. Los datos obtenidos por estos medios completaron y precisaron las anotaciones de una novata en el diario de campo. Con frecuencia las entrevistas tomaban el matiz de una conversación semidirigida (libre de papeles y de grabadoras) con personas que se negaban a ser registradas. Asimismo, cuando ante el

registro escrito de la información percibía que las respuestas eran evasivas y breves, unos días después, guiada por los temas centrales, lo intentaba de nuevo tomando la modalidad de una conversación semidirigida. Siempre enfrenté el entrejuego de lo aparente y lo que verdaderamente ocurría, entre lo que se decía y lo que verdaderamente pasaba en las relaciones entre hombres y mujeres; sólo en las confidencias y conversaciones informales fluía parte de la realidad vivida de estas mujeres, de su vida íntima y de su mundo privado. La grabación disimulada de estas reveladoras conversaciones fue recurrente aunque muchas cintas fueron ininteligibles. Desde luego que no todos los temas eran negados a su registro, las rutinas de trabajo, las encuestas genealógicas, las encuestas de fecundidad, las anécdotas, cuentos y las encuestas de población son ejemplos de lo que se puede hacer público y de la cooperación abierta de los pobladores. De esta manera, las fronteras entre lo público y lo privado que parecían difusas en la vida cotidiana se mostraron sumamente rígidas al escudriñar las relaciones intergenéricas.

A pesar de la fluidez de mis relaciones sociales, el ambiente en El Santuario era tenso, definitivamente no era el mejor momento para realizar el trabajo de campo. En este lugar, unos cuantos meses atrás, un hermano de mi esposo había fallecido en un enfrentamiento a mano armada con un tío abuelo suyo. Salvo una de las dolientes, los habitantes de El Santuario apoyaban y protegían al homicida que había quedado herido y con orden de aprehensión. Así, las relaciones de parentesco que parecían facilitarme las cosas también me las dificultaban; todo el tiempo desconfiaron de mi presencia en el rancho, tal vez creían que buscaba pruebas para hundir para siempre en la cárcel a su familiar en apuros. Me aceptaban en sus hogares, pero estaban a la expectativa, me vigilaban constantemente y, a la menor oportunidad, me daban elementos para convencerme de la inocencia del homicida y para justificar sus acciones.

Pero no sólo por esto estaba en la mira; con bromas o indirectas muy directas, criticaban mi manera de vestir y de comportarme. Para evitar problemas me olvidé de los pantalones cortos y usé poco los largos, también elegí de mi guardarropa los vestidos más adecuados a este medio, sabía que el vestido y falda era lo más aceptado. También mi trato

con los miembros del sexo opuesto fue prudente y a distancia para evitar complicaciones mayores.

Por otra parte, algunas personas consideraban que yo trabajaba como maestra porque “el gobierno me pagaba” (iba cada mes a cobrar la beca de trabajo de campo). Por esta razón me vigilaban celosamente, “debía” cumplir con mi deber y me reclamaban cuando por algún motivo esto no ocurría. La presión era ejercida hacia mi desempeño y nunca hacia el de sus hijos que iban sólo cuando querían.

Finalmente los tres meses se pasaron pronto. Como las lluvias llegaron ese año a mediados del mes de junio, el paisaje y la dinámica de la gente empezaron a cambiar. La terracería que une a la ciudad de Los Reyes, Mich., con los ranchos del rumbo de El Santuario se dañó con los primeros aguaceros. Para recogerlos, mi esposo tomó la brecha que une dicha ciudad con San Cristóbal, rancho cercano a El Santuario, por ahí sería nuestro regreso, teníamos que subir a pie la cuesta de El Santuario, cargando a nuestra pequeña hija y algunas cosas. La despedida fue sin preámbulos y efusividades. Sólo pudimos decir adiós a mi cuñada y a sus hijos; al cruzar la ranchería ni una mano se agitó, ni una voz se escuchó, ni una persona se divisó a lo lejos, sin embargo, sentía sus miradas desde las rendijas de sus casas... nos veían partir simplemente.

En nuestras visitas posteriores la relación con la gente mejoró, el familiar preso salió libre y la gente no desconfiaba más de nosotros. Cada viaje realizado para visitar a la familia de mi esposo era aprovechado para recabar información que resolviera mis dudas, imprecisiones y carencia de datos. Agradezco la disposición y confianza de los informantes centrales que apoyaron este trabajo:

Nombre	Lugar de residencia
Profr. Abraham Orozco Martínez	Tizapán el Alto, Jalisco
Amelia Barragán Fernández	Santa Inés, Michoacán
Antonio Gutiérrez Mendoza	Los Desmontes
Celina Barragán López	Los Desmontes
Eloísa Barragán Barragán	El Rodeo
Eudoxia Medina Barragán	El Santuario
Gerónima Medina Barragán	El Santuario

José Gutiérrez Mendoza	Los Desmontes
Leobardo Barragán Fernández	La Alberca
Maclovia Barragán Fernández	Santa Inés, Michoacán
María Elia Gutiérrez Barragán	Los Desmontes
María Esthela Barragán López	El Santuario
Martha Barragán Barragán	El Santuario
Roberto Barragán Medina	El Santuario
Verónica López Medina	La Alberca

Los reparos¹² en La Aurora

Antes de poder instalarme en La Aurora, realicé una visita exploratoria para conocer el lugar y ponerme en contacto con las personas más populares o notables de la localidad. El profesor de la escuela primaria (Federico Bautista), el dueño de la tienda de abarrotes más concurrida (Jesús Barajas) y la encargada del DIF municipal (Beatriz Vargas) fueron los primeros a los que me acerqué, a ellos expuse lo que intentaba hacer y la urgencia de encontrar una casa para residir temporalmente en el lugar.

Un mes después regresé a La Aurora y a pesar de que casi cincuenta por ciento de las viviendas estaban desocupadas, ninguna persona quiso rentarme o prestarme alguna. Una vez que nadie se quiso arriesgar facilitándole su casa a una forastera, el profesor Federico Bautista primero me ofreció su hogar y posteriormente me prestó un cuartito de la construcción destinada a los maestros. Él no ocupaba esta vivienda porque residía en la casa de los padres de su esposa, originaria del lugar.

La construcción para los maestros consta de dos cuartos de adobe y teja. La pieza más grande era ocupada como dormitorio por unos jóvenes de La Aurora, el profesor se la había facilitado mientras que la familia de ellos podía comprar una casa más grande. El cuarto más pequeño fue el que me asignaron. En aproximadamente quince metros cuadrados sin divisiones tenía la cocina, el comedor, el estudio y la

12. Utilizo este término por su analogía con el nombre que anteriormente llevaba esta localidad. También por las reconsideraciones que sus pobladores hicieron respecto a mi sospechosa presencia en estos ranchos y porque refiere las dificultades pasadas en este periodo de campo.

recámara; las mujeres no dejaban de pasar para curiosear cómo había acomodado en este pequeño espacio la estufa, el refrigerador, la alacena, una mesa, un escritorio, dos camas individuales y un guardarropa. Este fue mi hogar durante los seis meses de este periodo de campo.

“Deleitarme” con las melodías de los ídolos superpopulares del momento (Bronco, Los Tigres del Norte, Los Mier, Vicente Fernández) fue una tarea etnográfica pesada. Por las noches, cuando registraba las observaciones en el diario o me organizaba para el día siguiente o bien intentaba dormir, mis jóvenes vecinos escuchaban a todo volumen estas melodías que muchas veces se cruzaban con las que alegraban el ambiente en la plaza. Al inicio pedía a gritos unos buenos tapones para los oídos, pero, al no poder encontrarlos en Zamora, terminé por acostumbrarme; ahora al escucharlas, siempre recuerdo a mis alegres exvecinos.

Entre recelo y generosidad viví gratos y sustanciosos momentos. Frecuentemente llegaban a “mi casa” personas que me regalaban huevos frescos, leche, tortillas recién hechas y guisos diversos que, sumados a las “palomas” que tomaba en los corrales de ordeña y a las numerosas invitaciones a comer, fueron causantes de los siete kilos que le agregué a mi escuálida figura de entonces. Entre las cuatro paredes de mi pequeña casa sin ventanas, se dieron importantes momentos de convivencia que vertieron información sobre la vida y costumbres de los habitantes de estos remotos lugares.

Fue hasta el final de mi estancia en el antiguo Reparo, hoy llamado La Aurora, cuando me di cuenta de lo que la gente me atribuyó por su desconfianza. Para unos, era una inspectora de la Secretaría de Educación Pública que investigaba el problema que se había dado un año atrás, cuando un grupo de jóvenes hizo algo más que una broma pesada a un profesor que, espantado, salió huyendo de La Aurora; también se pensó que investigaba las dificultades que el profesor en turno tenía con algunas personas del lugar. Lo que se pretendía, según ellos, era dejarlos sin servicio educativo como castigo a estos problemas.

Para otros, yo era una espía del “gobierno” que vigilaba la caza del venado cola blanca en periodo de veda. Otros más pensaban que yo bien podría ser una agente antinarcóticos de la CIA. Nada bueno buscaba una “forastera” en esas recónditas tierras, seguro que “nomás iba a fregar a

la gente". Quizá por esto, al inicio no me quisieron rentar una casa para vivir. Estas percepciones, imaginaciones o representaciones desencadenadas por mi presencia en estas montañas, reflejan ciertas situaciones o problemas latentes en las localidades y algunas de las reacciones que suscita la intersubjetividad investigador (forastero)-sujeto de investigación (autóctono).

Desde mi llegada, expliqué que haría un trabajo para mi escuela, les mostré el libro que había escrito mi esposo diciéndoles que yo haría algo parecido. La gente se mostró entonces muy cooperativa, estuvo muy cerca de mí, siempre dispuesta a acompañarme a los ranchos circunvecinos, tal vez vigilándome de cerca estaban más tranquilos. Otra referencia algo vaga, pero decisiva, fue saber que yo era la esposa de un cuñado de alguien que todos ellos conocían. Una hermana de Esteban se había casado con un habitante de esta parte de la región y, aunque la pareja residía en Estados Unidos, este lejano parentesco político ayudó a que me ubicaran, contribuyendo así a la aceptación.

Pero lo más trascendental para limar asperezas fue estar ahí, sola con mi pequeña hija entre ellos y como ellos. Erándeni, con su corta edad y gracia, ayudó sobremanera a fomentar las relaciones de sociabilidad. Los lugareños la invitaban a sus hogares, se detenían para jugar y conversar con ella o para hacerle bromas, también la paseaban en burro o en macho (mular) por el caserío. El trato cariñoso y esmerado que los habitantes de estas sierras prodigan a los niños, se manifestó en su relación con mi hija; a través de ella logré mis primeros acercamientos y con ella recorrí los caminos de herradura que me conducían a los diferentes ranchos aledaños. La mayor parte de la población pronto se dio cuenta de que era una inocente e inofensiva estudiante (poco joven para eso, pero en fin...) que andaba por las casas preguntando hasta lo que no debía con el propósito de hacer un trabajo escolar; otros pocos siempre recelaron calladamente de mi presencia, aun después de mi partida. A pesar de ello, acabé comiendo carne de venado cada vez que los cazadores tenían éxito, fui invitada a casi todos los hogares para deleitarme con la cocina local y terminé por ser madrina de confirmación de una jovencita del lugar. Estos son ejemplos de la intensa, comprometida, confusa y efímera relación del investigador con sus investigados.

Los vínculos sociales con la gente fueron intensos y diversos. Como sufría los mismos problemas de agua que tenían los habitantes de La Aurora, iba con las mujeres a traerla a los diversos “ojos de agua” o al río, viajes que aprovechábamos para bañarnos o lavar la ropa; con frecuencia estos trayectos, a lomo de burro o en camioneta, terminaban siendo interesantes momentos de identificación y de convivencia donde fluía todo tipo de información. Tuve la suerte de ser invitada a las peleas clandestinas de gallos, a los paseos familiares al río, a fiestas familiares, a los trabajos grupales asistenciales, a visitar los parientes de otros ranchos, a los grupos de reflexión organizados por la Iglesia, a los corrales de ordeña, a las reuniones que organizaba el DIF, a la cancha de voleibol en donde cada tarde jugábamos reñidos partidos regidos por sus propias reglas del juego.

Estuve tan presente en la vida local, que fui merecedora de la “herencia” del “Judas” antes de ser quemado el Viernes Santo: “Decía Judas Iscariote / ya se me llegó la hora. / mi chequera se las dejo / a los que vienen de Zamora”. Como cada fin de mes –al igual que en El Santuario– Esteban venía por nosotros para llevarnos a Zamora: una vez que comprobaba los gastos del mes anterior, cobraba la beca de campo para el siguiente periodo en El Colegio; con estos recursos, compraba mi despensa y algunos obsequios (alimentos, ropa, juguetes y medicinas) que repartía entre los lugareños cuando me invitaban a comer o cuando los visitaba; era una manera de retribuir su hospitalidad y su disposición para acompañarme en mis recorridos de campo, facilitándome muchas veces hasta un medio de transporte (asno o camioneta). Por esta reciprocidad, para los pobladores, nosotros éramos unos “ricos” muy generosos.

Una vez que dejamos La Aurora, el “Judas” nos volvió a dejar herencia: “Decía Judas Iscariote / platicando escondido / mi carro se lo dejo a Martha y a Esteban / para que vengan más seguido”. Sentíamos el afecto de la gente que durante los últimos quince días de nuestra estancia en el lugar, no cesó de invitarnos a comer con sus mejores viandas. Al partir, las personas salían a nuestro encuentro para darnos algún presente, lo que provocó que abandonáramos esas montañas con la camioneta cargada de gallinas, pollos, huevos, queso, nanches en conserva, arroz con leche y tortillas que no pudimos ni quisimos despreciar, lo mismo que

las plantas de ornato y los trabajos de ganchillo que aún decoran nuestro hogar.

En general los habitantes respondieron a mis demandas de información sin desaprovechar la oportunidad de interrogarme otro tanto: "Ahora que ya sabe todo sobre nosotros, le vamos a preguntar quién es usted, cómo se llaman sus padres, de dónde es, para que sirva lo que hace". De todas las preguntas, la última era la más difícil porque siempre la acompañaba el "sí, pero, ¿para qué nos sirve a nosotros?" Con mi inexperiencia, trataba de aclarar que mi trabajo no sería entregado "al gobierno" (el "coco" en los ranchos) para perjudicarlos ni le serviría a éste para que hiciera obras públicas o aplicara programas de ayuda en la localidad; modestamente sólo trataba de rescatar su historia, sus costumbres y su manera de vivir y de trabajar, para que dicha información no pasara inadvertida para la gente ajena a estos lugares ni fuera olvidada por sus mismos hijos, nietos y demás familiares migrantes. Por desventura, los antecedentes históricos que presento en este trabajo seguramente los defraudarán al ser tan magros en relación a lo que ellos pudieran esperar.

Algunas personas se mostraron más abiertas a la grabadora y al registro escrito de la información, siempre y cuando se tratara de cosas que se podían decir. El cuestionario, diseñado para obtener datos sobre la identidad, la división sexual del trabajo, el ejercicio de autoridad y el ser y deber ser de hombres y mujeres, llegó a preocupar considerablemente a los pobladores, al grado de contestar con evasivas. Con frecuencia las conversaciones semidirigidas eran la mejor solución para tocar los temas más íntimos. Cabe señalar que este cuestionario se diseñó y se aplicó en la etapa final de este trabajo, es decir, ya en el proceso de redacción (febrero de 1995). Gracias a éste pude recabar la información que había quedado imprecisa o en el olvido. Desgraciadamente el cuestionario fue demasiado extenso y no pude aplicarlo a la mayoría de la población, sin embargo, los datos recabados fueron reveladores y significativos.

Se puede decir que toda la población de La Aurora y ranchos aledaños apoyó grandemente mi quehacer etnográfico. Sin embargo, hubo un grupo de personas a las que siempre recurrí por estar mejor informadas o tener mayor disposición de colaborar. Gracias por su apoyo y confianza:

Nombre	Lugar de origen
Agapito Ocegüera Pérez	La Aurora
Ana María López Cisneros	La Piedra Blanca
Elvira Rangel Moreno	La Aurora
Eulalia López Mendoza	La Güera
Profr. Federico Bautista	La Aurora
Flora Barragán Rangel	La Aurora
Francisca Sánchez Sandoval	La Aurora
Héctor Sandoval Sánchez	La Güera
Jesús Barajas Gutiérrez	La Aurora
Jesús Ocegüera Pérez +	La Aurora
Jesús Sandoval Rangel +	La Güera
Joaquina Contreras Ocegüera	La Güera
Margarita Aviña del Toro	La Aurora
María de Jesús Barragán Rangel	El Ciruelo
María del Refugio Valencia Pérez	La Aurora
María Teresa Ocegüera Rangel	La Aurora
Patricio López Cisneros	La Piedra Blanca
Sandra Ocegüera Aviña	La Aurora

+ Fallecieron tiempo después del trabajo de campo.

ANDAMIOS Y PROCEDIMIENTOS

Fue una tarea primordial concebir los instrumentos de observación y de registro adecuados y capaces de proporcionar la información relevante y necesaria para analizar la ambigüedad y la paradoja del deber ser de ambos sexos, fenómeno social con rasgos más o menos universales circunscrito en el ámbito de la región jalmichana. Para empezar, se especificaron los indicadores básicos para su elaboración; de esta manera: la importancia del trabajo femenino, los intercambios socioeconómicos, las normas del proceso de socialización, las pautas de conducta social, los temas desarrollados en los juegos infantiles, etcétera (véase cuadro 1), influyeron poco a poco en la orientación del trabajo.

Simultáneamente surgió la necesidad de delimitar el campo de análisis empírico, no tanto en el espacio geográfico y social –aspecto clarificado desde el origen del tema– sino en el tiempo. Aquí se optó por una perspectiva longitudinal que permitiera tomar en cuenta a las generaciones

Cuadro 1
Modelo de análisis

Concepto	Dimensiones	Indicadores	Técnicas de investigación
Proceso de socialización	<p>1. Biográfica</p> <p>a. Medio de vida</p> <p>b. Antecedentes históricos</p> <p>c. Referentes culturales</p> <p>d. Incorporación de los <i>habitus</i></p> <p>2. Relacional</p> <p>a. Prácticas</p> <p>b. Organización social</p> <p>c. Referentes sociales</p>	<p>1a. Medio geográfico, religión y otras pertenencias</p> <p>Territorialidad</p> <p>Normas grupales (control social sobre el ser y deber según género, edad y estatus)</p> <p>Reproducción de la vida y principios rancheros mediante los juegos infantiles</p> <p>b. El pasado y los orígenes</p> <p>Acontecimientos conmemorados por los habitantes</p> <p>Historia y formación personal</p> <p>c. Modelo cultural de pertenencia (sistema de valores e identidad)</p> <p>Prácticas</p> <p>d. Inserción a la vida ranchera (ciclo de vida, agentes socializantes internos y externos...)</p> <p>Representaciones, creencias e ideales</p> <p>2a. Prácticas socioculturales (cooperación, ayuda, trabajo, fiesta, convivencia cotidiana, juegos, matrimonios e intercambios económicos...)</p> <p>Agentes y medios socializantes externos: influencias y reajustes</p> <p>b. Estatus, organización y roles sociales</p> <p>Ciclo de vida</p> <p>Relaciones de parentesco</p> <p>Defensa de la vida</p> <p>Alianzas y conflictos</p> <p>Redes de intercambio económico y social: internas y externas</p> <p>c. Códigos y normas de comportamiento social</p> <p>Identidad y alteridad</p>	<p>Observación directa:</p> <p>Estancia en las localidades estudiadas</p> <p>Convivencia estrecha y contacto post trabajo de campo frecuente con sus habitantes</p> <p>Diario de campo</p> <p>Conversaciones semidirigidas</p> <p>Recordos y visitas a diversos ranchos</p> <p>Asistencia a eventos sociales y de trabajo</p> <p>Observación indirecta:</p> <p>Cuestionarios</p> <p>Encuestas genealógicas</p> <p>Guías de entrevista</p>
División sexual del trabajo	<p>1. Trabajos de "rancho"</p> <p>2. Trabajos de "metate"</p> <p>3. Trabajos de "corral"</p>	<p>1. Relaciones intersexuales</p> <p>El control natal</p> <p>Requisitos y normas matrimoniales</p> <p>Inserción y crianza de los nuevos miembros</p> <p>Educación escolarizada</p> <p>Transmisión y vigilancia de los principios y valores rancheros</p> <p>2. Actividad por género y estatus</p> <p>Equipo y rutinas de trabajo doméstico</p> <p>La ayuda masculina</p> <p>3. Subsistencia, producción y economía</p> <p>Tipo de explotación</p> <p>Los tiempos del año y el calendario agrícola</p> <p>Mano de obra y trabajo familiar</p> <p>Equipo y rutinas de trabajo</p> <p>La complementariedad y la ayuda femenina</p> <p>El prestigio y reconocimiento del trabajador</p>	<p>Observación directa:</p> <p>Estancia en las localidades estudiadas y contacto frecuente con sus habitantes</p> <p>Diario de campo</p> <p>Conversaciones semidirigidas</p> <p>Observación indirecta:</p> <p>Cuestionarios</p> <p>Rutinas de trabajo</p> <p>Encuestas de fecundidad</p> <p>Encuestas genealógicas</p>
Autoridad velada	<p>1. Espacio público</p> <p>2. Espacio privado</p>	<p>1. Prescripciones sociales</p> <p>Reproducción de la poderosa imagen masculina</p> <p>Sumisión aparente</p> <p>Resignación y toma de decisiones</p> <p>2. Complicidad familiar</p> <p>Los atributos y recursos femeninos</p> <p>Importancia y trascendencia del trabajo femenino</p> <p>La toma de decisiones, el forcejeo y la negociación doméstica</p> <p>El respeto, la apariencia y la imagen masculina proyectada al espacio público</p>	<p>Observación directa:</p> <p>Estancia en las localidades estudiadas, convivencia estrecha y contacto frecuente con sus habitantes</p> <p>Diario de campo</p> <p>Conversaciones semidirigidas</p> <p>Observación indirecta:</p> <p>Cuestionarios</p> <p>Rutinas de trabajo</p>

presentes (niños, jóvenes y adultos) encontradas en las localidades de estudio y repartidas en los grupos domésticos y unidades de producción. Asimismo se consideró de gran utilidad el testimonio de algunos informantes claves que residían o que ya habían abandonado las localidades seleccionadas.

La búsqueda de los datos se realizó partiendo de la observación directa y del registro formal de la información proporcionada. Por una parte, se optó por el principio ético de interferir lo menos posible en lo que se observaba. Para este tipo de observación, llamada directa,¹³ la estancia en las localidades y el diario de campo fueron indispensables. En el diario se registraron las palabras y los acontecimientos que, de acuerdo a nuestro sentido de observación, se consideraron relevantes, no se abordó a los habitantes de estos ranchos, simplemente se asumió el papel de observador y participante de ese modo de vida único donde aparentemente no había nada de particular. Por su parte, el registro formal de la información requería de la intervención de los residentes para producirla. Para esto, se diseñaron los cuestionarios y guías de entrevistas que permitieron el acercamiento a los diferentes grupos concernientes, pidiendo respuesta a nuestras preguntas e intentando cubrir la totalidad de la población estudiada. Estos instrumentos fueron útiles para recabar la información que debe proporcionarse ante su registro formal.

Así pues, las encuestas por cuestionario, las entrevistas y las conversaciones semidirigidas se conjugaron con los datos obtenidos a partir de las palabras y los actos mostrados en el vivir cotidiano, en los momentos de convivencia y de trabajo de nuestros protagonistas. Ser partícipe de la vida íntima de algunas familias serranas fue —además de satisfactorio— un gran logro. El tiempo destinado al traslado, a lomo de mula, de burro o a pie, de un rancho al otro y, sobre todo, el destinado a las relaciones sociales fue cuantioso. Los preámbulos en las entrevistas, las invitaciones a comer y a los corrales de ordeña para tomar “una paloma” fueron de gran importancia. Con el cuestionario y las entrevistas grabadas no se hubiera podido rescatar cierta dimensión de la realidad velada de las

13. Raymond Quivy y Luc Van Campehoudt, *Manuel de recherche en Sciences Sociales*, París, Dunod, 1988, p. 257.

reservadas y desconfiadas mujeres; para los temas delicados, la conversación libre de papeles y de grabadoras, acompañada de la estancia prolongada y aceptada en los ranchos de este áspero e inflexible medio, permitió un gran acercamiento a la vida de estas mujeres: saber lo que fuera de los solares no debe mostrarse y a lo que sólo se puede acceder viviendo ahí, durmiendo en el mismo cuarto, compartiendo sus alimentos, espacios, en medio de sus valores, temores, problemas y aspiraciones. Posiblemente no se procede con el rigor que algunos académicos conciben, pero hay casos o temas que requieren ser completados con esta práctica para llegar más allá de lo aparente, de las concepciones íntimas y sociales del *deber ser* de los miembros de una sociedad.

Con la intención de no implicar directa y personalmente a quienes brindaron confiada y amigablemente la información aquí vertida, los nombres de las personas y las situaciones narradas —salvo los datos históricos de los espacios vecindarios estudiados, las rutinas de trabajo, el parto relatado en El Santuario, la descripción de la unidad doméstica integrada y los versos elegidos sobre la quema del “Judas”— no se corresponden entre sí, sólo indican su frecuencia y existencia en la zona. Lo controvertido y delicado del tema, aunado a la intimidad y privacidad que ancestralmente han buscado los habitantes de estas montañas, no permite relacionar abiertamente la mayor parte de los acontecimientos con sus protagonistas reales. No obstante, uno de los aspectos más relevantes en estas líneas es el de las voces de los lugareños, viva referencia de lo que es, piensa y siente la gente de estos ranchos. El frecuente rescate de sus palabras se debe a la precisión de las expresiones, pese al uso de algunas palabras no muy convencionales entre los lectores potenciales.

Pero no sólo proporcionó información el registro de las observaciones sobre el vivir cotidiano de los nativos de esta sierra; las fuentes bibliográficas permitieron, por una parte, confrontar las observaciones empíricas con los debates o puntos de vista de los estudiosos y, por la otra, conocer contextos, problemas y temas semejantes a los estudiados, pero en otras latitudes; rescatando los puntos de vista que permitieron reforzar y cuestionar los sugeridos por el trabajo de campo. Asimismo, la consulta de algunos archivos fue de gran utilidad.

ANÁLISIS DE DATOS

A la recolección y registro de los datos le siguió su análisis e interpretación. Al respecto, se emplearon métodos de análisis como las relaciones entre las variables y el análisis de contenido. Para la información obtenida a partir de las entrevistas por cuestionario y datos registrados en el diario de campo, el análisis de relaciones entre las variables fue sumamente útil. Aquí se establecieron variables que, al ser correlacionadas, proporcionaron más información que en su presentación aislada. De acuerdo con el esquema anterior, se presentan las variables generales puestas en relación para su análisis (véase cuadro en la siguiente página).

Para las entrevistas semidirigidas y observaciones registradas en el diario de campo, el análisis de contenido fue privilegiado. Con este análisis se pudo extraer el sentido que los habitantes dan a sus palabras; recurso que facilitó la comprensión de los mecanismos de funcionamiento de la vida local doméstica. Se procedió haciendo un análisis temático sobre la ocurrencia o frecuencia de aparición de los temas investigados, cortando transversalmente lo que de un registro a otro refería al mismo tema, buscando la coherencia temática existente entre las diversas observaciones registradas y comparando siempre lo escrito con lo visto, oído y vivido.

ESBOZO DE LA OBRA

La presentación sucinta de los ingredientes naturales y socioculturales, que actúan como frenos y como fuerzas en la identificación de la región ranchera jalMichana, ocupa la primera parte de este trabajo. Ésta constituye una invitación para conocer el enfoque y criterios elegidos para demarcar el territorio que nos ocupa, su cohesión, su vigencia y las escalas espaciales de identificación. Asimismo, se presentan los grupos de localidades, dominios donde se desarrolla la vida diaria y estacional de sus habitantes, con sus propios rasgos y sistema de valores; con sus diferentes redes de intercambios socioeconómicos. Todo esto con el fin de mostrar que la región ranchera, ese escenario del actuar paradójico de

Variables dependientes ¹⁴	Variables independientes
1. Proceso de socialización ranchera	Modelo cultural de pertenencia Agentes socializantes internos y externos Religión Medio geográfico Orígenes históricos y trayectorias individuales Ubicación social o estatus
2. Principios básicos y mecanismos de la división sexual del trabajo	Transmisión y vigilancia de los principios y valores rancheros Tipo de explotación agropecuaria Estatus social Prestigio y reconocimiento del trabajador Composición y tamaño de la familia Educación escolarizada
3. Ejercicio y trascendencia de la autoridad femenina	Prescripciones sociales Tipo de explotación Nivel de sumisión Edad La negociación y el forcejeo El trabajo femenino en el hogar y en la explotación Complicidad familiar

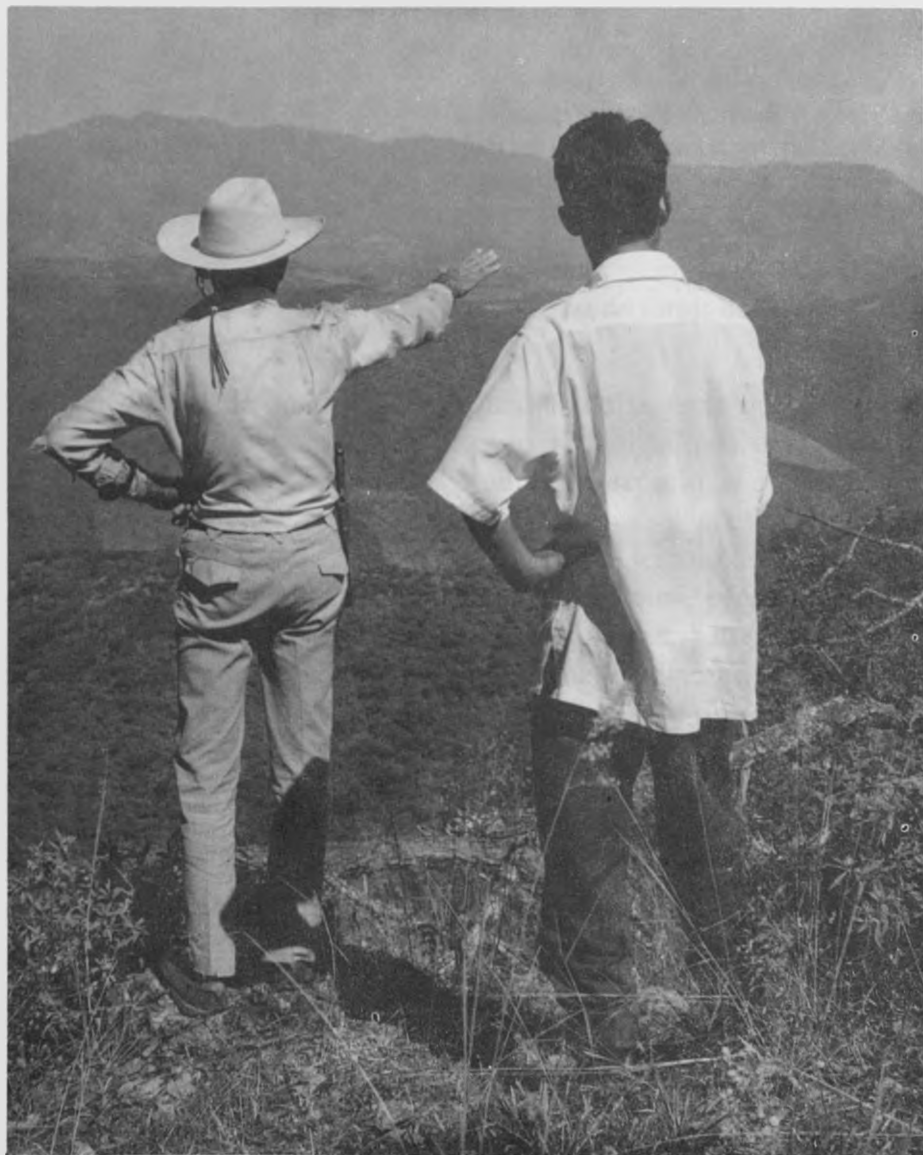
sus mujeres y de sus preeminentes hombres, es un espacio delimitado, una provincia donde sus ocupantes comparten una cultura, un pasado común y un territorio socioculturalmente construido.

En la segunda parte se presentan los resultados empíricos de la formación, el trabajo y el poder de decisión de las mujeres de los ranchos ubicados en la inmediaciones serranas de Jalisco y Michoacán. En esta parte se detalla –partiendo del ciclo de vida, de las temporadas del año y de los diferentes grupos sociales– el inicio y desarrollo de la mujer en las tareas reproductivas y productivas simbolizadas en las faenas de “rancho”, de “metate” y de “corral”. Estas labores son inculcadas por un proceso de socialización que, al apoyarse en las fronteras elásticas de la división sexual del trabajo atribuido a las mujeres, habilita su desempeño en el ejercicio de autoridad y en la toma de decisiones; desempeño

14. La formulación de este cuadro se inspiró en Ezequiel Ander-Egg, *Técnicas de investigación social*, 19a edición, Buenos Aires, Hvmánitas, Colecc. Guidance, 1983.

que aparece debilitado y controlado, al mismo tiempo, por el propio proceso de socialización que reafirma la actuación legitimada por el grupo. Aquí se conjuga el destino y control social de los géneros con el ejercicio velado de la autoridad femenina; elementos que, bajo esta perspectiva, permiten ratificar el controvertido y para este caso atinado proverbio: “Detrás de un gran hombre, hay una gran mujer”.

“NUESTRO RINCÓN Y NUESTRAS COSTUMBRES”:
LA REGIÓN RANCHERA JALMICHANA



“...la tierra... ha de ser defendida en la misma proporción en que se le ame, y ha de ser amada por la vía de su historia, de su realidad, de sus valores, proyectos y esperanzas”.

Eligio Moisés Coronado
Cronista del Estado de Baja California

La demarcación de un territorio en función de la gente que lo habita, lo interviene, lo vive, lo interpreta y lo simboliza, nos conduce a la constatación de que cada sociedad produce un espacio: el suyo.

En el enfoque de la producción social del espacio,¹ el espacio natural (físico) no desaparece de escena, queda como el terreno de partida que, además de presentar los matices naturales propios, persiste en cada detalle, en cada objeto natural (plantas, animales, parajes, rincones, etc.) y al ser valorizado y apropiado por sus habitantes, se convierte muchas veces en símbolo. Así, desde esta óptica, se observa cómo los hombres proyectan en el espacio su vida, sus prácticas y sus valores individuales o colectivos que, al ser tomados de su realidad, contribuyen al mismo tiempo a estructurarla.

Por consiguiente, el presente análisis regional tiene la intención de conjugar el “sentimiento geográfico del autóctono”, como lo llama J. Gallais,² con el quehacer y saber del antropólogo que interpreta y

1. Corriente cultural de la geografía representada –entre otros– por los trabajos de A. Frémont (1976), Gumuchian (1991), Gallais (1967), Pellegrino (1986). Según este enfoque, el espacio ya no es sólo un espacio natural dado en el cual se producen fenómenos naturales y sociales, sino una construcción totalmente inmersa en lo social (Gumuchian 1991).

2. J. Gallais, *Le delta intérieur du Niger. Etude de géographie régionale*, vol. 2. Dakar. IFN, 1967.

contextualiza la vida de los ocupantes de un territorio y lo que ellos consideran, por una parte, como lo propio, familiar y conocido, y por la otra, como lo foráneo, excepcional o extrañamente lejano. Expresiones como “nuestro rincón y nuestras costumbres”, “los de estos ranchos y los de aquéllos somos *ai* de los mismos”, “aquí es nuestro mundo, nuestro ambiente, lo poco que uno tiene: bienes, quehaceres y costumbres, se acaba al salirse...”, nos dan algunos elementos para identificar a la región ranchera jalMichana; ese territorio en el cual se desarrolla la vida cotidiana de sus habitantes, con sus ritmos y sus espacios, con sus valores y representaciones... Ese territorio que, en palabras de Bonne-maison,³ es “el lugar de meditación⁴ entre los hombres y su cultura”.

3. Citado en Hervé Gumuchian, *Représentations et Aménagement du territoire*, París, Ed. Económica, 1991, p. 127.

4. Acción de reflexionar profundamente sobre un sujeto.

I

CONSTRUCCIÓN Y TEJIDO SOCIAL DE LA REGIÓN DE ESTUDIO

Se han construido múltiples regiones privilegiando algunas entradas, por ejemplo, para algunos estudiosos, administradores e inversionistas, lo económico y sociológico han sido lo primordial; para otros –generalmente políticos o científicos sociales–, los criterios histórico, cultural y físico-natural (añadiendo los primeros o algunos de ellos), han guiado el análisis del contenido de un espacio dado. Las combinaciones son tan diversas como sus objetivos. Este estudio se une al postulado del geógrafo R. Brunet¹ que considera que “nosotros no tenemos que dividir el espacio, por la simple razón de que él se divide solo. La hipótesis de base es que uno de los resultados del trabajo humano es la producción de un espacio bien estructurado, fruto del sistema de producción. Esas estructuras existen independientemente de nosotros y nosotros vamos a buscarlas”. Aquí interesa rescatar la conformación histórica, social y cultural de la región ranchera ubicada en la inmediaciones serranas de Jalisco y Michoacán, teniendo como referentes tanto sus particularidades físico-naturales como su funcionamiento y estructura económica, factores que definen sus límites.

Aunque el rol de los factores económicos en el análisis no es el dominante, se toman en cuenta por el importante papel que han tenido en la formación regional (fuerzas productivas como la naturaleza, el trabajo y organización del trabajo, técnicas y conocimientos)² y en su desarrollo social (por ejemplo las relaciones de producción y la propiedad de la

1. R. Brunet. *Espace-Temps*, núm. 10, 1979, pp. 14-15.

2. Henri Lefebvre. *La producción de l'espace*. París, Ed. Anthropos, p. 57.

tierra). En la actualidad tratamos con un territorio en el cual las grandes inversiones privadas y estatales se encuentran ausentes y obviamente su economía se circunscribe al nivel de la sobrevivencia. Los rancheros, habitantes de este espacio, no son grandes empresarios ni entran en el juego de la competencia internacional (rara vez a nivel nacional), y sobre todo, no se basan en la sola lógica del provecho, ellos razonan en términos de la reproducción de su explotación agropecuaria, de su familia y de su tejido social, reproducción de una manera de vivir, de ser y de trabajar.

Nuestra región se sitúa entre Jalisco y Michoacán; la conforman pequeñas localidades o ranchos ligados y fortalecidos entre sí por las relaciones de intercambio entretejidas por sus habitantes. Localidades que se organizan en torno a varios centros y que dependen de un conjunto más vasto. Es el "territorio vivido y representado" (que pone cara a cara con lo endógeno y lo exógeno) por los que ahí se albergan, ubicándose en un "nivel intermedio entre lo nacional y lo local".³ De esta manera, las redes de intercambios, los lazos afectivos entre los pobladores y sus lugares (espacio de vida cotidiana e imaginario), la organización en torno a varios centros, la ubicación en un nivel intermedio y la dependencia de un conjunto más vasto, son los elementos que le dan sentido a esta estructura regional.

El factor que presenta una ruptura con las definiciones de región comúnmente aceptadas, es su organización alrededor de un centro dominante.⁴ En esta región ranchera reconocen territorio Jalisco y Michoacán, subdividido en parte de unos cinco municipios. El desarrollo de la red carretera, que los gobiernos estatales y municipales han dado a sus respectivas porciones de la región, ha conducido a la existencia de seis principales centros administrativos y económicos regionales⁵ en donde

3. Robert Ferras y Jean-Paul Volle, 1990, "Géographie régionale, 1964, 1974, 1984, et...", en Bernard Kayser *et al.*, *Géographe. Entre espace et développement*, Toulouse. Presses Universitaires du Mirail, 1990, p. 169.
4. Bernard Kayser, "La Région comme objet d'étude de la Géographie", en Bernard Kayser, 1990, 1964, p. 116.
5. En Michoacán, Tocombo para los habitantes del Potrero de Herrera pertenecientes a ese municipio, Cotija para la porción que le corresponde y Los Reyes para los ranchos jaliscienses más relacionados y mejor comunicados con esta ciudad. Manuel M. Diéguez, Jilotlán de los Dolores y Ciudad Guzmán, Jalisco, para los pobladores de esta parte de la región.

antes de 1960 dominaba sólo uno. Hasta entonces las únicas vías de comunicación eran los caminos de herradura y todos los habitantes de la región acudían a la ciudad de Cotija Michoacán; ahí realizaban la mayor parte de sus trámites y de sus intercambios. Así, pues, la expansión de la red carretera y el crecimiento de las ciudades han tendido a fragmentar una región natural y sociocultural relativamente homogénea que, a pesar de que ha sobrevivido por más de tres décadas en esta situación, está a punto de agonizar. Cada vez son más débiles las relaciones socioeconómicas entre ambos lados de la frontera estatal. Además, los habitantes de la parte jalisciense están adoptando –del medio urbano nacional e internacional (por la acentuada migración)–, nuevas pautas socioculturales, legitimadas por el mismo proceso de desarrollo local que impulsan los gobiernos municipal y estatal. Ciertamente, la región en tanto creación del hombre que la habita y empuja su desarrollo, es susceptible de desintegrarse por la misma intervención humana.

FACTORES BÁSICOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA REGIÓN DE ESTUDIO

Factores históricos

La producción progresiva de un territorio, a partir del establecimiento de sus hombres-habitantes, de los límites de su expansión⁶ y de su organización socioeconómica, engloba simultáneamente una cultura, un pasado compartido y una memoria colectiva. El tiempo crea entre la extensión terrestre y los hombres que la habitan lazos tan estrechos que, de no advertirlo, el “espacio en sí”⁷ no sería más que “una página en blanco”⁸ donde se plasma la acción humana. Admitir la pareja: extensión terrestre-tiempo, nos sitúa en la importancia de los factores históricos en la formación de una región.

6. Bernard Kaiser, *Ibid.*

7. Hervé Gumuchian, H., 1991, p. 15.

8. Roger Brunet, R. Ferras y H. Thery, *Les mots de la géographie*, Dictionnaire critique, Paris, Reclus-la Documentation Française, 1993 (1992), p. 193.

Una larga historia puede crear en una región estructuras que la refuerzan, que la equipan de tradiciones y de representaciones y que le heredan una identidad y un patrimonio en un aquí y ahora: “El pasado deja sus huellas, sus inscripciones, su escritura del tiempo. Pero este espacio es siempre, hoy como antaño, un espacio presente, dado, como un todo actual...”⁹

Factores sociales

Bernard Kayser establece que los lazos existentes entre los habitantes de una región, son una de las características esenciales en su definición. Éstos deben ser englobantes, es decir, incluir las relaciones entretejidas y los “caracteres comunes” de y entre los habitantes de un territorio; producen una región al tener la capacidad de crear una organización económica y social.

Pertenencias o referentes comunes y vida relacional (que rebasa los límites regionales) generan la organización económica y social que fundamenta la construcción de una región.

Así, “redes de intercambios” se convierte en un concepto central. Estas redes directas y de proximidad que los hombres tejen entre sus semejantes y los “otros”, son el primer eslabón de la vida en sociedad, son –como lo especifica G. Allaire– “el carácter atómico del hecho social”; redes locales que, al igual que los recursos de producción, se convierten en energía social bajo la dependencia de marcos sociales extraterritoriales (redes económicas, familiares, profesionales, políticas...)¹⁰

Partiendo de lo anterior, de las redes de intercambios se generan las redes de sociabilidad y las redes de intercambios económicos. Las redes de sociabilidad, como lo proponen Bassand y Galland, designan “el complejo tejido de formas de sociabilidad mediante las cuales las sociedades funcionan e intercambian”. Las redes de sociabilidad reposan sobre la existencia de pertenencias comunes e indican los diferentes

9. Henri Lefebvre, *op. cit.*, p. 47.

10. G. Allaire, 1988, “Problèmes méthodologiques de l’analyse localisée des systèmes socio-économiques”, en Marcel Jollivet, *Pour une agriculture diversifiée. Arguments, questions, recherches*, Paris, “Coloquio DMRD” 17-18 de abril de 1986, L’Harmattan, p. 179.

tipos de relaciones sociales interpersonales que los individuos entrecruzan regularmente dentro de su espacio de vida¹¹ y fuera de él. Redes por donde se transmiten o se pierden los significados esenciales de las pertenencias sociales,¹² pertenencias que juegan un rol importante en el mantenimiento, control y reinterpretación de “eso que debe pasar entre nosotros”.

Las redes de intercambios económicos, dentro del contexto estudiado, designan la existencia de relaciones de producción, distribución y de abasto –respaldadas en las fuerzas productivas y en las actividades económicas dominantes–, llevadas a cabo en un ambiente de confianza, de ventaja, de conflicto y de complementariedad. De manera general, la existencia de estas relaciones necesita de orígenes y de referencias comunes; compartir reglas y normas implícitas, recurriendo pocas veces a su formalización por medio de contratos explícitamente formulados. Estas normas compartidas privilegian lo local pero no se quedan ahí, circulan –al igual que mano de obra, dinero, productos, favores, convenios, asociaciones, complicidades– por las redes nacionales o internacionales formadas por los migrantes locales.

No se trata de negar la existencia de intercambios con agentes externos, simplemente ocupan –la mayoría de las veces– el último eslabón de la cadena. Primero se prefiere intercambiar con la gente más próxima (originaria de la localidad o de la región, sea familiar o no), ya sea que se encuentre en el espacio de vida cotidiana, en la región o en los poblados y ciudades. Posteriormente, con comerciantes o pequeños productores, conocidos familiares o amigos que habitan en las ciudades. Por último, con las personas que conocen sólo por referencias o recomendaciones y con aquéllas con las que nunca han entablado alguna relación. Se puede decir que las redes de sociabilidad y las redes informales de intercambios económicos son las venas del tejido social, por ahí circula todo tipo de intercambios, generando energía social.

11. La noción de espacio de vida refiere a las prácticas espaciales de los individuos o grupos, prácticas que se inscriben en una extensión terrestre soporte. Implica reconocer los lugares frecuentados, definir itinerarios, situar al hombre-habitante en su marco familiar de existencia. Aquí el espacio no es más que el soporte de localizaciones. Gumuchian, *op. cit.*, pp.19 y 62.

12. Sobre la noción “pertenencias”, consúltese la p. 65.

Factores culturales

Compartir valores, normas, tradiciones, sueños, modos de vida, una manera de hablar, una historia, una extensión terrestre indica que los hombres comparten una cultura y un espacio culturalmente construido.

Nuestra región es el medio de vida de un grupo cultural relativamente homogéneo, que tiene en común —en términos de Bourdieu— propiedades “objetivas” (como la ascendencia, el territorio, la lengua, la religión, las actividades económicas, etc.) y propiedades “subjetivas” (como el sentimiento de pertenencia,¹³ arraigo, anhelos, representaciones, etc.). Estos factores componen el tejido que une a todo el grupo ranchero y permiten —a sus integrantes— identificar lo parecido y lo diferente, esté presente, ausente o lejano; legitimando, de esta manera, sus múltiples identidades.

Las nociones identidad y valores socioculturales son retenidas aquí, por su rol de primer orden en la lectura de toda cultura y de la extensión terrestre que ocupa.

La identidad, concepto ambivalente que designa simultáneamente lo que une y lo que separa, se construye “en la confrontación de lo idéntico y de la alteridad, de la similitud y de la diferencia”.¹⁴ La identidad se inscribe en un proceso dinámico que designa —como lo expresan Chevallier y Morel— “eso que perdura... que distingue... que une”,¹⁵ lo que se adapta y se reconstruye. La relación similitud/diferencia con el “otro” consolida los valores y las características comunes de un grupo a través del tiempo ajustándose a las innovaciones: la identidad es, en efecto, una “estructura moldeable, plástica, evolutiva”.¹⁶

Frecuentemente esta noción confusa por su carácter polisémico (identidad individual, colectiva, cultural, étnica, local, regional, nacional, territorial, profesional, social, de género) es difícil de definir. La con-

13. Pierre Bourdieu, “L’identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique sur l’idée de région” en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 35, París, noviembre, 1980, p. 68.

14. P. Tap, *Identité Collective et Changements sociaux*, Toulouse, Sciences de l’homme, Privat, 1980.

15. Denis Chevallier y Alain Morel, “L’identité culturelle et appartenance régionale” en *Terrain*, núm. 5, París, 1985, p. 3.

16. Alain Darre, “Les modalités du processus identitaire” en *Etudes et travaux du CRICC*, Pau, France, Cricc-Grico, 1991, p. 2.

fusión se acentúa porque los sujetos que la invocan hacen confluír varias identidades y la suma de ellas puede producir una nueva –como en nuestro caso es la “identidad ranchera”.¹⁷ No obstante, de acuerdo con los objetivos del investigador, se puede privilegiar la elección o el estudio parcial o total de estas identidades.

En este trabajo se propone meditar sobre la dualidad identidad/pertenencias de un individuo o grupo, a fin de discernir las elecciones –de acuerdo a la situación– de todos los rasgos diferenciados ligados a su “pertenencia a”: un territorio, grupo social, género, cultura, ideología, etnia, ocupación. Esta pareja nos permite no oponer los aspectos subjetivos de la identidad a las condiciones objetivas de la expresión de las pertenencias. La palabra identidad guarda una referencia al sujeto, a lo que el individuo concibe, resiente o decide por sí mismo. El término pertenencia puede ser entendido en un sentido puramente objetivo, pues pertenece al léxico lógico-matemático de la teoría de conjuntos: designa, en nuestro interés, las “marcas y prácticas culturales comunes de orden biológico, territorial, lingüístico, económico, religioso, político, social...”¹⁸ que identifican y diferencian a un grupo. De esta manera se pueden comprender las complejas relaciones y diferencias entre el “yo” y el “nosotros”, teniendo como referencia el “ellos” y los “otros”.

La confluencia de diferentes identidades se fundamenta en sistemas de valores y de referentes culturales, en estilos de vida, prácticas de sociabilidad, etc.; productos de la historia y de las experiencias de la vida cotidiana. La permanencia, consciente o no de estos componentes que se apoyan en la existencia común, da testimonio de la presencia y mantenimiento de una memoria colectiva “mediante la cual el grupo presente reconoce un pasado común, lo rememora, lo conmemora, lo interpreta y lo reinterpreta”.¹⁹

17. Para este caso confluyen, por ejemplo, las identidades: regional, colectiva, individual, cultural y étnica, propias de los integrantes de este grupo ranchero.

18. M. Oriol, “L’ordre des identités” en *Revue Européene des Migrations Internationales*, vol. 1, núm. 2, France, diciembre, 1985, pp. 177-178.

19. J. W. Lapierre, “L’identité collective, objet paradoxal: d’où nous vient-il?”, en *Recherches Sociologiques*, vol. XV, núm. 2/3, Francia, 1984, p. 196. La memoria puede definirse como ideación del pasado, en contraste a la consciencia –ideación del presente– y a la imaginación prospecta –ideación del futuro.

Por su parte, se entenderá como valores socioculturales a las cualidades que atribuimos conscientemente o no a un tipo de relación, de objeto, de comportamiento, de representación. Cualidades atribuidas que nos guían hacia lo deseable, lo apropiado y lo bueno de acuerdo a sus recompensas y puniciones. Por consiguiente, un sistema de valores es “una manera de clasificar las personas, los actos y las ideas, desde lo más deseable socialmente hasta lo más despreciado”.²⁰

Así, pues, la región ranchera jalmichana será identificada y definida partiendo de los factores históricos, sociales y culturales, teniendo como telón de fondo las características propias del espacio natural y de su organización económica (actividades productivas, organización del trabajo y tenencia de la tierra).

LA PERTENENCIA A UN “NOSOTROS”: ESCALAS ESPACIALES DE IDENTIFICACIÓN ENTRE LOS RANCHEROS JALMICHANOS

Las relaciones que los individuos establecen con el territorio se desarrollan en diferentes escalas. Escalas que representan “conjuntos espacialmente circunscritos²¹ correspondientes a las diferentes extensiones de la pertenencia a un “nosotros”. De acuerdo con los datos de campo, se distinguen siete niveles: cinco más cercanos al individuo o grupo y dos complementarios, frecuentemente sesgados y fraccionados (véase ilustración 1).

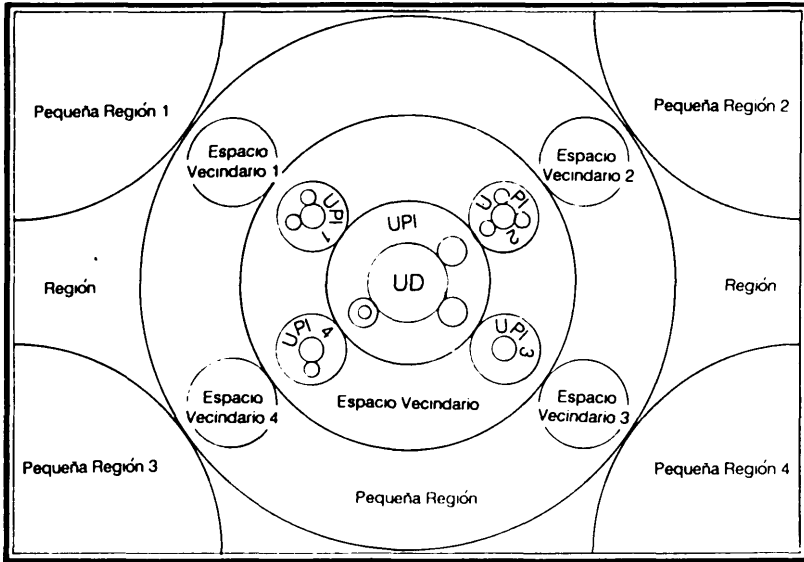
Una vez analizadas y representadas estas divisiones, se constata que la primera escala de identificación a un “nosotros” es el *espacio domés-*

El término “ideación” (Durkheim) pretende subrayar el papel activo de la memoria en el sentido de que no se limita a registrar o reproducir mecánicamente el pasado, sino realiza un verdadero trabajo sobre el pasado, un trabajo de selección, de reconstrucción y, a veces, de transfiguración e idealización. Cada memoria individual participa en su nivel propio de una memoria de grupo, que por supuesto carece de existencia propia porque vive a través del conjunto de todas las memorias, a la vez únicas y solidarias (José Lameiras. 1996, Aportaciones durante las sesiones de asesoría).

20. J. Bremons y A. Geledan, *Dictionnaire économique et social*, 2^o édition, Paris. Ed. Hatier, 1981, p. 127.

21. P. Pellegrino. *et al.*, “Représentations du territoire et identité” en *Espaces et culture*, Suiza, Ed. Georgi-Saint-Saphorin. 1983, p. 30.

Ilustración 1
Principales escalas espaciales de identificación
entre los rancheros jalmichanos



tico, nivel de análisis privilegiado donde se desarrolla la vida íntima de sus moradores. Espacio primario de solidaridades y de conflictos internos, espacio reproductivo y productivo, ámbito del poder femenino que se da y se expande a partir de la intimidad hogareña. Estrechamente ligado a este espacio, tenemos la *unidad de producción integrada* que agrupa varios espacios domésticos nucleares que viven en y de la misma explotación agropecuaria. Es el espacio socioeconómico básico donde se concentra tierra, ganado y trabajo. En este espacio se amarran las relaciones de parentesco, sociabilidad y producción con el acceso y control de los recursos, así como con la composición, tamaño y número de los grupos domésticos que la integran. Las unidades domésticas, en cuanto a la privacidad y organización al interior del hogar, pueden considerarse como nucleares, pero en cuanto a los recursos que trabajan y el terreno donde construyen sus casas, forman parte de unidades domésticas de producción que integran varios hogares (centros de decisión jerarquizados). Sus jefes de familia (hombres o mujeres) son descendientes directos del propietario del rancho, viven en terrenos del

padre y están ligados a él por relaciones de cooperación y de producción. Las unidades de producción integradas o ranchos se encuentran inmersos en espacios gradualmente más amplios.

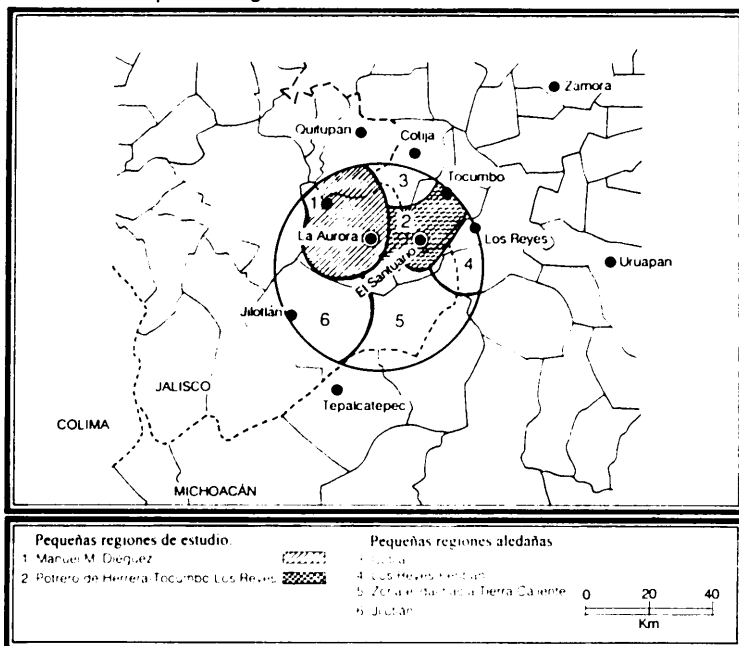
El espacio vecindario es el espacio cotidiano de residencia, trabajo y de intercambios entre vecinos. Las relaciones tejidas entre las personas que ocupan el espacio vecindario le dan una existencia concreta. Entre vecinos existen normas tácitas de solidaridades e intercambios.²² Espacio de estrecha convivencia y de intercambios que anida conflictos y chismes matizados por las relaciones de parentesco y de solidaridad. En el caso tratado, el espacio vecindario se compone por varios ranchos espacial, y socialmente unidos –por ejemplo el conjunto de ranchos formado por La Aurora, La Güera, La Piedra Blanca, El Ciruelo y otros ranchos más pequeños y distantes que recurren frecuentemente a estas localidades–, que mantienen entre sí una convivencia intensa y que obviamente se relacionan social y económicamente con otros espacios gradualmente más amplios y distantes: la pequeña región y la región, escalas todavía inmediatas a su espacio de vida; la nación y el extranjero, escalas superiores, la mayoría de las veces, más imaginadas e idealizadas que vividas.

La pequeña región es el nivel privilegiado para el funcionamiento de las redes de sociabilidad y de intercambio económico. Aquí se reconoce inmediatamente al semejante, al compañero de destino que comparte costumbres y estructuras sociales. Compañero en función del cual se empieza a dibujar la identidad colectiva, es decir, la pertenencia a un grupo y a un universo social propio. En cada una de las dos pequeñas regiones estudiadas en Jalmich,²³ las relaciones son personales y diná-

22. Se pueden prestar utensilios, leche para la elaboración del queso, huevos frescos para las gallinas cluecas, días de trabajo y dinero. El solicitante debe regresar lo mismo que ha pedido y sólo tratándose de dinero un poco más (intereses). Las ayudas o favores, en casos de emergencia, obligan al que los recibe a estar presto a devolverlos.

23. *Grosso modo* la región ranchera jalmichana se divide en seis pequeñas regiones: la de Manuel M. Diéguez (a la que pertenece La Aurora), la de Jilotlán, la de Cotija, la del Potrero de Herrera-Tocumbo-Los Reyes (a la que pertenece El Santuario y el espacio vecindario formado por los ranchos jaliscienses más relacionados con este espacio), la de Los Reyes-Peribán y, por último, la zona ejidal hacia Tierra Caliente. Como se ha manifestado, las localidades estudiadas se encuentran en la primera y en la cuarta pequeñas regiones identificadas.

Mapa 1
Pequeñas regiones de estudio en la sierra de Jalmich



Fuente: Elaborado a partir de la carta de uso de suelos y vegetación "Guadaluajara" SPP, 1980.

micas, generalmente todos se conocen o se ha escuchado hablar de ellos (véase mapa 1). Saben quién vive en tal rancho, su tamaño y número de cabezas de ganado; si sembró ese año, sus conflictos y alianzas y el número de medieros, de hijos, etc.; se está al día sobre bodas, muertes y fiestas. Esta estrechez social contrasta, en un medio relativamente aislado, con deficientes medios y vías de comunicación, terreno montañoso, hábitat muy disperso y población escasa.

Íntimamente relacionado con la pequeña región o espacio local, encontramos *el nivel regional*, en este caso, la región ranchera jalmichana. La región, quinta escala de identificación a un "nosotros", más amplio, más extendido que la pequeña región y nivel de análisis que permite lograr una visión completa del grupo ranchero en cuestión, reúne la serie de divisiones territoriales correspondientes a los niveles de pertenencia identificados anteriormente. Tiene valor no tanto por su homogeneidad, sino porque reúne e interrelaciona los diferentes lugares de la región y especifica en su interior los espacios de pertenencia de sus habitantes.

*Las escalas nacional e internacional.*²⁴ en cuanto a territorios de pertenencia y de referencia de los habitantes de la región jalMichana, se encuentran sesgadas, fraccionadas y débilmente utilizadas. El nivel nacional inmediato se fundamenta en las escalas de vecindad y en la pequeña región. Se ubica en el entorno de las fronteras regionales y sobre todo en lo que conforma el espacio de vida de una persona según su lugar de residencia. Del resto del territorio nacional, muchas veces sólo se tienen referencias vagas e imprecisas. Muchos han viajado a los Estados Unidos sin llegar a conocer la ciudad de México. En el nivel nacional se ubican las decisiones políticas que gobiernan al país.

La escala internacional, representada, la mayoría de las veces, sólo por los Estados Unidos, paulatinamente va formando parte del espacio de vida de algunos habitantes de la región, aparte de ser un nudo más de las redes de intercambio por las cuales fluyen personas, dinero, favores y solidaridades. Los frecuentes viajes al "otro lado" y la estancia temporal con familiares cercanos (hijos, hermanos y tíos) muchas veces son armonizados con los factores naturales, es decir, coinciden con el tiempo seco, cuando hay deficiencia de agua, se acentúa el calor y hay menos trabajo (sobre todo para los que no tienen ganado).

Finalmente, estos siete niveles territoriales de pertenencia no son excluyentes, están gradual e íntimamente relacionados y sobrepuestos, de tal manera que todos o gran parte de ellos pueden confluír a la vez. Las imprecisiones en su clasificación se deben a la dimensión dada a términos tan relativos como vecino, local, pequeña región, etc.; nociones que pueden reducirse o ampliarse según el punto de partida y de llegada. Sin embargo, es evidente que en los primeros cinco niveles, las relaciones entre los habitantes son más estrechas y frecuentes que en los dos últimos.

Dado que es en el espacio doméstico y en la unidad de producción integrada donde las mujeres desempeñan los trabajos de "rancho", de

24. El nivel estatal no es muy referido. Está definido por los trámites de asuntos personales de trascendencia legal, relacionados con la tierra (herencias, compras y pleitos de colindancias) o con las personas (aprehensiones y litigios). Se sabe que allá están las oficinas con mayor poder resolutivo cuyo acceso requiere de intermediarios expertos.

“metate” y de “corral” y donde libran su lucha por el sostenimiento y reproducción del grupo de pertenencia, estos dos primeros niveles serán abordados de manera más amplia en la segunda parte de este trabajo.

EL ESPACIO VECINDARIO Y LA PEQUEÑA REGIÓN: LOCALIDADES DE ESTUDIO

Renunciando a la exhaustividad, se han elegido dentro del vasto territorio de la Sierra de Jalmich dos grupos de localidades de estudio: La Aurora, Jalisco, con sus ranchos circunvecinos, y El Santuario, Michoacán, con los suyos.

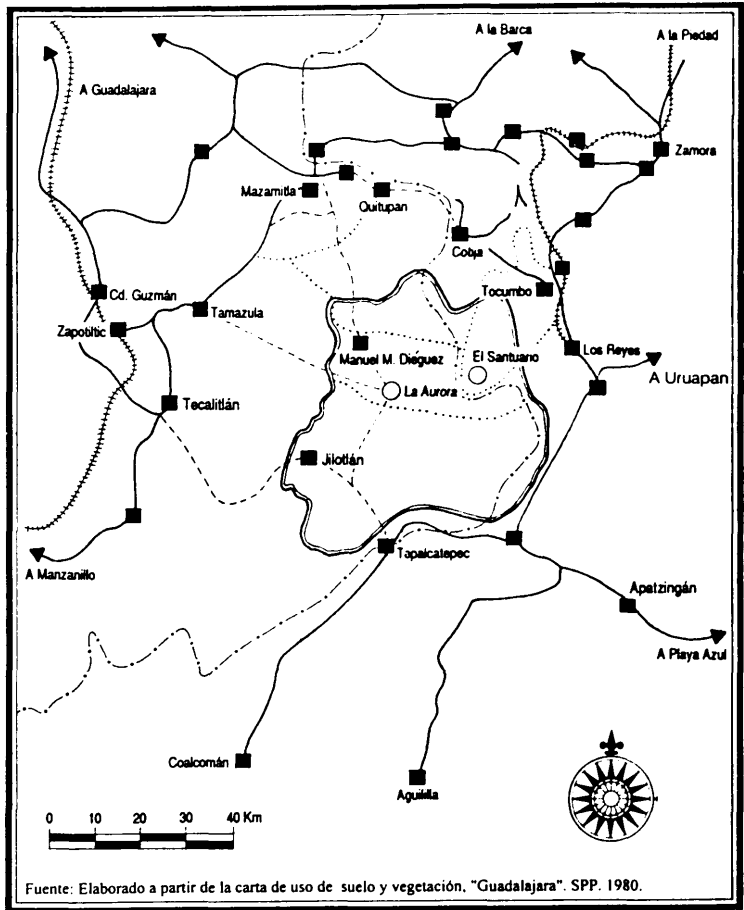
Estos dos grupos de localidades de municipios colindantes que en un mapa parecen estar “a tiro de piedra”, en realidad están separados por una distancia de aproximadamente cincuenta kilómetros de zigzag. Así que para desplazarse de uno al otro se necesitan diez horas de camino a caballo o a pie por ésta que es la vía más recta; o el mismo tiempo –pero a mayor costo e inoportunidad– en camioneta dando el gran rodeo de El Santuario-Los Reyes, de aquí a Tamazula o a Tepalcatepec-La Aurora (véase mapa 2).

La elección de las localidades (nueve en total) entre las centenas de éstas ubicadas en la región ranchera jalmichana se debe a lo siguiente:

La Aurora es la localidad más grande del municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco, y los ranchos circunvecinos tomados en cuenta (La Güera, Piedra Blanca y el Ciruelo) son con los que guarda una relación más estrecha debido tanto a los lazos consanguíneos y sociales como al hecho de que comparten un territorio que pertenecía a un ancestro común. El Santuario es un caso similar: rancho más grande del municipio de Tocumbo, Michoacán; ligado a sus ranchos aledaños (El Rodeo, Los Desmontes, El Mojal y La Alberca) por los mismos lazos de parentesco y territorialidad anteriormente mencionados.

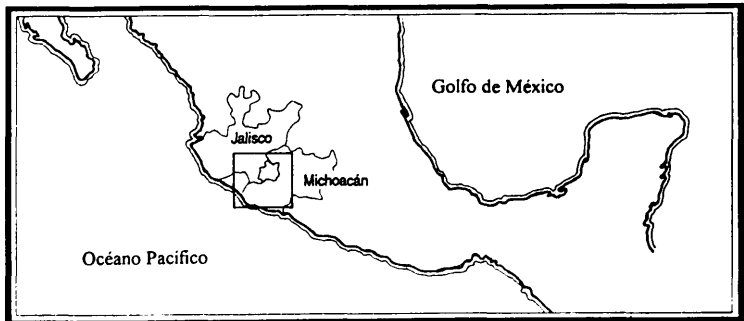
El grupo formado por El Santuario, uno de los múltiples espacios vecindarios de la región, es un caso ilustrativo de la cultura ranchera tradicional. Debido a lo diseminado de su hábitat, a la distancia que lo separa de los centros urbanos más cercanos, a las deficientes y temporales vías de comunicación carretera y a la ausencia de servicios públicos,

Mapa 2
Áreas de estudio en la sierra de Jalmich



Leyenda

- Sierra de Jalmich
- Áreas de estudio
- Cabecera municipal
- Carretera pavimentada
- Brecha transitable en tiempo seco
- Via de ferrocarril
- Límite estatal
- Límite municipal



es depositario de valores, costumbres y tradiciones ancestrales que conforman su peculiar cultura, que empieza a ser gradualmente alterada por la reciente introducción de terracería (1989) y por la renovada ola migratoria hacia los centros urbanos del país y de los Estados Unidos.

Cuadro 2
Ranchos estudiados del espacio vecindario de El Santuario,
Municipio de Tocuambo, Michoacán. Número de habitantes en 1990

Rancho	Número de habitantes	M	H
El Santuario	47	25	22
El Rodeo	3	1	2
Subtotal	50	26	24
Los Desmontes	23	10	13
La Alberca	2	1	1
El Mojal	4	2	2
Subtotal	29	13	16
Total	79	39	40

Fuente: Trabajo de campo, de abril a junio de 1990.

A La Aurora, segundo espacio vecindario elegido, fue importante estudiarla para ver cómo y en qué sentido se van modificando los patrones culturales de la mujer ranchera de estas serranías, debido al mayor contacto con la cultura urbana y extranjera: visitas más frecuentes a las ciudades (brecha transitada en todo tiempo desde 1982), maestros de primaria foráneos, cercanía con la cabecera municipal (con la cual comparte algunas características similares), visitas de funcionarios de gobierno y candidatos a puestos públicos, percepción de programas televisivos, fuerte tradición migratoria a los Estados Unidos, visita de familiares que emigraron dentro y fuera del país, etcétera (véase cuadro 3).

Se trata de rescatar cómo dos grupos de localidades, que en principio comparten un medio físico similar y la misma cultura (valores, rasgos históricamente construidos, organización socioeconómica, condiciones

Cuadro 3
 Ranchos estudiados del espacio vecindario de La Aurora,
 Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco. Número de habitantes en 1991

Rancho	Número de habitantes	M	H
La Aurora	84	44	40
La Gūera	27	14	13
La Piedra Blanca	12	7	5
El Ciruelo	12	6	6
Total	135	71	64

Fuente: Trabajo de campo, febrero-abril de 1991.

de vida y una misma cosmovisión), empiezan –hacia los años sesenta– a vivir procesos distintos a medida que acentúan diferencialmente su contacto con el medio urbano y con las instituciones gubernamentales.

Interesa detectar la existencia de costumbres, valores o creencias que en el pasado fueron comunes entre los habitantes de ambos grupos de localidades, así como identificar los procesos en que se van generando las divergencias, descubriendo los acontecimientos o elementos que las hayan favorecido o propiciado, para que, de esta manera, se puedan identificar las características que todavía les son comunes (convergencias) y que permiten que, respecto al exterior, éstas y todas las demás localidades de esta sierra, se sigan identificando como un grupo relativamente homogéneo (miembros de una misma sociedad ranchera) a pesar de sus divergencias actuales.

Así pues, esta dinámica acarrea cambios en el ser y deber ser de los habitantes de la sierra jalMichana, en su cultura, valores, relaciones de sociabilidad y organización productiva. Los factores y agentes de estos cambios muestran su velocidad y dirección a partir de la situación de referencia: antes de los sesenta, cuando los dos grupos de localidades estaban más relacionados y tenían más elementos en común. Bajo esta perspectiva de cambio social, se intenta llegar a conclusiones más amplias sobre el papel de la mujer y sus variaciones en esta zona ranchera.

*El espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel
M. Diéguez, Jalisco*

Siguiendo genealógicamente a los ascendientes de los actuales pobladores –y propietarios– de La Aurora y ranchos aledaños, encontramos que en su gran mayoría éstos descienden del tronco de Antonio González y de sus dos ramificaciones: Macario Moreno e Irineo Pérez (yernos de don Antonio).

Cuando el “gobierno” atendió solicitudes de tierras “realengas”²⁵ y efectuaba subastas (hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX), el cotijense Antonio González adquirió una extensa propiedad en cuyo centro construyó su casa muy cerca del “ojo de agua del coyote”, contiguo a lo que ahora es La Aurora y fue único vecino en ese tiempo. La ganadería fue su actividad principal, “cuentan que tenía mucho ganado, unas 500 reses”. En una ocasión tomó una muestra de una mina que descubrió y la envió a Cotija; personas interesadas en el asunto se dirigieron al rancho de Antonio González con bastante pólvora para abrirla. El señor Antonio, al ver los explosivos, temió que le quemaran el pasto y tapó la mina –ubicada en el Llano del Lobo, cerca del Bimbalete– sin permitir que conocieran el lugar.²⁶ Este relato quizá sea fantasioso, pero el dominio de la actividad ganadera sobre la minería ciertamente no lo fue. El matrimonio formado por Antonio González y Jesús Farías no fue muy prolífico, tuvieron dos hijas: Francisca y Rafaela González Farías. Estando pequeñas Rafaela y Francisca, don Antonio cambió su residencia cerca del ojo de agua El Mango, en lo que hoy es La Aurora. Francisca se casó con Macario Moreno, descendiente de los propietarios de la Hacienda de San Vicente en Tamazula, Jal., y comprador de ganado que visitaba frecuentemente el rancho de don Antonio. Francisca y Macario tuvieron cinco hijos: Candelaria, José, Pilar, Román y Jesús Moreno González (véase genealogía 1).

25. Terrenos pertenecientes al Gobierno.

26. Versión dominante recabada por el profesor Federico Bautista a lo largo de sus aproximados diez años de estancia en la Aurora.

Por su parte Rafaela se casó con Irineo Pérez Chávez, originario de Ocotlán, Jalisco, trabajador del rancho de don Antonio González. Don Antonio se opuso al matrimonio de su hija, pero terminó por ceder cuando ella se fugó con Irineo. El fruto de este matrimonio fueron tres hijos: José, Justa y Cirila Pérez González (véase genealogía 1A).

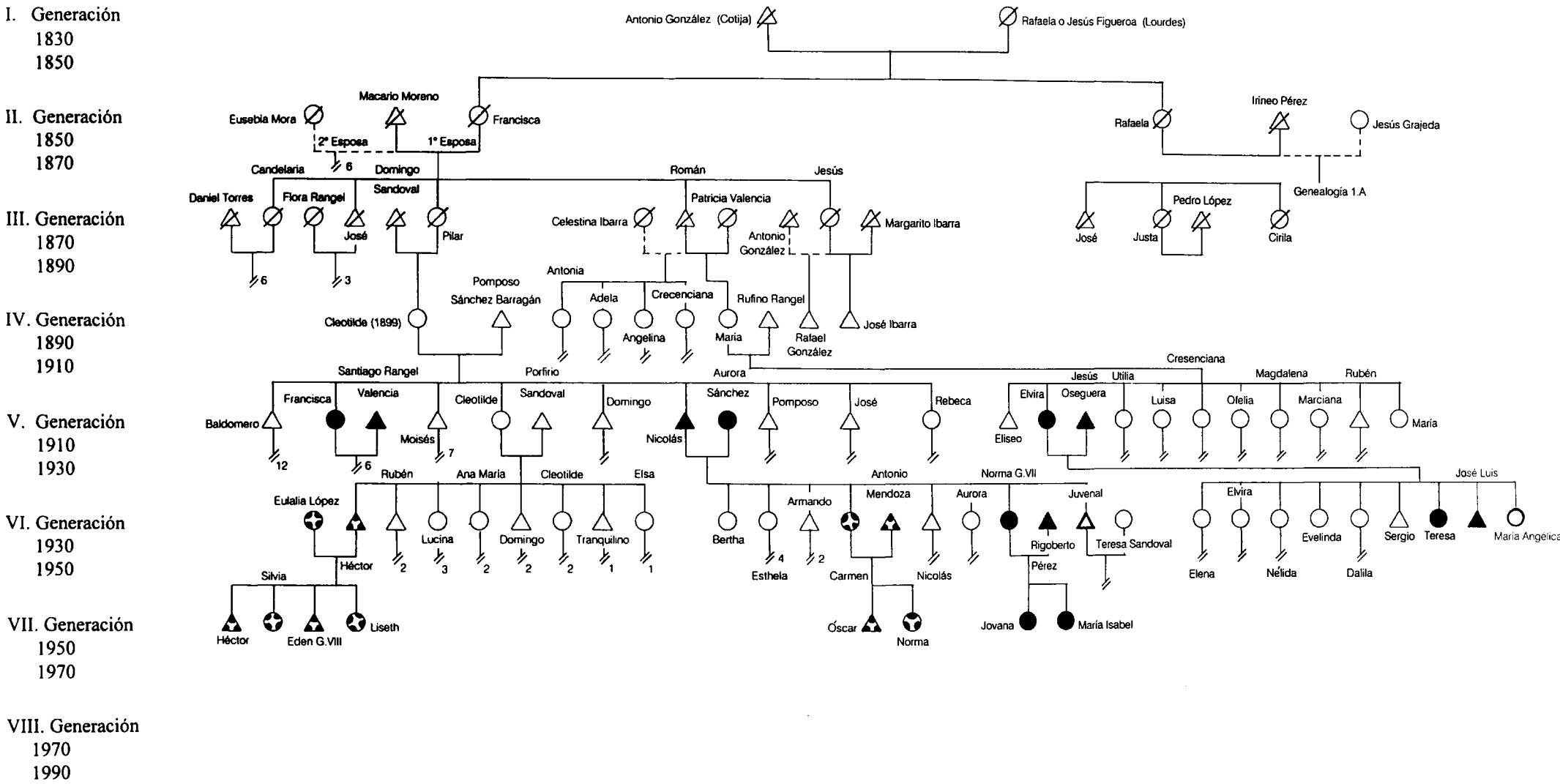
Las dos hijas de Antonio González murieron jóvenes. Sus dos yernos se volvieron a casar: Macario Moreno con Eusebia Mora (de El Molinito) e Irineo Pérez con Jesús Grageda (de familia de medieros de La Aurora); nietos y yernos con sus nuevas esposas seguían viviendo en su rancho. Antonio González dividió su propiedad en dos partes y las heredó directamente a sus nietos. La parte más grande, de acuerdo al número de miembros de cada familia (véase mapa 3), pasa a los hijos de Francisca y Macario. La otra parte fue dada en herencia —inicialmente— a los tres descendientes de Irineo Pérez y Rafaela González.

Antonio González vigiló que sus nietos recibieran en propiedad los bienes que en vida les dio en herencia. Con los Moreno González lo logró, pero con los Pérez González fue distinto. José y Cirila murieron jóvenes y las porciones heredadas por ellos pasaron a manos de su padre (Irineo Pérez); Justa, invidente, no se casó joven. Ya grande de edad (con más de cincuenta años) se fugó con Pedro López Valladares, hombre de edad avanzada también, vendedor de pan y de plátanos —de la huerta de Cresencio Herrera— que recorría los ranchos de Santa María a La Aurora en su burra “torda”, que portaba dos grandes canastas, una por cada lado. En una de ellas Justa emprendió la fuga: se metió en la que estaba vacía y su cabeza fue cubierta con hojas de vástago, así fue como escapó momentáneamente de La Aurora y del dominio de su padre.²⁷ Vivió en la

27. Según comentan los habitantes de La Aurora, Justa en su niñez no tenía problemas en la vista, “la ceguera le vino cuando ya era señorita”, Justa “molía mucho” (transformaba cerca de cuarenta litros de maíz en tortillas) porque había que alimentar a los trabajadores del rancho y a su propia familia. Cuentan que Justa era muy “pretenciosa”, que le gustaba arreglarse bien y que cada día, después de elaborar las tortillas, se lavaba la cara. En una ocasión, terminando de tortear, su papá le ordenó que lo acompañara a Santa María. El viaje fue a pie y cuando pasaba por un arroyo se lavó la cara. Cuando llegó a Santa María dicen que veía borroso y que después no volvió a ver. Al parecer Justa siempre quiso que la atendiera un doctor, pero su padre no hizo nada al respecto, a pesar de que ella era beneficiaria de una parte de la herencia de su abuelo materno. Se comenta que Justa unió su vida a la de Pedro López, porque nunca aceptó que su padre le haya negado atención médica a su problema de la vista. De esta manera, los hijos del nuevo matrimonio de su padre no se beneficiarían de la parte de la herencia que le correspondía (los ranchos de La Güera y la Piedra Blanca).

Genealogía 1. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

Tronco: Antonio González y Rafaela Figueroa



Hombre Mujer
 MATRIMONIO 2º Matrimonio
 J O S
 Hermanos Corte convencional

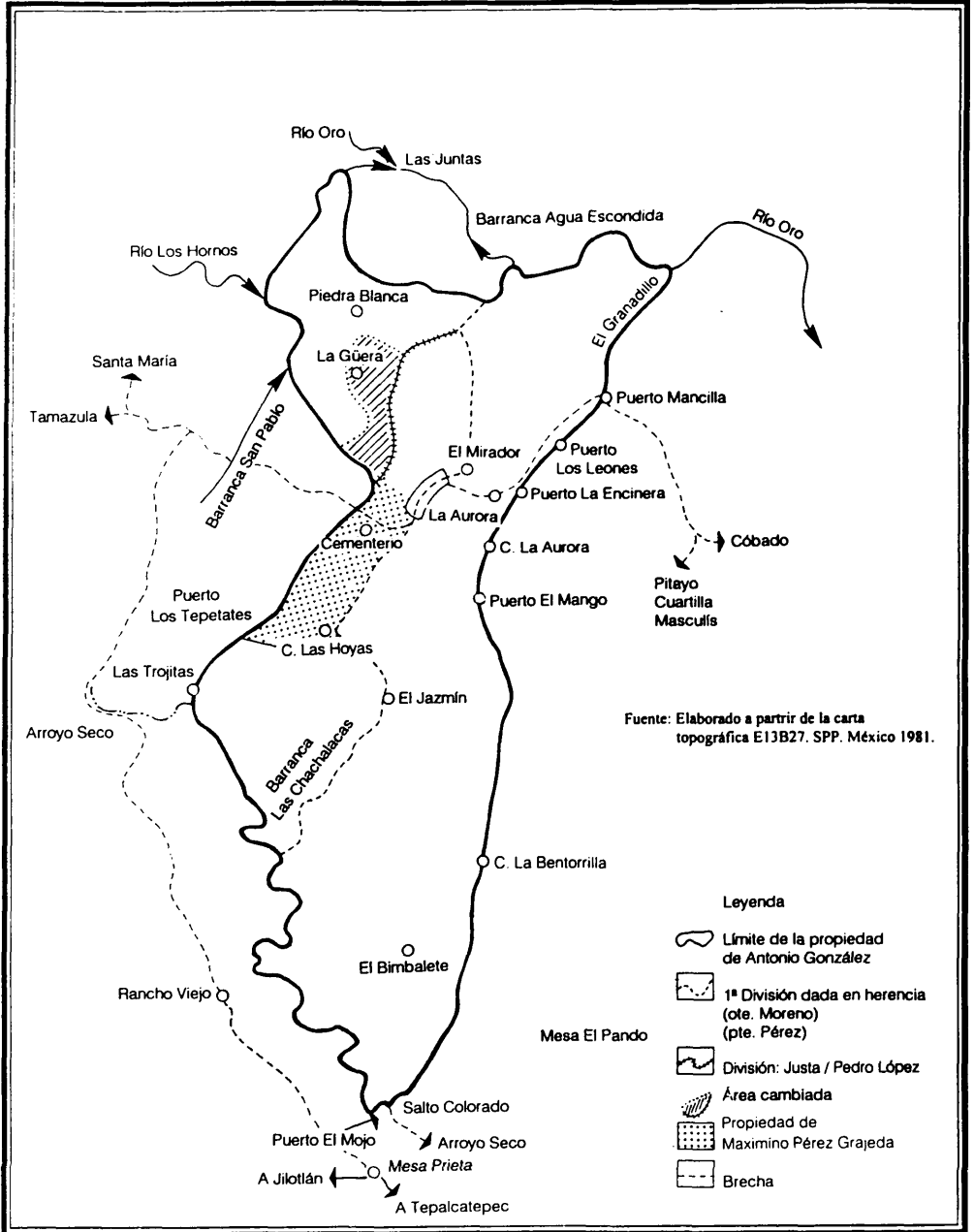
Mujer y hombre que viven en La Aurora
 Mujer y hombre que viven en El Ciruelo
 Mujer y hombre habitantes de La Güera
 Que vivió en la localidad referida durante el periodo de trabajo de campo y luego emigró
 Que ha emigrado dentro y fuera de la región
 Fallecido

Matrimonios entre parientes
 ----- Matrimonio entre sobrino(a)-tía(o)
 ===== Matrimonio entre primos hermanos(as)



Irineo Pérez Chávez. Ancestro de la mayor parte de los pobladores actuales de La Aurora, Jalisco.

Mapa 3
 Acumulación y distribución de la tierra
 Propiedad de Antonio González. La Aurora,
 municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco



Genealogía 1 A. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

Tronco: Irineo Pérez y Jesús Grageda

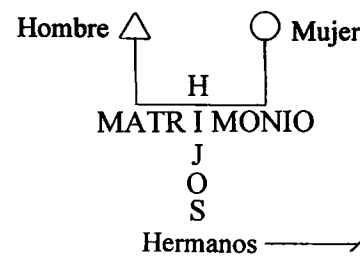
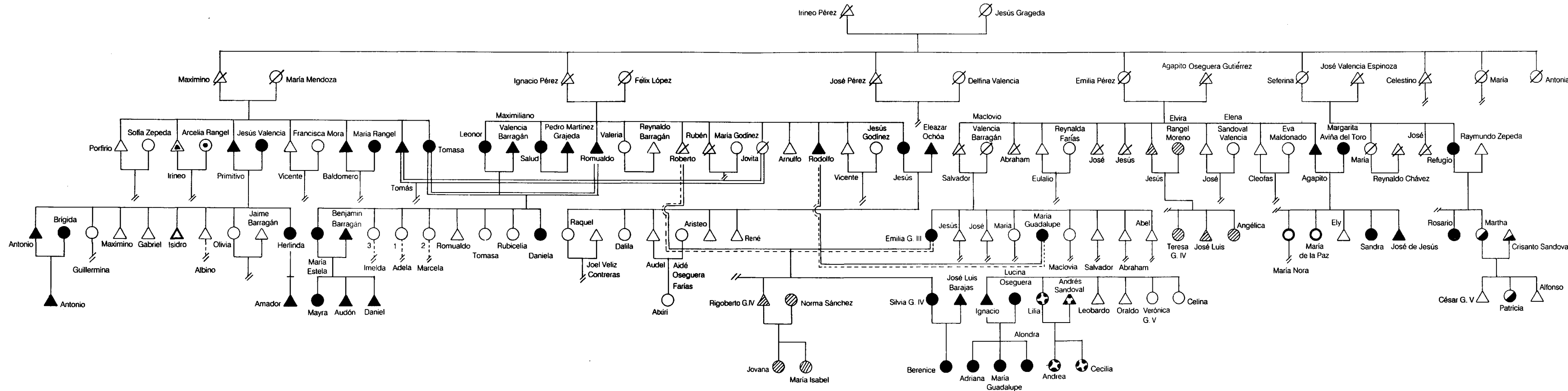
I. Generación
1860
1890

II. Generación
1890
1920

III. Generación
1920
1950

IV. Generación
1950
1980

V. Generación
1980



- Mujer y hombre que viven en La Aurora
- Mujer y hombre habitantes de El Ciruelo
- Mujer y hombre habitantes de La Güera
- Fallecido
- Viven en unión libre
- Que vivió en el rancho de referencia durante el periodo de trabajo de campo y después murió
- Que se repiten en otras genealogías aquí referidas
- Que ha emigrado dentro y fuera de la región
- Que vive un periodo fuera y otro en el rancho
- Dentro del espacio del vecindario, que vienen de otro rancho a uno que forma el espacio vecindario
- Matrimonio entre primos hermanos (as)
- Matrimonio entre sobrino(a)-tía(o)

propiedad heredada de su abuelo –rancho La Piedra Blanca– con Pedro López y los nietos de éste: Patricio y Salvador López Cisneros,²⁸ quienes la acompañaron y cuidaron varios años en su vejez.

Justa dio en herencia su rancho a Pedro López y éste a sus nietos Patricio y Salvador, actuales propietarios de la Piedra Blanca. Las otras dos partes de la herencia que quedaron en manos de Irineo Pérez pasaron a la numerosa descendencia de su segundo matrimonio con Jesús Grajeda: Maximino, Ignacio, José, Emilia, Seferina, Celestino y María; Antonia no recibió herencia. La tierra se fraccionó y muchos de los nietos de Irineo sólo pudieron acceder a un solar para su vivienda. Gran parte de sus descendientes aún viven o tienen propiedades en La Aurora, otros vendieron o simplemente emigraron a Santa María del Oro (Manuel M. Diéguez), Ciudad Guzmán, Zapotiltic y Tuxpan, Jalisco, o a los Estados Unidos (California o Chicago).

Por su parte, la mayoría de los descendientes de Macario Moreno y de Francisca González dejó La Aurora, algunos aún conservan sus tierras y las trabajan –los que residen en Santa María– o rentan a sus parientes que se quedaron, otros vendieron y emigraron a los mismos destinos que sus primos. Sólo tres de ellos (y media docena de sus hijos) siguen fieles a la tierra de sus ancestros por línea materna.²⁹

Los descendientes de Francisca González Farías, hija de Antonio González, y de las nuevas familias de sus yernos construyeron sus casas en el lugar llamado El Reparó, sitio donde don Antonio ya residía y había plantado un zalate a escasa distancia de su casa. El caserío aumentó tomando como centro este árbol que vivió alrededor de tres-

28. Pedro López Valladares se casó por vez primera con Francisca Valencia y tuvieron un hijo: Salvador López Valencia. Después de que la señora Francisca murió, Pedro se casó con Justa Pérez. Debido al problema visual de Justa, se contrató a la señorita Secundina Cisneros Ibarra para que hiciera el quehacer de la casa y la atendiera. Los jóvenes Salvador y Secundina entablaron una relación que dio como fruto cuatro hijos: Patricio, Pamuseno, Arnoldo y Salvador. Secundina no logró formalizar su unión con Salvador quien se casó con Antonia Pérez, hija de Irineo. Salvador y Antonia residieron en La Güera mientras Secundina siguió ahí al servicio de los ancianos. Secundina tuvo otros dos hijos cuyo padre no fue Salvador López Valencia. Cuando los hijos de Secundina crecieron, migraron a los Estados Unidos llevándose a su madre con ellos, sólo Patricio y Salvador se quedaron con los ancianos.

29. Los descendientes de Antonio González que actualmente viven en La Aurora son sus bisnietos Francisca y Nicolás Sánchez Sandoval (y tres hijos de este último), hijos de Cleotilde Sandoval Moreno. Además Elvira Rangel Moreno (y tres de sus retoños), hija de María Moreno Valencia.

cientos años, y a los apellidos González, Moreno y Pérez se les sumaron –principalmente– los: Grageda, Sánchez, Sandoval, Ocegüera, Rangel, Barragán y López.³⁰ Los Sandoval predominan en lo que hoy es La Güera, los López en la actual Piedra Blanca y los Barragán se reparten entre El Ciruelo y La Aurora. Los Rangel dominan en los ranchos de Huilumba (El Cóbano, La Rudillera y Abasolo) pero algunos se han venido a vivir a La Aurora y a La Güera, ya sea por matrimonio o por compra de tierras.³¹

El apellido González, transmitido por el antiguo poblador y propietario de estas tierras, ha desaparecido y, la ranchería El Reparó (“porque aquí se reparaban las tropas en tiempos de la revolución”, versión local), conservó este nombre hasta que en 1941, en una visita que el obispo García de Alba hizo al lugar, la rebautizó con el nombre de La Aurora de Guadalupe “porque –según este obispo–, de aquí se ve muy bien La Aurora de cada nuevo día” y desde entonces se llama así.

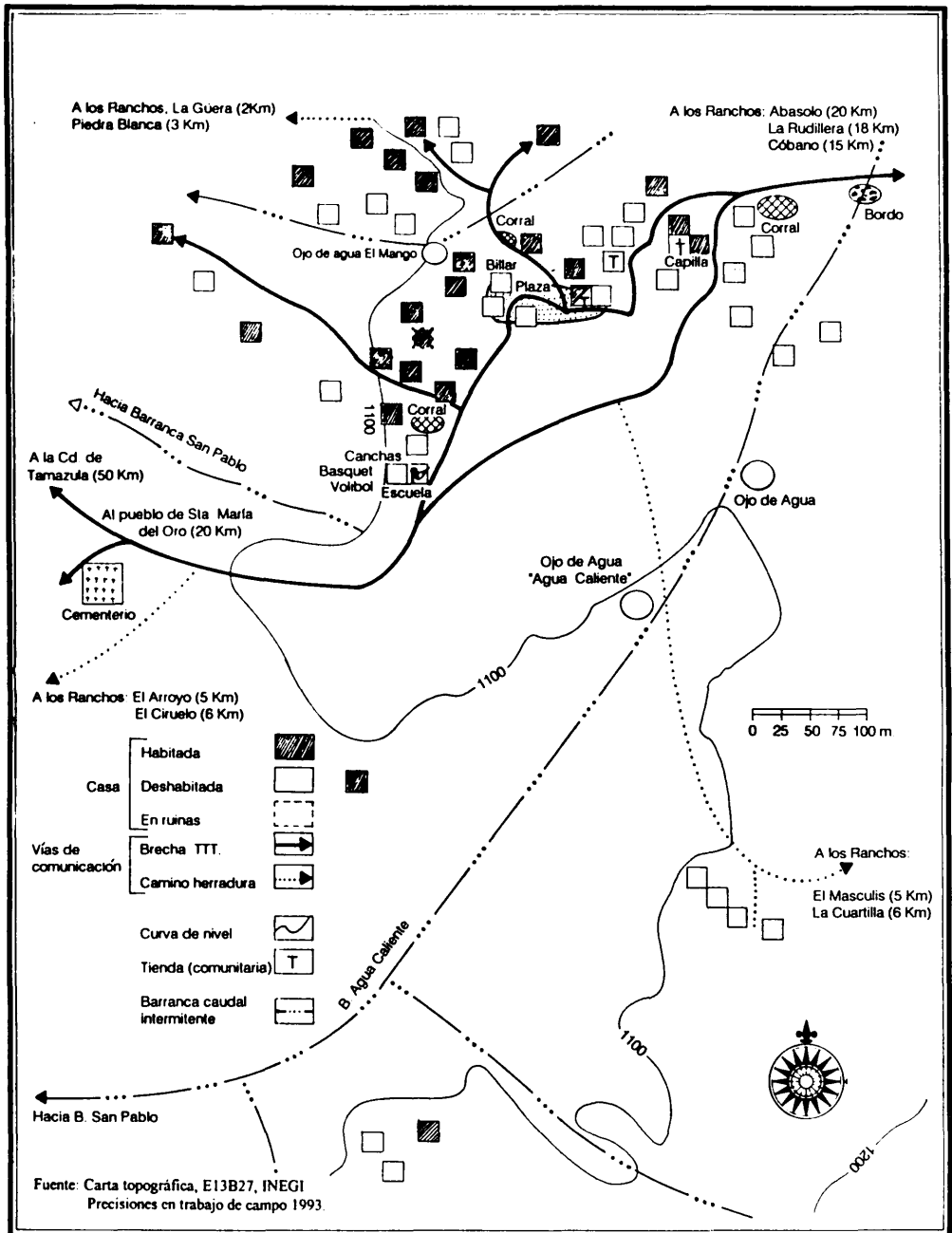
En la actualidad, La Aurora tiene la categoría política de “congregación”, es una ranchería dispersa y semipoblada (véase mapa 4). De las 49 viviendas de adobe, sólo 25 están habitadas y con constante amenaza de abandono por los crecientes proyectos migratorios, hecho que contribuye a la disminución de sus ya mermados 84 habitantes.³² A pesar de que cuenta con el servicio de energía eléctrica desde 1985, escuela primaria federal desde 1968, tiendas de abarrotes a partir de 1945, un

30 Según testimonios orales de los lugareños, los Sánchez son originarios de Santa María, los Sandoval provienen de la rama de Praxedis Sandoval, medio hermano de Irineo Pérez, que venía de la Sierra de Cotija, los Ocegüera dejaron San Diego Quitupan para vivir en La Güera y los López llegaron de la Sierra de Gallineros a trabajar en la zona.

31 Santiago Rangel Farias compró la hacienda de la Chachalaquilla que colindaba con la propiedad de Antonio González en la Fila de La Aurora. Catarina Rangel, hija de Santiago, se casó en 1893 con un medio hermano de Irineo Pérez Chávez. Se fueron a vivir a La Güera en mayo de 1917. Justa Pérez González cambió con Catarina Rangel el terreno de La Güera por otro que se encuentra al lado izquierdo del cerro de La Paja y baja al río de La Canela. Es por esto que los Sandoval viven en La Güera. Unos han partido, pero aún quedan los que aprecian el patrimonio de sus ancestros, que aman y toleran la rusticidad de la vida ranchera. Hector Sandoval y familia y los descendientes del recién fallecido (1994) y apreciado Jesús Sandoval.

32 Dato de 1993. Actualización de la cifra recabada en el trabajo de campo realizado de febrero-abril de 1991. En junio de 1996, 47 de las 49 viviendas estaban ocupadas y se habían construido otras tres. Se observa que La Aurora empieza a ser un centro de atracción (por sus servicios y vías de comunicación) que tiende a concentrar a la población de los ranchos aledaños más aislados.

Mapa 4
 Croquis de La Aurora (1993)
 Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco



pequeño billar (1990), capilla (1956), brecha (1960) transitable en todo tiempo (1982) y radio comunicación (1993). los jóvenes no quieren permanecer en La Aurora y mucho menos trabajar en la agricultura y ganadería, “seguramente son menos tontos que nosotros –dice Francisca Sánchez–, no sabíamos hacer otra cosa que trabajar como burros”; ahora ellos quieren empleos remunerados. lo cual es imposible en La Aurora, tienen que buscarlos fuera. Muchos padres que ven partir a sus hijos se quedan para atender y cuidar lo que con tanto esfuerzo han logrado tener o sostener y, sobre todo, para mantener y cultivar entre sus ausentes hijos (durante sus cortas visitas) el lazo más directo que los une a sus antepasados: la tierra.

En La Aurora, ubicada a 1,130 msnm, la precipitación media anual es de 1,000 mm. En el tiempo seco, la escasez de agua para el consumo humano y animal es uno de los principales problemas, los ojos de agua ubicados cerca del poblado no son suficientes ni para el consumo doméstico.³³ Sus propietarios comparten –a veces forzadamente– con los vecinos el líquido que difícilmente se junta en pozos y pilas de tamaño reducido y que transportan en tarros de hierro a lomo de burro. El traslado por manguera a las casas ubicadas en niveles más bajos que la fuente de agua, sólo da problemas y enemistades pues, como dicen los afectados, “se llevan cómodamente el agua que quieren y dejan a los demás sin nada”.

En los meses secos más críticos del año (finales de abril, mayo y principios de junio) el consumo de agua se controla más y se tiene que madrugar para poder acceder a ella en cantidades suficientes de acuerdo a las necesidades de cada hogar. Hay mujeres que la transportan durante la noche, prefieren no dormir algunas horas y tener agua para darle de beber a sus animales domésticos, a la vaca de la leche y a las bestias de montar; así como para la limpieza personal, de la casa y la preparación de los alimentos. Si ya se agotaron los ojos de agua cercanos, la ropa se lava en El Agua Caliente (ojo de agua tibia y azufrada) y en el río

33. El agua de estas fuentes era abundante durante todo el año, según testimonios orales. A partir de un temblor de tierra en 1940, el agua se recortó y alrededor de 1965 los manantiales prácticamente se agotaron durante el tiempo seco.

de La Canela, a 45 minutos o a una hora de camino por terracería; o en El Agua Escondida, a 30 minutos a lomo de burro o mula.

Por su parte, el ganadero cuida –de sus vecinos– y da mantenimiento a las fuentes de agua ubicadas en su propiedad donde acude a beber el ganado. Muchos de los conflictos son motivados por este recurso natural tan escaso comopreciado, sobre todo cuando las fuentes de agua están en los linderos de las propiedades son causa de enemistades, muertes, y en consecuencia, abandono o renta periódica de las explotaciones ganaderas. Si una fuente de agua, ubicada dentro del caserío, debe estar destinada –por norma común– al consumo doméstico, la ubicada en los potreros ganaderos dan prioridad al consumo humano: “El agua limpia, sólo para beber” y después, a los animales. Pese a este discurso, quien lleve agua de estas fuentes y no deje para que el ganado beba se enfrenta al enojo del propietario, quien generalmente prohíbe que esto vuelva a suceder. El hecho más contundente lo encontramos en la fuente El Agua Escondida que desde 1994 abastece a La Aurora: es el agua que sobra a los animales, la que se entuba para el uso doméstico.

En 1992, dentro del Programa Nacional de Solidaridad, coordinado por el entonces presidente municipal, Dr. José Ángel Zamorano, se construyeron dos bordos en terrenos de La Aurora; uno en los límites del caserío (en terrenos de Baldomero Sánchez) y otro en el rancho de El Pitayo, propiedad de los herederos de Domingo Barragán Rangel. En tiempo de estiaje, los ganaderos que no tienen agua suficiente en sus terrenos llevan a beber las reses a estas presas, debiéndolas vigilar y sacar del lugar cuando hayan terminado; los que tienen camioneta equipada con recipientes para transportar agua –pipas o barriles– se abastecen en estas fuentes y transportan el agua a los depósitos construidos en sus potreros ganaderos. Esto ha eliminado los viajes a fuentes más lejanas como El Agua Caliente y el Río de La Canela.

Pero no sólo se trabaja en los ranchos. En horas de descanso, niños, jóvenes y adultos se reúnen –preferentemente– en la cancha de la escuela, en la “Higuera o plaza” o en la capilla; también en el ojo de agua El Mango se da una bulliciosa convivencia cuando se tiene algo que hacer allí.

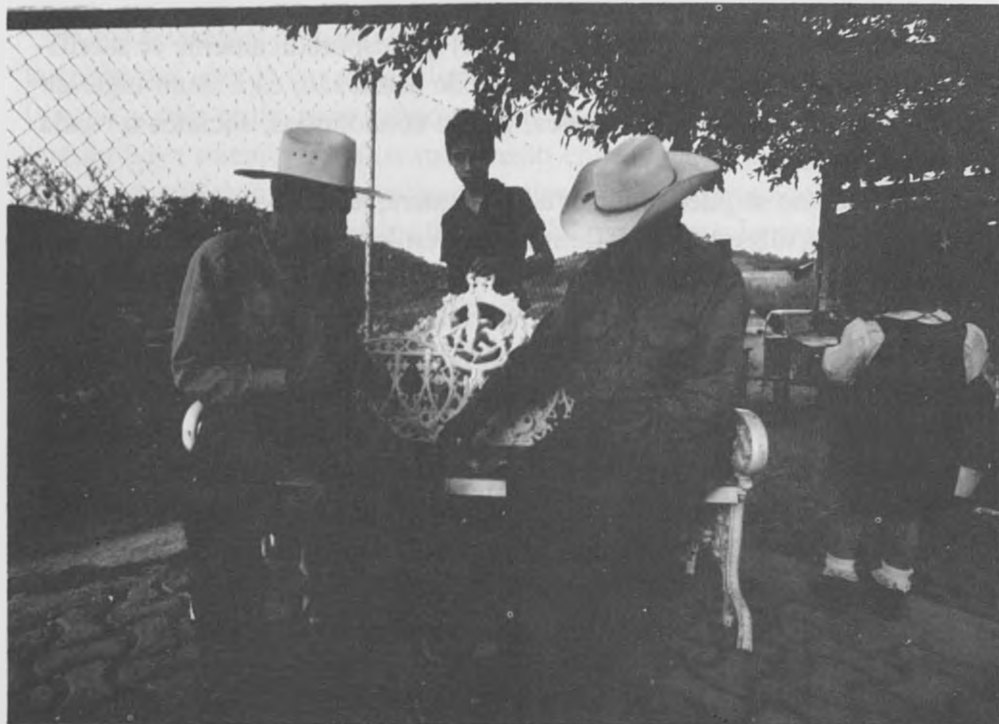
Por las tardes, algunos jóvenes y adultos se reúnen en la cancha de voleibol de la escuela primaria. Ahí forman equipos mixtos y juegan aplicando sus propias reglas y técnicas. El fútbol, deporte masculino por excelencia, se juega en caso de eventos deportivos entre La Aurora y otros espacios vecindarios, especialmente Huilumba, Santa María, San Fernando y El Montoso. También es el deporte escolar inculcado por los maestros foráneos. El basquetbol se practica sólo esporádicamente cuando algún miembro de la generación más joven de los migrantes visita su terruño.

Por las noches se acude a la plazuela llamada La Higuera (antaño, El Zalate Plantado, llamada así por el árbol que colocó ahí don Antonio González) para conversar e iniciar, alimentar o terminar noviazgos, ambientados con las melodías de los ídolos más populares del momento (Los Yonic's, Los Caminantes, Los Bondadosos, Los Humildes, Bronco, Ramón Ayala, Vicente Fernández). Aquí también se reúnen los niños que forman —en tiempo seco— tremendas polvaredas al remover, en sus juegos, la tierra arenosa aplacada sólo con las lluvias.³⁴ Las personas adultas también vienen aquí, conversaban antes, sentadas en rústicas bancas de madera³⁵ o en los bordos de las dos únicas banquetas de la ranchería (construidos afuera de las casas de Irineo Pérez Mendoza), ahora lo hacen en modernas bancas metálicas, hasta las nueve de la noche entre semana y hasta las diez o más tarde los sábados y domingos. También acuden a La Higuera los visitantes de los ranchos circunvecinos, quienes vienen a ver a parientes y amigos, a sus encuentros amorosos o a tratar diversos negocios.

Por la plaza pasa la terracería que va hacia Huilumba. Ahí se encuentran dos de las tres tiendas de abarrotes y el billar del lugar (frecuentado casi sólo por hombres). A un costado de la capilla se ubica la otra tienda de abarrotes de La Aurora. Es en La Higuera donde se vende la carne de

34. En 1994, el gobierno municipal, apoyado en el Programa Nacional de Solidaridad, realizó la construcción de la plaza de La Aurora, cuyo adoquín evita las polvaredas que se soportaban sólo por la convivencia en la plaza.

35. Tres, situadas en el costado izquierdo de la plaza y dos, a la salida de la tienda de abarrotes de "don Jesucito" (Jesús Barajas).



Pasatiempos de ayer y hoy en La Aurora, Jalisco.

los animales menores (chivos y cerdos) que esporádicamente se sacrifican para el consumo local. Como puede deducirse, éste es un lugar de intensos encuentros y relaciones, ya sea económicos, sociales o “nada más de paso”.

Aunque no se puede igualar a La Higuera, la capilla es un lugar muy concurrido, sobre todo los domingos y en las visitas del párroco. Los domingos, un grupo de jóvenes solteras organiza el rosario que es dirigido por alguna madre de familia; normalmente las campanadas inician a las seis y media, el rosario a las siete de la noche y cerca de las ocho, ya cumplido este deber, la mayor parte de los habitantes se reúne en la plaza. La capilla ha sido el espacio privilegiado —mediante los grupos de reflexión y los mensajes emitidos por sacerdotes y seminaristas— para tratar asuntos relacionados con el bienestar común. Ha sido ahí donde los habitantes de estos ranchos han escuchado y aprendido los conceptos de comunidad, unión, espíritu de servicio, organización, servicios para la comunidad, etc.; conceptos que van formando parte de su discurso y de sus anhelos e ideales: “Nos gustaría que aquí hubiera más unión, más confianza y menos envidia, que viviéramos bien en común, que hubiera acuerdos entre la gente y que hubiera secundaria, clínica, teléfono y drenaje” —comenta una joven catequista. Como acaba de mencionarse, los grupos de reflexión se reúnen en la capilla; una vez por semana, un grupo mixto de adultos acude para leer y comentar —guiados por la señorita Teresa Ocegüera— los textos que, para este propósito, reparten los sacerdotes de la parroquia. Aquí se discute la desunión, la falta de cooperación, los derechos de la mujer y de los niños, sus obligaciones con la comunidad, etcétera.

Finalmente, las muchachas solteras se reúnen —una vez por semana o cuando el sacerdote anuncia una visita— en la capilla para asearla. Charlando alegremente, realizan su trabajo, sin olvidar limpiar el cuarto del sacerdote. También estas muchachas se reúnen periódicamente para repasar o aprender los cantos sacros que entonan en las ceremonias religiosas. De igual manera, los sábados imparten el catecismo a los niños de este espacio vecindario. Como puede notarse, sobre ellas recae la mayor parte de las actividades religiosas, podemos decir que son los pilares de la Iglesia católica en esta zona y gracias a ellas se activan ciertas prácticas de sociabilidad.

A los diferentes ojos de agua de El Mango, por las mañanas, acuden las personas para llevar agua a lomo de burro a sus hogares, para lavar la ropa o, más tarde, para bañarse (para esta última actividad, se cuida que no haya miembros del sexo opuesto en el lugar). El transporte de agua frecuentemente está a cargo de mujeres o de varones adolescentes. Mientras se llenan de agua los tarros de hierro, se lava la ropa o se bañan, se aprovecha para conversar, no siempre muy amigablemente, con los demás asistentes. Si no se continúa alguna riña, se comenta lo que pasó el día anterior en La Higuera, en la tienda, en la capilla o en la cancha de voleibol: quién fue y quién estuvo ausente, quién se disgustó con alguien; quién salió de la ranchería, a dónde fue, si ya regresó, si “el calcetín” ya trajo el viaje semanal de fruta, verdura y pan, si las cosas están más caras, qué pasa en los otros ranchos, quién va a venir de Estados Unidos, etcétera.

Los principales momentos de convivencia cotidiana fuera del vecindario se dan en la cacería del venado, de huilotas o simplemente de lagartijos; en la pesca, en los momentos de ayuda interpersonal, en las escapadas para “comer gallina con los amigos”, en la recolección de frutas o de nopales, o en los baños en el río. La cacería es una actividad masculina por excelencia, al igual que la pesca y el “comer gallina con los amigos”, los demás momentos son de convivencia familiar. Tomando en cuenta la peculiaridad de los momentos de convivencia, nos abocaremos a “la ayuda interpersonal” y a “comer gallina con los amigos”.

Cuando un rancharo enfrenta problemas cuya solución sea colectiva —por ejemplo, el traslado de un animal accidentado— se convoca a vecinos y conocidos para que apoyen en estos trabajos. Por su parte, la esposa del afectado organiza los ingredientes y a las mujeres que le auxiliarán en la preparación de los alimentos para los que acuden para ayudar. Generalmente se llevan gallinas que serán sacrificadas y preparadas cerca del lugar de los hechos, bajo la sombra de algunos árboles, mientras que los hombres trabajan. Llegada la hora de comer, si es posible se suspende el trabajo y todos se reúnen para descansar un momento y alimentarse. Al calor del sol y de las bebidas ofrecidas, la convivencia empieza. Mientras se come o se bebe se hacen bromas, se comenta la

dificultad del caso, quién no pudo ir y por qué, quién falta de comer, etc. Después de un momento de reposo, los hombres continúan su trabajo y las mujeres el suyo. El regreso se hace en grupo.

En estos eventos se manifiesta el apoyo de los propensos a estos trances. No se remunera a los asistentes, pero el solicitante recordará la ayuda de cada uno y se sentirá especialmente obligado con ellos, lo que significa que estará presto para apoyar a los demás cuando lo necesiten.

Por otra parte, cuando los jóvenes tienen deseos de beber y conversar lejos de la mirada de la gente del caserío, en un ambiente íntimo, sea de día o de noche, se van a “comer gallina con los amigos”. Bajo el cobijo de algún árbol se da la “con bebencia” entre los amigos que espontáneamente la organizan; la gallina, preparada de preferencia en caldo, algunas veces es robada, hecho que le da emoción y suspenso a la reunión. Por lo general, al día siguiente se descubre su fechoría y tienen que reparar los daños. Las bromas y los comentarios divertidos de estas aventuras se rememoran cuando el grupo o parte de él se vuelve a reunir después de un tiempo. Los migrantes suelen activar este tipo de reuniones para conmemorar la vida de su rancho de origen.

A los acontecimientos rutinarios se añaden otros de tipo religioso y profano no muy frecuentes que alteran la monotonía diaria. La actividad religiosa más intensa se da –sobre todo si participa algún sacerdote o seminarista– durante la fiesta del doce de diciembre y la Semana Santa. La fiesta en honor de la Virgen de Guadalupe, patrona del lugar, comienza el día nueve de diciembre, con la peregrinación de los niños. Los niños se reúnen –alrededor de las 17 horas– en la entrada poniente de La Aurora, de aquí se dirigen a la capilla exhibiendo pancartas con lemas y deseos religiosos, y estandartes con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Camino a la capilla, acompañados por jóvenes y adultos, los niños rezan y cantan guiados por las catequistas y otras mujeres de La Aurora en honor a la reina de los mexicanos. La peregrinación termina en la capilla y si hay sacerdote se celebra misa, si no, las muchachas leen las sagradas lecturas correspondientes a ese día y se rezan algunas oraciones. El día diez los jóvenes realizan su peregrinación y el once, los adultos. Durante estos tres días, después de la reunión y celebración en la capilla, la gente convive en la plaza de La Aurora.

El doce de diciembre se llevan las mañanitas a la Virgen –de preferencia con mariachi. Alrededor de las 17 horas, se realiza la última peregrinación: ahora niños, jóvenes y adultos del espacio vecindario de La Aurora y de otros ranchos aledaños caminan hacia la capilla donde se encuentra la imagen de la Guadalupana para rendirle culto. Si hubo buena organización, una camioneta transporta una estampa viviente de la aparición de la Virgen a Juan Diego en el Tepeyac. En este día la plaza es más concurrida y la convivencia más intensa.

Por otro lado la Semana Santa se celebra siguiendo las tradiciones principales de ese periodo. Por principio durante este tiempo no “se debe” realizar ningún trabajo pesado, sólo lo indispensable –dar de comer y beber al ganado, ordeñar la vaca de la leche, elaborar los alimentos y realizar el trabajo de la casa sin enjarrar, lavar o planchar. De esta manera la mayor parte de los habitantes se entrega completamente a la convivencia local y la participación en las diferentes actividades religiosas organizadas, principalmente, durante los tres últimos días de esta semana o, si asiste un sacerdote o seminarista, el lunes inicia con las “pláticas” y sus dinámicas grupales.

El Jueves Santo por la madrugada se junta en varios montones toda la basura que se encuentra en los solares de las casas. Con la basura se arman grandes fogatas que al ser repentina e intencionalmente apagadas con tierra, producen notables humaredas. El humo, según la creencia de los habitantes, esconde a Jesús de la persecución de los romanos o, como dicen los niños, “esconde a Diosito para que no lo maten”. Durante la mañana de este mismo día, aparecen por La Güera y La Aurora los “judíos”, personificados por jóvenes vestidos de negro, imitando la falda judía y cubriéndose el rostro con una malla medio transparente. Los “judíos” se disfrazan y parten de La Güera, recorren alegremente cada casa pidiendo –distorsionando su voz– que se les pague por bailar al ritmo de una cancioncilla entonada por ellos. En ocasiones salen huyendo de las escobas o de los perros de algunos caseros intolerantes, pero la mayoría de las veces, la gente se divierte y participa de esta tradición. A algunas personas les pagan para que *manteen* a algún joven conocido, y muchas veces, la petición recae sobre ellos mismos. La causa de estos “negros judíos incógnitos” es noble: el dinero que reúnen lo donan a la capilla para solventar algunos de sus gastos.

Por la tarde, asista o no algún representante de la parroquia, se lleva a cabo el “lavatorio de pies”, ritual organizado por las muchachas catequistas del lugar, quienes el día anterior eligen —entre los asistentes— los doce varones que representarán a los apóstoles y piden la cooperación de un voluntario que aporte la leña para la bendición del fuego del sábado próximo (si asiste sacerdote). Entre rezos, cantos y lectura de la sagrada escritura, dos o tres personas, escalonadamente, lavarán los pies de sus vecinos, en símbolo de humildad y como testimonio de su fe. El día termina con la convivencia en la plaza.

El Viernes Santo por la tarde se recuerda la pasión de Cristo. El viacrucis da comienzo en la entrada poniente de La Aurora y termina en la capilla. Catorce familias se comprometen a arreglar las estaciones y un cuarteto de muchachas lo guían. Ocasionalmente, por consejo de algún sacerdote, seminarista o persona con cierta presencia en el lugar, se eligen niños y jóvenes que personifiquen a Jesús con la cruz a cuestas, a María, a la Verónica y a un par de romanos. La convivencia en la plaza marca el final de este día.

El Sábado Santo es el día más temido y tal vez esperado de esta semana. A “la quema del Judas” antecede la reunión clandestina de pequeños grupos, para elaborar los versos mediante los cuales, el “Judas” deja su herencia a los lugareños. Año con año este tradicional evento se pone en riesgo de suspensión. Las personas que no aceptan ni toleran la herencia de este personaje ejercen fuertes presiones para que el evento no se lleve a cabo. Lejos de lograrlo, esta situación de incertidumbre y de resistencia lo hace más interesante e irresistible. El “Judas” se elabora con paja y vestimentas viejas recolectadas por los jóvenes que lo forman, siempre a escondidas e ingeniándose las para conservarlo hasta el día siguiente (en ocasiones también se hace y quema “La Judas”). Si la “escultura de paja” no fue robada ni quemada —por los opositores— durante la noche y en el transcurso del mismo día sábado, la ceremonia de su ejecución y de reparto de herencia se realiza después del rosario y de la bendición del fuego, en la plaza —o a la salida de la capilla si se presumen problemas. Pero antes, a este temido, “guapo”, pícaro y esperado personaje, le dan unas vueltas en la plaza,

haciéndolo bailar repetidas veces con niños y jóvenes y acercándolo insinuadamente a las muchachas, causando así un gran alboroto.

Los que abogan por perpetuar esta delicada y conflictiva tradición, dicen que las personas que se molestan por ser beneficiarios de tal herencia, simplemente no acudan a la ceremonia y no serán tomadas en cuenta, los versos lo revelan: “Dice Judas Iscariote / yo ya voy a comenzar / el que no quiera mi herencia / ya se puede retirar”, “dice Judas Iscariote / ya me voy porque me mojan / mi coscoja se la dejo / a todos los que se enojan”. El principio parece ser claro: si asisten para divertirse con la herencia que les deja a los demás, también éstos tendrían que asumir con el mismo humor lo que les deje.

Entre exclamaciones de agrado o desagrado de niños, jóvenes y adultos se da la lluvia de versos. Al terminar el evento –inclusive antes–, algunos “herederos” se retiran³⁶ gritando al “Judas” y a los que se esconden tras él, sus inconformidades, su sentir; no falta algún desheredado que comente tristemente: “Ni para eso le gusté”. La quema del “Judas” y su temida herencia sirve para desahogar rencores, inconformidades, celos y envidias; es un mecanismo para aplicar, de manera indirecta, sanciones a comportamientos desviados de la norma en esta sociedad en donde la estrechez de las relaciones de vecindad y de parentesco inhiben la aplicación más abierta de controles sociales. Sin embargo, este acontecimiento termina reforzando o generando enemistades y resentimientos entre los aludidos y los emisores ocultos de los mensajes. En fin, logra que la persona señalada tenga cuidado de su arreglo personal (si se usa mucho tenis, botas y chaleco; y si se está gordo, delgado o calvo), del trato e imagen proyectada (si es muy espléndido, o “cremoso” o pretencioso) y de lo que dice y hace.

Estas sanciones o, en su caso, distinciones manifestadas vía la voz de Judas Iscariote no quedan en el olvido una vez quemadas las hojas en donde se escriben los versos, por el contrario, proporcionan material de conversación para mucho tiempo. Este evento puede considerarse como

36. Una vez terminados de leer los versos se queman, de esta manera no queda huella de su autor.

el catalizador de las relaciones interpersonales del espacio vecindario, así como de los defectos, aspiraciones, sentimientos o características que los demás ven en una persona. Es un poderoso mecanismo de control y de sanción social sobre los excesos y deficiencias de los habitantes, en realidad nadie se escapa: los bebedores, los mujeriegos, los que pasean en La Higuera o asisten en el billar, los que se ponen muy elegantes, los que no se visten bien, los que son valentones y los que son miedosos o corajudos; las que son autoritarias, las que se maquillan mucho, las que son muy católicas o perezosas, las que usan minifalda, las que no se dan a respetar y las que son muy bonitas o pretenciosas. A guisa de ejemplo: “Decía Judas Iscariote / como ya me voy ahorita / mi crema se la dejo / a la hija de Margarita”, “estaba Judas Iscariote / ya poniéndose los guantes / mi rosario se lo dejo / a doña Quica Sánchez”, “decía Judas Iscariote / como yo ya me voy ahora / el vino y el cigarro se los dejo / a los muchachos de La Aurora”, “decía Judas Iscariote / ya colgando de un troncón / mis amores se los dejo / a Orlando el Jetón”, “estaba Judas Iscariote / metido en una canoa / mi rifle se lo dejo / al señor Herminio Ochoa”.

Estos días se viven intensamente y no falta la visita de familiares y amigos que radican en esta porción de la región, en el medio urbano circundante y ocasionalmente en los Estados Unidos. No falta también quien prefiera salir a pasar estos días en Tepalcatepec, Mich., en Zapotiltic o en Ciudad Guzmán, Jalisco; no se puede asegurar que huyen de la herencia del “Judas” y de los posibles disgustos que les pudiera causar, simplemente no están presentes ese día.

Otros eventos profano-religiosos son las bodas, los quince años, las primeras comuniones y los bautismos. Su desarrollo es el generalizado en el medio urbano, a diferencia de que cuando se quiere no es fácil conseguir música en vivo.

Eventos sociales que no tienen que ver con la Iglesia son: la ceremonia y el baile de fin de cursos en la escuela primaria, las peleas clandestinas de gallos y los paseos al río. El baile celebrado en honor de los que terminan su educación primaria tiene como objetivo principal, además de dar la despedida a los que egresan, recabar fondos para la escuela, logro que nunca está libre de enredos y de conflictos. El baile se lleva a cabo en

la cancha de la escuela: la entrada y la mesa se cobran y los habitantes se divierten al ritmo de un grupo –o sólo un equipo de luz y sonido– musical contratado en el medio urbano circundante. Con frecuencia, los padres de los egresados, haya o no baile, organizan una comida en la escuela, se reúnen en pequeños grupos para preparar los alimentos que ofrecerán a sus invitados. Por lo general toda la gente del espacio vecindario participa en estas celebraciones acompañada por habitantes de otros ranchos de esta pequeña región.

Por otra parte, ocasionalmente se organizan peleas clandestinas de gallos. Cada participante se presenta en el lugar de la cita –previamente arreglado por el o los organizadores– con sus gallos, dinero para apostar, su familia, su comida y su bebida. No falta quien venda refrescos, frutas (sandía, melón, etc.) y alimentos preparados (tostadas, tacos, etc.). Al inicio, los gallos se ven llenos de energía, cantando y presumiendo orgullosos su silueta, pero la mayoría de ellos, al cabo de unas horas, se convierten en bolas de plumas inertes, ignoradas y hasta despreciadas por los que apostaron a su favor. Es una reunión que se planea y se desarrolla con mucha cautela, sólo se invita a los de más confianza, pero pronto es discretamente difundida entre algunos rancheros de varios puntos de esta parte de la región, quienes hacen lo posible por asistir a este evento, que constituye uno de sus pasatiempos predilectos. El ambiente es divertido y tenso a la vez, de las cinturas de los hombres se asoman con discreción o deliberadamente las cachas de sus pistolas. Se apuestan pequeñas cantidades y, por lo general, las peleas siguen su curso normal.

Los paseos al río, junto con el sacrificio de cerdos y chivos con fines comerciales, han sustituido a las tradicionales “matanzas” de cerdos. El móvil principal de estos paseos es la visita de algún “hijo ausente”. Se invita a familiares y amigos para que participen en el evento, seguramente habrá birria de chivo o carnitas, mucha bebida y música popular. Todos celebran en honor del festejado. El traslado es en camioneta y muchas veces se planea en grupo.

En suma, se puede decir que algunos de los momentos de convivencia pasados por los habitantes de este espacio vecindario, tienden a homogeneizarse con los del medio urbano (bautismos, quince años, primeras comuniones, bodas y fiestas de fin de cursos). “Comer gallina con los

amigos”, los paseos al río y las peleas de gallos, por ejemplo, también tienden a ser amenizados con música popular urbana. Tal vez esto se debe a la creciente aspiración de ser igual a las personas de los pueblos y de las ciudades, aspiración fomentada por los medios de comunicación, por los migrantes, la Iglesia, los programas de desarrollo local implantados por el gobierno, así como por la frecuente movilidad hacia los centros urbanos: “Al del rancho lo hacen menos los de la ciudad. Debe ser igual que cualquier persona de allá, no debe avergonzarse, es ranchero pero hay otros que son más”, expresa una joven de 26 años.³⁷

Los habitantes del espacio vecindario de La Aurora, partiendo de su terruño, identifican el medio circundante y los centros urbanos más frecuentados de la siguiente manera: “El Centro” es Ciudad Guzmán; a Tamazula, Mazamitla y Zapotiltic se les llama por su nombre; Santa María (Manuel M. Diéguez, cabecera municipal) es “El Pueblo”; Tepalcatepec es “Michoacán”; los ranchos situados al noreste de La Aurora son “Huilumba” (englobando a los ranchos de El Maculís, El Cóbano, Los Hornitos, La Rudillera, La Otra Casa –Abasolo–, Huilumba, La Confitera, etc.), y a los ranchos ganaderos dispersos y aislados les llaman “ranchos de ordeña”. Para referirse a los ranchos del Potrero de Herrera (del vecino municipio de Tocumbo, Mich.) emplean expresiones como: “allá más metido” o “más pa`bajo”.

Cuando van “pa`l centro” (de cinco a seis horas en camioneta) generalmente es para realizar consultas médicas, visitas a los parientes, compra de vestimenta, calzado y de mercancías diversas o para residir una temporada si tienen casa allá. Zapotiltic es otro centro urbano de los más frecuentados junto con Tepalcatepec. Tamazula y Mazamitla generalmente son sólo lugares de paso, salvo si tienen algún pariente cercano.

“Al pueblo” (una hora en camioneta) van con más regularidad a tratar asuntos eclesiásticos y civiles, a comprar comestibles, a visitar familiares y a recrearse, sobre todo en la fiesta anual del doce de enero. Ocasionalmente participan en eventos deportivos. A “Huilumba” van

37. Nótese que la acepción dominante del término ranchero en este discurso es la peyorativa, asignada por el medio urbano.

amigos”, los paseos al río y las peleas de gallos, por ejemplo, también tienden a ser amenizados con música popular urbana. Tal vez esto se debe a la creciente aspiración de ser igual a las personas de los pueblos y de las ciudades, aspiración fomentada por los medios de comunicación, por los migrantes, la Iglesia, los programas de desarrollo local implantados por el gobierno, así como por la frecuente movilidad hacia los centros urbanos: “Al del rancho lo hacen menos los de la ciudad. Debe ser igual que cualquier persona de allá, no debe avergonzarse, es ranchero pero hay otros que son más”, expresa una joven de 26 años.³⁷

Los habitantes del espacio vecindario de La Aurora, partiendo de su terruño, identifican el medio circundante y los centros urbanos más frecuentados de la siguiente manera: “El Centro” es Ciudad Guzmán; a Tamazula, Mazamitla y Zapotiltic se les llama por su nombre; Santa María (Manuel M. Diéguez, cabecera municipal) es “El Pueblo”; Tepalcatepec es “Michoacán”; los ranchos situados al noreste de La Aurora son “Huilumba” (englobando a los ranchos de El Maculís, El Cóbano, Los Hornitos, La Rudillera, La Otra Casa –Abasolo–, Huilumba, La Confitera, etc.), y a los ranchos ganaderos dispersos y aislados les llaman “ranchos de ordeña”. Para referirse a los ranchos del Potrero de Herrera (del vecino municipio de Tocumbo, Mich.) emplean expresiones como: “allá más metido” o “más pa’bajo”.

Cuando van “pa’l centro” (de cinco a seis horas en camioneta) generalmente es para realizar consultas médicas, visitas a los parientes, compra de vestimenta, calzado y de mercancías diversas o para residir una temporada si tienen casa allá. Zapotiltic es otro centro urbano de los más frecuentados junto con Tepalcatepec. Tamazula y Mazamitla generalmente son sólo lugares de paso, salvo si tienen algún pariente cercano.

“Al pueblo” (una hora en camioneta) van con más regularidad a tratar asuntos eclesiásticos y civiles, a comprar comestibles, a visitar familiares y a recrearse, sobre todo en la fiesta anual del doce de enero. Ocasionalmente participan en eventos deportivos. A “Huilumba” van

37. Nótese que la acepción dominante del término ranchero en este discurso es la peyorativa, asignada por el medio urbano.

“de paseo”, a visitar parientes, a las fiestas, a pescar en el río de “Los Pelillos” (Cataquío), a jugar voleibol, etc. Con los ranchos de ordeña la relación es más esporádica, generalmente “no hay a que ir”, si son parientes, ellos acuden a La Aurora. Los ranchos del Potrero de Herrera ya no son frecuentados como antaño (década de los sesenta), cuando se los recorría en busca de chivos para llevarlos a vender a Tamazula y se asistía ocasionalmente a las “funciones” de El Santuario. Ahora sólo quedan referencias vagas de aquellos tiempos y lugares.

Los principales ranchos que forman el espacio vecindario de La Aurora tomados en cuenta son: La Güera, Piedra Blanca y El Ciruelo. Prácticamente se puede considerar que los dos primeros forman parte de la comunidad de La Aurora tanto por su cercanía como por la frecuente convivencia de sus habitantes, lazos de parentesco, asistencia a la escuela, reuniones civiles y eclesiásticas, compra de comestibles, préstamos, etc. La Güera se encuentra a dos kilómetros de La Aurora, se beneficia de la misma red de energía eléctrica y se comunica tanto por terracería como por atajos para recorridos a pie o a caballo. A los 920 msnm y con una temperatura media anual de 25°C, se encuentran las seis viviendas dispersas que se reparten los 23 habitantes del lugar.³⁸

La Piedra Blanca, situada a la misma altura que La Güera y a tres kilómetros de La Aurora, cuenta con tres viviendas, dos ocupadas (por las familias de Patricio y Salvador López) y la otra abandonada. El total de habitantes es de diez. Se comunica con La Aurora por terracería y veredas para los desplazamientos a pie o a caballo.

En El Ciruelo, situado a seis kilómetros de La Aurora y a una altura de 1,030 msnm encontramos cinco casas-habitación, en cuatro de las cuales se reparten los aproximadamente once habitantes de este rancho. La mayor parte del territorio de El Ciruelo perteneció a Santiago Rangel, propietario contemporáneo de Antonio González. Santiago Rangel (véase genealogía 1B) da en herencia esta porción de tierra a su hija Hilaria Rangel, quien se casó con Magdaleno Barragán (originario de Santa

38. Dato de 1993. Actualización de la cifra recabada en el trabajo de campo realizado de febrero a abril de 1991.

María, hoy Manuel M. Diéguez, pariente lejano de los Barragán de El Potrero de Herrera). Las relaciones con La Aurora más que nada son de parentesco: padres, hermanos, sobrinos y nietos se encuentran entre estos dos lugares. También ocasionalmente o en Semana Santa y fiestas de la Virgen de Guadalupe, los habitantes de El Ciruelo acuden a La Aurora para conversar, divertirse, vender algún producto traído de Tierra Caliente (sandías, melones, etc.) o a tratar diversos asuntos familiares o económicos.³⁹

Cuadro 4
Población por sexo y edad en 1991. Ranchos principales del espacio vecindario de La Aurora, Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

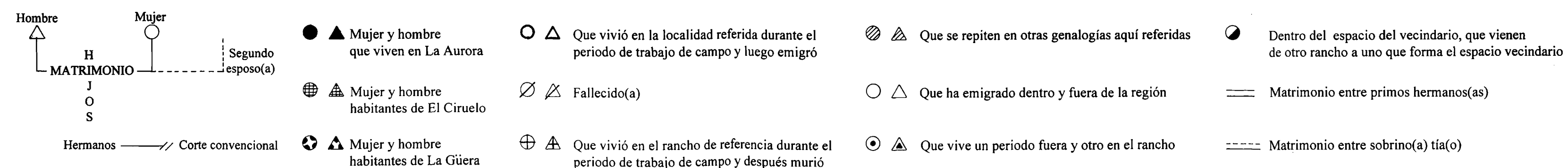
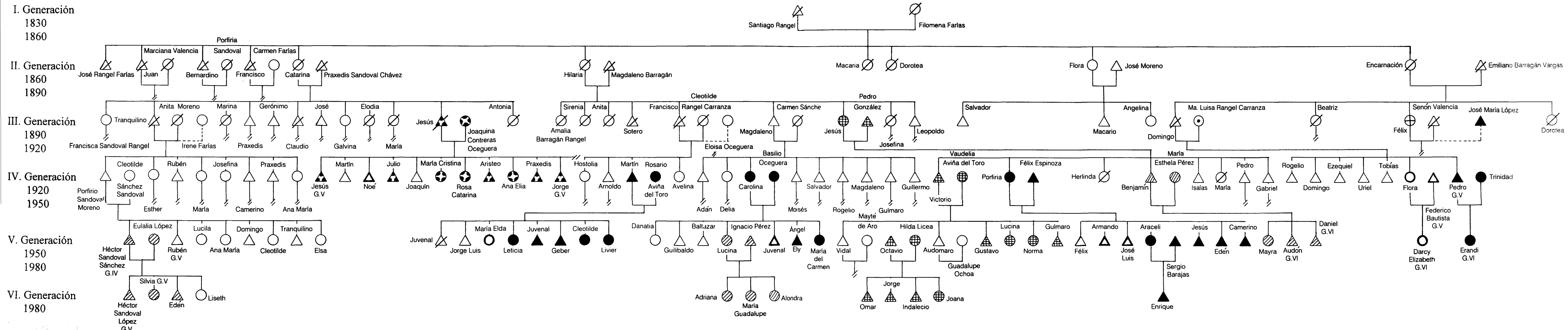
Rancho Edad/ género	La Aurora			La Gũera			La Piedra Blanca			El Ciruelo			Total
	M	H	T	M	H	T	M	H	T	M	H	T	
0-4	1	1	2	1	1	2	0	1	1	1	1	3	7
5-9	2	4	6	1	2	3	0	1	1	1	0	1	11
10-14	8	3	11	2	2	4	3	0	3	0	1	1	19
15-19	6	7	13	4	1	5	2	1	3	0	1	1	22
20-24	6	1	7	1	1	2	0	0	0	1	1	2	11
25-29	4	2	6	0	2	2	0	0	0	0	0	1	9
30-34	2	3	5	1	1	2	0	0	0	0	0	0	7
35-39	0	0	0	1	0	1	0	0	1	0	0	0	2
40-44	0	2	2	0	1	1	0	0	0	0	0	0	3
45-49	4	1	5	0	0	0	0	0	0	0	1	1	6
50-54	3	4	7	1	0	1	0	1	1	1	0	1	10
55-59	4	3	7	0	0	0	1	1	2	0	0	0	9
60	5	8	13	2	2	4	0	0	0	1	1	2	19
(T) Total	45	39	84	14	13	27	7	5	12	6	6	12	135

Fuente: Trabajo de campo, febrero-abril de 1991.

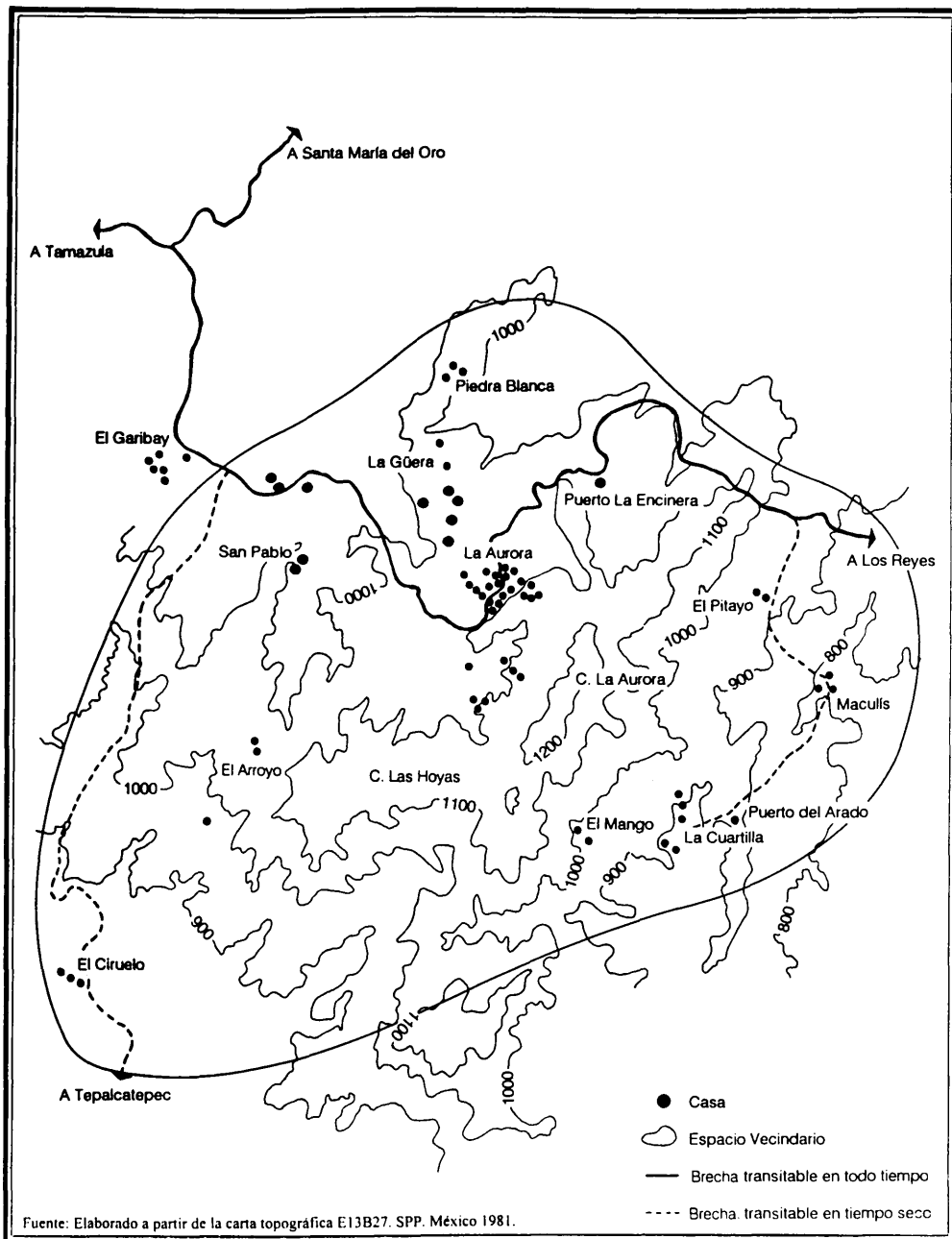
39. En 1994, un joven matrimonio de El Ciruelo cambió su residencia a La Aurora. Además de la escuela y de la capilla, la nueva plaza reúne con más frecuencia y en mayor número a los habitantes del espacio vecindario, oportunidad para emprender una nueva actividad económica: el padre de familia vende tacos los domingos y en otros eventos sociales especiales.

Genealogía 1B. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

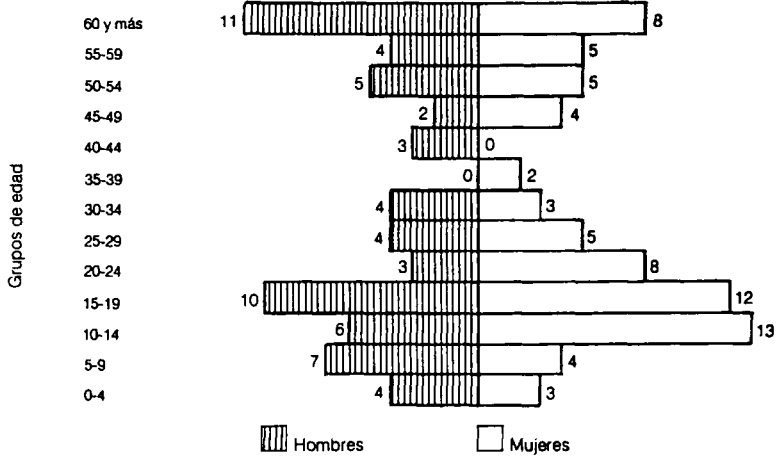
Tronco: Santiago Rangel y Filomena Farías



Mapa 5
Espacio vecindario de La Aurora
Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco



Gráfica 1
 Población por rango de edad y género (1991)
 Ranchos estudiados del espacio vecindario de La Aurora,
 municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco



Fuente: Trabajo de campo. Febrero-Mayo de 1991.

Otros ranchos más alejados, menos poblados y hasta abandonados que forman parte de este espacio vecindario son, por ejemplo, La Cuartilla, El Mango, El Bambilete, El Jazmín, Los Pintos, San Pablo, Rancho Viejo (véase mapa 5). Los habitantes que quedan en estos lugares reconocen a La Aurora como el lugar inmediato de reunión, de servicios y de intercambios.

*El espacio vecindario de El Santuario,
 Mpio. de Tocumbo, Michoacán*

A finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, pocas familias procedentes del rumbo de Cotija, se apropiaron de la parte suroeste del actual municipio de Tocumbo, Michoacán. Estas sierras áridas identificadas como “El Potrero de Herrera”⁴⁰ se encontraban ocupadas, a

40. Conjunto de ranchos derivados de la Merced de tierra, que en 1590 se le concedió a Hernando de Herrera. *cfr.* Abel Fernández (1960) y Esteban Barragán (1990a).

principios del siglo XIX, por gente registrada como española de apellido Barragán, Magaña, Flores y De la Torre.⁴¹

En la segunda mitad del siglo XIX se encontraban en el Potrero de Herrera los hermanos Hipólito y Bernardo Barragán (descendientes de Ignacio y de Mariana Barragán, propietarios entonces de estas serranías) dedicados primordialmente a la ganadería. Hipólito y Bernardo heredaron de su padre una vasta superficie al sur de El Potrero de Herrera que en ese tiempo era compartido con terratenientes de apellido también Barragán, Fernández, Valencia, Orozco, Mendoza, González, Ochoa y Ocegüera.

Los miembros de este grupo vivían en continuos pleitos por colindancias, reclamos de herencias y similares; interrelacionados (sobre todo dentro de cada rancho) por lazos de parentesco consanguíneo –se casaban preferentemente entre sí– o cuando menos ritual; aliados para la defensa del territorio y para la “pureza del grupo”; y ayer como hoy, alejados del elemento indígena y apegados a su rancho y ganado.⁴²

A principios del presente siglo, una familia próspera formada por Gerardo Barragán González y Rafaela Barragán Ocegüera seguía ocupando una considerable extensión de la parte sur del Potrero de Herrera. Gerardo, hijo de Hipólito y nieto de Ignacio Barragán (véase genealogía 2), era entonces propietario de los predios: La Purísima, El Chicalote, Agua Fría, La Alberca, El Salitrillo y La Presa.

Gerardo y Rafaela –ambos terratenientes– tuvieron nueve hijos, seis hombres y tres mujeres: Emilio (mayor), Elvira, Herón, Ezequiel (f), Elodia, Erasmo, Everardo, Gerardo y José María. En 1915, al morir su esposa Rafaela, Gerardo hizo el primer reparto de sus propiedades: a Emilio le tocó el potrero del Agua Fría que colindaba con El Santuario, a Herón le fue heredado La Joyita o Agostadero, a Gerardo y a José María les tocó en forma mancomunada el potrero de La Presa y un lote en Santa Inés, Mich. A Erasmo y a Everardo les dieron su equivalente en

41. Esteban Barragán, *Más allá de los caminos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990a.

42. *Ibid.*, p. 101.

efectivo por considerarlos “medios locos” pues padecían perturbaciones mentales; las mujeres no fueron incluidas en el reparto.⁴³

Emilio, hermano de Herón Barragán Barragán, próspero en hijos mas no en tierras, vende a Herón el potrero del Agua Fría –tierra que heredó de su padre Gerardo Barragán González– para poder solventar los gastos de sus segundas nupcias⁴⁴ y siguió viviendo ahí junto con gran parte de su descendencia. Colindando con el potrero del Agua Fría, se encontraba, dentro de las propiedades de Ignacio Barragán, el rancho llamado La Lima (había huertas de limas) que cambió su nombre al construirse en el lugar (a principios de este siglo) una capilla, bajo la dirección del capellán de Santa Inés y después párroco de Tacátzcuaro, el padre José María Espinoza: “Dentro de un pequeño terreno donado por un primo hermano del señor obispo Fernández Barragán (el señor Ignacio Barragán), se inicia la construcción de la capilla, y aunque no se hizo traza de pueblo (quizá debido, entre otras causas, a que había muy pocos vecinos), se dejó un espacio para la “plaza” o jardín, que a la fecha sigue intacto”.⁴⁵

Desde entonces el lugar recibió el nombre de El Santuario. Aquí acudía el sacerdote a ofrecer el servicio cada viernes primero (nueve viernes al año) y los rancheros a recibirlo. En enero se celebraba la ya desaparecida fiesta religiosa en honor a la Sagrada Familia, patrona del lugar; “función” a la que acudía ocasionalmente el señor obispo J. Jesús Fernández Barragán y que lograba reunir gente de toda la región. Este fue el inicio de El Santuario como centro de los ranchos aledaños.

En los veinte, Gerardo vivía con sus hijos menores en El Santuario, los hijos mayores que se habían casado se repartieron en algunos ranchos aledaños; Everardo y Erasmo, desinteresados en el patrimonio familiar, vagaban por el rumbo de Tierra Caliente. Poco a poco, su hijo Herón, ya casado con Feliciana Fernández e instalado en el rancho de La Alberca, tomó las riendas de la administración del desatendido rancho y lo empezó a hacer prosperar: en 1925 compra el rancho de El Santuario,

43. *Ibid.*, p. 121.

44. Primero se casó con Isabel Álvarez y después con Guadalupe Barragán.

45. *Ibid.*, p. 107.

Genealogía 2. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de El Santuario, Mpio. de Tocuambo Michoacán.

I. Generación
1830
1860

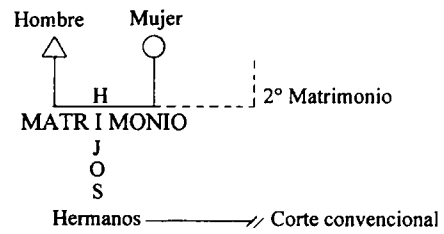
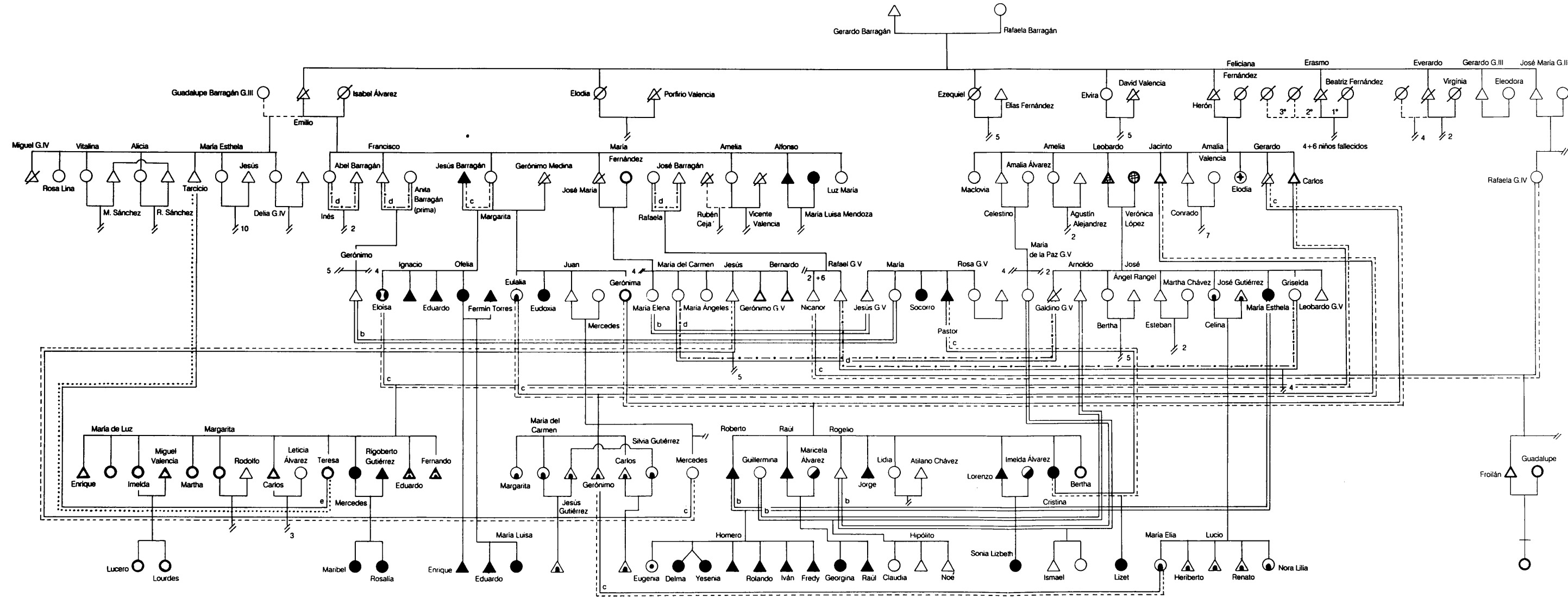
II. Generación
1860
1890

III. Generación
1890
1920

IV. Generación
1920
1950

V. Generación
1950
1980

VI. Generación
1980



- △ Que vivió en la localidad referida durante el periodo de trabajo de campo y luego emigró
- ▲ Mujer y hombre que viven en EL Santuario
- ⊙ ▲ Mujer y hombre que viven en El Rodeo

- ⊙ ▲ Mujer y hombre que viven en Los Desmontes
- ⊕ ▲ Mujer y hombre que viven en La Alberca
- △ Que ha emigrado dentro y fuera de la región

- ⊙ ▲ Que vive un periodo fuera y otro en el rancho
- ⊘ ⊘ Fallecido
- ⊕ Religiosa

- Matrimonios entre parientes
- ==== Matrimonio entre primos hermanos(as) (b)
- Matrimonio entre sobrino(a)-tía(o) en segundo grado de parentesco(c)
- Matrimonio entre primos en segundo grado(d)
- Matrimonio entre tío abuelo y sobrina nieta(e)

donde se encontraba instalado un trapiche, y cerca de 1930 compra el cerro de La Mesa y el rancho de El Sauz. Las deudas contraídas por la última compra lo obligaron a vender una fracción de El Sauz a Ignacio Barragán Reyes y otra a Darío Barragán.

Al quedarse solo, don Gerardo se fue a vivir a la casa de Herón donde pasa sus últimos años. Gerardo le vende a Herón las acciones y derechos que pertenecieron a Hipólito, su padre.⁴⁶ Herón inicia trámites para promover diligencias de información *ad perpetuam* para escriturar a su nombre las tierras que de hecho usufructuaba y tenía en posesión. Sólo las 94 cabezas de ganado de don Gerardo se repartieron entre los hermanos de Herón. Esto determinó, como lo expresa Esteban Barragán, lo que desde dos décadas antes se venía gestando: “Ramas genealógicas descendientes de un tronco de terrateniente-ganadero condenadas a emigrar o integrarse al grupo de agricultores-medieros sentenciados a hacer crecer –como condición para poder sobrevivir– a las ramas genealógicas hermanas, con su trabajo dependiente”.⁴⁷ Génesis de la estratificación social y de su organización económica.

Herón, ayudado con el trabajo de toda la familia y con aportaciones monetarias de sus hijos varones (Conrado, Leobardo, Jacinto, Celestino, Gerardo y Carlos Barragán Fernández), logra realizar varias compras de terrenos: en 1945 compra a su hermano Emilio el potrero del Agua Fría, expandiendo el terreno que antes había comprado en El Santuario; en 1950 compra Los Desmontes y El Escobillal; en 1955, El Palmar; en 1965, un pequeño predio en Los Desmontes (a Eleazar Gutiérrez); y en 1958 compra La Falda (en esta ocasión a medias con su hijo mayor Conrado). Para 1970 Herón contaba con cerca de 80 años y temeroso de los efectos de la Reforma Agraria que apenas sonaba por allá, veía la conveniencia de escriturar a diferentes nombres las aproximadamente 700 hectáreas de terreno de agostadero, cerril y erial que se registraban a su nombre. La afectación de tierra a los herederos del tío Camilo en Jalisco, muy cerca de las de Herón, aceleraron la decisión.⁴⁸

46. Hipólito murió intestado y Gerardo nunca promovió el juicio sucesorio.

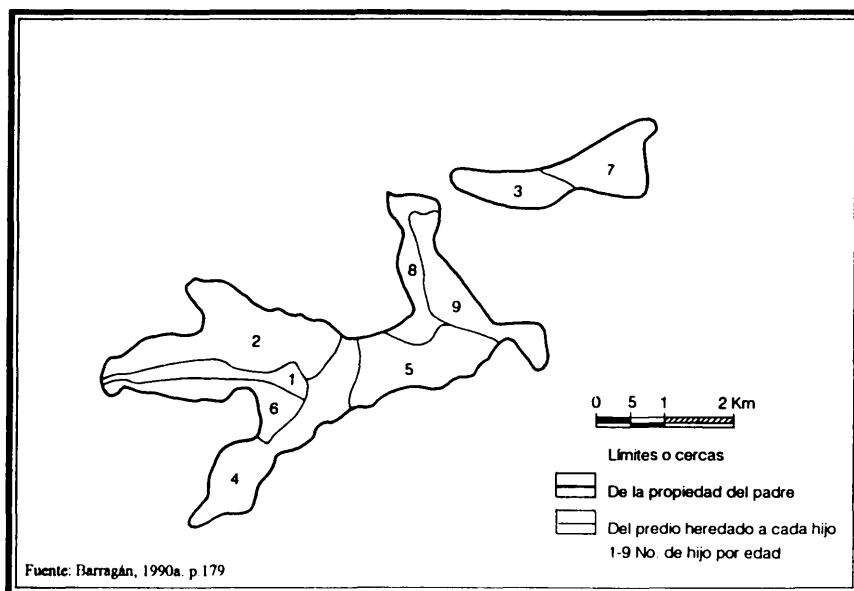
47. *Ibid.*, p. 125.

48. *Ibid.*, p. 157.



Lo que queda de los trapiches que dinamizaron la región desde fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Molino de caña del trapiche de El Santuario, Mich.

Mapa 6
Distribución de la tierra.
Propiedad de Herón Barragán e hijos



En 1973 la propiedad de Herón se fracciona en nueve partes de aproximadamente 70 hectáreas y las reparte entre sus nueve hijos (véase mapa 6). Permitió que los hombres escogieran la suya, de acuerdo a sus intereses, y las partes sobrantes fueron asignadas a las mujeres según el criterio del padre: 1) a Maclovia le tocó La Loma del “Tío Rafail” y parte de El Potrero; 2) a Conrado, El Sauz y El Puerto de la Alazana; 3) a Amelia El Palmar; 4) a Leobardo, La Mesa y Barranca de Huerta; 5) a Jacinto, Los Desmontes; 6) a Celestino, La Alberca y El Chapón; 7) a Elodia, La “Mata de Vástago”; 8) a Gerardo, desde El Mocho hasta El Santuario y 10) a Carlos, El Agua Fría y El Escobillal.

Jacinto, Gerardo y Carlos Barragán –hijos de Herón– se casaron con tres nietas de Emilio (por tanto sobrinas de ellos): Eulalia, Jerónima y Eloísa, respectivamente. Jacinto viven en su propiedad en Los Desmontes, Carlos y la descendencia del fallecido Gerardo vive en El Santuario junto con algunos otros descendientes de Emilio, propietarios de pequeñas extensiones de tierra en este lugar. Los apellidos que localmente han

logrado combinarse con el de Barragán son: el mismo Barragán, Álvarez, Gutiérrez, Valencia y Torres.

Hoy en día,⁴⁹ El Santuario es una ranchería de diez casas-habitación que dan cobijo a 52 descendientes de Gerardo Barragán González; sigue conservando su semidestruida y ya casi inactiva capilla. Sigue también sin servicio médico, educativo ni electricidad. Hasta el momento no hay establecimientos comerciales y lo único que parece conectarlos con los centros urbanos son la radio, los caminos de herradura y, sólo en tiempo seco, las terracerías costeadas por los propios terratenientes (véase mapa 7). No obstante, es el centro de recurrencia y reunión de los merdados habitantes de los ranchos circunvecinos, particularmente en las visitas esporádicas —con gran tendencia al olvido— que el párroco en turno de Santa Inés (sede parroquial) hace al lugar y en las fiestas familiares organizadas por sus habitantes.

El Santuario, con una temperatura media anual de 24°C y con precipitación pluvial de 1,100 mm, por su ubicación al pie de una cañada, no tiene problemas para el abasto de agua para el consumo doméstico y del ganado que se encuentra en potreros aledaños. Las fuentes de caudal permanente que brotan en terrenos de los herederos de Gerardo Barragán Fernández, a escasos metros del caserío, proporcionan este preciado líquido para el consumo de los hogares. El agua es conducida hasta las viviendas por mangueras costeadas por cada jefe de familia y si no surgen conflictos fuertes con los propietarios, todo el año tienen el agua que deseen. En cambio, las escasas fuentes de agua ubicadas en los potreros ganaderos tienen que cuidarse, pues al igual que en La Aurora, en las partes más altas se agotan en los meses más calurosos del año y los ganaderos se ven en apuros para dar de beber a sus animales.

Fuera de los hogares, los lugares de reunión en El Santuario son el corral de ordeña ubicado a un lado del espacio reservado para la “plaza”, la sombra de dos árboles situados a un costado de ésta y la capilla.

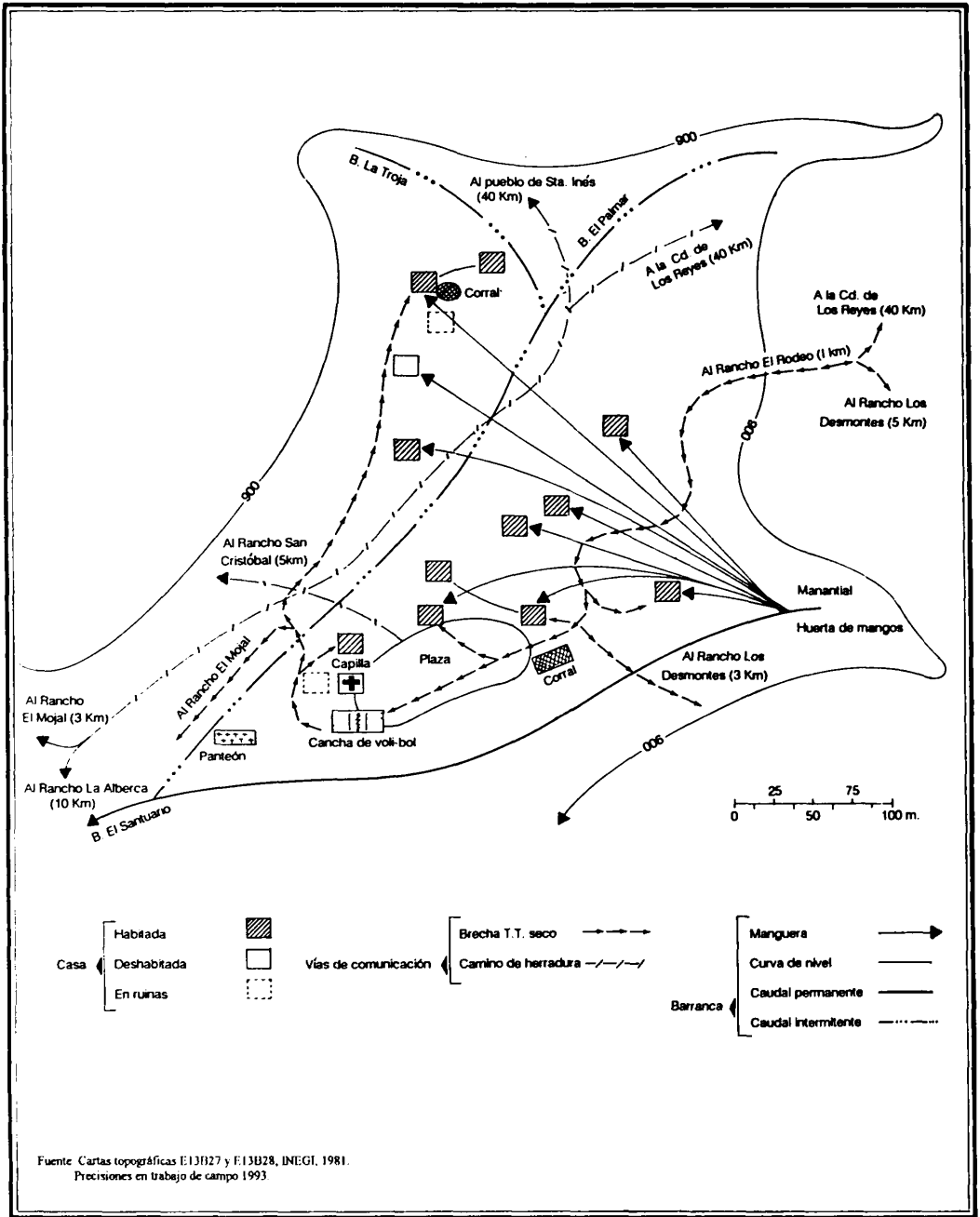
El corral de ordeña es frecuentado tanto por hombres como por mujeres, allí acuden —entre otras cosas— para ordeñar “la vaca de la leche” y

49. Dato de 1993. Actualización de la cifra recabada en el trabajo de campo realizado de abril a junio de 1990.



Familia y visitantes aprovechan los ratos libres para conversar, intercambiar relatos e ideas. Estos son espacios de entretenimiento y apoyo mutuo entre las generaciones.

Mapa 7
Croquis del rancho El Santuario (1993)
Municipio de Tumbo, Michoacán



dar de comer al ganado encerrado en los potreros cercanos durante el tiempo seco; así como para realizar “la ordeña” en la temporada de lluvias, herrar o amansar ganado, cortar la crin a las bestias de carga y de silla y reparar las puertas y cercas del corral. La convivencia se da sobre todo por las mañanas y ocasionalmente por las tardes: hombres y mujeres acuden a realizar sus labores ganaderas y en el transcurso de su ejecución la información fluye y se comenta ante todo el acontecimiento más reciente del medio circundante, de la familia, del ganado, de sus quehaceres, enfermedades y de los problemas de los demás (si la vaca ya crió, si fulanito ya salió de la cárcel, si sutanita ya tiene novio, si se va a casar o ya terminó con la relación; a qué horas se levantaron, si ya terminaron de hacer las tortillas, etc.). Al mismo tiempo observan quién pasa por allí, a dónde va, qué hace y si la persona se acerca la saludan y conversan un rato con ella.

Bajo la sombra de los dos árboles situados en la “plaza” se reúnen –sobre todo en el tiempo seco– los varones del lugar que “no tienen quehacer”. Allí charlan, planean salidas de cacería o al pueblo, practican el “tiro al blanco”, comentan los conflictos por los que atraviesan, se crean alianzas y compromisos, y sobre todo descansan. Por las tardes en ocasiones las mujeres también se adhieren y la convivencia puede durar hasta que se oculta el sol.

Las reuniones en la capilla son más esporádicas, ya ni siquiera se celebran los nueve viernes primeros y el párroco de Santa Inés acude dos o tres veces durante el año a officiar la misa y confesar a los pobladores.⁵⁰ Las mujeres frecuentemente organizan rezos o “novenas” en honor de algún santo de su devoción para que conceda “ayuda” a la interesada o a algún miembro de la comunidad –generalmente familiar– en apuros. Terminadas las oraciones, conversan un rato fuera de la capilla y después cada quien se dirige a su casa.

50. El padre Samuel Fernández –párroco en turno durante el trabajo de campo–, sin dar una atención como antaño (como la que proporcionó el señor cura Herminio Hernández Melgarejo, hasta 1976, y los párrocos que lo antecedieron), no desatendió los ranchos, al contrario, se interesó en salir de El Santuario y visitar otros, sobre todo, los que forman el espacio vecindario de Los Toriles. El padre Samuel dejó la parroquia en 1994 y el párroco en turno hasta el momento –enero 1997–, no ha visitado los ranchos del Potrero de Herrera.

Otras oportunidades de convivencia, fuertemente marcadas por los tiempos del año, son la recolección de frutos (guamúchiles, mangos, ciruelas, bonetes, nanches), la cacería y los partidos de voleibol, dominó, baraja o simplemente de canicas. De abril a junio se realizan las espontáneas salidas familiares para recolectar frutos. Muchas veces los jóvenes aprovechan estas oportunidades para iniciar o reforzar noviazgos pasando un rato juntos o, aunque sea, intercambiando sus insistentes e insinuantes miradas. Generalmente el grupo es encabezado por uno o dos adultos, los niños aprovechan para correr y atrapar animales silvestres y, entre el deleite de los frutos recolectados y los cantos nostálgicos de las chicharras (cigarras), todos entablan entretenidas conversaciones. Las jornadas de cacería y los juegos son reservados a los hombres, sólo en los de baraja y dominó participan las mujeres.

A estos momentos de vida social, se añaden los organizados esporádicamente a propósito de algún evento en especial: “las matanzas, las bodas y los quince años, los abrazos, los herraderos y el combate”.⁵¹ Las matanzas, las bodas y el combate, aunque no parten del mismo principio, generalmente se organizan de la misma manera y en la misma temporada del año, salvo algunas variantes.

Las matanzas. Con el fin de convivir y de obtener manteca para el consumo doméstico, cada año durante el tiempo seco, la mayor parte de las familias de este espacio regional planea matar uno o dos cerdos. Esta tradición ancestral reactiva las relaciones sociales fuertemente mermaidas durante el periodo de lluvias (periodo de intenso trabajo agrícola y ganadero), muestra claramente los papeles asignados a cada uno de los sexos y es vivero de alianzas diversas (noviazgos, tratos e intercambios de servicios). Cada familia ranchera, una vez lograda la cosecha, está libre para organizar su propia matanza y asistir a las que sea convidada.

Los familiares que viven lejos empiezan a llegar desde un día antes y, después de buscar acomodo para sus bestias de montar o camioneta, se

51. Parte de su descripción se basa en Esteban Barragán, *De recoins en recoins. Formation et glissements des sociétés rancheras dans la construction du Mexique moderne*, Francia, tesis de doctorado, Universidad de Toulouse le Mirail. 1994.

integran a los pequeños grupos de conversación o a la dinámica del trabajo de la víspera: los hombres a matar y preparar el cerdo (u observar a los que lo hacen) y las mujeres a la cocina o a cuidar a los niños propios y a los de las que se encuentran ocupadas. El día de la matanza algunos invitados llegan a almorzar con carne preparada de diferentes maneras: con chile o asada y sancochados. Durante el día los varones juegan baraja, dominó y voleibol (si hay en el rancho un espacio plano y balón); formalizan tratos (compra de queso, maíz y armas; préstamos, etc.), se cortan entre sí el pelo y se dedican a observar quién llegó con quién, qué medio de transporte utilizó y qué tipo de arma porta. Las muchachas solteras “deben” acomodarse en el trabajo, mostrar no sólo su mejor mandil, sino que saben hacer las cosas, pues, ante tanto público, sus cualidades y habilidades deben exhibirse, de eso depende su prestigio como futuras esposas. Las señoras también se integran al trabajo en la medida en que sus hijos pequeños se lo permiten. El arreglo de la casa se hace dos veces al día y la comida todo el tiempo: preparar el chile para el pozole, para la carne adobada, la longaniza y para la carne guisada; hacer o calentar tortillas para los que están comiendo, preparar salsas para los sancochados y carnitas, hacer los diferentes almíbares para los raspados, si hay hielo, o para los *rebajados* (agua de frutas con alcohol); tener siempre canela para las *hirvadas* (infusiones con alcohol), lavar los trastos de la cocina, etc. Salvo la señora de la casa y las convocadas expresamente para auxiliarla, todas las demás mujeres sólo trabajan por ratos, dejando tiempo libre para arreglarse y convivir un poco con los demás. Llegada la noche comienza verdaderamente la fiesta. En cuanto los sones del mariachi⁵² de El Santuario empiezan a escucharse, irrumpe el baile. Las muchachas, luciendo sus mejores ropas, joyas y rostros, se colocan en un extremo del recinto y los mu-

52. Aunque se prefiere la música de cuerda en vivo, cuando no se puede acceder –por medio de las relaciones de parentesco– al mariachi de El Santuario (en estas ocasiones formado generalmente por aficionados que saben tocar algún instrumento), el baile se organiza con un tocadiscos o grabadora, pero siempre la música es ranchera, similar a la que entona su mariachi. Dificilmente soportan la música popular del medio urbano y cuando asisten a un evento social amenizado con estas melodías (en el pueblo o la ciudad), “no se divierten nada” y salen con dolor de cabeza a pesar de su lucha por no “hacerles caso”.



El cerdo es sacrificado. Proporciona carne fresca para los convidados a “La matanza” y manteca para el consumo anual de la familia.

chachos en otro, frente a ellas, cuidando que su pistola y sombrero estén bien puestos. Los niños participan por igual. Al inicio de cada canción los varones cruzan el recinto para pedirles les concedan la pieza, si la muchacha seleccionada no tiene prohibido *valsar* (si se trata de una melodía lenta), la pareja se deja llevar al ritmo de los violines, vihuelas y guitarrón. No falta quien ocupe la mayor parte de la pista al bailar con perfecto zapateado: *Las conchitas*, *La raspa*, *Rosa María*,⁵³ invitando a los demás bailarores a sumarse a la rueda de observadores. Pero, cuando el mariachi entona “Los panaderos”, no hay bailaror que no pase al centro de la pista y después de danzar un rato con su pareja, invite a otra persona del sexo opuesto para que la reemplace. Al finalizar cada pieza el joven regresa a la muchacha a su lugar, y cruzando este espacio pasan toda la noche, hasta el día siguiente si hay buen ambiente. Estas ocasiones son ideales para iniciar, formalizar o terminar noviazgos, para fijar la próxima cita o elegir los padrinos de bodas, bautizos o de quince años.

Por principio las mujeres casadas pueden bailar, al igual que los hombres, con alguien diferente a su pareja. El detalle es que los hombres casados prefieren a las muchachas y como casi nunca eligen a las señoras, éstas se quedan la mayoría de las veces nada más viendo... y lidiando a sus hijos que no se pueden dormir en medio de tanto ruido y por las incomodidades del duro petate colocado en un rincón si no alcanzaron un lugarcito en las camas. Los esposos ignoran voluntariamente este tipo de dificultades e inconvenientes por los que pasan sus mujeres: “Aquí en el rancho así se usa” –comenta una resignada asistente.

Los hombres que no quieren sumarse a los bailarores se contentan con sentarse alrededor del mariachi, escuchando, bebiendo, solicitando sus canciones preferidas o conversando con alguno de los asistentes; todo esto sin dejar de ver lo que pasa en la pista y en su alrededor. De repente, cuando una canción despierta emociones sensibilizadas también por el alcohol se disponen de inmediato a su “coronación”: se salen a lo despejado y descargan su pistola al viento o al suelo; muchas veces

53. Ahora pocas veces el mariachi entona “El toro viejo”, pieza en la cual al danzar, el hombre es el torero y la mujer es la que embiste.

la emoción es compartida y se escuchan varias descargas simultáneas, no siempre ejecutadas por manos masculinas. El casero (el anfitrión) no descansa durante la noche, está al pendiente de que la bebida no falte o, en su caso, de esconderla o racionarla, de que el pozole tenga fuego y de vigilar el desarrollo general de la fiesta.

La ocasión también es propicia para iniciar pleitos o continuar *vendettas*, no es raro que haya heridos o que la fiesta termine en velorio. La táctica de los rancheros es no invitar a personas con rivalidades conocidas y vigilar o tratar de desarmar con mucho tacto a los que han perdido el control por la bebida. Si la reunión sigue su curso normal, al día siguiente se almuerza con el pozole que se coció durante toda la noche y, después de comentar los resultados del evento, los invitados se empiezan a retirar llevando con ellos los bocados (pequeñas porciones de carne) que más tarde entregarán a sus familiares y amigos que no pudieron asistir. Ocasionalmente algunos de los hombres que estuvieron en la fiesta hacen notar su despedida con una descarga más de su arma, al emprender su camino.

Las bodas. La convivencia es similar a la de las matanzas pero, en esta ocasión se contrata formalmente un mariachi. Cuando el mariachi de El Santuario es el elegido, todos sus integrantes deben reunirse,⁵⁴ puesto que van a trabajar “por paga”. La fiesta, si es muy concurrida, se puede prolongar hasta por dos días. Entonces sacrifican novillos, chivos, puercos y hasta gallinas, cuando hay muchos invitados. Una particularidad de estas fiestas es la “llegada de los novios”. Como la boda religiosa se realiza generalmente en Los Reyes o Santa Inés, Michoacán, los recién casados, padrinos y asistentes a la ceremonia deben trasladarse hasta el rancho donde se llevará a cabo la fiesta. Las largas cabalgatas de antaño se han sustituido por los polvorientos traslados en camioneta, de los cuales ni el novio se escapa de una “polveadita”. A la llegada de los recién casados, el mariachi toca el *Son de la negra* y enseguida entona la canción *Vestida de blanco*; se dejan escuchar los diversos calibres de

54. Dos de sus integrantes formales radican en Guadalajara y normalmente tienen que dejar el trabajo de sus paleterías para cumplir con estos compromisos.

las armas disparadas al viento, al suelo o a los árboles, “coronando”, en este caso, la llegada de los recién casados. El desarrollo de la fiesta tradicional (la matanza) se ve últimamente alterado por el vals y su recolecta de dinero, el brindis y “la víbora de la mar”. Pasados estos momentos, la recién casada se quita su “vestido de reina”⁵⁵ y se pone otro, de fiesta, seleccionado para ese momento, la fiesta sigue el curso normal de cualquier matanza. Ocasionalmente, alrededor de las casas se instalan y permanecen hasta altas horas de la noche algunos vendedores (de huaraches, cervezas, frutas y raspados) invitados o aceptados por los caseros. Es un espacio más de la fiesta y una oportunidad para ver, comprar o simplemente pasar el tiempo.

Los quince años. Las fiestas de quince años, salvo el vals y el brindis, se desarrollan también como las matanzas. Al igual que en las bodas, la ceremonia religiosa se realiza en Los Reyes o en Santa Inés y los asistentes se deben regresar al rancho donde se organiza la fiesta.

El combate. Esta fiesta se organizaba al finalizar la cosecha y el almacenamiento del maíz. Actualmente se realiza esporádicamente y su empleo ha sido más versátil: marca el fin de cualquier trabajo, como podría ser, el fin de los trabajos de un rancho para emigrar al medio urbano terminar de arreglar la terracería o la brecha. Lo que lo diferencia de las matanzas es el motivo de la reunión, lo que se celebra. Para el combate se sacrifica chivos o cerdos, hay música y baile.

Los abrazos. Es la fiesta de los compadres. Los padrinos elegidos llegan sorpresivamente a la casa del compadre con música e invitados. Es una manera de agradecer a los padres del ahijado de bautismo la con-

55. Antes de los ochenta, el vestido era confeccionado por costureras de la región (vestido blanco, a la rodilla y si se quería estar más elegante, con olanes y crinolina), el acompañamiento se reducía a los padrinos de velación (las arras y los anillos los prestaban en la iglesia). A partir del inicio de esta década se empiezan a comprar los vestidos confeccionados en el medio urbano. Así, la novia se “viste de reina” y se incluyen: lazo, ramo, corona, Biblia; arras y anillos propios aportados por sus respectivos padrinos. También se introducen las flores para adornar el recinto (capilla o casa), el ramo de flores naturales, el pastel, las copas y el brandy para el brindis, todo de origen urbano.

fianza depositada en ellos y por convertirlos en parientes o reforzar los lazos ya existentes. La familia sorprendida, rápidamente organiza comida (algunas gallinas) y bebida para los inesperados visitantes. Si esta costumbre ha caído prácticamente en desuso, no ha pasado lo mismo con el lazo ritual y su compromiso establecido. El “padrino o madrina” y el “compadre o comadre” sustituyen toda nominación de parentesco consanguíneo ya existente entre los implicados, del nivel que se trate: abuelo o abuela, tío o tía, etc., es decir, se es padrino antes que abuelo, tío, etc. Asimismo, el trato con los compadres se vuelve más formal y muchas veces el “tú” se sustituye por el “usted”. Económicamente el compadrazgo también desempeña un importante papel. Según la tradición, el padrino de bautizo debe dar “las mantillas” al ahijado o ahijada. Se trata de regalar, cuando los ahijados aún son niños, una becerra o una puerca si se trata de un hombrecito, o aretes, medalla o pulsera de oro si es niña. El esquema tradicional de la asignación de “las mantillas” frecuentemente se modifica en favor de las mujeres. Es decir, las niñas también reciben un animal como regalo —generalmente una becerra— hecho que les permite iniciarse, si tienen suerte,⁵⁶ como propietarias de ganado. No es raro que el patrimonio de muchos rancheros encuentre su origen en el regalo “de mantillas”, recibido en su niñez, y en el atinado manejo que de él hicieron sus padres.

Los herraderos. Al finalizar las lluvias y la ordeña, los dueños y administradores de los ranchos convocan a sus vecinos para que les ayuden a herrar y a vacunar los becerros producto de ese año. Los hombres, ya en el corral, lazan uno a uno los becerros que se van a marcar. En agradecimiento y para formalizar este tipo de convivencia, se preparan y reparten los dulces que se acostumbra elaborar con la leche del último día de ordeña; no falta el arroz, los chongos, la cajeta y los atoles. Los herraderos también sirven para que los jóvenes muestren sus habilidades en el manejo del ganado, parte importante de su prestigio y de sus oportunidades económicas futuras.

56. La hembra regalada queda al cuidado del padre del niño. Si el animal no se muere, de las crías el padre puede disponer sólo de los machos (los vende) y las hembras se suman al hato del niño o de la niña.

También fuera del ambiente de los ranchos sus habitantes se divierten. Con regularidad son invitados a los eventos sociales (bodas o fiestas de quince años por lo general) organizados por sus parientes que viven en el medio urbano. Asimismo, asisten a las fiestas de fin de año y de Santa Cecilia en Los Reyes y a la del Sagrado Corazón o las del “hijo ausente” en Santa Inés. Las tradicionales “funciones”, organizadas los viernes primeros en El Santuario, han caído en el completo abandono, por la falta de las visitas de los sacerdotes de la parroquia y las del señor obispo. La parte de esta pequeña región que pertenece al estado de Jalisco y a la diócesis de Ciudad Guzmán ha sido frecuentada por su obispo, y los rancheros michoacanos que quieren asistir al evento religioso se desplazan, a lomo de mula, hasta el ejido de Petacala, Jalisco.

La reciente apertura de brechas por el rumbo de El Santuario ha intensificado las visitas –durante el tiempo seco– de los habitantes de este rancho hacia los centros urbanos con los que tiene mayor relación: Los Reyes, Tocumbo, Santa Inés, Tacátzcuaro y Zamora, Michoacán, así como a los ranchos aledaños más cercanos social y geográficamente: El Rodeo, Los Desmontes, La Alberca y El Mojal.

Van “pa’ fuera” cuando viajan a cualquiera de estos centros urbanos. A Los Reyes acuden para visitar parientes, comprar víveres, vestimentas y accesorios, vender queso y ganado, efectuar matrimonios por la Iglesia y asistir a fiestas organizadas por el pueblo: Santa Cecilia y Los Santos Reyes que logra su clímax el primero de enero y a las organizadas por algún familiar que reside allá o que se casa en este lugar. A Tocumbo sólo van porque es la cabecera municipal, allí tratan sus desagradables asuntos civiles y tributarios. En Santa Inés algunos venden su producción de queso tipo Cotija, visitan a sus familiares que residen ahí y ocasionalmente asisten a los eventos sociales organizados por ellos. Pero eso sí, acuden para bautizar a sus críos y confirmarlos (cabecera eclesiástica) en la fiesta del Sagrado Corazón que se lleva a cabo el día 18 de junio de cada año. A Tacátzcuaro se va a consultas médicas y a Zamora para comprar herramienta de trabajo, maquinaria y algunos insumos, así como para visitar forzosamente los diferentes centros médicos de especialidades.

Son varios los ranchos que tienen como centro a El Santuario, aquí sólo son tomados en cuenta aquéllos con los cuales se mantienen relaciones sociales y económicas más estrechas⁵⁷ (véase mapa 8). El Rodeo se encuentra a un kilómetro de El Santuario. Es un rancho de ordeña, propiedad de la familia de Carlos Barragán Fernández, hijo de Herón (véase genealogía 2), que generalmente es ocupado en tiempo de lluvias para la explotación del ganado; si hay agua para el consumo doméstico, la familia reside todo el año. Hay sólo una casa y de cuatro a seis habitantes. Los Desmontes, ubicado a tres kilómetros de El Santuario, es un rancho cuyo propietario es Jacinto Barragán Fernández (véase genealogía 2); tiene cinco casas habitación que se reparten a los 20 habitantes del lugar (véase cuadro 5). Ambos ranchos se comunican con El Santuario por terracería, manteniendo sus atajos por veredas y caminos de herradura (véase mapa 8).

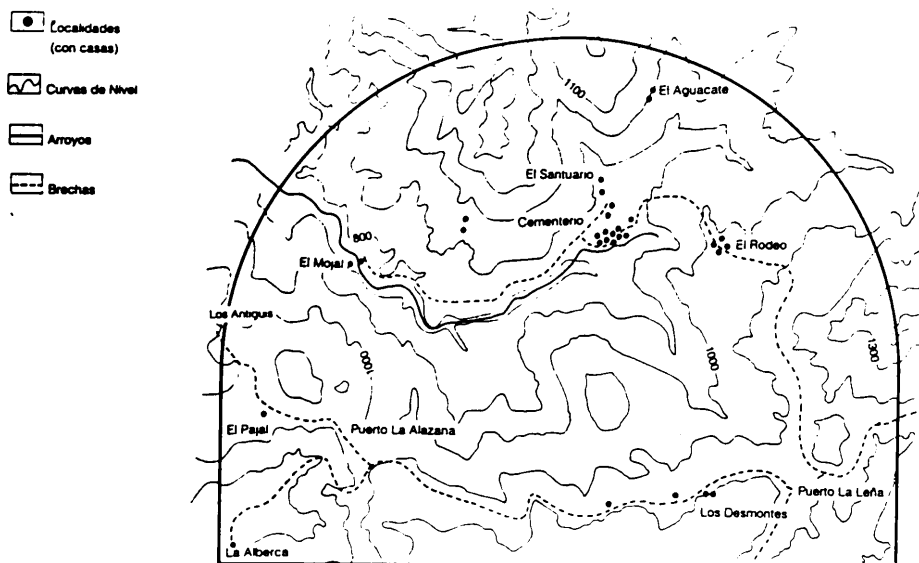
La Alberca es un rancho localizado a 10 kilómetros al sur de El Santuario, es propiedad de Leobardo y de los herederos de su hijo Galdino (hijo y bisnietos respectivamente de Herón Barragán) (véase genealogía 2). Actualmente sólo Leobardo y su esposa residen en la vasta propiedad que han logrado reunir gracias a su intenso trabajo, ahorro y herencias recibidas (de parte de su padre y de una tía). Siete de sus ocho hijos se casaron ya y, con la excepción de tres hijas que viven en los ranchos próximos, los demás se han ido al medio urbano y la hija mayor a los Estados Unidos.⁵⁸

El Mojal, rancho cuyo propietario es José María Barragán, se encuentra a tres kilómetros de El Santuario. Consta de una casa habitación y cuatro habitantes que acuden a El Santuario cuando el párroco de Santa Inés visita el lugar, cuando hay alguna “matanza de cerdo”, cuando hay alguien que imparta clases para niños y jóvenes o simplemente de visita. Se puede considerar que el conjunto de ranchos agrupados en torno a El Santuario (El Rodeo, Los Desmontes, La Alberca y El Mojal, por ejem-

57. Otros ranchos que forman parte de este espacio vecindario son, por ejemplo, El Agua Caliente, La Limonera. El Sauz. La Garza. El Picacho. Unos más alejados y poblados otros más cercanos y semi-abandonados pero todos, en mayor o menor grado, mantienen relaciones que los ligan a El Santuario.

58. Bertha Barragán se casó con José Ángel Rangel, originario de la Rudillera, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco, y descendiente de Santiago Rangel.

Mapa 8
Espacio vecindario de El Santuario
Municipio de Tocumbo, Michoacán



Fuente: Elaborado a partir de la carta topográfica E13B28. SPP. México 1981.

plo) forma un mismo espacio vecindario debido a los estrechos lazos de parentesco que unen a la mayoría de sus habitantes; a que está en tierras que pertenecieron a un ancestro común y por su cercanía sus habitantes están socialmente más relacionados.

La descripción detallada de estos dos espacios vecindarios, nos proporciona elementos para observar cómo los habitantes se apropian del espacio y como lo nombran. Así nacen lugares precisos en seno de extensiones terrestres aparentemente indiferenciadas o vagas. Al evocar “La loma del tío Rafail” –por ejemplo– refiere un espacio que fue propiedad de un señor llamado Rafael, tío de algunos habitantes de esta parte de la región de igual manera, esta evocación proporciona algunas pistas sobre la manera de hablar de este grupo sociocultural.⁵⁹

59. Esteban Barragán, 1990a, muestra algunos rasgos sobre la manera de hablar de los habitantes de los ranchos. Es frecuente, principalmente entre personas sin educación escolarizada, la omisión de la letra “d” en las terminaciones “ado”, trátese de nombres propios, comunes o participio de los verbos

Cuadro 5
Población por sexo y edad en 1990. Ranchos estudiados del espacio vecindario
de El Santuario, municipio de Tocuambo, Michoacán

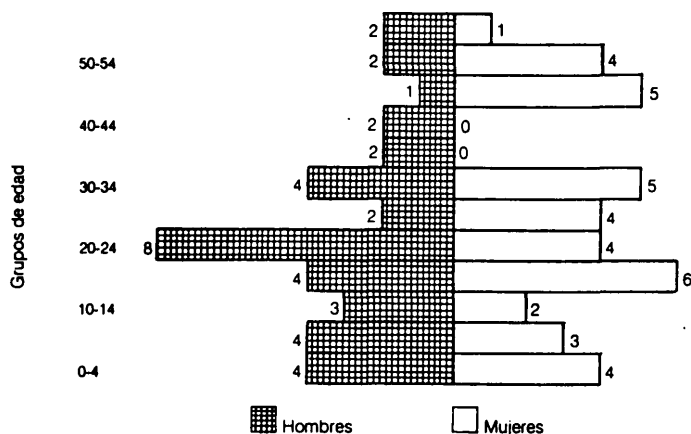
Rancho Edad/ género	El Santuario			El Rodeo			Los Desmontes			El Mojal			La Alberca			Total
	M	H	T	M	H	T	M	H	T	M	H	T	M	H	T	
0-4	3	4	7	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	8
5-9	3	1	4	0	0	0	0	3	3	0	0	0	0	0	0	7
10-14	1	0	1	0	0	0	1	3	4	0	0	0	0	0	0	5
15-19	4	1	5	0	1	1	1	1	2	1	1	2	0	0	0	10
20-24	2	6	8	0	0	0	2	2	4	0	0	0	0	0	0	12
25-29	2	1	3	0	0	0	2	1	3	0	0	0	0	0	0	6
30-34	4	4	8	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	9
35-39	0	1	1	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	2
40-44	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	2
45-49	3	1	4	1	0	1	0	0	0	1	0	1	0	0	0	6
50-54	2	0	2	0	1	1	1	1	2	0	0	0	1	0	1	6
55-59	1	1	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	3
60__	0	1	1	0	0	0	1	1	2	0	0	0	0	0	0	3
Total	25	22	47	1	2	3	10	13	23	2	2	4	1	1	2	79

Fuente: Trabajo de campo, de abril a junio de 1990.

Cualquier habitante de la zona que refiera “La loma del tío Rafail”, sabe exactamente dónde está, de quién es el terreno en la actualidad, si está de “reserva” o si hay ganado dentro, si tiene agua, etc. Ciertamente,

terminados en “ar”: Conrado=Conrao, venado=venao, acabado=acabao. Otro rasgo generalizado es la omisión de la pronunciación tónica en palabras con diptongos: traído=traido, maíz=maiz, Eloisa=Eloisa. También existe tendencia a cambiar la “o” por la “u” y la “e” por la “i” en la terminación de las palabras: sapo=sapu, cuerno=cuernu, Rogelio=Rogeliu, leche=lechi, tiene=tieni. Las palabras que llevan doble c, z, c antes de t, o exceso de consonantes también se deforman al simplificar: acción=aición, inyección=inyeccion o indeición, exacto=esauto, problema=poblema. También es importante destacar la marcada tendencia de agregar “illo” o “illa” a los sustantivos propios y comunes: chiquillo, chiquilla, dotorcillo, enfermerilla, Lucio=Lucillo, Benjamín=Benjamincillo. A estos ejemplos se agrega la marcada pronunciación que los lugareños hacen de la “s”, imitando el zumbido de una abeja al volar, incluso llegando al silbido. Asimismo, la rapidez con que fluyen las palabras, su alto volumen, a veces agudo, y el descenso del tono en la última sílaba de cada palabra son algunas de las notas y rasgos que constituyen “la tonada regional”, p. 4.

Gráfica 2
 Población por rango de edad y género
 Ranchos estudiados del espacio vecindario de El Santuario, Mpio. de Tocumbo, Mich.



Fuente: Trabajo de campo. Abril-Junio de 1990.

la toponimia (estudio de los nombres de los lugares) revela ciertas marcas que el hombre pone sobre el territorio, que muchas veces se quedan para siempre.

De igual manera, este material aporta indicios sobre los patrones de distribución de herencia (las mujeres, aunque no tienen prioridad para elegir sus partes, son sujetos de la distribución del patrimonio familiar). Asimismo y en consecuencia de lo anterior, debido a la azarosa composición de las familias de los terratenientes pioneros de esta zona, la movilidad social masculina, vía matrimonial, es contundente en el caso del espacio vecindario de La Aurora, en cambio, la movilidad social femenina –por la misma vía– es evidente en el caso de El Santuario. Por otra parte, se muestra cómo, de una familia de terratenientes, se va reforzando el grupo de los medieros y cómo el fraccionamiento de la tierra por herencia refuerza la continuidad de este grupo y su arraigo a la tierra, al mismo tiempo que empuja la movilidad geográfica de los que acceden a un pedazo de tierra que no garantiza su sobrevivencia

o no cumple con sus aspiraciones. Los migrantes que venden o rentan su patrimonio a los familiares que se quedan y los que envían remesas para sostener la explotación de sus padres favorecen la continuidad del grupo y la conservación de un territorio que los remite a sus orígenes, a sus ancestros, a su cultura original.

Este contexto, sin el cual las palabras y los actos de las mujeres y hombres partícipes de estas reflexiones no tendrían sentido, se extiende enseguida –y una vez presentada la región en su conjunto– a los principios socioculturales que regulan y conducen la vida de los habitantes de las montañas jalmichanas, en sus respectivas viviendas rústicas y funcionales y en sus rotativos potreros ganaderos y de cultivo.

II

“LOS DE ESTOS RANCHOS Y LOS DE AQUÉLLOS, SOMOS AÍ DE LOS MISMOS”: RANCHOS Y RANCHEROS DE LA SIERRA JALMICHANA

La génesis y funcionamiento de las redes de intercambio unen los espacios vecindarios con las pequeñas regiones o espacios locales de la región. Cada grupo de localidades estudiadas pertenece a un espacio local o pequeña región de las encontradas en la sierra jalmichana. El espacio vecindario de La Aurora, junto con los de Huilumba, Cataquio y Santa María, forma parte de la porción de la región que se encuentra en el municipio de Manuel M. Diéguez. Todos estos ranchos establecen estrechas relaciones entre ellos, igualmente todos reconocen como el centro comercial, de recurrencia, de servicios y de control político-administrativo más grande a Ciudad Guzmán. Jalisco: sin que por ello se niegue la importancia de Santa María (Manuel M. Diéguez) como centro administrativo municipal; de Tamazula y Zapotiltic como lugares frecuentados, de intercambios económicos y de residencia de parientes y amigos.

El grupo formado en torno a El Santuario es uno de los tantos grupos vecindarios de la porción de la región perteneciente al municipio de Tocumbo, Mich. A esta pequeña región también se adhieren algunos ranchos del municipio de Manuel M. Diéguez (La Taberna, Santa Rosa, El Vallecillo y El Tecolote), debido a la carencia de vías de comunicación y por las fronteras naturales impuestas por los ríos El Agostadero y Cataquio-Los Pelillos, se relacionan más con los ranchos y rancheros del Potrero de Herrera. Al igual que los ranchos del municipio de Tocumbo, reconocen como principal centro comercial y de residencia de sus coterráneos a Los Reyes, Michoacán. En lo administrativo, la población de esta pequeña región de Jalisco recurre a Los Reyes y la de Michoacán

a Tocumbo y últimamente también a Los Reyes. Estas dos pequeñas regiones, pertenecientes a un medio natural y sociocultural hasta el momento más o menos homogéneo, forman parte y dan vida a la región ranchera jalMichana (véanse mapas 1, 2, 5 y 8).

LA REGIÓN RANCHERA JALMICHANA: COHESIÓN Y VIGENCIA

La mayor parte de este territorio fue mercedada relativamente temprano¹ a españoles. El interés inicial en éste –sobre todo en lo que es hoy Manuel M. Diéguez y su área aledaña– estaba dado por las minas de oro, explotadas desde antes de la Colonia.² Asimismo se tiene evidencia de que estos terrenos se caracterizaron por el abandono: primero la caída y expulsión de la población indígena;³ luego por el ocaso minero a finales del periodo colonial. Todo esto se refleja en los pleitos entre solicitantes de tierras declaradas realengas, quienes alegaban tener títulos de propiedad.⁴

Dos hechos, que refuerzan el abandono o el bajo poblamiento de este territorio, ocurrieron en 1812, con la muerte de gran parte de los españoles que explotaban las más de 20 minas del centro minero Real del Oro de Huilumba y la expulsión de los sobrevivientes de Santa María

1. El 13 de enero de 1590 el virrey don Álvaro Manriquez de Zúñiga dio a don Hernando de Herrera la merced de cuatro caballerías de tierra que incluía la parte suroeste del municipio de Tocumbo, Michoacán, denominada posteriormente como Potrero de Herrera (Barragán: 1990a:87). Hacia la misma fecha, Pedro de Cueva Carbajal, alcalde mayor de la provincia de Zapotlán, obtuvo del virrey, Marqués de Sabinas, una merced de dos sitios de estancia para ganado mayor y cuatro caballerías de tierra en el valle de Petacala, gran parte de lo que hoy es el oriente del municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco, colindante con el Potrero de Herrera (Esquivel: 1985: 95. Archivo de Instrumentos Públicos de Jalisco: Tierras y Aguas, tomo 233, legajo 57, Guadalajara, Jal.).
2. Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*. México, UNAM, 1986, p. 84.
3. La amplia jurisdicción de Jilotlán, por ejemplo, comprendía 22 pueblos indígenas que para 1780 habían sido consumidos por una peste, quedando sólo el pueblo de Jilotlán. Hacia 1820, a consecuencia de la muerte de algunos insurgentes por parte de los indios de Jilotlán, aconsejados por el párroco, otro numeroso grupo de insurgentes mató a todos los que vivían en el poblado (Botello: 1987:248). En cuanto a la congregación de los indígenas, confrontar Esquivel: 1985:95-96.
4. Un caso que cubre gran parte de la región es el pleito registrado en 1798-1807 entre Francisco Sánchez, quien declaraba realengas las tierras de los sitios de Huilumba y Cataquio –pertenecientes a la hacienda de Petacala–, que defendía el Pbro. Juan Antonio de La Torre (Archivo de Instrumentos Públicos de Jalisco, libro 57, exps. 6.7 y 8, Guadalajara).

del Oro: “Los insurgentes de Francisco Guzmán los sorprendieron, aprehendieron y degollaron uno a uno hasta llegar al número 42 donde se suspendió la masacre porque el siguiente era compadre del verdugo Francisco Alcázar”.⁵

La nueva época de la minería mexicana propiciada por las inversiones europeas a partir de 1823⁶ no llegó a la zona. Los propietarios de minas y mineros locales continuaron buscando minerales –sobre todo el oro de placer– de manera menos sistemática. Fue a principios de este siglo cuando unos norteamericanos reanudaron los trabajos en el Real del Oro, pero no tuvieron éxito.⁷ Las minas fueron abandonadas y este vasto territorio montañoso fue destinado a la cría extensiva de ganado vacuno.

Desde fines del siglo XVIII la economía y el tejido social regional quedaron estructurados en función de grandes e improductivas propiedades semiabandonadas por sus dueños: en 1793 había 24 haciendas y 38 ranchos en la jurisdicción de Jilotlán.⁸ Sin embargo, ya en el siglo XX, precisamente después de la Cristiada, se vino dando una ocupación más efectiva del espacio regional: la subdivisión de propiedades por herencia con la multiplicación de núcleos de población, la atención de la iglesia y una diversificación de actividades económicas dada por los trapiches, variedad en los cultivos, artesanías, arriería y comercio ambulante⁹ reforzó una dinámica económica y sociocultural contrastante con la de las regiones vecinas que sufrieron otros procesos.

Este periodo de relativo auge regional empezó a ser minado hacia los sesenta. Las bases de la organización productiva (sistema de arriería, mediería y la simbiosis policultivo-ganadería extensiva de triple finalidad [tracción, leche y carne] e industria panochera) se asomaban a una severa transformación. Colateralmente estaba ocurriendo el aflojamiento del tejido social: desatención de las capillas diseminadas en este

5. C. Brambila, *Santa María de Guadalupe*, Manuel M. Diéguez, Jalisco, Diócesis de Ciudad Guzmán, s.e., 1951, p. 2.
6. Carl Christian, Sartorius, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 315.
7. C. Brambila, *Ibid.*
8. Peter Gerhard, *op. cit.*, p. 84.
9. *Cfr.*, Esteban Barragan, 1990a.

territorio, acentuación de la migración y marginación de la red carretera nacional y demás programas gubernamentales.

Este proceso en el que la región ha perdido en los últimos treinta años alrededor de 50% de su población y de sus localidades (principalmente las más pequeñas) es otro rasgo distintivo de la sierra jalmichana y de contraste frente a las regiones circunvecinas.

A las quince mil personas que habitan la región —seis por kilómetro cuadrado— las encontramos en un área de aproximadamente 2,400 kilómetros cuadrados. Están repartidas en 400 minúsculas y dispersas localidades, asentadas al pie de las pronunciadas sierras, en las cimas y simas de la vertiente sur del Eje Neovolcánico, pertenecientes a los municipios jaliscienses de Manuel M. Diéguez (Santa María del Oro), Jilotlán de los Dolores y Quitupan, así como al extremo sur de los municipios michoacanos de Cotija y de Tocuambo.

Las dos cabeceras municipales perdidas en esta serranía (Santa María del Oro y Jilotlán) alcanzan la categoría política de pueblo y veinte, la de congregación. Además hay treinta rancherías, diez ejidos y 330 ranchos. Salvo las dos cabeceras municipales mencionadas y un par de congregaciones (Las Lomas y Los Tazumbos), que tienen un intento de traza urbana, algunos servicios elementales y cerca de un millar de habitantes,¹⁰ todos los demás son ranchos dispersos y ajenos a la vida urbana y a la infraestructura gubernamental.

Por lo general, cada uno de estos núcleos de población o ranchos, separados entre sí por unos cinco kilómetros y de los centros urbanos hasta por cincuenta, empezó con una o dos casas, luego se construyeron varias en torno a la casa paterna o, si existe una capilla (invariablemente católica), alrededor de ella. Las viviendas se encuentran separadas por decenas o centenas de metros; cada una está ocupada por una familia nuclear. De este modo se constituye un grupo de familias integrado a la unidad de producción del padre o de la madre terratenientes.

10. Manuel M. Diéguez, 747; Jilotlán, 1,007; Las Lomas, 1,025; y Los Tazumbos, 1,328 (Censo 1980). Las dos últimas se localizan en la planicie de Tierra Caliente, es decir, fuera de la sierra jalmichana y de su típica organización ranchera.

La población promedio por localidad es de treinta habitantes (hay las que tienen desde una pareja hasta alrededor de un centenar de personas) generalmente emparentados entre sí y con los habitantes de ranchos y pueblos circunvecinos con los que comparten y mantienen relaciones sociales como parentesco, matrimonio, visitas, fiestas, compadrazgo, préstamos en especie o en dinero, información, alianzas, dolor y consuelo.

En esta región típicamente ranchera del Occidente de México, los arrugados terrenos se encuentran bajo el régimen de pequeña propiedad, habitados y explotados por gente con marcada ascendencia peninsular. Cada una de estas propiedades se subdivide en potreros para organizar el cultivo de maíz de temporal y la explotación ganadera extensiva. La cría y ordeña de bovinos proporciona los productos —animales de desecho más becerros y queso—, que los vinculan al mercado. Desde este punto de vista, el rancho constituye una unidad de producción agropecuaria bajo el régimen de propiedad privada, un patrimonio y una fuente de intenso trabajo familiar, administrada por su jefe, no siempre masculino.¹¹

Hasta hace una década, el sistema de transporte descansaba básicamente en el uso de energía humana y animal, las vías de comunicación permanentes han sido los caminos de herradura para los transportes a caballo y la vereda para los desplazamientos a pie. Recientemente, y de manera discontinua, los rancheros han costeado terracerías¹² que les permiten el transporte motorizado —generalmente durante el tiempo seco— entre algunos ranchos de la región y a los centros urbanos más próximos: Los Reyes, Santa Inés, Cotija y Tepalcatepec, en Michoacán, y Valle de Juárez, Mazamitla y Tamazula, en Jalisco.

11. Esteban Barragán López, "La organización ranchera del espacio geográfico", ponencia presentada en el XI Coloquio de Antropología e Historia Regionales, *Herencia española en la cultura material de las regiones de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990b, p. 17.
12. Sólo la terracería que va de Valle de Juárez o de Mazamitla a la rancharía de Abasolo (La otra casa) se ha trazado (sobre la realizada por la compañía papelera de Atenquique que la llevó hasta la frontera sur del bosque de coníferas; de ahí la continuaron los rancheros a pico y pala en 1960 y a finales de esa década la mejoraron con maquinaria costeadada por ellos) y fue realizada con presupuesto gubernamental. En 1982 quedó transitable en cualquier época del año y se suspendió su construcción programada hasta Los Reyes, Mich. En 1996, el Sr. Jesús Mendoza, presidente municipal panista, logró reanudar esta obra.

En síntesis, se trata de una población con rasgos físicos y formas culturales –sistema de valores e identidad– más orientados al elemento español que al indígena: ganaderos (criadores de ganado, principalmente bovino, y queseros) y cultivadores de maíz de temporal bajo el antiguo sistema roza-tumba-quema; un espacio geográfico de relieve sumamente accidentado, de baja densidad y alta dispersión de la población; un sistema de ranchos (propiedad privada) y asentamientos humanos aislados, organizados bajo la relación patrón-mediero (trabajo “a partido”); la familia y el parentesco; con escasas y deficientes vías de comunicación, al margen de la dinámica urbana y del apoyo gubernamental.

Por último, es importante señalar lo cambiante de una región tanto en sus aspectos naturales como socioculturales. Esta situación de inestabilidad puede modificarla total o parcialmente, lenta o violentamente dependiendo del fenómeno al que se enfrente: la intervención del Estado, los fenómenos demográficos, la migración, los cambios en las formas peculiares de vida, la estructuración económica y política, también los cambios en la cosmovisión y en los sistemas simbólicos que provocan la reestructuración regional o fronteriza;¹³ éstos son elementos considerados en la identificación del espacio preferido de investigación, de inversión o de desarrollo gubernamental. Cabe aclarar que, con mucha facilidad, las familias rancheras cambian de aires, reorientan sus destinos y sustituyen o multiplican sus lugares de recurrencia. Basta un conflicto entre familias, un nuevo camino, un pariente que cambia de residencia, la instalación o suspensión de algún servicio en determinado lugar para acudir mejor a éste o para dejar de frecuentarlo, según el caso. Así pues, si nos basáramos en la teoría del lugar central para construir la región de estudio, seguro que sufriríamos muchos descalabros; evidentemente tampoco nos sirven las delimitaciones político-administrativas, ni únicamente el criterio de homogeneidad, el geográfico o el cultural. En suma, son móviles los factores que pueden unir, separar o construir un territorio regional.

13. José Lameiras, “Región e identidad” (M.S.) en *Seminario sobre región*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, CIESAS-Sureste, 1992, p. 2.

Las regiones que rodean este espacio ranchero de Jalisco y Michoacán, las cuales se distinguen de éste mediante fronteras, algunas sumamente elásticas y hasta cambiantes y otras fijas, son: La Tierra Caliente de Michoacán al sur; la Meseta Tarasca, separada por estrechos Balcones, al este; al norte la Sierra del Tigre que la separa de la Mesa del Juruneo y la Sierra de Gallineros que la separa del Bajío; y al oeste, la Sierra del Alo que la esconde de los valles del Sur de Jalisco (véase mapa 9). Cada una de estas regiones circunvecinas tiene características propias, diferentes y contrastantes respecto a la sierra de Jalmich.

Una vez expuesto cómo los pioneros fueron haciendo suya la sierra jal-michana, veamos a la gente en sus ranchos; con sus necesidades cotidianas y su satisfacción a través de los intercambios sociales y económicos.

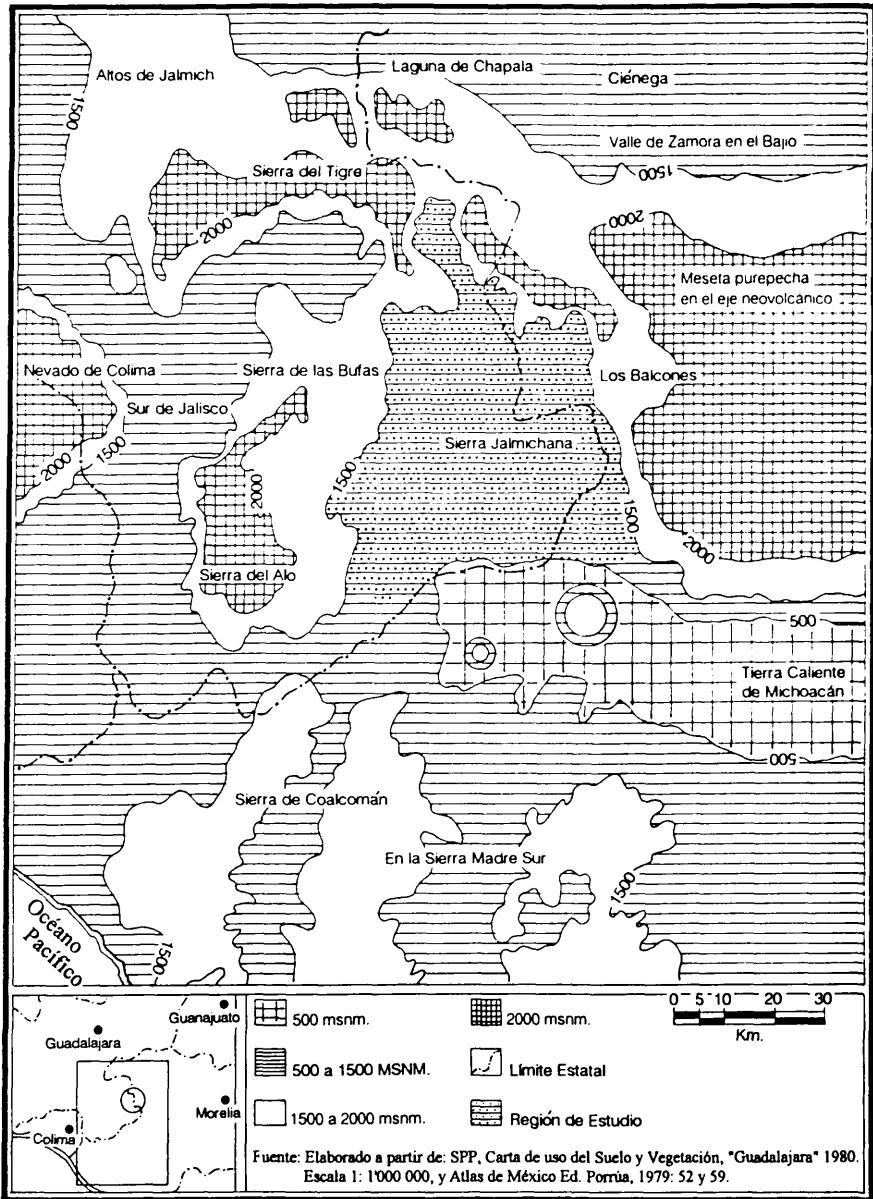
ENTRE RANCHOS Y RANCHEROS: ALIANZAS PARA LA PRODUCCIÓN Y PARA LA REPRODUCCIÓN

Los vocablos rancho y ranchero se han empleado en diversas situaciones y acepciones a lo largo de este trabajo. Por ello, es necesario hacer un paréntesis para presentar un breve esbozo sobre su origen y significado; esbozo que nos conducirá al planteamiento que nos mostrará a los rancheros como miembros de su propia sociedad y no como individuos aislados o como una clase, estrato o figura nacional.

Los vocablos: origen y evolución

La génesis y trayectoria histórica de las sociedades rancheras se manifiestan en la evolución de su vocablo principal: rancho. El origen de la palabra nos envía al verbo francés “*se ranger*” que significaba arreglárselas, instalarse provisoriamente en un lugar. Esta acepción pasa al castellano como “ranchar” alternándose con “ranchear” o “arranchar”. Durante el siglo xv significa proveerse de comida para un grupo numeroso, alojamiento provisional o cabaña. A fines de este siglo existía en la lengua española, junto con el verbo “rancharse”, el vocablo rancho. El vocablo llega a América con los conquistadores y fue empleado para

Mapa 9
Entorno regional de la sierra jalmichana



indicar las instalaciones de emergencia de los soldados.¹⁴ De esta manera, provisionalidad, andanzas y aislamiento fueron asociados al verbo “rancharse” y al vocablo “rancho”.

En México evoluciona agregando las acepciones: “hábitat rural rústico”, “apropiación de un pedazo de tierra de labor o de agostadero” y de “explotación independiente”; pasando de la posesión provisoria de la tierra a su apropiación definitiva. También sirvió para designar las viviendas anexas a las haciendas y las tierras temporaleras que daban en arrendamiento; para señalar las porciones de tierra obtenidas por la recomposición o descomposición de un latifundio y, a partir de los últimos años del siglo XIX, para nombrar en la escala poblacional, las localidades más pequeñas recogidas por los censos.¹⁵

El término, una vez adoptado por los habitantes de los ranchos de la sierra de Jalmich, ha reafirmado dos de las acepciones mencionadas y ha ganado otras: localmente el vocablo rancho se emplea para señalar, con un sentido de exterioridad, tanto las unidades de explotación agropecuarias como los pequeños núcleos de población diseminados en los cerros y cañadas de la zona. También con un gran sentido de interioridad, designa el cuarto para dormir, el lugar más íntimo de la casa, por ejemplo: “ve al rancho y acuéstate”; en esta perspectiva, tenemos otro derivado de “rancho”: el *ranchillo* o pequeña recámara que los rancheros construyen dentro del solar y en la que se aíslan los adolescentes y jóvenes varones. El *rancho de en medio* o estancia de la casa es el lugar de mediación entre la vida íntima y la pública y en el *rancho del queso* se elabora el queso, uno de los productos principales que conecta a los miembros del rancho con los mercados urbanos.

Pero los ranchos no podrían existir sin *los rancheros*. Inicialmente se los calificó de nómadas o viajeros que se instalaban provisionalmente en los lugares aislados. Al apropiarse o rentar un pedazo de tierra para trabajar, los habitantes de los ranchos pasaron a ser definidos como

14. Herón Pérez, “El vocablo rancho y sus derivados: génesis, evolución y usos” en Esteban Barragán *et al.*, *Rancheros y sociedades rancheras*. México, CEMCA, El Colegio de Michoacán, ORSTOM, 1993, pp. 35-36.

15. Actualmente, el término también ha sido utilizado para dar nombre a algunas fincas campestres de fin de semana, propiedad de gente acomodada del medio urbano.

“hombres simples y pobres, que en pequeñas parcelas, siembran al tamaño de las posibilidades de cada uno y crían a sus animales domésticos según sus fuerzas alcanzan”.¹⁶ La noción adquirió por primera vez un sentido peyorativo al relacionarse con uno de los ancestros de los rancheros: el estanciero. A mediados del siglo XVI, este término (estanciero) era utilizado por los blancos para designar un negro, un mestizo o un mulato. “Los mestizos, despreciados tanto por los españoles y los indígenas, mantienen una vida solitaria en las estancias, al margen de las ‘dos repúblicas’ [...] hombres libres e inestables que cambian con la misma frecuencia de lugar y de amo”.¹⁷

Al consumarse la independencia, el ranchero fue considerado como el más “auténtico tipo mexicano”. Es repentinamente elevado a símbolo de mexicanidad y como consecuencia, a figura prominente del folklor nacional, asociado a la música ranchera, las charreadas, las carreras de caballos y las peleas de gallos; todo esto ilustrado en las películas rancheras que marcaron la edad de oro del cine mexicano. Por otra parte, los liberales a mediados del siglo XIX y los ideólogos de la Revolución mexicana 50 años después, coinciden al ver en el ranchero —el pequeño productor independiente— “el elemento más dinámico de la sociedad”.¹⁸

Con su idioma castellano, con sus prácticas religiosas católicas relativamente ortodoxas, con su afinidad con lo español y con su identidad con la propiedad privada de la tierra y el espíritu mercantil, los rancheros mexicanos, idealizados y romantizados, fueron vistos como la esperanza para lograr ese anhelado paisaje rural próspero y democrático basado en la propiedad de tamaño mediano. Para algunos pensadores liberales, pues, los rancheros ofrecían una alternativa social atractiva para combatir los vicios imputados a los hacendados por un lado y a las comunidades indígenas por el otro.¹⁹

16. Patricia De Leonardo, y Jaime Espín, *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*, México, Ed. Nueva imagen, 1978, p. 51, citado en Esteban Barragán, *De recoins en recoins. Formation et glissements des sociétés rancheras dans la construction du Mexique moderne*, tesis de doctorado, Francia, Université de Toulouse le Mirail, 1994, p. 16

17. François Chevalier, *La formación de los latifundios en México*, México, Fondo de Cultura Económica (1956) 1985, p. 148.

18. David Skerritt, 1973, citado por Esteban Barragán, 1994, p. 18.

19. Robert Shadow, D., 1990, citado por Esteban Barragán, *ibid.*

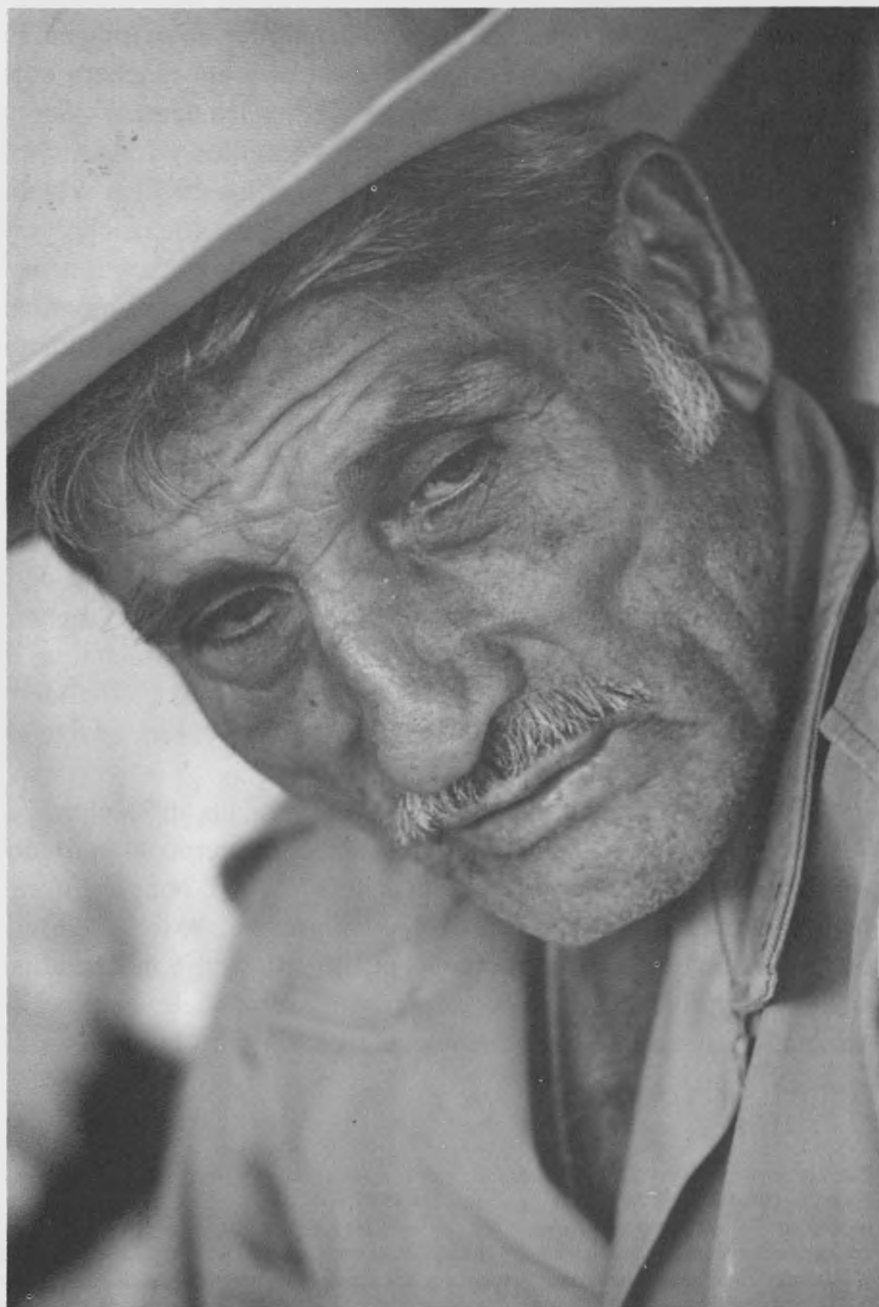
No obstante, la presencia del rancharo mexicano también inspiró definiciones peyorativas que acentuaron lo paradójico de su imagen. En el *Diccionario fundamental del español mexicano*, un rancharo es el “tímido o vergonzoso: ¡no seas rancharo, saluda a los demás!”. Santamaría²⁰ lo define como la “persona de hábitos sencillos y aun incultos, por su semejanza con el campesino”. Aunque en los círculos urbanos se admire la belleza y entrega al trabajo de “las güeritas de rancho” y se identifique a los rancharos como trabajadores más o menos independientes y prósperos que, de acuerdo con sus posibilidades económicas, sustituyen los caballos por las camionetas; generalmente los habitantes de los ranchos son ridiculizados por su “falta” de “cultura” y “capacidad” para moverse y relacionarse en el medio urbano: “Al rancharo lo hacen menos los del pueblo”, es su sentir.

Lo más trascendental de esta situación, es que la “gente de rancho” que tiene mayor contacto con el medio urbano (sobre todo las generaciones más jóvenes), cree que “debe ser como cualquier persona de la ciudad, no humillarse por ser rancharo” “no avergonzarse, es rancharo, pero hay otros que son más”. Desde este punto de vista, los habitantes de los ranchos deberían acercarse más a los modelos urbanos que tienden a cambiar lo que por tanto tiempo los ha distinguido y unido, adaptando y reconstruyendo su identidad y modo de vida.

Esta imagen confusa y paradójica se refuerza con las aportaciones de los científicos sociales, quienes perciben al rancharo como un individuo definido desde el punto de vista de su posición social o por su cultura e identidad. De acuerdo con su estatus o posición social, se lo ha definido como: a) un tipo de agricultor pobre, pequeño propietario independiente, que cuenta principalmente con su propio trabajo y el de su familia inmediata; b) integrante del campesinado²¹ medio, de la clase media

20. Carmelo Sáenz de Santamaría, s/t., Madrid, Instituto Fernández de Oviedo/UNAM/Universidad Rafael Landívar, 1982, p. 537, citado por Pérez, 1993:51.

21. Al respecto Esteban Barragán (1994) nos dice que “pese a la diversidad social en el campo mexicano que mínimamente invita a distinguir las profundas diferencias y oposiciones históricas, organizativas y culturales entre grupos indígenas, rancharos y los demás, comúnmente llamados campesinos (ejidatarios y peones), la mayor parte de los investigadores ha preferido meterlos en el mismo costal: en el concepto de ‘campesinos’...” (versión en español, p. 8).



El sol, el tiempo y el trabajo, fraguan los rostros de la gente de rancho. Sr. Basilio Ocegüera Farías. La Aurora, Jalisco.

agraria, eslabón intermedio entre el peón y el hacendado; c) parte de la “oligarquía regional o burguesía campesina”, delgada capa superior de la “clase ranchera” que concentra la mayor parte de los bienes y toma las riendas del poder eclesiástico y civil en una determinada área. Así vemos a los rancheros ocupar todas las clases sociales que ofrece esta corriente de estudio.²²

Por otro lado, el ranchero se ha definido desde el punto de vista de la existencia de una cultura e identidad ranchera genuina. Este hecho contradice radicalmente las definiciones que se pueden desprender de la corriente anterior, “al menos en la medida en que ningún sistema de valores puede ser exclusivo de una categoría social”.²³ Frente a los límites de estos puntos de vista tradicionales, una proposición inversa acaba de aparecer: “lo que define al ranchero no es pues ni su relación con la tierra ni su estatus social, más bien su pertenencia a una sociedad ranchera”.²⁴

Esta perspectiva nos muestra que los rancheros forman sociedades específicas, obviamente estratificadas y diferenciadas al interior de las zonas que ocupan, dotadas de rasgos particulares y estructuradas en torno a una organización económica y social; ricas en formas de sociabilidad y en representaciones; con su propia identidad e historia plurisecular. Este nuevo punto de vista nos aporta un marco más vasto para interpretar la multiplicidad de acepciones y de situaciones –de los ranchos y sus rancheros– aquí mostradas.

Organización de los ranchos según los tiempos del año

Los trabajos de un rancho y los intercambios sociales de sus habitantes se organizan y desarrollan de acuerdo al ritmo impuesto por las estaciones del año más marcadas: el tiempo de lluvias y el de secas. De acuerdo

22. Vertiente representada por Wolf (1966), De Leonardo (1978), Schryer (1980), Meyer (1986), Fábregas (1986), Brading (1988), Semo (1988) y Cochet (1991), citados y cuestionados por Barragán, 1994: 21-25.

23. Corriente encabezada por Chevalier (1956), González (1968) y Brading (1988). A esta interpretación se adhiere Shadow (1992).

24. Barragán, 1994, p. 12.

a la dinámica interna. esta división se encuentra separada por un tercer periodo más funcional que ecológico: el tiempo de los desahogos.

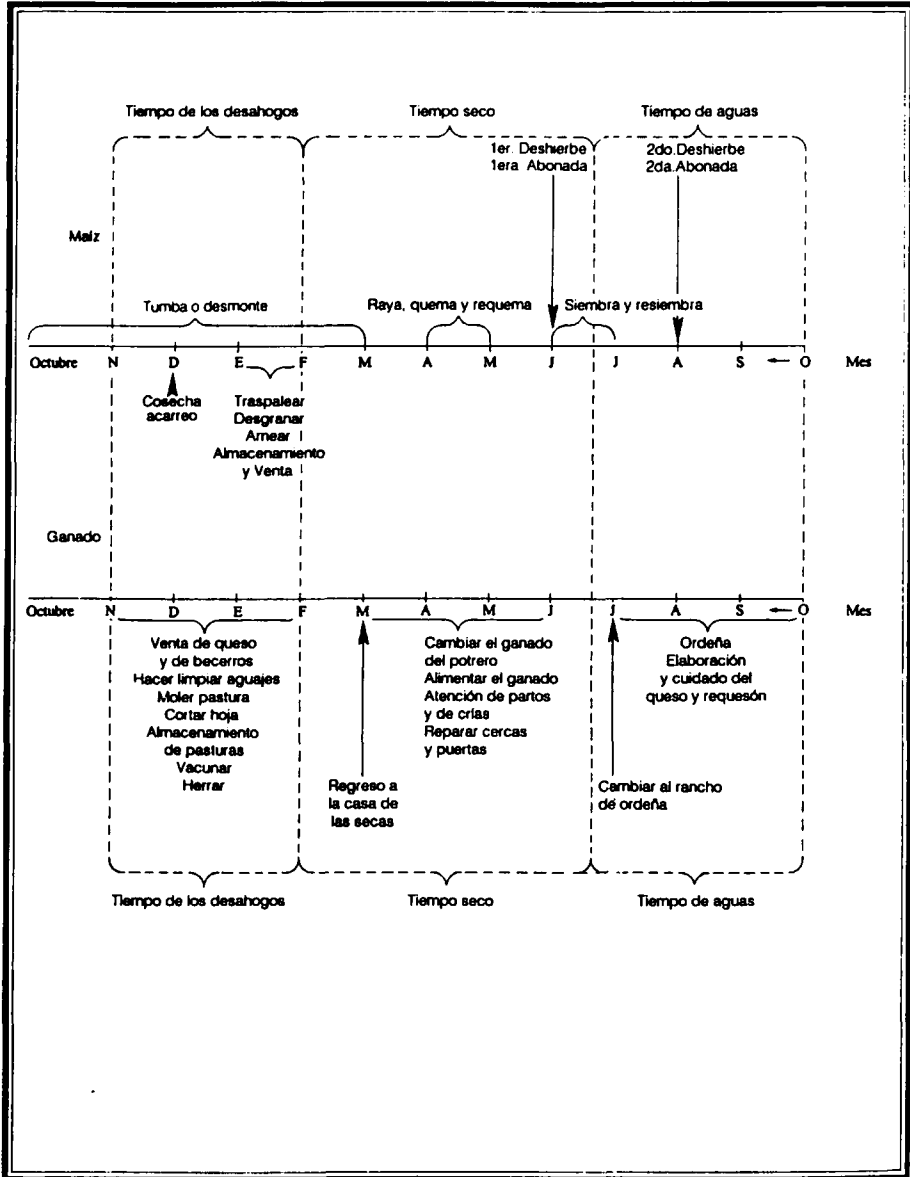
El *tiempo de aguas* inicia a mediados de junio y termina en octubre. Es el periodo de la ordeña. la elaboración del queso y del cultivo del maíz de temporal en los desmontes y ecuaros con su chilar, jitomatera, pepinar, tamacua y calabazas. Es una temporada de gran trascendencia, pues de la cantidad de lluvia que reciban los cerros y de la manera como caiga, va a depender la bonanza o escasez en los ranchos durante el resto del año (véase esquema 1).

La cría y explotación del ganado influyen enormemente en el patrón de asentamiento de las familias ganaderas. Éstas, de acuerdo a la localización y temporalidad de las fuentes de agua y, sobre todo, a la extensión de su propiedad,²⁵ andan con sus rebaños “para arriba y para abajo”, entre el rancho de ordeña y la casa de las secas, localizada abajo, cerca de las fuentes de agua con caudal permanente. De esta manera, se aprovechan los potreros que no cuentan con agua en la temporada seca y se reserva el pasto de los que tienen acceso a fuentes de agua permanentes, para el tiempo seco. Los ranchos de ordeña son viviendas sencillas, que se construyen en las partes más altas de la propiedad (que también suele recibir el mismo nombre de rancho de ordeña), indispensablemente equipadas con el corral y el rancho del queso. La mudanza “para arriba” se realiza al inicio de la temporada de lluvias y “para abajo” hasta que se haya sacado el queso a los pueblos circunvecinos, para su venta; esto se hace al terminar la estación de lluvias.

Ahí empieza el *tiempo de los desahogos*, con sus frecuentes traslados a los pueblos y ciudades para vender sus productos, pagar mandas, visitar parientes, asistir a fiestas familiares o de los pueblos vecinos, atender las enfermedades acentuadas por el arduo trabajo y aislamiento que impone el periodo anterior; para comprar pastura en caso de necesitarla; para comprar víveres, ropa y calzado. Además de las salidas a los pueblos con fines de esparcimiento o de negocios, al interior del espacio vecindario y de la pequeña región se da una gran movilidad, ya sea para

25. Consultar la p. 137.

Esquema 1
 Calendario de la actividad agropecuaria



visitar a sus parientes y amigos; para hacer tratos, pagar deudas y asistir a fiestas; para abastecerse y almacenar el maíz para el consumo humano y animal.

El tiempo de los desahogos laborales y económicos va de noviembre a febrero. Al inicio de este periodo, las familias ganaderas, una vez que sacan las piezas de queso tipo Cotija al medio urbano (ya sea que las vendan enseguida o las guarden en su casa o en la de algún familiar o pariente), abandonan los ranchos de ordeña y regresan a sus casas de secas. Después o alternando con los viajes con fines de esparcimiento o de negocios, los cultivadores²⁶ deben cosechar el maíz para eliminar la amenaza de las cabañuelas del mes de enero. Asimismo, si no desmontaron en octubre la superficie de cultivo del siguiente ciclo agrícola, deben iniciar su desmonte; a éste le sigue el acarreo, traspaleo, desgrane, almacenamiento y/o venta del maíz. A finales del periodo, el trabajo con el ganado aumenta: hay que hacer aguajes, moler pastura, cortar hoja y almacenar las mazorcas que alimentarán el ganado durante el periodo de estiaje.

A pesar de ser el tiempo en el que se reactivan las redes económicas y de sociabilidad, existen actividades laborales que exigen un tiempo preciso de realización (la cosecha, el desmonte, el traslado de los quesos...). Podría pensarse que por la independencia que tienen los cultivadores en la organización de su trabajo, no tienen actividades muy apremiantes que exijan un tiempo preciso, pero aparte de haber presiones naturales, los ganaderos (si los cultivadores son medieros) requieren los esquilmos y pastos de los desmontes realizados en su propiedad. En general, en este periodo los cultivos requieren trabajo más apremiante que el ganado; dos de las tres fases principales del ciclo agrícola se realizan aquí (la cosecha y el desmonte, la quema se realiza en el tiempo seco y la siembra y beneficio de los desmontes, durante el tiempo de lluvias), y aún así, alrededor de la mitad de este periodo, los cultivadores no van a su labor, pues en promedio, ésta no les exige más de una tercera parte del año.

26. Que pueden pertenecer tanto al grupo de medieros como al de propietarios de ranchos pequeños o de ordeña (cfr. pp.147-148). De esta manera, en una familia de terratenientes, casi siempre se combinan estas dos actividades.

De marzo a junio –*tiempo seco*– las fuentes de agua van bajando vertiginosamente su nivel y muchas se agotan completamente. La gente sigue movilizándose bastante en este periodo, hay mayor convivencia entre los habitantes de las diversas localidades: matanzas de puerco, visitas a parientes y fiestas religiosas que incrementan las relaciones comunitarias; también aumentan las salidas a los pueblos con fines de esparcimiento, de negocios o de arreglar asuntos civiles y religiosos. Se intensifica la recolección de frutas.²⁷

Es el periodo más crítico para el ganado y para sus dueños. Los pastos y muchas fuentes de agua se agotan, los partos y cuidado de los críos aumentan, quedando así amarrados los ganaderos a sus potreros y hatos. Es un periodo de gran trascendencia, se deben vigilar muy estrechamente las vacas preñadas para que los partos y su producto no tengan complicaciones que les ocasionen la muerte, pues de la cantidad de becerros con sus respectivas madres depende la ordeña en el tiempo de lluvias, y por consiguiente, la cantidad de queso y de becerros que se destinan a la venta. Los dedicados al cultivo por su parte, no tienen mucho trabajo, al final del periodo tienen que quemar su desmonte; fuera de eso, se dedican a reparar sus casas, recolectar leña o, en su caso a atender el ganado. Los medieros ocasionalmente ayudan a los propietarios de ganado a reparar cercas, arrear ganado y acarrear o moler pastura, y si no hay nada de esto que hacer, simplemente deambulan por los campos en busca de presas para la caza o frutas para recolectar, visitan a sus parientes o descansan.

Composición y organización de un rancho

Un rancho, en su calidad de unidad de producción agropecuaria, se compone tanto de los diversos potreros en los que se divide la explotación como de las casas del terrateniente, las de sus hijos casados –si los hay– que residen en terrenos del padre y las de algunos medieros que trabajan con él o a los que éste les “presta piso”.

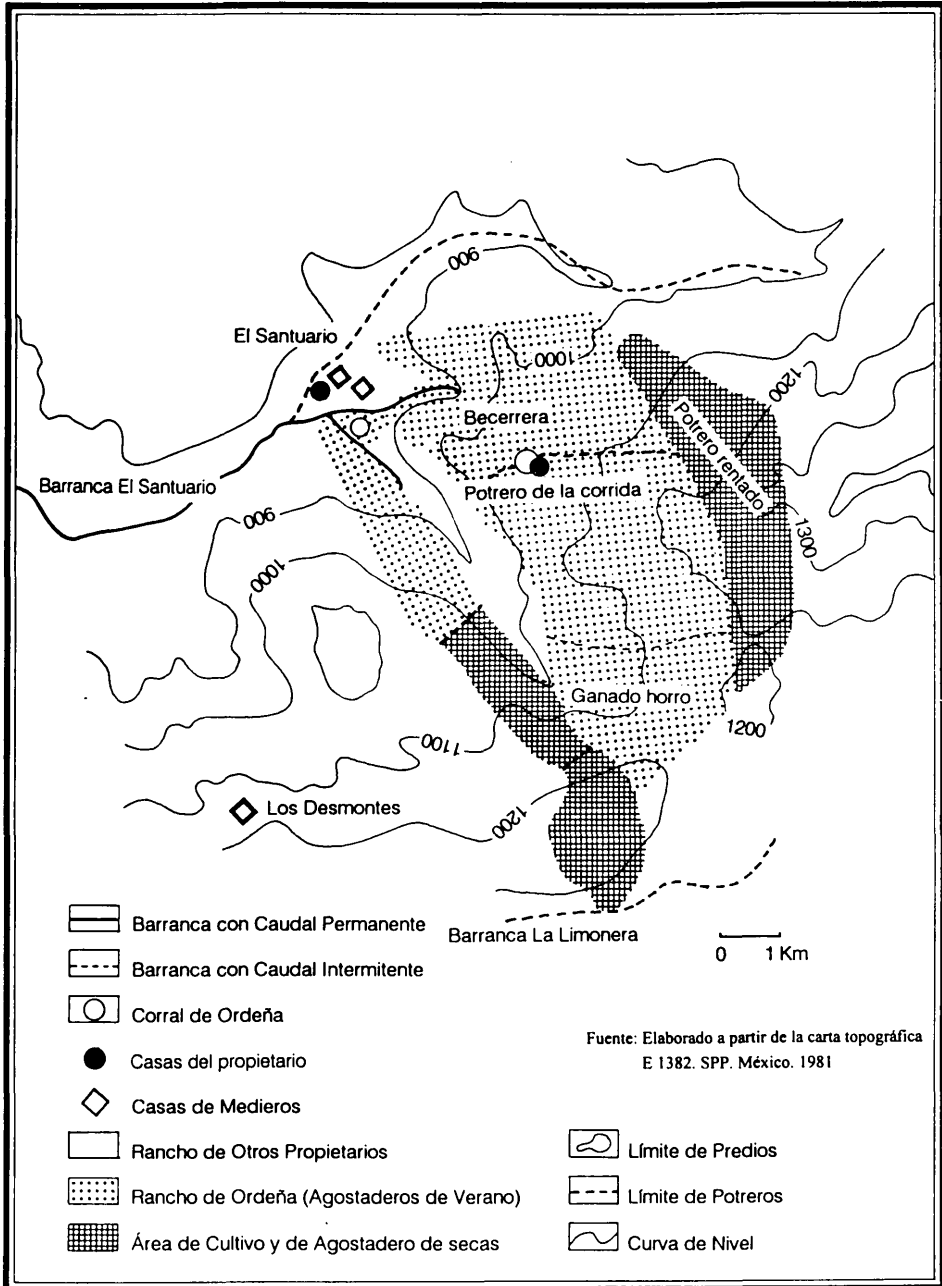
27. Barragán. *Ibid.*

Los potreros. Para el óptimo aprovechamiento agrícola del rancho, el propietario divide sus tierras de acuerdo a la complementariedad de la actividad ganadera con la del cultivo de maíz, tomando en cuenta las posibilidades y restricciones topográficas y climático-estacionales. Por lo general, la propiedad se divide en cinco potreros o fracciones, que se van utilizando en rotación a lo largo del año (véase mapa 10).

Durante la temporada de lluvias (julio-octubre), un potrero es ocupado por las vacas de ordeña (potrero de "la corrida"); en otro más pequeño y colindante están los becerros de dichas vacas (becerrera). En el tercer potrero agosta el ganado horro (temporalmente improductivo), mientras que el cuarto está destinado a las siembras de maíz y a la reserva de pastos que serán consumidos con el rastrojo (de enero a marzo) por las vacas de ordeña y sus becerras, los becerros serán vendidos antes. En el quinto potrero, con acceso a fuentes de agua permanentes, se reserva el pasto seco para la época crítica (partos y sequía aguda) del año: los meses de abril, mayo y junio. Si el ranchero tiene oportunidad de tener un potrero más, lo utiliza para separar en él a los equinos desocupados, en caso contrario, éstos van "repelando" los predios desocupados por el ganado. Tiene la bestia de silla siempre junto a la casa.

La rotación de los potreros y la elección de cuál será destinado a cada uso en las diferentes épocas del año son determinados por la localización y las posibilidades de retención del agua. En los terrenos más altos generalmente se tiene mayor dificultad para encontrar y retener agua en la época seca. Gracias a los jagüeyes, corrientes de agua de las lluvias y estanques naturales, el ranchero aprovecha los potreros de las cumbres de los cerros desde que empieza a llover hasta fines del otoño. Debido a esto encontramos en esta temporada el mayor número de ordeñas y concentraciones de ganado en las crestas de los cerros y pequeñas mesetas. Esto permite desmontar y sembrar maíz para reservar los pastos de los potreros localizados en las faldas de dichos cerros, donde naturalmente se encuentran los ojos de agua, o bien en los potreros que descienden hasta manantiales o ríos de caudal permanente. Sin embargo, se va desmontando paulatinamente cada uno de los potreros, a fin

Mapa 10
 Distribución y organización territorial de una unidad de producción agropecuaria.
 Rancho El Rodeo-Agua Fria-El Santuario



de que en todos haya áreas con pasto, áreas arboladas y otras en diferentes fases de renuevo forestal.²⁸

Por lo general, en los potreros donde se encuentran los ojos de agua o en los localizados cerca de los manantiales o ríos de caudal permanente, encontramos las casas (residencia principal o de secas) de los rancheros de la zona.

Las viviendas. Según la costumbre, a medida que los hijos de un terrateniente se casan, van construyendo viviendas más o menos provisionales alrededor de la casa paterna o cerca de las fuentes de agua, en terrenos del padre o de la madre. Posteriormente, ya sea por la distribución de la tierra por herencia o por la búsqueda de mejores oportunidades en otros ranchos, el cambio de residencia impone la construcción de una nueva casa. Lo mismo ocurre con los medieros que trabajan y/o residen en terrenos de un terrateniente. Esta situación de provisionalidad permanente, típica de los rancheros, ocasiona que muchos no construyan una vivienda con mejores materiales, espacios y servicios, por lo que al fin, viven en estas condiciones gran parte de su vida. En un momento dado, un rancho puede tener varias casas, después quedarse sólo con la del propietario y la de un mediero, y finalmente con ruinas o viviendas semiabandonadas hasta que llega un nuevo propietario, arrendatario o administrador que reactive esta dinámica.

La dispersión del hábitat se manifiesta en la gran distancia que separa un rancho (explotación ganadera) de otro. Esta dispersión obedece, principalmente, al sistema de explotación extensivo de la unidad de explotación, al hecho de que cada familia prefiere vivir en lo propio, lo menos lejos de sus lugares de trabajo y a la lógica que comanda esta relación hábitat y habitante: el aprovechamiento integral de recursos naturales difusos en un medio abrupto y seco (manantiales y ojos de agua, pastos y montes, cañadas, mesetas y pendientes de los cerros). Las localidades que se han formado gracias a la construcción de una capilla católica, generalmente congregan a los propietarios y sus medieros cuyos terrenos colindan o se encuentran cerca del núcleo poblacional. La dispersión habitacional, dentro de una misma localidad, se debe a que

28. Retomado del artículo Esteban Barragán y Martha Chávez. 1993, pp. 121-122.

cada familia prefiere guardar su distancia respecto a las demás y, sobre todo, tener un pequeño potrero aldaño a la casa para la vaca de la leche, el ganado menor (chivos, puercos y gallinas), animales enfermos, *ecuario*²⁹ y bestias de montar.

La arquitectura habitacional ranchera

El modelo de casa que implantaron los pioneros que no lograron la categoría de hacendados prevalece hasta ahora en gran parte de estos ranchos aislados y dispersos. Este tipo de casa-habitación, legado de estos primeros pobladores, integra un conjunto de construcciones semiprovisionales con techos de dos aguas –antes de paja o de palma, ahora de lámina galvanizada o de cartón–, circundadas por una cerca de piedra y/o alambre que deja amplio espacio para algunos árboles y pequeños jardines. Esto es lo que se conoce como el solar de la casa. Las construcciones que tradicionalmente conforman la vivienda son: un rancho y una cocina separados por una enramada o rancho de en medio, el zarzo, el chapil, a veces un corral de ordeña, el rancho del queso, un tejaban o “ranchillo”, y un pequeñísimo cuarto para bañarse.

El rancho. Es el recinto físico más íntimo de la casa, se utiliza como dormitorio. Ahí se encuentran las camas luciendo coloridos almohadones confeccionados y bordados por las mujeres, así como petacas, valijas y maletas cubiertas con las mejores “toallas” artísticamente bordadas; las perchas de ropa, los artículos de uso personal y todos los objetos más preciados. En el lado oriente del rancho se halla el “nicho”, pequeño altar con imágenes de varios santos, frente a él se cuelga la linterna de petróleo que alumbra tenuemente el recinto unas horas cada noche, cuando la familia reza el rosario. Casi siempre el rancho tiene

29. Superficie pequeña de cultivo que convencionalmente corresponde a una medida de maíz (cinco litros de maíz no híbrido) por diez de siembra, es decir, 0.3 hectáreas por cada tres hectáreas cultivadas. Originalmente era el derecho que tenía un mediero sobre la producción total (no daba parte al patrón). El mediero la podía destinar al consumo de elotes, calabacitas, chiles, jitomates, pepinos o sandías. Posteriormente se ha llamado *ecuario* a la superficie de igual o menor medida que cualquier persona cultiva lo más cerca de su casa para el consumo en fresco de los productos antes mencionados. En los *ecuarios* no se aplican herbicidas porque dañan las plantas de hoja ancha; esta superficie se limpia meticulosamente a mano o con azadón.

una parte de tapanco de otate o de tablas que se utiliza para guardar cosas y, en algunos casos, para dormir.

La enramada o rancho de en medio. Como espacio público de la casa, es el lugar donde se da la convivencia vecindaria, ahí se platica, se reciben las visitas y se baila, cuando hay alguna fiesta. También sirve para descansar durante el día y, a veces, para tenderse sobre un petate y dormir en la época de calor. Es ahí donde se apila el maíz cosechado mientras se desgrana. En este rancho se levantan pequeñas bardas, se instalan bancas rústicas o se ponen algunas sillas para sentarse. En los horcones y soleras suelen hallarse picos, clavos o ganchos de donde cuelgan sombreros, sillas de montar, costalillos y todo tipo de pequeños bultos colgantes.

La cocina. Lugar de intenso trabajo femenino y de convivencia familiar. Aquí se encuentra la chimenea con espacio para el metate, la hornilla para el comal donde se cuecen las tortillas y uno o dos fogones para cocer los demás alimentos. En este lugar casi exclusivo de las mujeres de “metate”, hallamos una pequeña y rústica mesa con algunas sillas, el tronco al que se atornilla el molino manual de nixtamal, algún trastero, balsas (bules) o canastas en las que se guardan las tortillas envueltas en servilletas de tela con coloridos y finos bordados; repisas de madera para guardar ollas y cazuelas con alimentos y el banco o “chicol” (tronco que termina en tres picos) donde se asienta el cántaro con el agua fresca para beber. Recargados en las bardas de la cocina se ven bultos de cal, azúcar, jabón, harina y frijol; algunas latas y frutas. No faltan algunos hilos tiznados para secar la carne como testimonio del fruto de algún accidente ganadero, de la matanza de un puerco o de la cacería.

El zarzo. El zarzo de madera con figura de mesa burda se localiza cerca de la cocina. En éste podemos ver cubetas con agua, cántaros, ollas y cazuelas. Aquí llegan las mangueras con agua —si se tiene este servicio—, es el abrevadero de insectos, lavabo de todos y fregador exclusivo de las mujeres.

El chapil. Los chapiles o graneros tienen una figura similar a las otras construcciones, sólo que en su interior se levantan —a cerca de un metro del piso—, depósitos cúbicos de madera, cañas de maíz o bejucos enjarra-

dos con lodo, para almacenar el maíz y tratarlo contra las plagas. En torno a los chapiles es común encontrar los nidos de las gallinas en canastas pizcadoras o cajones con zacate o paja y las herramientas de trabajo también: hacha, guadaña, barretilla o coa, azadón, *talacho* y pala. Regularmente se encuentra por ahí el rajadero de leña, pues frecuentemente ésta se protege de la lluvia guardándola debajo del chapil. Cada vez más los tambos de doscientos litros han venido a sustituir a los chapiles, en éstos se almacena el maíz y se controlan mejor las plagas. Ocasionalmente también encontramos en ciertos ranchos el corral de ordeña, el rancho del queso, el ranchillo y el cuarto de baño.

El corral de ordeña. Generalmente se encuentra cerca de los límites del solar de la casa y en terrenos de la explotación. Ahí se realiza la ordeña de las vacas y se encierran los bovinos para herrarlos, vacunarlos, domarlos, alimentarlos o simplemente para darles sal o cuidar a los animales enfermos o accidentados. Es frecuente que un corral sea compartido por varios vecinos y que por ello se convierta en un lugar de intenso intercambio social y económico.

El rancho del queso. Es una construcción sencilla que se ubica cerca del corral de ordeña o en el solar de la casa. Ahí se encuentra la tina donde se cuaja la leche, la artesa donde se remuele la cuajada con la sal; los aros, mantas y piedras que sirven para formar y prensar las piezas de queso, así como los zarzos de otate donde ponen a escurrir, madurar y secar dichos quesos. También en este espacio se guardan las cubetas de fierro y los piales utilizados en la ordeña. No faltan algunas reatas, sillas de montar, costales de pastura y bultos de sal.

El ranchillo. Construido cuando excepcionalmente algunos jóvenes (hombres o mujeres) se retiran de la alcoba matrimonial, recámara de toda la familia. Dentro del solar y a unos cuantos metros del rancho de dormir, se levanta esta armazón de pequeña estatura y superficie: un techo de dos aguas de lámina de cartón, paredes de carrizo o de palos entretejidos y piso de tierra. Una pequeña tarima de carrizo sirve de cama, ahí se acomodan los petates, cobijas y almohadas bajo las cuales se esconden algunos cigarrillos, un reflector y pequeñas pertenencias preciadas. Cuando los jóvenes abandonan temporal o definitivamente la casa paterna, este recinto se convierte en depósito de *tiliches*.

El cuarto de baño. Este es un estrecho recinto casi vacío y de uso exclusivo para bañarse. Las paredes son de lámina de cartón o de palos, carrizos o piedras cubiertas con lodo. Ahí se encuentra una tina para el agua y un pequeño banco de cemento o de madera para sentarse. La satisfacción de las principales necesidades fisiológicas se realiza fuera de la casa, bajo la clave de “ir a correr el coyote” o “vamos pa’ fuera”.

La construcción de las casas ha tenido una lenta evolución, cuya tendencia es hacia el cierre y la concentración de los espacios habitacionales. En la parte occidental de esta región (algunos ranchos del municipio de Manuel M. Diéguez y Jilotlán, Jalisco) se ha reproducido el modelo de las casas que, a finales del siglo pasado, construyeron en las haciendas localizadas en la zona (en La Aurora, la casa pionera de Macario Moreno —principios de siglo—. implantó este modelo colonial rústico).

Abandonando el modelo de “más antes”, en esta parte de la región se levantan construcciones más firmes con paredes de adobe y techos de teja, y con pisos de tierra, cemento y hasta de mosaico. Sin embargo, cada vez más, los muros de adobe están siendo sustituidos por tabique y los techos de teja por lámina galvanizada y de asbesto.

La casa se compone de uno o dos cuartos para dormir y guardar los objetos preciados (recinto más privado). Contiguo a la recámara (bajo un techo corrido), se encuentra alineado otro cuarto destinado a la cocina. Su función y composición es la misma que la cocina antes descrita.

Una de las dos alas del techo es más alargada y se sostiene en tres o cuatro pilastras de adobe. Entre éstas se levantan unas bardas bajas para sentarse, poner objetos y algunas plantas. Entre estas pequeñas bardas y la pared en la que están las puertas de los cuartos, queda un corredor que es el frente de la casa; espacio que viene a cumplir las funciones de la enramada o rancho de en medio en el otro tipo de vivienda.

El zarzo de troncos de madera es sustituido por un lavadero de cemento y una pila para almacenar agua. Ahí se lavan los trastos (casi nunca ropa porque les *da grima*). Se construye partiendo de la barda baja que delimita el corredor, justamente frente a la cocina. El lavadero de ropa —cuando tienen agua para lavar en casa— es una simple piedra

plana que se instala bajo la sombra de algún árbol del solar. También existen: el chapil, el tejabán, el cuarto para bañarse y un pequeño y rústico sanitario, si se vive en una ranchería. El patio y el solar cercado con piedra, madera o alambre, un pequeño potrero para los animales y, ocasionalmente, el rancho del queso.

El reparto de bienes y de estatus

Si la calidad de la construcción y la amplitud y servicios de una casa pueden indicar el estatus³⁰ de los que ahí habitan, nada lo señala mejor que la presencia o ausencia del corral de ordeña y, sobre todo, de las vacas que ahí se reúnen para dicho fin. En términos generales podemos distinguir dos tipos de ranchos: los ranchos pequeños dedicados principalmente al cultivo, a la cría de ganado menor y al cuidado de hatos pequeños de bovinos, y los ranchos de ordeña dedicados principalmente a la explotación del ganado.

De los poco más de 6,000 dueños de la sierra jalMichana, dos de cada tres propietarios son minifundistas, poseen predios rústicos menores de 100 hectáreas de terreno de agostadero, cerril y erial. Estos minifundistas no cuentan con la cantidad de tierra suficiente para obtener el sustento de su familia ni para dedicarse exclusivamente a la ganadería (se requiere un mínimo de 5 hectáreas por animal), no pueden sostener hatos mayores de 50 animales. De esta manera, se ven en la necesidad de cultivar maíz en tierra ajena, agregándose por temporadas al grupo de los medieros sin tierra.

La otra tercera parte de los terratenientes posee ranchos de ordeña con superficies que van de las 100 a las 500 hectáreas de terreno de agos-

30. Partiendo del estructural funcionalismo (Ralph Linton, Robert King Merton), el estatus es el rango o la posición de un individuo o grupo en el seno de una sociedad y cultura. Un individuo puede tener diversos estatus dependiendo de su edad, género, estado civil, preparación, profesión, así como de su posición social. En este apartado, el término estatus hace referencia a la posición social de los rancheiros, dependiendo de la estratificación social interna. Asimismo, el rol de un individuo o grupo está estrechamente relacionado con su estatus, es decir, un individuo debe comportarse según lo esperado en relación al estatus que ocupa o al que pertenece.

tadero –cerril y erial– y mantiene hatos de 50 a 250 cabezas de ganado vacuno. De estos ranchos sale la mayor parte de los quesos, becerros y animales de desecho que se venden en los mercados urbanos. Partiendo de la superficie de las propiedades, del tamaño de los hatos encontrados en cada una y del número de miembros de la unidad doméstica en edad de trabajar (de 4 a 7), se distinguen tres tipos de ranchos de ordeña: el rancho chico, el óptimo y el grande.³¹

El rancho chico o mínimamente viable es aquél que tiene entre 100 y 250 hectáreas y de 20 a 50 vacas de ordeña que se integran en hatos de 50 a 125 animales respectivamente. Esta categoría agrupa aproximadamente 70% de los ranchos de ordeña. En el rancho óptimo o viable encontramos entre 50 y 100 vacas de ordeña que forman parte de hatos de 125 a 250 cabezas respectivamente. Requiere asimismo de 250 a 500 hectáreas, de la mano de obra familiar y de algunos medieros. Cerca de 25% de unidades de producción corresponde a esta categoría. El rancho grande es el que tiene arriba de 100 vacas de ordeña cuyo hato rebasa las 250 reses y requiere arriba de las 500 hectáreas. Sólo 5% de los ranchos alcanza esta categoría. Éstos ocupan la mayor parte de medieros para el desmonte (productor de esquilmos y de grano) y para el auxilio en el cuidado y explotación del ganado (véase cuadro 6).

Así, los terratenientes se encuentran también fuertemente estratificados. Sintéticamente se distinguen tres grupos con diferencias internas: los rancheros acomodados, los medianamente acomodados y los minifundistas. Los hijos de los terratenientes tienen que heredar o comprar tierra y ganado suficiente para conservar su estatus de origen, debiendo esperar hasta varios años después de formar su propio hogar, pues las herencias se reciben muy tarde. Mientras lo logran, trabajan en la explotación paterna o buscan acomodo en otros ranchos. Los hijos de minifundista raras veces ven otra opción que trabajar y vivir en otras propiedades o emigrar. Debido a esto, los de aquí salen medieros, administradores, arrendatarios, cuidadores de ranchos y uno que otro peón eventual.

También encontramos a medieros y peones ocasionales que salen del propio grupo de medieros, es decir, que no han poseído tierra –por lo

31. Esteban Barragán, 1994: 167-168.

Cuadro 6
Tipos de ranchos (unidades de producción) en la sierra jalmsichana

Ranchos (más de seis mil propietarios)	Subdivisión	Hectáreas	Vacas de ordeña	Cabezas de ganado	%
Pequeños (dos de cada tres propietarios)	Minifundistas	> de 100	> de 20	> de 50	100%
De ordeña (uno de cada tres propietarios)	Chico (medio acomodados)	100 a 250	20 a 50	50 a 125	70%
	Óptimo (medio acomodados)	250 a 500	50 a 100	125 a 250	25%
	Grande (acomodados)	< de 500	< de 100	< de 250	5%
					<hr/> 100%

Fuente: Esteban Barragán López, 1990b, "La organización ranchera del espacio geográfico".

menos— a lo largo de dos generaciones. No hay un grupo claramente identificado como peones, éstos pueden pertenecer a cualquier otro grupo, sólo se contratan por poco tiempo y para realizar actividades especiales y esporádicas; difícilmente se encuentra en la región alguien que trabaje por algunos días por un salario y cuando así sucede, el precio de esta mano de obra es muy alto (tres veces mayor que el salario mínimo oficial). Pocas personas trabajan así y prefieren otros mecanismos de intercambio tendientes al apoyo mutuo.

En resumen, se identifican dos grandes grupos —los terratenientes y los medieros—, cada uno con sus subdivisiones internas y de los cuales salen los arrendatarios, administradores y los eventuales peones de los ranchos.

Todos comparten sangre y costumbres y trabajan la misma tierra, pero en condiciones desiguales. La habilidad en los negocios, el trabajo temporal en los Estados Unidos, las redes familiares y los parientes ricos, el cultivo ilícito y mucha suerte son medios que facilitan la

Cuadro 7
Estratificación social ranchera

Terratenientes	acomodados (ganaderos) ³² medianamente acomodados (ganaderos) minifundistas (cultivadores/ganaderos)	arrendatario (ganadero) administrador (ganadero)
Medieros (cultivadores)	hijo de terrateniente acomodado hijo de minifundista hijo de mediero	peón eventual vaquero cultivador constructor de cercas, etcétera

ascensión de los rancheros y estructuran, junto con la propiedad de la tierra, la mano de obra familiar y el arduo trabajo, esta desigualdad. Sin embargo, entre medieros y terratenientes, la separación no es muy tajante, la heterogeneidad que caracteriza al grupo mediero ocasiona un constante movimiento ascendente y descendente. La capacidad de acumulación de los medieros, hijos de minifundista o de mismo mediero, es sumamente difícil. A pesar de la posibilidad de ocupar un nivel intermedio como arrendatario y administrador, el mediero tiene que reunir varios requisitos, tanto personales como en el dominio de las actividades ganaderas y de negociación, los más criticados son los conformistas y flojos “que no se quieren molestar”; también encontramos algunos inconformes que piensan que “las medias ni en las patas sirven”.

Si la movilidad social se logra por vía matrimonial, generalmente el mediero tiene que esperar la mayor parte de su vida para ascender socialmente, y llegado el momento de la herencia, debe darles prioridad a los hermanos de la esposa para que elijan los mejores potreros del rancho, ya que, aunque la mujer puede heredar, los varones suelen tener derecho a escoger las mejores porciones del legado del padre. Y si la tierra no alcanza para las hijas del terrateniente, el yerno mediero tiene

32. Por lo general, dentro de las familias de terratenientes acomodados y medianamente acomodados, hay una persona o más que se dedica al cultivo de maíz para consumo doméstico y animal. Lo que se indica aquí es que los ganaderos sacan al mercado bobinos y pocas veces maíz, producto que ofrecen los minifundistas y medieros.

que conformarse con las cabezas de ganado que reciba su esposa. El que logra acumular un número considerable de ganado y no tiene tierra, generalmente tiene la opción de pasarlo a algún terrateniente, de venderlo o si tiene prestigio como hombre honrado y trabajador, puede ser administrador de un rancho y ahí, bajo un arreglo con el dueño alimentar y acrecentar su hato.

Los arreglos económicos

Ciertamente no todos los rancheros tienen tierra ni se dedican con la misma intensidad a una actividad económica ni disponen, en la misma proporción, de mano de obra familiar. Estas razones, aunadas con otras de tipo humano y de sobrevivencia, son las fuerzas que promueven las alianzas para la producción y para la vida. En todos estos intercambios las compensaciones no son necesariamente en dinero, también en especie, ayudas y favores.

Como acaba de mencionarse, cuando un mediero logra acumular algunas cabezas de ganado –hasta diez generalmente–, lo más frecuente es que las pase a *medias de crías y leche* a un rancho de ordeña. El propietario del rancho se encarga de ordeñarlas y de hacer el queso,³³ de alimentarlas y atenderlas como si fueran propias. Al finalizar la temporada de lluvias, la mitad del queso y de los becerros será para cada uno. Así se continúa cada año hasta que termina el convenio o contrato moral. Una variante de este tipo de convenios, más recurrente en los minifundistas, es la que consiste en pasar las vacas a un rancho de ordeña solamente durante la temporada de lluvias. Al finalizar la temporada, se regresan los animales a su dueño junto con la mitad del queso producido con la leche de sus vacas.

Por su parte, los propietarios que ya no pueden atender sus ranchos de ordeña y quieren conservar tierra y ganado, generalmente buscan

33. Localmente, para calcular la cantidad de queso que se produce, se toma en cuenta que una vaca con becerro chico proporciona en la temporada de ordeña dos arrobas de queso seco (23 kilos) y la vaca de añejo (becerro de un año), la mitad. También, con el acuerdo de las partes, se puede medir periódicamente la leche de la vaca recibida a medias y, sobre esta medida, calcular el queso que produce cada vaca durante la temporada (cuatro meses al año) de ordeña.

entre sus familiares y vecinos un administrador que quiera trabajar el rancho, ya sea por un sueldo fijo o “a partido” es decir, obtener una parte de la producción anual de queso y/o de animales. El arreglo a partido más practicado es el de “a medias de crías y leche” antes mencionado. En este caso el terrateniente aporta tierra, ganado y vivienda y el administrador debe atender el ganado y los potreros, ordeñar y hacer el queso. En este tipo de contratos –generalmente verbales– pueden existir varias cláusulas que especifiquen los puntos centrales del acuerdo: forma y proporción en el reparto de beneficios y/o pérdidas, vencimiento, causas por las cuales se puede suspender el contrato, si el terrateniente aporta el maíz para los animales, si el administrador puede introducir animales propios o ajenos en los potreros del rancho, si puede o no tener medieros, si puede o no vender pasto, etcétera.

Si el terrateniente –enfermo o sin fuerzas para trabajar y sobre todo sin hijos en casa– vende su ganado, el rancho generalmente es rentado. Mientras dure el convenio, el arrendatario tiene la libertad de administrar a su criterio los pastos y potreros del rancho. Cuando el propietario desea conservar un pequeño hato, puede rentar sólo algunos potreros de su rancho o vender el pasto. Los que no disponen de terreno suficiente para mantener su ganado, generalmente antes de recurrir a su venta, acuden a algún familiar o vecino para que les rente parte de su propiedad o les venda pasto. Cuando se vende el pasto, el comprador paga un precio acordado por cada animal que meta en el terreno durante el tiempo del convenio. Generalmente son arreglos de corta duración (de una estación de lluvias, hasta por tres años).

Por su parte, los préstamos de dinero son sistemáticamente solicitados en casos de urgencias o de carencias. En cada espacio vecindario es frecuente encontrar de uno a dos prestamistas que ofrecen su dinero desocupado a los vecinos de su confianza. Tomando en cuenta que venden cada año sus productos y que raras veces obtienen buenas cosechas, este servicio aligera las presiones económicas de los rancheros, quienes difícilmente cuentan con el dinero suficiente para enfrentar los gastos inesperados u ordinarios de los integrantes de la unidad doméstica.

Otros arreglos, que surgen a partir de la falta de ganado, mano de obra, tierra o dinero, son los propiciados por las relaciones de cooperación, de solidaridad y compañerismo.

El préstamo de leche. Como el queso es un ingrediente básico en la dieta de los habitantes y raras veces hay a quien venderle la leche fresca dentro de la localidad —ya que es impensable sacarla al medio urbano—, muchos de los que tienen un pequeño hato se “prestan” entre sí la leche de sus vacas. Un grupo de vecinos convienen en pasar, de acuerdo a un orden acordado, la leche de sus vacas hasta que se haga una pieza de queso³⁴ o se cubra el periodo suficiente para elaborar todas las que le aportarían sus vacas a lo largo de la temporada de ordeña. Así obtienen la totalidad de la producción lechera que por lo menos les aporta “el queso para el gasto”³⁵ y se desocupan rápido de esta actividad centrándose en el cuidado de su desmote. Estas opciones favorecen a los propietarios de ranchos pequeños y a los medieros, permitiéndoles abastecerse de leche fresca y queso para “el diario” y sobre todo, tener una reserva de la cual echar mano, en el caso de una necesidad.

Los días prestados. Debido a la poca solvencia económica para pagar peones, a la escasez de los mismos y, a veces, al simple espíritu de compañerismo, dos o más individuos se comprometen a trabajar juntos en alguna actividad y situación especial (cosecha, construcción de una vivienda, acarrear pastura para el ganado o hacer cercas), siempre y cuando las actividades sean relativamente semejantes y correspondan a la cantidad de tiempo —algunos días— que se prestó en el trabajo ajeno. La “mano vuelta” favorece el intercambio de conocimientos técnicos y refuerza o pone en entredicho —en caso de no aceptar— el apoyo mutuo que “debe” existir entre los familiares y vecinos.

El intercambio de pastos y el cambio y préstamo de ganado muestran otras formas de ayuda vecindaria. El intercambio de pasto consiste en recibir un determinado número de animales ajenos en terreno propio para luego, en esa temporada, o después, enviar animales propios al terreno del vecino ya beneficiado. Esta alianza puede ser propiciada por la escasez de agua, por un sobrante de pasto, por la cercanía a la

34. Para elaborar una pieza de 15 a 20 kilos al madurar, se requieren de 150 a 200 litros de leche (10 litros de leche por kilo de queso seco) y no se puede guardar el queso —sin hacer la pieza— por más de cuatro días.

35. Se calcula un kilo de queso seco por mes y por cada persona mayor de diez años que compone la unidad doméstica. Si para cada kilo de queso seco se necesitan diez litros o treinta vasos de leche, el consumo diario de queso seco **corresponde** a un vaso de leche.

vivienda en el caso de una enfermedad, etc. Por lo general los arreglos son voluntarios pero en ocasiones, algún animal *dañero*, que no respeta las cercas para ir en busca de la pastura de otra propiedad, obliga a que las partes encuentren un arreglo: bien sea pagar el pasto que el animal se tragó o simplemente, como buenos colindantes, permitir que otro animal pase el mismo número de días en los dominios del animal transgresor; así se remedia el daño. El cambio de ganado ocurre cuando algún ganadero decide vender para el rastro un animal (becerro, semental viejo, vaquilla para la cría o una vaca muy dañera o indomable) que a otro le interese. Generalmente se ponen de acuerdo y si existe alguna diferencia en el precio, el interesado la paga bajo algún arreglo. El préstamo de ganado es muy limitado. Consiste en prestar a otro ganadero algún semental que mejore genéticamente sus animales. Asimismo, ocurre que algún ganadero preste, por una temporada, una vaca para la leche a algún pariente o vecino.

Las ayudas interfamiliares en casos de urgencia son muy frecuentes y difícilmente se pueden rehuir. Como generalmente nadie quiere ser sirviente de otro, y el hecho de trabajar por un salario le daría ese estatus, la familia en apuros, concedora de esta costumbre ranchera “invita” a algún pariente o vecino soltero para que “pase” unos días en su rancho. Al observar los problemas o trabajos urgentes del solicitante, el invitado sabe para qué lo quieren y lo que tiene que hacer. A cambio de la disposición para “hacerles el favor” y por su trabajo, esta persona es compensada con un animal (becerra, puerca o chivo), con una joya (aretes, medalla de oro o un reloj) o telas.

Intercambio de servicios. Aun cuando las visitas al medio urbano son cada vez más frecuentes, los habitantes de la sierra prefieren que sus vecinos, con experiencia en el corte de pelo, en inyectar, en sacrificar cerdos, chivos o reses para su consumo, en la confección de prendas de vestir, les proporcionen estos servicios. Salvo la confección de vestimentas, todo los demás servicios son gratuitos y se basan en los principios de ayuda mutua establecidos en el seno de los ranchos, con la misma gente.

Dentro de las alianzas para la vida los intercambios matrimoniales juegan un papel primordial en la perpetuación del grupo ranchero.

“Entre primos y primores...”: matrimonio y parentesco

Sin que existan disposiciones formales que prohiban, permitan u obliguen el matrimonio de los habitantes de estas montañas entre sí, o con los miembros de otros grupos sociales, el riesgo de no encontrar los mismos valores, aspiraciones y temores en la pareja elegida, aunado a la vieja preocupación de conservar “la pureza de sangre”, ha propiciado los matrimonios entre vecinos y parientes cercanos. “Entre primos y primores nacen los amores”, “a la prima se le arrima”, son expresiones ampliamente referidas que muestran esta ancestral práctica endogámica socialmente aceptada. Como lo menciona Esteban Barragán, ya desde hace muchos años se decía: “Vámonos para Cotija / allá son buenos cristianos / para no perder la sangre / se casan primos hermanos”.³⁶

Aunque, entre los rancheros jalMichanos, el matrimonio dentro del grupo fortalece los vínculos familiares y el control de la tierra, no siempre las uniones son guiadas por estas razones. Es cierto, como lo muestra Guillermo Fernández,³⁷ que estos enlaces muchas veces han servido para “consolidar alianzas territoriales, realizar la unión de capitales, conjuntar el poder de decisión, dividir o conjuntar los productos de la herencia, conservar las prácticas culturales productivas y reproductivas”, pero, muchas veces, son simplemente el producto de amores y atracciones alimentados por la continua y estrecha convivencia entre los jóvenes.

Con frecuencia los padres de los muchachos casaderos son primos hermanos, primos segundos o sobrinos tíos (véase genealogía 2). Los padrinos son sus abuelos, los hermanos o primos hermanos de sus padres. Sus compañeros de juego han sido además de sus hermanos y

36. Esteban Barragán, 1990a, p. 42. Sin embargo, aspectos sociales y culturales propios de este grupo y del mundo occidental del cual provienen, determinan que entre hermanos o padres e hijos no deben darse relaciones sexuales, mucho menos matrimoniales; es decir, se rechaza el incesto. De esta manera, se mantiene “la cohesión de grupo y de familia que sustenta el orden social mismo y con él la seguridad e incluso la supervivencia de los miembros de la sociedad”, John Beattie, *Otras culturas*, México, FCE, 1972, pp. 169-170.

37. Guillermo Fernández Ruiz, “Endogamia en las sociedades rancheras: una opinión médica”, en Esteban Barragán *et al.*, 1994, p. 190.

hermanas, sus primos hermanos, primos segundos y algunos tíos cercanos a su edad. Desde pequeños asisten a las fiestas organizadas por la familia en los diferentes ranchos, principalmente en los del espacio vecindario y de la pequeña región. Ahí empiezan a bailar, conversar y elegir la posible compañera o compañero de su vida, que muy probablemente estará estrechamente emparentada o emparentado por ambos lados de la familia (padre y madre).

La desconfianza hacia los jóvenes de otros grupos sociales —especialmente los del medio urbano— también ha favorecido los matrimonios endogámicos. Una señorita de 19 años comentaba:

Aquí nada se debe pero todo se puede. Conoce uno a un muchacho y le dicen que no se puede porque es pariente, trata con otro y es pariente, entonces ¿qué vamos a hacer? Los que no son de aquí y los que me han hablado no valen la pena y tampoco los conocemos; a los de aquí sí, bien sabemos cómo son, bueno, y ¿cómo no se puede uno casar con un pariente si todos aquí lo han hecho?

Encontrar cónyuge entre aquéllos que conoce, en quienes confía y con los que comparte territorio, historia, valores y tradiciones ha estado para los jóvenes muy por encima de los trastornos genéticos que estas alianzas pueden propiciar. No obstante, uno de los aspectos que ocasionalmente llega a preocupar a los jóvenes es saber si “es pecado o no”, temor que se desvanece al poder consumir su unión con la dispensa de la Iglesia, tramitada por los párrocos y que invariablemente otorga el señor obispo.

Ser bonita, casta, trabajadora, católica, joven (menor de veinte años), recatada, discreta, y si se puede, hija de terrateniente, son los valores buscados por los jóvenes en las muchachas casaderas. Valores seguramente encontrados y compartidos en el medio circundante. Para ser bonita se debe empezar por no ser “tan prieta” (morena) ni tener imperfecciones en la piel (acné, paño, cicatrices), no ser demasiado delgada o gorda (“que esté llenita”), tener grandes ojos adornados con largas, chinas y espesas pestañas; tener la boca chica, el pelo largo, las piernas bien moldeadas —sin importar que estén velludas—, anchas caderas y abultado busto. Debe dominar “los trabajos de metate” y si sabe “hacer de todo” (trabajar en la casa, en el cerro y en el corral) mucho mejor.

Debe ir a misa, saber rezar y proceder de familia católica. No debe prestarse a juegos de manos, besarse en público ni verse a solas en lugares apartados o escondidos con un hombre; no debe usar ropa escotada y corta, ni ser chismosa ni levanta falsos.

Aunque no se puede establecer un orden prioritario de estos valores, se puede afirmar que en algunos casos, se ha preferido la belleza y la pertenencia a familia de terrateniente a ser trabajadora. Ser bonita, casta, católica, recatada y de buena familia son valores constantes e indispensables siempre y cuando "sean (gente) ai de los mismos". La existencia de deformaciones o trastornos genéticos en una de las familias involucradas en el compromiso no es un impedimento primario, pero algunas veces sí han frenado estas uniones, sobre todo si la familia afectada no tiene vínculos de parentesco cercanos con la otra.

Por su parte, los mejores candidatos masculinos son los "bonitos" (guapos), trabajadores, responsables y "luchistas"; sin vicios (alcohol, juegos de azar, mujeres); que procedan de padre que no maltrate a las mujeres, que las saquen o anden con ellas en las fiestas, que no sean "tontos", "feos", "prietos" ni "viejos", y si además son hijos de terrateniente con solvencia económica, no hay nada que objetar. Ante las exigencias femeninas, el refrán: "El hombre es como el oso, entre más feo es más hermoso" no tiene vigencia. Si una joven tiene oportunidad de elegir entre dos pretendientes, generalmente se queda con el "más bonito" según su gusto y las opiniones siempre vertidas por sus amigas de confianza y familiares. Los hombres "bonitos" son los de piel clara y quemada por el sol, con bigote, no muy entrados en años (menores de 25 años), con ojos grandes y pestañas chinas, esbeltos y, si se puede, de buena estatura.

Por otra parte, ya desde los 12 años se conoce y difunde la calidad del trabajo de los jóvenes en el desmonte y en el corral, así empiezan a ser valorados socialmente, en cambio los flojos son desairados por los padres de la novia. El factor que definitivamente causa la evasión de cualquier pretendiente es que sea "tonto" o "mudo", es decir, que no sea muy listo y no tenga el aspecto de cualquier persona normal. Generalmente los "tontos", aunque sean hombres trabajadores, son el hazme-reír de la gente, no hacen buenos tratos ni tienen buenas tanteadas y todos intentan aprovecharse de ellos.

Otro aspecto, que recientemente es considerado en estas circunstancias, es la pertenencia a una familia de la que se sospeche, rumore o confirme que cultiva o trafica mariguana. Dada la propagación de este fenómeno, actualmente no llega a ser un impedimento de trascendencia, pero se intenta informar y advertir a la contrayente sobre las riesgosas consecuencias. Por último, padecer alguna enfermedad grave o el no proceder de familia con bienes y dinero no suele ser un impedimento generalizado e insalvable. Generalmente la resistencia viene por parte de los padres del contrayente, pero al final, la pareja casi invariablemente se sale con la suya.

Ciertamente no siempre en todos los casos los comprometidos en matrimonio reúnen todos o la mayor parte de los valores buscados en cada uno de ellos. Los sucesos que a continuación se narran, refieren matrimonios en los que se cumplen o no algunos de estos principios y valores sociales y las consecuencias de ello.

Caso de Carolina y Gabriel

En su juventud, Carolina fue considerada como una de las mujeres más bonitas de su localidad. Ella es hija de terrateniente acomodado, católica ferviente y muy recatada, debido a la estricta vigilancia de su madre. Según los comentarios locales, el defecto de Carolina es que es demasiado floja, trabaja poco y no muy bien en la casa y en el campo; también se le considera lenta y descuidada.

Gabriel, por su parte, se ha criado con dos tías solteras que tienen un rancho ganadero a escasos kilómetros del rancho de Carolina. Gabriel procede de una familia no muy recomendable por su tendencia a las mujeres, al alcohol, a la violencia y al maltrato. Para la gente, Gabriel es un hombre bien parecido, valentón, medio alocado y trabajador, pero no muy luchista. Pese a las imperfecciones de ambos, contraen matrimonio en 1982, cuando Carolina tenía 19 años de edad y Gabriel 22; residen en el rancho de los padres de Carolina, y Gabriel trabaja en la explotación agropecuaria de sus tías. Es difícil para él ir y venir todos los días, pero Carolina no quiere cambiarse a dicho rancho. En 1991, con dos hijas, el matrimonio se separa, muchos creen que esto se debe a

que Carolina no se casó con un pariente cercano –considerados buenos esposos– como generalmente ocurre. Otros agregan que Gabriel también se cansó de exigir a su esposa más limpieza, agilidad y cuidado en la casa y con los niños, pero sobre todo, de que su mujer no lo siguiera al rancho de sus tías, su lugar de trabajo. En una situación insostenible, Gabriel abandona a su esposa y cambia su residencia al rancho deseado. Al poco tiempo se “roba” una jovencita del espacio vecindario y se la lleva a vivir con él. Después de embarazarla también la abandona y se lleva a otra y después... tal vez otra.

Ahora Carolina vive en una ciudad cercana con sus dos hijas, toda su familia la visita y, a diferencia de su esposo, no deja de apoyarla. Todos los intentos de Carolina por conseguir para sus hijas recursos del padre han fracasado. Su familia prefiere “mantenerlas” en vez de presionar a Gabriel para evitarse problemas; lo peor es que para las instancias legales y de apoyo social (como el DIF) Gabriel queda fuera del alcance de la ley, debido a lo inaccesible del lugar donde vive y a que, por ser autoempleado y sin bienes a su nombre, no encuentran mecanismos para retenerle dinero para pasarlo a sus hijas. Para todos los conocidos de Carolina este es un ejemplo de un verdadero fracaso.

Caso de María y Ariel

María también es considerada como una muchacha bonita pese a su baja estatura y tendencia a engordar. Es hermana de Carolina con la que comparte atributos y defectos, como ella, sus mayores problemas, son la lentitud y la flojera. Además de las cualidades que comparte con su hermana, para los lugareños María tiene bonito modo, es tranquila, discreta y difícilmente se enoja. Por su parte Ariel es un muchacho moreno, de baja estatura, de facciones bien delineadas y de delgada figura, aspectos que lo califican como “ni muy bonito ni muy feo”. Procede de una familia de medieros que no maltrata a las mujeres; es católico, no muy luchista, trabaja poco, solamente en el cultivo de maíz y le gusta mucho el alcohol. Ariel y María contraen matrimonio en 1990, tienen tres hijas y residen en el rancho de los familiares de la esposa. Ambos son fuertemente criticados por su dejadez y escasez de recursos econó-

micos hasta para alimentarse y vestirse. Los familiares de María han tratado de apoyar a Ariel empleándolo en distintas actividades, pero Ariel no responde, no le interesa, él prefiere vivir tranquilo en el rancho, sembrando un poco de maíz. Su mayor problema es que gran parte de sus escasos ingresos para la familia los destina al alcohol. La pareja resiste esta situación quizá con la esperanza de que María algún día herede tierra o ganado, pero por el momento, atisbando un futuro no muy prometedor.

Caso de *Isabel y Patricio*

El padre de Patricio es un terrateniente acomodado, no muy dejado pero con fama de tratar bien a su esposa y de luchar por el bienestar de la familia. Se comprueba que este señor no fue amante del trabajo en el campo, siempre pasó a medias la explotación de su rancho hasta que Patricio, siendo un adolescente, se hizo cargo de la explotación junto con sus hermanas y hermanos. Patricio es considerado como un hombre trabajador tanto en la agricultura como en la ganadería, honrado, luchista, bien tanteado, pacífico pero no muy dejado, católico devoto y muy bien parecido a pesar de su mediana estatura. El principal problema de Patricio es que sufre “el pequeño mal” y en ocasiones tiene fuertes y preocupantes recaídas. Por su parte Isabel es considerada una trigueña muy bonita, de estatura mediana, seria, recatada, trabajadora al grado de no dificultársele nada, católica y bien portada. Ella es hija de padre mediero y de madre descendiente de familia acomodada. Además los novios prácticamente han crecido juntos y están emparentados (tío y sobrina en segundo grado). En 1996, cuando Isabel tenía 18 años y Patricio 26, la pareja contrae matrimonio y reside en el rancho de la familia de Patricio donde éste sigue trabajando. A escasos dos meses de matrimonio, Patricio sufre una recaída y es llevado de emergencia al medio urbano para que reciba atención médica; lo que Isabel temía ocurrió y seguramente seguirá ocurriendo.

Como se ha visto, pese a lo considerado como lo bueno y lo deseable tanto en los hombres como en las mujeres de la sierra jalmichana, la pareja puede terminar ante el altar, empujada por la lógica local que revela que “de lo que hay se gasta”.

Etapas de una boda típica en el seno de los ranchos

Aunque las modas imperantes en el medio urbano –muy influenciadas por las norteamericanas– se manifiesten en el actual desarrollo de una boda en el seno de los ranchos, éstas sólo han aumentado el gasto económico del atuendo, acompañamiento y desarrollo de la fiesta. El procedimiento para llegar a la ceremonia religiosa sigue siendo el mismo: el galanteo, la formalización del noviazgo, pedimento, agradecidos, resolvenca, donas matrimonio civil y boda por la Iglesia.

El galanteo. Cerca de los 13 años las jovencitas empiezan a ser cortejadas. El galanteo se efectúa tradicionalmente en las matanzas de cerdos y en las salidas colectivas para recolectar frutos (mangos, ciruelas, nanches). Éste se reduce a cortas conversaciones públicas sostenidas por los futuros novios mientras bailan en las fiestas o recogen y disfrutan los frutos silvestres así como al intercambio constante de señas (miradas o movimiento de los ojos y párpados, reflejar rayos de luz con un espejo, codearse, tirar un balazo al aire), comentarios o razones enviadas con los amigos o amigas de los interesados. Por su discreción, las señas más empleadas son las emitidas por medio de los ojos: las miradas insistentes y apasionadas, las coquetas, las que aceptan o niegan la invitación a salirse del recinto y encontrarse a solas y las que indican precaución porque ahí está el papá o el hermano de la muchacha. Como es una de las formas de comunicación más empleada públicamente, todos están pendientes de la dirección, intensidad y frecuencia de las miradas de un joven, así como de las veces que baila con una muchacha y lo que ambos duran conversando. Ocasionalmente, si es mucho el interés, se arriesga, durante una matanza, pidiendo una canción al mariachi que de acuerdo a la letra, muestra los sentimientos del interesado. De esta manera gran parte de los asistentes puede adivinar estos intereses “celosamente ocultados” hasta el momento de formalizar el noviazgo. En realidad es el único periodo de relaciones informales entre los jóvenes.

Formalización del noviazgo. El noviazgo se formaliza cuando el muchacho pide permiso a los padres de la pretendida para visitarla (ir a su casa) y platicar con ella. Si no se enfrenta a la oposición de los padres (generalmente a la de la madre), queda implícito el compromiso de ma-

trimonio aun cuando todavía no se haya hablado de éste ni fijado plazo. Si la boda no se llega a realizar es porque alguno de los novios “se raja”, es decir, rompe con el compromiso. Esto es sentido como una ofensa por la familia rechazada y generalmente es motivo de tensión entre ambas familias.

Pedimento. El pedimento reafirma el interés de la pareja por unir sus vidas. Cuando las relaciones entre las familias son cordiales, el padre del muchacho va a la casa de la novia para pedirla formalmente en matrimonio. Si hay conflictos o desacuerdos entre ambas familias, el sacerdote de la parroquia u otra persona respetable del espacio vecindario lo sustituye. Después del preámbulo obligado en cualquier visita, se ratifican la relación formal de noviazgo y el consentimiento de los padres de la pretendida. Posteriormente se pide el permiso de los padres para realizar el matrimonio, si no hay inconvenientes se hacen algunas propuestas para el plazo o fecha de la boda. Los padres de la prometida hacen una serie de advertencias al novio y a su familia enfatizando los defectos de la futura esposa (que es floja, enfermiza, lenta). Defectos que, de acuerdo a la situación dada, sirven para disfrazar las aptitudes y valores de la chica o como manera de excusa de problemas o defectos de la novia; ambas situaciones son conocidas de antemano.

Los agradecidos. Antes de abandonar la casa de la novia, el padre del novio —o su sustituto— entrega a los futuros consuegros los “agradecidos”: algunas botellas de vino (una o dos de vino generoso, una de tequila y otra de brandy), chocolate, pastas de harina, arroz y galletas. El acontecimiento termina con un brindis que frecuentemente se prolonga hasta vaciar una de las botellas.

Resolvencia. El encargado de hacer la petición, comunica enseguida al interesado el resultado de su comisión y el plazo para la boda (generalmente un año, pero existe la posibilidad de reducir este tiempo hablando directamente con la novia y su familia).

Donas y matrimonio al civil. Dos o tres semanas previas a la fecha fijada para la boda religiosa, un grupo de personas compuesto por los novios y algunas mujeres parientes de ambos (sobre todo una hermana o una tía de la muchacha y la mamá o hermanas del muchacho), se dirige a lomo de mula o en camioneta al pueblo más cercano para de ahí

trasladarse a una ciudad más importante (Zamora, Cotija, Ciudad Guzmán o Zapotiltic) para comprar las “donas” que el futuro marido le dará a su prometida: tres o cuatro vestidos o cortes, zapatos, aretes (“zarcillos”) de oro, reloj y algunos avíos para la casa (metate, molino y trastos). También se compra el “vestido de reina” para la boda religiosa. El novio hace todos los gastos con dinero previamente ahorrado o solicitado a algún pariente cercano en calidad de préstamo.

En el mismo viaje los contrayentes se presentan ante el juez del registro civil para formalizar su unión. El matrimonio civil aparentemente no tiene más significado que la obligatoriedad y el legitimar los hijos que se logren procrear. A medida que pasa el tiempo, sus ventajas se manifiestan en la solución de asuntos legales referentes a diversos problemas y situaciones familiares. Después de la boda civil cada quien regresa a su respectiva casa.

Boda religiosa. El día señalado, los padrinos de velación custodian y conducen a la novia hasta el lugar donde se celebrará la ceremonia religiosa (cabecera parroquial, capilla o casa donde acude un sacerdote). Ocasionalmente la madrina ayuda a la muchacha a vestirse mientras intenta –muchas veces sin atreverse– aconsejarla sobre el trato a su futuro marido y la conducción de su nuevo hogar. Si la fiesta se lleva a cabo en otro lugar distante (rancho de los padres del novio o de la novia o de algún familiar), el acompañamiento en la ceremonia religiosa es más reducido (padrinos y familiares más allegados), el grupo de invitados más numeroso espera junto con el mariachi, la llegada de los novios al lugar del baile.

La llegada. En cuanto se manifiesta la presencia de los novios en el lugar de la fiesta se les da la bienvenida: el mariachi entona un son jalisciense y luego la tradicional canción *Vestida de blanco*. La música es opacada por las descargas simultáneas de las armas de fuego de los hombres presentes, festejando y coronando a los novios. Después de las felicitaciones y del acomodo de los novios en el lugar de honor, da principio el baile que dura por lo menos toda la noche.³⁸ Al día siguiente,

38. Consultar la p. 112.

si el recién casado decidió “salir de paseo” (viaje de bodas), la joven pareja aprovecha el retiro del último familiar que se dirige al medio urbano y que se traslade en camioneta. La luna de miel dura como máximo una semana y la pareja no va muy lejos, casi siempre se hospeda con familiares que residen en los lugares visitados. Los lugares tradicionalmente turísticos y sobre todo las playas no los atraen, prefieren los sitios conocidos o recomendados por su misma gente; los mariscos tienen un gusto desagradable y extraño para ellos, además nunca se pondrían un traje de baño delante de su pareja .

Al regresar, el matrimonio se instala provisionalmente en la casa de alguno de los cónyuges (generalmente la del muchacho) o en la casa que previamente se construyó para el nuevo matrimonio.

Pero como pasa en otros grupos, no todos logran contraer matrimonio ni esta unión está libre de situaciones que amenacen su estabilidad. Obviamente, la estrecha convivencia y el conocer y confiar en la pareja elegida dentro del grupo de parientes o de vecinos ha permitido dar solidez y longevidad a las uniones. El aislamiento geográfico también ha contribuido a intensificar las relaciones interfamiliares; sin embargo, el sistema tiene sus tensiones y fisuras. La oferta limitada de pretendientes y los requisitos exigidos originan la existencia de un gran número de mujeres y hombres solteros ya entrados en años. Algunas muchachas tildadas de exigentes y refinadas suelen quedarse solteras a pesar de su procedencia de una familia ganadera y de su posibilidad de heredar. Además, la existencia de madres solteras, aunque no en gran número, se ha mantenido a lo largo de las generaciones. Los hijos ilegítimos son criados, alimentados y educados por la familia si la muchacha no es obligada a abandonar el hogar paterno. Raras veces las madres solteras tienen posibilidades de matrimonio al interior del grupo.

Asimismo, la infidelidad conyugal entre cuñados y otros parientes cercanos a los esposos amenaza la permanencia de la pareja y en algunos casos, las relaciones cordiales con el familiar involucrado. Otro hecho difícil de documentar, pero sí patente en la zona, es el interés y los atentados sexuales de ciertos padres hacia sus hijas. La necesidad de compartir estas tensiones secretas con algún confidente cercano permite su difusión discreta y reservada entre los familiares de confianza. Estos

acontecimientos o bien deterioran la imagen del padre o logra imponerse aterrando a su esposa y al resto de la familia, debilitando, en el primer caso, su poder y dominación o reafirmando en el segundo caso. En ocasiones la situación se manifiesta públicamente cuando el padre se niega rotundamente a dar en matrimonio a la joven de su interés y ésta tiene que huir con el novio o casarse a escondidas, cuando la muchacha no quiere vivir en la casa paterna y, en el peor de los casos, cuando sale embarazada por esta causa. La ausencia de mujeres de otros grupos de parentesco, el aislamiento y la estrecha convivencia entre parientes y vecinos cercanos, ocasiona que algunos hombres tengan pocas alternativas para experimentar las delicias de los amores prohibidos.

Generalmente, el acoso sexual del padre hacia la hija termina cuando la joven informa a su madre y hermanos tal situación. El padre es altamente vigilado por la madre y el resto de los hermanos varones; no se le permite que se acerque mucho a sus hijas, que las toque y mucho menos que las bese. Por extensión toman las mismas precauciones con sus pequeñas nietas a quienes, en cuanto pueden entender, les explican que no deben acercarse mucho a su abuelo ni permitirle que las abrace o acaricie. Usualmente el problema se arregla en casa, pero es discretamente difundido entre algunos familiares respetables, quienes desaprueban esta actitud y tratan de aconsejar a las muchachas y de reprender al padre.

La infidelidad del esposo con una hermana de la esposa (cuñada) es una de las más frecuentes. Por lo general es el producto de la ayuda que ésta ofrece a su hermana durante los últimos días de embarazo y puerperio, o cuando se enferma por un periodo largo; también la uxorilocalidad intensifica y estrecha las relaciones del esposo con las hermanas de su mujer. Este tipo de relación acarrea tensiones y rupturas familiares, sobre todo, cuando el hombre corteja públicamente a su cuñada o cuando hay embarazo. Lo más que puede pasar, tanto en el caso de que la cuñada rechace este tipo de relación o la acepte, es el rompimiento de relaciones entre las hermanas.³⁹ Pero frecuentemente, si la muchacha

39. La separación de la pareja es más bien una excepción. Sólo se registró un caso por el rumbo de La Aurora, pero después de unos años (alrededor de cinco) la pareja se volvió a unir.

implicada no se casa con otro hombre o abandona el lugar, esta relación prohibida termina al ser del dominio público y la sanción social presiona a la muchacha para que se conduzca decentemente o emigre. La situación no es la misma cuando la que comete el adulterio, o la acosada es una mujer casada, en este caso, la infidelidad —o su intento fallido— suele pagarse con la vida, el precio extremo del honor.

HONOR Y PROPIEDAD, GÉNESIS DE LOS CONFLICTOS

Ganarse el respeto de los demás, defendiendo el valor de la palabra y sus bienes, es un principio básico entre los rancheros jalmichanos. Según las exigencias sociales, la esencia de la masculinidad consiste en no ser cobarde, en la defensa del honor y en el ejercicio de la autoridad, esencia que marca el destino social de los rancheros, si no quieren ser sancionados y devaluados por su grupo. Así, por salvaguardar su honor, se pasan por alto las relaciones de parentesco, los mandamientos de la Ley de Dios y la estabilidad en el lugar de residencia.

Cuando un hombre de esta sierra reta a otro, éste muchas veces es su pariente (primo, tío, cuñado) y el enfrentamiento es a mano armada. Aquí, portar armas de fuego es más que parte del atuendo típico y símbolo de estatus social. Poseerlas y llevarlas consigo implica que se está dispuesto a usarlas en caso de que se ponga en entredicho su honra.

El origen de las riñas se encuentra principalmente en la apropiación ilegal de los bienes ajenos, en el acoso y éxito con la mujer de otro y recientemente, de manera acentuada, en el cultivo y venta de mariguana. Algunos rancheros influidos por el afán expansionista, rescoldo de su espíritu aventurero y conquistador,⁴⁰ intentan apoderarse, con maña o por la fuerza, de lo que no les pertenece recorriendo hacia el terreno vecino las cercas que limitan su propiedad, reclamando como suya una fuente de agua ubicada fuera del lindero de su rancho, no reparando sus cercas para que su ganado invada los pastizales de su vecino; pretendiendo a la mujer de su vecino, familiar o amigo; robando en la cueva o

40. Sobre este tema se puede consultar a Esteban Barragán, 1994.

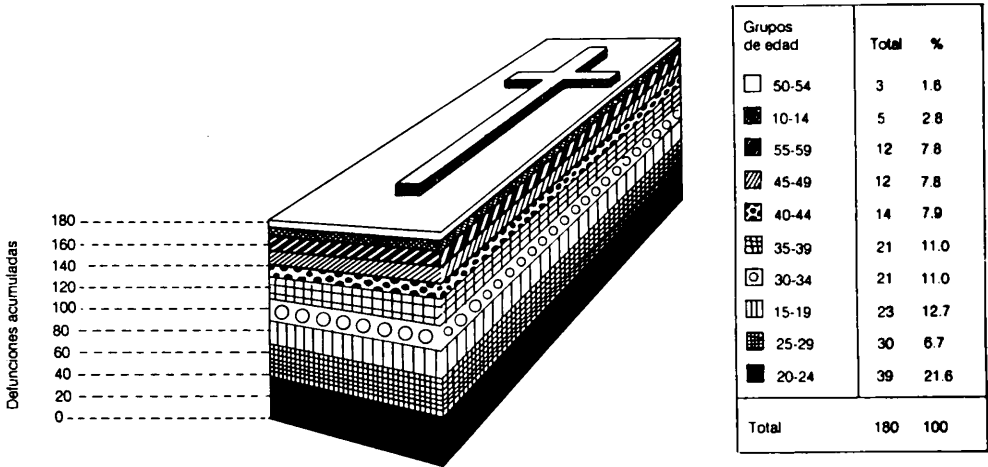
en el sembradío la cosecha clandestina de marihuana o, en su caso, no cumpliendo con los acuerdos establecidos entre los socios en el cultivo o venta de este estupefaciente (se fía y no se paga, se trabaja a medias y no se da la parte correspondiente, un socio la vende a un precio mayor al que reporta). Viejas causas y otra nueva (a partir de los setenta), amenazan la vida, la tranquilidad, las relaciones cordiales y la residencia estable de los rancheros (véase gráfica 3).

Los motivos son variables e impredecibles: desde una “mala” mirada o palabra hasta la muerte de un familiar, pasando por un rumor, violar un acuerdo, no controlar los perros *guzgos* o los puercos dañeros, codiciar los bienes y las mujeres ajenas, etc.; lo fundamental es no dejarse de los demás, detrás de ello que no se sepa que se dejaron porque esto será invariablemente interpretado que fue por miedo o cobardía. De ahí que lo que hay que defender es la imagen pública por encima del bien o de la situación que origina la querrela. Los móviles aparentes de dominio público suelen y pueden ser simples: Se mataron por una vaca, un becerro, un perro, una cerca, una “vieja”... Sin embargo, muchas veces son el producto de fuertes conflictos lentamente cocinados con ingredientes que ponen en entredicho la hombría del ranchero; homicidios (en duelos o asesinatos) que son propiciados por los momentos de cólera incontenible, de miedo, de amenaza, de prepotencia, de borrachera o —como dicen ellos—, por una mala tanteada o un mal pensamiento (véanse gráficas 4, 4.1 y 4.2).

Ciertamente algunos hombres prefieren defender sus derechos o enfrentan las consecuencias de infringir los ajenos frente a frente: “Qué bonitos son los hombres / que se matan pecho a pecho / con su pistola en la mano / defendiendo su derecho”.⁴¹ Pero también existen los que prefieren la espalda de su opositor u organizar una emboscada, individual o colectiva, para cazar, bajo cualquier pretexto, a quien consideran adversario peligroso. Hace 25 años, un joven del espacio vecindario de La Aurora “murió de bala”, a causa de “una vaca”. Según la versión de una anciana, tía de la víctima por línea materna:

41. Versos del *Corrido de Arnulfo González*, citados en Esteban Barragán, 1994, p. 18.

Gráfica 3
Defunciones por arma de fuego
Grupos de edad (10-59 años), caso de Manuel M. Diéguez (1896-1991)

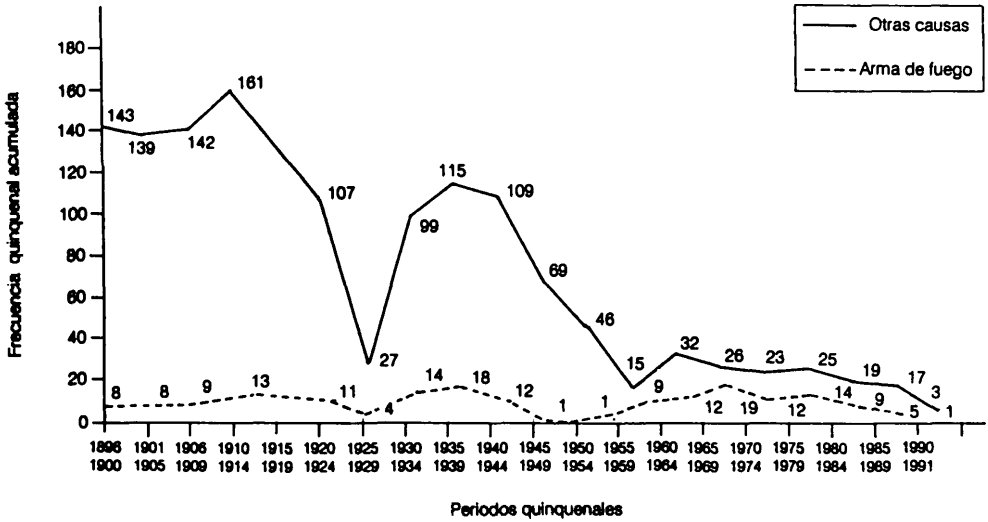


Fuente: A partir de registros de defunciones. Archivo municipal de Manuel M. Dieguez, Jalisco.

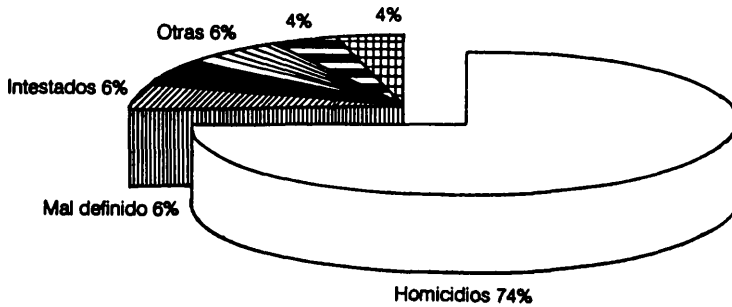
María le pasó a su sobrino *Fernando* una vaca a medias. Después de tres años, Fernando no entregó la parte que le correspondía a su tía, entonces la señora *María* le pidió a *Gerardo* (otro de sus sobrinos y primo hermano de Fernando) que le recogiera la vaca (le ofreció cincuenta pesos por este servicio). Gerardo fue a la casa de Fernando a recoger el animal, pero en la casa sólo encontró a la esposa y a una hermana de éste. La señora, al ver que Gerardo estaba ahí con el fin de llevarse la vaca, se fue a buscar a su marido que andaba cosechando y le llevó su arma. Fernando, en compañía de tres hombres, se dirigió a su casa; ahí encontró a Gerardo esperándolo sentado en el suelo acomodándose un guarache. Gerardo dijo a lo que iba y Fernando le contestó que no le podía regresar la vaca porque su tía *María* se la había regalado. Al pararse Gerardo, los compañeros de Fernando le dispararon por la espalda, le dieron 11 balazos.

Puede pensarse que el germen del conflicto fue el incumplimiento de un trato verbal y la solución dada por la señora *María*: pide, a cambio de un pago, que otro sobrino suyo recoja el animal de la discordia y si éste no hace le niega a su tía su ayuda; además se puede decir que es por puro miedo y en este caso, él *debe* demostrar lo contrario. Por su

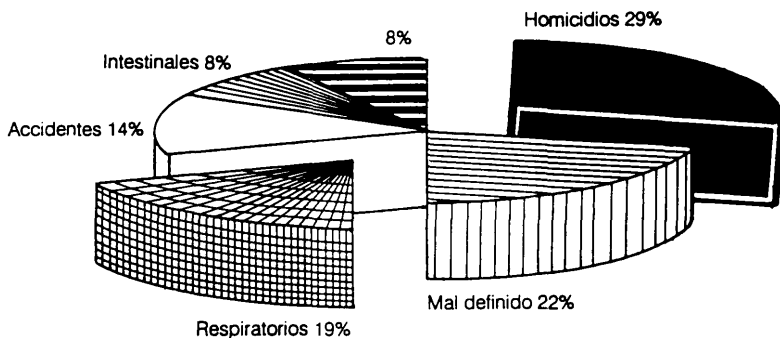
Gráfica 4
Defunciones por arma de fuego y otras causas (10-60 años)
Manuel M. Diéguez (1896-1991)



Gráfica 4.1
Defunciones masculinas (15-24 años)
Manuel M. Diéguez (1938-1990)



Gráfica 4.2
Defunciones masculinas (25-44 años)
Manuel M. Diéguez (1938-1990)



parte, Fernando *no debe* permitir que otro llegue a su propiedad y sin permiso se lleve lo que quiera. En tales circunstancias la posibilidad de un “arreglo” a mano armada es muy alta, ninguno debe dejarse del otro, si no ¿por qué la esposa de Fernando le lleva la pistola? ¿por qué se hizo acompañar de pistoleros y reclama lo que, desde su punto de vista, es suyo? Esta versión no da información sobre el estado de relaciones anteriores entre ambos primos, posiblemente esta fue la gota que derramó el vaso. Normalmente es esta última gota la que queda luego en la versión popular como causa del pleito.

Como puede notarse, dos mujeres estuvieron muy involucradas en favor de una de las partes y su participación fue decisiva en el desarrollo de los acontecimientos. Desgraciadamente la mayoría de los enfrentamientos a muerte no se encuentran libres de la intervención o de la influencia femenina. Chismes, rumores, sospechas y amenazas son los ingredientes que gestaron el problema que acabó con la vida de dos hombres y dejó a otro herido: “Por puros *mitotes* de las viejas, *Arnoldo* mató a *Silvestre* y a *Baudelio*, el viejo”.

Las viejas empezaron a hacer mitotes y travesuras en los pozos de donde sacaba el agua la familia de Arnoldo (les echaban tierra, piedras o animales muertos). También les apedreaban la casa porque no querían que *Ofelia*, hija de Arnoldo, siguiera viviendo en el rancho, le tenían desconfianza porque era sinvergüenza. Un día *Ofelia* fue a decirle a su papá (que estaba con un grupo de jugadores de baraja) que les habían apedreado la casa y que casi se la hicieron pedazos. Arnoldo deja a los jugadores y se dirige a su casa; Silvestre, su primo segundo, se fue con él. Arnoldo le dijo que daría una vuelta por su casa (seguramente para armarse) y que ahí se veían para ir a arreglar ese negocio: “Ándale pues primo” –le contestó Silvestre. Arnoldo estuvo esperando que su primo pasara por el lugar donde habían quedado para irse juntos, pero nunca pasó. Arnoldo se fue para la casa de Baudelio el viejo y, cuando iba por el camino, su tía *Julia* –esposa de Baudelio– le decía: “Hora, viejo hijo de tu chingada madre, tienes los cuernos como un borrego, hijo de la chingada”. Era porque no reprendía a *Ofelia*, por andar de sinvergüenza. Él no le respondió nada y se fue a arreglar allá con los hombres. Al tiempo que Arnoldo llegó a la casa de Baudelio, Silvestre ya estaba escondido detrás de una cerca de palos; Arnoldo empezó a platicar con Baudelio el grande y Baudelio el chico. Entonces Baudelio el grande le quitó la atención a Arnoldo al poner cuidado para donde estaba Silvestre. Arnoldo le siguió la vista porque vio aquella mirada sospechosa, se arrendó para un lado y entonces vio a Silvestre que le estaba apuntando. Arnoldo nada más traía una carabina y que le tira, pero éste se arrancó entre la cerca y no le podía pegar. En eso notó que los Baudelios lo querían agarrar y cuando ya casi lo lograban que le mete un balazo (bien metido) a Baudelio el grande y lo tumbó. A Baudelillo le dio un balazo en un hombro, sólo fue un rozón. Arnoldo era el que se los estaba fajando a todos y a él también le llovían las balas, lo hicieron rodar ahí pa’ bajo, pero no le dieron. Entonces su tía *Julia*, la mamá de Baudelillo, le grita desesperada a Silvestre: “ya los mató a todos y tú no le puedes hacer nada”. Silvestre se dio un enderezón para tirarle a Arnoldo, cuando éste vio y que le mete un balazo. Ya habían tenido un arreglo hacia como unos tres días, pero es que todas las viejas le tenían desconfianza a *Ofelia*. Arnoldo mató a dos y el otro quedó herido, eso fue hace muchos años. Arnoldo no se quería salir, pero su hermano le decía: “No te da lástima que vengan aquí y acaben con toda la familia”. Todos, todos los de ahí estaban a favor de los otros y no tuvieron más remedio que irse.⁴²

En este caso se ilustra como el comportamiento individual y en especial, la conducta sexual de las mujeres (esposa, hijas o hermanas) puede brillantar u opacar el honor masculino. Así pues, las mujeres tienen

42. Narrado por una hermana de *Arnoldo*.

alta influencia en la generación, desarrollo o freno de los conflictos, llegando a dañar gravemente la posición social de un hombre, poner en peligro la vida de su esposo y la de sus hijos varones.⁴³ Por lo general, la mujer casada difícilmente comete adulterio, conoce sus consecuencias y lo evita a toda costa; sin embargo, muchas veces son los chismes y rumores creados y alimentados a partir de sospechas y suposiciones de las mismas mujeres, los que tensionan y lesionan la estabilidad familiar y social.

Por otra parte, si un hombre le quita la vida a otro y sobre todo si la víctima sólo se defendía de los abusos y ataques de su agresor, las leyes de la costumbre exigen que el homicida abandone su lugar de residencia y huya lejos del espacio de vida y de los familiares de la víctima, si no quiere seguir matando o que lo maten a él o a algún miembro de su familia. Difícilmente la justicia oficial satisface sus exigencias y generalmente se rigen por sus propias normas. Muchas veces, ni la muerte de ambos puede parar el problema, y así se hereda a los hijos u otros familiares un compromiso de venganzas, generando largas y dolorosas *vendettas*.

A medida que los resultados de los problemas resueltos a mano armada se empiezan a difundir, la mayor parte de los vecinos, familiares y amigos se adhiere a un bando o al otro. Los aliados rápidamente empiezan a dar argumentos para defender o atacar a los protagonistas creando así, una situación que mina y daña las relaciones de sociabilidad y la estabilidad del grupo.

Pero no siempre estos conflictos terminan con la vida de los involucrados, especialmente si el problema no se agranda gracias a la solución pacífica o convincente de una o de ambas partes; pero sobre todo por la atinada intervención de un intermediario efectivo.⁴⁴ Su gestión es

43. Al parecer, al ser la mujer excluida de los juegos de la guerra –privilegio y trampa–, gana la quietud que da la indiferencia con respecto al juego y la seguridad de que son otros –los del sexo opuesto– los que se enfrentan directamente. Seguridad ilusoria –según Bourdieu– que amenaza con dar lugar a las más terribles angustias: la muerte de sus hombres y el desamparo.

44. El intermediario es elegido por una de las partes en conflicto cuando las relaciones entre los involucrados llegan a tensarse. Generalmente es un pariente o vecino cercano, reconocido localmente por su seriedad y honorabilidad, que mantiene relaciones cordiales con ambas partes. El intermediario que garantiza el desenlace positivo del conflicto es aquél que en sus visitas domiciliarias y entrevistas con el receptor, se distingue por su imparcialidad y prudencia.

delicada, ya que de ella depende un desenlace armonioso o violento. Algunos rancheros que se encuentran en peligro y que rechazan la violencia consideran que “no se puede trabajar y vivir con el rifle en el *lomo*” para enfrentar al enemigo inesperado, prefieren abandonar dignamente su rancho antes de que pase algo lamentable, ellos mismos reconocen que “la bravura no lleva a la vida”. De esta manera, la vida diaria en estas abruptas tierras está llena de amenazas, conflictos y alianzas entre sus habitantes.

HACIA UN SISTEMA DE VALORES

Desde sus orígenes los vocablos: rancho y ranchero, han sido asociados a provisionalidad, dispersión y aislamiento físico, rasgos definitorios en la formación y desarrollo de la sociedad ranchera jalmichana.

Las relaciones que se establecieron desde el siglo XVI entre ranchos y haciendas proporcionaron nuevos elementos para trazar un perfil duradero de las sociedades rancheras: relegación de tierras temporaleras más favorables para la ganadería que para la labranza; economía básicamente ganadera, pero capaz de múltiples adaptaciones y combinaciones con otras actividades; y organización de la producción basada en el trabajo “a partido” (principio de la mediería) y en el arrendamiento.⁴⁵

La condición movediza y expansiva, aunada a la capacidad de adaptación, mentalidad independentista e individualismo de los pioneros criollos o mestizos que domesticaron estos espacios, también contribuyen a fraguar esta sociedad, con su propio sistema de valores e identidad y con prácticas sociales basadas en el conocimiento mutuo y en la pertenencia a un “nosotros” territorializado. Así pues, los ranche-ros son:

una suerte de cerreros solitarios, hombres de a caballo, dominadores de bestias salvajes por la fuerza física, la maña, la ayuda del perro y el alcance del rifle; pobladores libres y autónomos de lejanas serranías, católicos fervientes, productores rústicos, astutos y desconfiados, cuyo comportamiento y personalidad con-

45. Esteban Barragán, *op. cit.*, p. 52.

trastan –y a menudo también chocan– tanto con los del indígena o del ejidatario como con los del burócrata y del ciudadano.⁴⁶

A un “nosotros” corresponde siempre un “los otros”, a quienes se tiene desconfianza, se admira o se menosprecia.

De esta manera, el carácter provisorio y la dispersión del hábitat, el aislamiento, la capacidad para permutar o combinar actividades con rapidez y habilidad; la mentalidad independentista e individualista, pero con alta solidaridad entre ellos, impuesta por la dispersión territorial, condición movediza y expansiva (todavía hoy, fruto de conflictos y de la búsqueda del ideal de un negocio propio y de talla familiar); el conocimiento mutuo, la parentela y la familia como referentes sociales son especificidades objetivas o rasgos culturales estrechamente vinculados con los ideales aceptados que influyen en el ser y deber ser de los rancheos jalMichanos.

Los valores encontrados en esta sociedad ranchera están estrechamente interrelacionados, formando así un sistema de valores “que consta de ideales explícitos e implícitos compartidos por el grupo, así como de sus relativas prioridades y normas de integración”,⁴⁷ teniendo siempre la posibilidad de ser violados, con sus respectivas sanciones que también están reguladas. Quienes más se apegan a estos valores tienen mayor prestigio entre los miembros del grupo de pertenencia.

A los valores rancheros, compartidos total o parcialmente con otros grupos sociales, los podemos agrupar en cuatro conjuntos interrelacionados y en ocasiones sobrepuestos. El orden en el que aparecen se debe a la prioridad dada al interior de esta sociedad:

Valores centrados en torno al “Yo”:⁴⁸ independencia, dominación, autodeterminación, individualismo, valentía, astucia, honradez y valor de la palabra (seriedad), honor, capacidad de adaptación o rusticidad, ser servicial (*jalador*).

46. *Ibid.*, p. 8

47. Philip Bock, K., *Introducción a la Antropología Cultural*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977 (1969), p. 435.

48. Clasificación inspirada en Anne Marie, Granie, “Réflexions á propos des agriculteurs, contribution méthodologique”, notas del curso de DEA, Universidad de Toulouse le Mirail, 1994.

Valores sociales: la familia, la parentela, las relaciones de vecindad, la actividad económica, la religión católica, el recato, el trabajo, la fiesta, la movilidad social y geográfica, el espíritu *luchista* o emprendedor, la cooperación o solidaridad en momentos críticos, la “pureza de sangre”, la autoestima, el orgullo de ser mexicanos.

Valores prácticos cognitivos: destreza, capacidad de improvisación, conocimientos sobre el tiempo, el trabajo realizado, sobre las diversas actividades de la vida ranchera: sacrificio de animales, construcción de vivienda, música, baile, etcétera .

Valores psicológicos: salud, reposo, seguridad, desconfianza, cautela, prudencia, resistencia.

Otros: nivel de vida, belleza, desde no ser dejado hasta sacar ventaja.

Estos valores generalmente suscitan una fuerte adhesión y juegan un rol fundamental en la percepción colectiva de lo que está bien o mal (con sus recompensas o puciones); también denotan más que simples preferencias individuales: ellos engloban principios o normas éticas subyacentes, prescripciones y reglas de conducta que son percibidas como favorables y necesarias para la aceptación mutua y su conservación como grupo.

A partir de los refranes rancheros de Agustín Yáñez, reunidos en su obra literaria *Las tierras flacas*,⁴⁹ se presentan algunas muestras que ilustran el sentido y el valor de estas creaciones (algunas veces universales) o adaptaciones populares, que sancionan, estimulan y perpetúan los valores rancheros.

Sobre la valentía, el honor y el amor al riesgo, se encuentran refranes que reconocen, regulan o estimulan estos valores: “Lo bueno se va o se muere” porque “nunca los collones llenan los panteones” y “e! valiente vive mientras el cobarde quiere”; no obstante, “el que de veras es hombre no le busca pico al jarro”. “Como muera yo en la raya, aunque me maten la víspera” porque “a pesar de ser tan pollo, tengo más plumas que un gallo” y no es advertencia pero “cuiden su casa y dejen la ajena”.

49. Citado por Herón Pérez, *Refrán viejo nunca miente. Refranero mexicano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993, p. 141.

El valor de la palabra se muestra claramente cuando se dice: "Más vale ser legales y caminar derechos", "lo más claro es lo decente", "al hombre por la palabra y al buey por el cuerno", "me gustan las cuentas claras y el chocolate espeso", "trato de fuereños, esquilmo de rancheros".

Su movilidad, adaptabilidad y constancia son largamente manifestados en refranes como: "Cuando seas yunque, resiste, cuando seas mazo, golpea", "al son que me toquen bailo", "cualquier surco es bueno para echar una semilla", "con el tiempo y un ganchito", "más vale maña que fuerza", "no quiero que Dios me dé, sino que me ponga donde", "olla que no se menea, se quema".

El valor del trabajo, y sobre todo del trabajo independiente, representa un pilar fundamental de la vida ranchera: "No hay más grande desventura que servirle a la basura", "como dueño de mi atole, lo mearé con mi palo", "el flojo y el mezquino andan dos veces el camino", "la ociosidad es la madre de todos los vicios", "más hace una hormiga andando que un buey echado".

Estos refranes sólo perfilan ciertos rasgos de lo que es, piensa y aspira un ranchero. El sentido y el valor que le dan a estas porciones de saber popular revelan su importancia en el mantenimiento y modulación de la cultura y la sociedad ranchera.

En síntesis, el ranchero, autoconvencido de ser "gente de razón", descendiente de conquistadores y colonos mestizos o criollos, se ha mantenido al margen de la acción del Estado, propiciando así un alto grado de autodeterminación que, vinculado a la necesidad de vivir disperso (porque los recursos también están difusos), se traduce en un marcado individualismo. Este rasgo cultural propio de los rancheros, a diferencia de la organización comunal de los indígenas y ejidatarios, no ha favorecido la organización de carácter duradero para la búsqueda de beneficios colectivos; al contrario, se le tiene enorme desconfianza a todo intento de organización y a cualquiera que se le ocurra emprenderlo: el que muestra interés por encabezar una acción comunitaria es tildado o de "bandido" o de necio. El fracaso de sus escasas gestiones ante las instancias cercanas de gobierno recrea ese rasgo. Sin embargo, la solidaridad existente para solucionar problemas individuales y situaciones a las que todos están expuestos es un indicador de la cohesión

interna y del pragmatismo desarrollado por un grupo que históricamente ha tenido que resolver sus problemas por cuenta propia.

De aquí que una de sus bases culturales se asiente en la relación cara a cara (de hombre a hombre), en la palabra más que en acuerdos escritos, pues en su cumplimiento o no cumplimiento se están jugando el más alto valor ranchero: el honor. La difamación del honor es causa frecuente de conflictos que pueden desembocar en enfrentamientos violentos entre individuos y dar cauce a dolorosas *vendettas*. En este ambiente de riesgo acentuado por el contexto de aislamiento y dispersión el peculiar gusto por el manejo de las armas y la necesidad de usarlas encuentran una explicación.

Tomar en cuenta los valores rancheros ha sido fundamental para conocer su imagen y la de otras categorías sociales identificadas por ellos: “los otros” son los indígenas, los ejidatarios, los poblanos y el gobierno.⁵⁰ Sin embargo, el centro de interés en este trabajo es un “nosotros” como portador de una identidad genérica, en el interior del propio grupo ranchero y dentro de éste el papel de las mujeres en su transmisión y continuidad.

50. Esteban Barragán, “Identidad ranchera. Apreciaciones desde la sierra sur ‘jalmichana’ en el occidente de México” en *Relaciones*, núm. 43, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990b.

ENSEÑANZA, TRABAJO Y EJERCICIO DE AUTORIDAD
DE LA MUJER RANCHERA JALMICHANA



¿A su esposa le gusta ayudarle en la siembra y en el cuidado y explotación del ganado?

Sí, porque así la criaron, en su casa tenía que trabajar como hombre. La desventaja (de que ayuden) es que se quieran comparar con uno si no, no hay desventaja.

A lo largo de la primera parte se ha tratado de presentar al grupo ranchero jalisco en sus tierras y viviendas; con sus diferentes espacios de identificación; con sus relaciones y prácticas socioeconómicas; con sus propios problemas y amenazas, con sus valores y normas que guían y controlan su actuar de cada día. En adelante se pretende abordar cómo se llega a ser mujer ranchera en un grupo serrano que se mantiene a lo largo de las generaciones, ajustándose a los cambios sociales, conservando y adaptando sus principios estructurales.

Y es en este proceso de formación y continuidad que las mujeres juegan un papel fundamental no sólo en la reproducción biológica del grupo, sino también en la social, contribuyendo a la perpetuación de los principios que dividen y confinan los sexos, que los destinan a un *deber ser* y que los conducen a comportamientos aceptados –a veces bajo disfraz– de acuerdo al orden establecido. De esta manera la mujer ranchera, desde el seno del ámbito doméstico, va modelando a los adultos que su sociedad requiere, trabaja arduamente tanto en el campo como en la casa y, apoyándose en sus atributos y actividades, controla y vigila sutilmente, lo más que puede, de la manera en que se lo permiten las normas sociales. Ella reivindica en la práctica su condición femenina, reconoce la importancia de su rol y sabe usar sus atributos; no por esto deja de codiciar la libertad de acción masculina, carencia que limita y

censura su actuación: “quisiera ser hombre pa’ poder ir a arreglar yo ese asunto”.

Las mujeres rancheras que, desde su condición genérica, logran alcanzar y mantenerse presentes en la toma de decisiones –sobre la familia y el manejo del rancho– y en el ejercicio de autoridad, deben trabajar, además de en la casa, en los potreros del rancho con los animales y en los cultivos; estar informadas, tener buenas “tanteadas” (ideas, iniciativa e inteligencia) y sobre todo regular en público su intervención. Si quieren ejercer poder y autoridad tienen que conquistar una posición de dominio e influencia pagando un precio muy alto, reconocido por ellos: “Es una vieja mandona, calzonuda y fajona pero entrona en el trabajo”. “El que quiera crédito que se acredite” –nos dice Ángel Oliver–;¹ la autoridad conquistada por las mujeres a través de largas y abrumadoras jornadas de trabajo, de sus consejos y sugerencias, de su responsabilidad comprueba que no es providencial, sino que al contrario, tienen que trabajar, perseverar y forcejear para lograrla y no todas están dispuestas o pueden alcanzarlo.

1. Ángel Oliver, *El androide y los feminismos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p. 128.

III

“ASÍ NOS CRIARON”: REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA Y SOCIALIZACIÓN FEMENINA

La transmisión de valores, normas y estilos de vida en la sociedad ranchera jalmsichana asegura el mantenimiento de la estructura social y forma parte de su historia plurisecular. Interiorizarlos es uno de los aprendizajes más tempranos que realizan sus miembros, de acuerdo con el grupo de pertenencia y con el tipo de personas que quieren formar.

El proceso, mediante el cual se incorporan los hombres y mujeres de la sociedad ranchera y se transforman en adultos capaces de responder a las exigencias y expectativas de su sociedad, ha sido llamado socialización o enculturación. La enculturación, desde el punto de vista de la antropología cultural, designa el proceso de aprendizaje de los principios socioculturales del grupo social al que pertenece un individuo. La socialización, por su parte, también marca este proceso¹ sociocultural mediante el cual la sociedad hace interiorizar, es decir, asimilar y admitir por los individuos, las normas, los sentimientos, las creencias, los valores, las actitudes, los estereotipos, las conductas y el lenguaje, que son los suyos.² No obstante, en este trabajo, la socialización, aparte

1. Las secuencias del aprendizaje durante la niñez están socialmente definidas: “A la edad A el niño debe aprender X, a la edad B debe aprender Y, y así sucesivamente” (Orville G. Brim, y Wheeler Stanton, citados en María Cristina Díaz de la Serna, *El movimiento de la renovación carismática como un proceso de socialización adulta*. México, UAM, Cuadernos Universitarios 22, Iztapalapa, 1985, p. 220). Sin embargo, este proceso no es una sucesión nítida de estadios de desarrollo que formarían un todo coherente y cerrado, al contrario, algunas etapas se superponen y la introducción de un mensaje nunca marca el final del aprendizaje sino el comienzo de otro y así sucesivamente dentro de un *continuum* (Alfred Lorenzer, *Bases para una teoría de la socialización*, Buenos Aires, Amorroutu, 1976, p. 108).
2. Léo Moulin, *op. cit.*, p. 12.

de comprender este importante proceso interno, incluye también la participación e influencia de agentes socializantes externos que, al mismo tiempo, aportan elementos socioculturales de grupos más amplios y distantes, modificando o reajustando así, algunos principios y valores del grupo ranchero (aculturación). Esta dimensión atribuida a la socialización guía este trabajo porque permite tomar en cuenta la influencia de la sociedad global en un grupo relativamente aislado, particular y específico que lucha por reproducirse en su singularidad, conservando y moldeando sus principios estructurales.

El proceso de aprendizaje de la primera infancia –llamado “socialización primaria”³ por Berger y Luckman– construye el primer mundo de la mujer ranchera que aquí interesa. En esta etapa, la mujer asimila los roles y las actitudes que sus agentes socializantes le transmiten como reproducción de los principios sociales que a ellos le inculcaron, ajustándose lenta e imprevisiblemente a los cambios sugeridos, ya sea por su contacto con el medio exterior o por necesidad interna. Así pues, desde niña, la mujer ranchera aprende –entre otras cosas– a trabajar arduamente para no ser catalogada como “floja”, a rezar el rosario para que Dios y sus vecinos no la sancionen y a rebasar las labores domésticas para lograr mayor prestigio.

La mayor parte del trabajo de formación y educación de la niñez recae en las mismas mujeres de la familia (madre, abuelas, tías, hermanas, primas), la débil participación de los varones se centra más en la instrucción de los pequeños de su mismo sexo. Estos agentes socializantes (masculinos y femeninos) son vigilados y controlados por una fuerza superior que forma la regulación colectiva del grupo ranchero, fuerza que se guía con los valores y principios básicos de su sociedad. Por esto no sólo los familiares educan a los niños en esta etapa, también los amigos de su edad (los pares) contribuyen a reforzar los aspectos fundamentales de su sociedad y su cultura, a grabar en la memoria de los

3. Berger y Luckman establecen una segunda fase: la socialización secundaria. Es un “proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad”. Advierten que la socialización primaria suele ser la más importante y que la estructura básica de toda socialización secundaria debe semejarse a la de la primaria. Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, p. 166.

niños los primeros estereotipos y prejuicios de los que les será difícil deshacerse suponiendo que ellos lo quieran, a inculcar el respeto hacia los padres y a formar un *habitus* de género. Por su parte, la radio, las revistas, ocasionalmente la escuela y sus maestros, la Iglesia católica y la televisión introducen en el ámbito cerrado de las opiniones familiares y del espacio vecindario, puntos de vista que fortalecen los valores y normas internas o introducen maneras distintas de vestir, de hablar, de actuar y de pensar. Maneras que vienen —como lo dice A. Kornberg— de la sociedad global a través de los mecanismos sociales y culturales destinados a la aculturación.⁴

De esta manera, deberes, saberes e identidades son transmitidos mediante un amplio y largo proceso de socialización que, al iniciar en la primera infancia, crea estructuras mentales sólidas antes de la adolescencia, estructuras que a la edad adulta son más difíciles de modificar: “El impacto es recibido, reposado, filtrado, interpretado no por el adulto que es, sino por el niño y adolescente que fue”.⁵ Desde este punto de vista y en este contexto, es principalmente en la familia y en la infancia, cuando se interiorizan los valores del grupo en la formación social del individuo para la edad adulta.

No obstante, las normas y valores que aseguran el mantenimiento de la estructura social presentan un margen para la creatividad de los rancheiros, margen que establece las fronteras de ciertas desviaciones, es decir, hay desviaciones que la sociedad tolera ya sea “porque es demasiado fuerte” para hacerlo o “porque percibe un carácter benéfico a largo tiempo”⁶ (por ejemplo las desviaciones tecnológicas y algunas ideológicas); pero hay desviaciones que ninguna sociedad aguanta (droga, crimen, vandalismo, dominación femenina) y lucha para imponerse a ellas. Es en este juego de “estira y afloja” entre el control social y las expectativas de los individuos, donde se genera el cambio social con sus consecuentes transformaciones y sus reajustes.

4. Citado por Léo Moulin, *Les socialisations*, Duculot, 1975, p. 18.

5. Léo Moulin, *op. cit.*, p. 7.

6. *Ibid.*, p. 17.

En la sociedad ranchera jalMichana, los valores, pautas y estereotipos inculcados mediante la socialización, son transmitidos a lo largo de las generaciones bajo estructuras muy rígidas. Esta impresión de estatismo se opone al hecho de que tanto la capacidad de adaptación, el espíritu emprendedor y la movilidad social y geográfica son valores rancheros inculcados y transmitidos a lo largo del proceso de aprendizaje de la vida social. Entonces ¿cómo se explica el cambio social en un grupo con valores sólidos y persistentes y donde algunos de ellos empujan a un relativo y gradual cambio? ¿por qué en una estructura de dominación masculina, las mujeres pueden ganar pequeñas batallas que les conceden más libertad de acción? Busquemos en la teoría del *habitus* algún esquema explicativo.

Para Pierre Bourdieu la socialización es “la incorporación de los *habitus*”. Los *habitus* son “sistemas de disposiciones⁷ durables y transponibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principios generadores y organizadores de prácticas y de representación”.⁸ De esta manera, el *habitus* designa los “sistemas de disposiciones para actuar, percibir, sentir y pensar de una cierta manera, interiorizadas e incorporadas de manera durable por los individuos en el curso de su historia”. Los *habitus* como “hipótesis prácticas fundadas sobre la experiencia pasada” se manifiestan fundamentalmente por el *sentido práctico*, es decir, la aptitud para moverse, actuar y orientarse según la posición ocupada

7. Disposiciones: actitudes, inclinaciones para percibir, sentir, hacer y pensar, interiorizadas por los individuos, partiendo de sus condiciones objetivas de existencia, y que funcionan como principios inconscientes de acción, de percepción y de reflexión. La expresión “sistema de disposiciones” es sinónimo de *habitus* (Alain Accardo, y Philippe Corcuff, *La sociologie de Bourdieu, Le Mascaret*, Bordeaux, France, 1986, p. 229).
8. Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*. París, Editions Minuit, 1980, p. 88. En la teoría del *habitus*, el individuo no actúa en la realidad tal como es, sino como la percibe, exteriorizándola en sus representaciones. Las condiciones en las que son producidas las prácticas son aprendidas a través de un sistema socialmente construido que determina la percepción. Desde esta perspectiva, el individuo integra los determinismos pasivamente (estructuras estructurantes), pero la manera en que estos determinismos toman cuerpo en él es la manera activa (inventando e interpretando), exteriorizando las disposiciones propias y dando sentido a sus prácticas. Desde luego que hay posibilidad de elección ya que existen aperturas (disposiciones predispuestas). Así se puede pensar en las prácticas como generadas de las disposiciones subjetivas, producto de la historia, es decir, de una secuencia necesariamente heterogénea de condiciones objetivas.

en el espacio social, sin recurrir a la reflexión consciente, gracias a que las disposiciones adquiridas funcionan como automatismos.⁹

La teoría del habitus reposa sobre el postulado de la libre iniciativa de los *agentes sociales* dentro de un mundo lleno de obligaciones sociales ante las cuales deben supeditarse. Desde esta perspectiva, quien dice socialización dice violencia (física, psíquica o simbólica) y opresión. La socialización es el medio de hacer vivir en sociedad a individuos que no tienen otra elección, a individuos que actúan y piensan “espontáneamente conforme a los cánones sociales que les han sido inculcados” y que “creen hacerlo con toda libertad”.¹⁰ El habitus es la estructura generadora de prácticas¹¹ dentro de las “posibilidades e imposibilidades, las libertades y las necesidades, las facilidades y las prohibiciones” inscritas en las condiciones pasadas de su producción y adaptadas a sus exigencias objetivas: “Las prácticas más improbables se encuentran excluidas, antes de todo examen, a título de impensables, por esta suerte de sumisión inmediata al orden que inclina a hacer de la necesidad virtud”.¹²

Si cada individuo, desde su primera infancia, está condicionado de manera coherente, tanto en sus posturas corporales como en sus creencias, a no percibir, no querer y no hacer lo que no está estrictamente conforme a sus condiciones sociales anteriores, el habitus, así definido, parece excluir toda posibilidad de cambio social.¹³ Sin embargo, los agentes sociales no son autómatas regulados como relojes, la acción no es la simple obediencia de una regla; el habitus, como principio genera-

9. Alain Accardo, *op. cit.*, p. 67.

10. Léo Moulin, *op. cit.*, p. 12.

11. Las prácticas refieren toda actividad humana; son la manera de hacer o de no hacer algo; son la concretización en oposición a la abstracción de la teoría. Las prácticas requieren de la experiencia y de la acción para transformar la realidad exterior en el seno de un grupo. Sin embargo, el individuo —o grupo— en todas sus acciones realiza una lectura de las condiciones en las cuales debe actuar; debe conocer (en parte de manera inconsciente) los determinantes que estructuran el campo de la acción, fuertemente marcados por una lógica práctica que Bourdieu llama habitus.

12. Pierre Bourdieu, 1980, p. 90.

13. En los textos anteriores a 1980, concretamente en el de “La reproducción” (1970) Bourdieu considera que el habitus es “ese principio generador y unificador de conductas y opiniones, principio explicativo porque tiende a reproducir en cada momento de una biografía escolar o intelectual, el sistema de condiciones objetivas en el cual es producido (p. 198). Es decir, las disposiciones adquiridas son “irreversibles”.

dor permite la integración de la coyuntura en función de la lógica propia al individuo. lógica que permite analizar las prácticas como generadas por las disposiciones subjetivas, estas últimas producto de la historia. De esta forma, el habitus constituye un “pasado actuante”, pero que, por un proceso dialéctico, se alimenta de las prácticas que dicho pasado produce.

Bourdieu aclara que las prácticas no se deben reducir ni a las condiciones presentes que pueden parecer haberlas suscitado ni a las condiciones pasadas. principio durable de la producción de los habitus que las generan. Se deben relacionar “las condiciones sociales en las cuales se ha engendrado el habitus y las condiciones sociales en las que se pone en obra”; es decir, el habitus reproduce las estructuras de las cuales es producto “en la medida en que las estructuras en las cuales funciona sean idénticas u homólogas a las estructuras objetivas de las cuales es el producto”. Partiendo de las “condiciones de producción” y situándose en un nivel individual, los habitus pueden ser ya sea el producto de “las situaciones sociales en las que se desarrolla la infancia de un individuo”, o bien el resultado de “una trayectoria social definida sobre varias generaciones”.

En la primera interpretación, calificada como “perfectamente culturalista” por Claude Dubar,¹⁴ los valores y normas interiorizados durante la niñez tienden a reproducirse en la edad adulta, conduciendo, según Bourdieu, a “universalizar inconscientemente la relación casi circular de la reproducción casi perfecta” donde las prácticas son objetivamente inadaptadas a las condiciones presentes. Así, cada quien, reproduciendo estrictamente lo conocido, ocasiona que las condiciones que engendraron los habitus se encuentren reproducidas por las prácticas resultantes de esos habitus. Desde este ángulo –y partiendo de la interpretación de Dubar– una hija de padres rancheros, convertida ella misma en ranchera (y casada con un hijo de rancheros), se encontrará frente a situaciones “homólogas” a las que han producido su habitus ranchero y reaccionará, como ha aprendido desde su niñez a hacerlo, contribuyendo a reprodu-

14. Claude Dubar, *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, Paris, Armand Colin, 1991, p. 67.

cir el grupo ranchero de pertenencia y la cultura que lo caracteriza. Por el contrario, si no incorpora a su personalidad los hábitos de su cultura de origen (para trabajar, vestir, practicar la religión) se enfrentará a inadaptaciones y rupturas “recibiendo sanciones negativas” porque las “disposiciones funcionan a contra tiempo y las prácticas están objetivamente inadaptadas a las condiciones presentes”.¹⁵

En una perspectiva generadora de cambio, la segunda posibilidad muestra al hábito como el producto de una trayectoria social definida sobre varias generaciones: se puede comprender el cambio sólo “incluyéndolo en una trayectoria social característica de una descendencia o de ‘un grupo social’ previamente definido como tal”.¹⁶ Esto quiere decir que las diferencias entre los hábitos de los individuos residen en la singularidad de las trayectorias sociales de sus antecesores, que influyen en su porvenir: “Para conocer el hábito de un individuo hace falta conocer el de sus padres y sus parientes más cercanos y, particularmente, su relación con el porvenir y no sólo las ‘condiciones objetivas’ en las cuales ha sido educado”. A una joven que ha residido por temporadas y ha estudiado en el medio urbano, hija de rancheros, cuya madre es hija de migrantes, que han vivido otras experiencias y recibido otras influencias, no se le inculcarán con la misma intensidad los principios y valores de su grupo que a una hija de padres rancheros, ellos mismos hijos de rancheros apegados a su terruño y tradiciones y persuadidos de que no debe comportarse y conducirse de otra manera. Así la primera intentará más bien seguir estudiando o emigrar, para no trabajar, vestir y vivir como su madre y abuela paterna; mientras que la segunda se sentirá segura e inclinada a casarse con un oriundo del rancho y a vivir casi al estilo de su madre. En esta perspectiva la teoría del hábito permite tomar en cuenta el cambio social, incluyéndolo en una trayectoria social.¹⁷

15. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 105.

16. Claude Dubar, *op. cit.*, pp. 66-67.

17. Las trayectorias sociales ejemplificadas por Dubar parten del cambio o permanencia en una clase social, por ejemplo: un hijo de obrero, él mismo hijo de campesino y dirigido hacia la ascensión social...

En ambos casos –nos dice Dubar– la socialización es la incorporación durable de los valores del grupo que orienta sus sentimientos, actos y pensamientos; pero en el primero, el habitus es concebido como un producto de las condiciones objetivas pudiendo comparar las situaciones encontradas en la edad adulta con las de la infancia. En el segundo caso el habitus se presenta como producto de las actitudes subjetivas resultantes de la descendencia familiar. Aquí la situación “objetiva” depende de los “esquemas de percepción, de pensamiento y de acción” con los que se aprende. El habitus determinado “en función de un porvenir probable que el mismo habitus adelanta y contribuye a que ocurra, porque lo lee directamente en el *presente del mundo presunto*, el único que puede conocer”,¹⁸ pone en relación el pasado para anticipar el porvenir en el momento presente, permitiendo que el grupo pueda “perseverar en su ser social”, adaptándose a situaciones diversas.

Esta interpretación del modelo de socialización construido a partir de la teoría del habitus permite privilegiar la continuidad en relación con las rupturas, la coherencia en relación con las contradicciones en un proceso reproductivo del orden social. Proceso sumamente importante en el estudio de la construcción social del género femenino con su consecuente división (sexual y social) del trabajo y las relaciones de dominio en las que se encuentra inmerso. Con la primera interpretación del habitus, mostrada anteriormente, se explica la inmovilidad y reproducción casi perfecta de las diferencias entre los sexos y de la primacía masculina: “El habitus tiende a protegerse de las crisis y de los cuestionamientos críticos asegurándose un medio al que ya está preadaptado”.¹⁹ Reproducción *casi perfecta* que va insertando pequeños cambios tolerados, porque el esquema dominante es demasiado fuerte para sobrellevarlos o imponerse a ellos. En cambio la segunda interpretación del habitus es útil para ilustrar el proceso que forja a los miembros de la sociedad ranchera que va integrando los cambios sociales de acuerdo al momento vivido. Un cambio lento, gradual que no llegue a chocar con las profundas y sólidas estructuras que lo guían, es decir, “perseverando

18. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 108.

19. *Ibid.*, p. 102.

en su ser social” y adaptándose a situaciones diversas. Ambas perspectivas sirven de apoyo, pueden y deben combinarse en la interpretación del proceso de socialización ranchera y la construcción de los géneros.

LO SUBTERRÁNEO Y LO TÁCITO DE LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

Ya en el regocijo de “las matanzas de cerdos” y en la defensa del honor masculino se han adelantado algunos aspectos de la preasignación de valores, funciones y atributos diferenciales para hombres y para mujeres. Para recordar, en la fiesta ranchera se pueden observar no sólo la asignación de las tareas dignas a cada sexo, sino también sus libertades, privilegios, prohibiciones y riesgos; en el desarrollo y desenlace de los conflictos interpersonales e interfamiliares ocurre lo mismo. Los casos narrados en la primera parte presentan indicios de que la mujer, socialmente excluida de los juegos públicos del poder, está preparada para participar en ellos –y hasta canalizarlos–, mediante la notable influencia que ejerce sobre los hombres que ahí participan. Por su parte, los hombres luchan para mantenerse honorables, para guardarse para sí el poder –o aparentar que lo poseen–, olvidando con frecuencia “que el hombre es también un niño que juega al hombre”²⁰ y frecuentemente es víctima de su propio juego.

De esta manera, la socialización diferencial inscribe –en la objetividad de las estructuras sociales y en la subjetividad de las estructuras mentales, en palabras de Bourdieu– las disposiciones dirigidas a cada sexo como si fueran normales e inevitables, legitimando las prácticas atribuidas a cada uno. Partiendo de la división sexual del trabajo, las mujeres “deben” dedicarse a los trabajos domésticos, quehaceres que las encadenan a la reproducción del grupo ranchero. Pero si la carga de trabajo en los campos y con el ganado sobrepasa la capacidad y fuerzas masculinas, entonces ellas “deben” contribuir en el desempeño de estas labores, o como lo dicen sus maridos, “deben ser *estiradas* en

20. Pierre Bourdieu, “La domination masculine” en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. París, 1990, p. 23.

el trabajo”²¹ porque si no lo hacen, entonces les falta “conocimiento, inteligencia y enseñanza”. Por otra parte, *no deben* desplazar a los hombres en los trabajos productivos, en los negocios o tratos, en los juegos de poder ni en la defensa del honor, ya que éstos son atributos y cargas masculinas, además se “vería muy mal que la mujer ‘ande en medio’ mostrando que el marido no tiene inteligencia”. La abierta participación femenina en el ámbito público es calificada, por hombres y mujeres, como intromisión y afecta simultáneamente la imagen de los individuos de ambos géneros, pero, definitivamente, más a la figura masculina. Por consiguiente lo público, lo económico, lo honorable y lo dominante se han atribuido a la esencia masculina del mismo modo que lo privado, lo rutinario, lo vergonzoso y lo subordinado, a la femenina. Apoyando esta postura, González Sámano desde 1837 afirmaba:

Si todo en el hombre aspira a descubrir y a extenderse afuera; el calor y el vigor de su sexo le imponen esta ley de expansión. Todo debe concurrir en la mujer a encerrar y reunir en algún modo sus afectos, sus pensamientos y sus acciones en el centro, que es el de la reproducción y educación de la familia.²²

Sin embargo, estas imágenes sociales oficializadas muchas veces esconden una realidad tolerada, ignorada y disfrazada que se manifiesta discretamente en las actividades íntimas y cotidianas entre hombres y mujeres; realidad condenada a permanecer y funcionar en el ámbito doméstico, en medio de la complicidad subterránea de ambos sexos, y públicamente borrada por una ley tácita e inflexible que empuja a hombres y mujeres a “guardar su lugar” situándolos “en un círculo de espejos que reflejan indefinidamente imágenes antagónicas, pero propias a validarse mutuamente”.²³

Esta separación y asignación de prácticas y actitudes es incorporada –según Bourdieu– a través de los *habitus sexuales* (de género), producto de “las construcciones socialmente sexuadas del mundo y del cuer-

21. La mayor parte de las expresiones referidas en este apartado son declaraciones textuales recogidas mediante cuestionarios y grabaciones.

22. Mariano González Sámano, *Tratado histórico y fisiológico completo sobre la generación, el hombre y la mujer*, Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1837, p. 372.

23. Pierre Bourdieu, 1990, p. 10.

po”, resultantes de “un principio universal de visión y de división” que logra que “el heredero acepte su herencia, su indispensable destino social”,²⁴ como dado, fuera de tomas de conciencia y de todo examen. La división sexual del trabajo, apoyándose concretamente en la capacidad procreadora de la mujer, conduce a una distinción genérica inmersa en una relación estructurada de desigualdad. Relación en la que el género designa “el sexo socialmente construido y socialmente activo”²⁵ y en la que la mujer es depositaria de subordinación y sumisión.

Desde este ángulo, la socialización, como inculcación de los hábitos, evoca un modo de fijación y rememoración del pasado que pone en marcha este “tipo de máquina infernal (que prohíbe pura y simplemente pensar) en la cual no hay acción que no sea reacción a otra acción, ningún agente que sea verdaderamente el sujeto de la acción más orientada a la afirmación de su singularidad”,²⁶ “relación casi circular de la reproducción casi perfecta” que orilla hasta a las mujeres jefes de familia (viudas) a reproducir el mismo esquema desigual entre sus hijas e hijos, sin cuestionar el orden social.

Finalmente, si la construcción social del deber ser de las mujeres rancheras les ha asignado unos atributos y les ha negado otros, ellas no se limitan a tratar de ser “bonitas, cautivadoras, cariñosas, comprensivas y hacendosas; buenas madres, buenas esposas”. También estas mujeres trabajan arduamente y, con frecuencia, en las mismas condiciones y hasta en mayores proporciones que los hombres, además tienen responsabilidades fijas tanto en los trabajos domésticos como en los agropecuarios. En su cumplimiento y lucha, aconsejan, influyen o controlan la toma de decisiones concernientes a la familia y al funcionamiento general del rancho. Por medio de los consejos, advertencias, amenazas o chantajes que emiten a sus hombres (esposo e hijos), ellas inyectan sus puntos de vista y decisiones al ámbito público, espacio social masculino vedado a las mujeres. Como lo apunta Bourdieu, las

24. *Ibid.*, pp. 6, 11 y 13.

25. Jeanne Bisilliat, “Mots échoués sans contexte” en *Cahiers de Sciences Humaines*, núm. 25, París, 1989, p. 512.

26. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 29.

mujeres, excluidas de los juegos del poder, están preparadas para participar en ellos por la intermediación de sus hombres (marido e hijos), quienes tienen el compromiso y la facultad de hacerlo: “Toda su educación las prepara para entrar en los juegos (sociales) por *procuración*, en una posición a la vez exterior y subordinada”.²⁷ Estas restricciones han orillado a las mujeres de los ranchos a ambicionar ciertos atributos y facultades masculinos no porque deseen ser hombres físicamente, como lo postula Freud,²⁸ o por “irrumper en el submundo de los atributos masculinos con menoscabo de los propios”, como lo dice Ángel Oliver,²⁹ sino para lograr más libertad de acción y decisión sin perder su luz propia, su verdadera esencia, aunque el costo sea muy alto.

LAS MUJERES DE RANCHO: REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA Y SOCIAL

Por lo que precede, la separación y asignación social de las prácticas y atributos de las mujeres se deben, en gran parte, a la interpretación social de las diferencias anatómicas entre los cuerpos femenino y masculino, concretamente a la función procreadora de la mujer. Baste un botón de muestra: “Por eso la cabeza, el pecho y los hombros son más amplios y desarrollados en el hombre, porque ha de emplear la fuerza y la inteligencia; y en la mujer, lo son la pelvis y los pechos porque está destinada a producir y criar hijos...”³⁰

Ciertamente la crianza y educación casera de los hijos, son responsabilidades encaminadas a los trabajos reproductivos, socialmente atribuidas a las mujeres: “La reproducción es un proceso dinámico de cambio vinculado con la perpetuación de los sistemas sociales; incluye tanto la reproducción biológica y la social y por lo tanto su significado va más allá de la reproducción de los seres humanos”.³¹ Estos trabajos,

27. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 25.

28. S. Freud, “Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre sexes” en *La vie sexuelle*, París, PUF, 1977, p. 126.

29. Ángel Oliver, 1980, p. 144.

30. Mariano González, 1837, p. 400.

31. Meyer Fortes, *Introduction to The Developmental Cycle in Domestic Groups*, Cambridge, Goody, Jack (editor), Cambridge University Press, 1978 (1958).

orientados a la reproducción cotidiana y generacional de los rancheros así como a su socialización, tienen lugar en el seno de cada unidad doméstica, espacio primario de solidaridad, intercambio y forcejeo entre sus miembros, en un contexto de complementariedad y de dominación.

“Haber mantención”: unidades o grupos domésticos

En el medio rural, la unidad doméstica campesina, con su doble función producción-consumo, ha representado el patrón de organización social, económica y cultural de sus pobladores. Partiendo de algunos aportes sobre el tema, se distinguen dos grandes grupos: el primero integra los hogares formados por un conjunto de personas emparentadas o no, que participan en la reproducción social y/o generacional de sus integrantes, que comparten un mismo techo, que constituyen una unidad de consumo y trabajan una sola unidad de producción o en su caso cuentan con ingresos propios. Dentro de este grupo ubicamos —entre otras— a las unidades domésticas extendidas, formadas por los hijos que una vez casados se quedan en la casa paterna. Algunas modalidades caprichosas de esta organización doméstica son las que presenta Hajnal en su estudio realizado en el noroeste de Europa. Hajnal precisa que, si todos los hijos traen a sus esposas a la casa del padre, se constituye una *unidad conjunta* (*household joint*), pero, si sólo un hijo permanece en la casa, trayendo a su esposa, esto no representa una unidad conjunta, sino una *unidad raíz* (*household stem*), bien sea que el hijo tome el control de la granja o se someta al control de la generación mayor.³² Burguiere también muestra el caso de las comunidades tácitas que existieron en Francia durante los siglos XIII al XVIII, grupos formados por individuos que se asociaban mediante un contrato de “hermanamiento” y donde se reunían unidades conyugales emparentadas o no para explotar colectivamente una tierra. “Los miembros de la comunidad compartían la casa, en

32. J. Hajnal, “Two kinds of preindustrial household formation systems” in *Population and Development Review*, New York, NY, núm. 8, 1982, pp. 449-494, Citada por Jack Goody, “Comparing Family Systems in Europe and Asia: Are there Different Sets of Rurales?”, in *Population and Development Review*, New York, NY, núm. 22, marzo, 1996, p. 7.

la que vivían de ‘la misma olla y del mismo fuego’, pero cada unidad conyugal disponía de su propia habitación”.³³

Una de las características fundamentales de estos tipos de organización doméstica es la coresidencia, es decir, vivir bajo el mismo techo, formando una sola unidad de producción y consumo como lo expresa, entre otras, la definición de Jáuregui al referirse a una comunidad otomí en México:

La unidad campesina es una unidad económica doméstica constituida por una unidad de producción imbricada con una unidad de consumo individual [...]; está formada, pues, por la intersección de las determinaciones de la relación de parentesco y la de las relaciones de producción. Así se conforma un grupo de residencia [...], que constituye simultáneamente un grupo de consumo individual y un grupo de producción.³⁴

En el segundo grupo ubicamos a los hogares separados que tienen su propia vivienda, que realizan gran parte o la totalidad del trabajo doméstico en su interior, que forman o no una unidad consuntiva y que se encargan de la reproducción generacional y de la crianza de los niños, pero sus miembros explotan colectivamente una tierra (unidad productiva) y están estrechamente emparentados con el propietario. De esta categoría se desprenden dos modalidades: a) grupo de parientes –casi siempre padres e hijos casados con su descendencia– que habitan viviendas separadas, pero contiguas a la del jefe de familia, formando todos ello una sola unidad de producción y de consumo; es decir, las mujeres realizan gran parte de las tareas de su propio hogar, pero preparan y consumen colectivamente los alimentos mientras sus maridos trabajan en conjunto –bajo algún arreglo específico– los recursos de producción. Este caso es descrito por Romney en su estudio sobre los mixtecos de Juxtlahuaca;³⁵ b) en la segunda modalidad, el grupo doméstico de origen se divide en unidades

33. André Burguiere, *et al.*, *Historia de la familia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 65.

34. Jáuregui, citado por Víctor Manuel Franco Pelotier, *Grupo doméstico y reproducción social. Parentesco, economía e ideología en una comunidad otomí del Valle del Mezquital*, Mexico, Ediciones de la Casa Chata, Colección Miguel Othón de Mendizábal, 1992, p. 53.

35. K. Romney y Romanine Romney, 1966, *The Mixtecos of Juxtlahuaca*, Citado por Lourdes Arizpe S., *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, INI/SEP, 1973, p. 157.

distintas e independientes en cuanto a residencia (aunque las viviendas se construyan en terrenos del padre o de la madre terratenientes o en su caso se ubiquen “en distintos solares, en distintas partes del poblado” como lo especifica Mounsey)³⁶ y a consumo, pero no en cuanto a producción, tal es el caso presentado por Lourdes Arizpe en su estudio sobre los grupos domésticos de Zacatipan, en la sierra de Puebla,³⁷ el de los residentes de Huitzilán detallado por Mounsey y, en cierta medida, el de los rancheros jalMichanos protagonistas de este estudio. Aparte de los matices específicos en la organización del trabajo y los acuerdos en la distribución del producto que existen en cada caso, las diferencias fundamentales—tal vez no las únicas— entre la organización doméstica productiva de los rancheros y la de los grupos campesinos indígenas presentados por Arizpe y Mounsey consisten en que para los rancheros, la ganadería es la actividad económica dominante y la familia juega un papel fundamental en la estructura social, mientras que estos grupos indígenas se dedican a la agricultura (maíz, frutales para el autoconsumo y café para el mercado) y la familia puede o no jugar un rol importante, como es el caso en Zacatipan, donde la residencia es más importante que el parentesco. En el primer caso, la familia como unidad jurídica da acceso a la tierra y no la pertenencia a un grupo doméstico, que puede o no implicar una relación de parentesco (véase p. 262 y ss).

De acuerdo con Lourdes Arizpe, este tipo de organización doméstica y productiva está directamente ligado a la extensión de las tierras que el jefe posee, de tal manera que los hijos que se vayan casando se puedan quedar en la unidad de producción de los padres, garantizando su sustento con pequeños márgenes de acumulación, hecho que no ocurre con los que carecen de tierra, donde se pierde rápidamente la mano de obra cuando se separan los hijos de su grupo doméstico de origen.³⁸ En la sierra jalMichana las familias de terratenientes corresponden al primer tipo de organización mientras que el segundo, es el caso del grupo mediero de este estudio, ambos se presentarán posteriormente.

36. James Mounsey Taggart, *Estructura de los grupos domésticos de una comunidad de habla náhuatl de Puebla*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/INI, 1991 (1975), p. 79.

37. Lourdes Arizpe S., *op. cit.*, p. 158.

38. *Ibid.*, pp. 170-171.

Finalmente se puede decir que los grupos de esta segunda modalidad son independientes en la residencia, en el consumo y en el trabajo doméstico, pero no en la producción ni en la toma de decisiones sobre el manejo de los bienes de producción —el hijo casado debe consultar al jefe de familia sobre este asunto hasta que se separe de la unidad de producción de origen para formar la propia— a pesar de que cada hogar maneje sus cuestiones económicas de manera independiente.

Apoyándonos en la clasificación de García, Muñoz y Oliveira y tomando en cuenta los vínculos fomentados por el parentesco y en las etapas del ciclo de desarrollo de las unidades domésticas, los hogares encontrados en cualquiera de los grandes grupos que se distinguen al inicio de este tema, pueden ser nucleares, extendidas, compuestas y sin componente nuclear. Las unidades domésticas nucleares se componen de la pareja de esposos con o sin hijos solteros o con alguno de los cónyuges con uno o más hijos solteros. La unidad doméstica extendida está formada por una familia nuclear más otros parientes que no sean hijos solteros; la unidad doméstica compuesta comprende la familia nuclear o extendida más otras personas no emparentadas con la pareja que no sean empleados domésticos. Finalmente las unidades domésticas sin componente nuclear se forman con una persona que viva sola (unipersonal) o con corresidentes emparentados o unidos por cualquier otro lazo no marital.

En los espacios vecindarios estudiados, las unidades domésticas compuestas se quedaron en el pasado,³⁹ cuando los terratenientes acomodados repartían las tareas agropecuarias entre los miembros varones de la familia (encontrando su clímax en la etapa de consolidación), a quienes ayudaban algunos conocidos que concurrían a la casa, quedándose por largos periodos sin compromiso formal de trabajo. Eran jóvenes, hijos de parientes, medieros o vecinos que se acomodaban a las diversas labores del rancho, a cambio de casa, protección, comida, compañía y afecto. En otros —más reducidos— casos se trataba de personas desvalidas (huérfa-

39. Las unidades domésticas compuestas con estas características, típicas de los cuarenta, resistieron hasta el principio de los setenta, cuando gran parte de la población abandona la sierra jalMichana y decae la economía regional. Cf. Esteban Barragán López. *Más allá de los caminos*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1990. p. 165 y ss.

nos o con taras físicas o mentales) que encontraban alojamiento por compasión en el seno de estas familias. Obviamente atender a todos los trabajadores y arrimados (alimentar, lavar, planchar, remendar y asear la casa) acrecentaba los trabajos domésticos, pero para esto también acudían muchachas solteras que se consideraban como “hijas de familia”; se trataba de ahijadas, parientes o muchachas conocidas de la familia que acudían temporalmente a aprender algunos oficios –coser, bordar, cocinar, etc.– o en auxilio de la familia en el trabajo doméstico, a causa de problemas en su familia o en busca de refugio porque su casa no era lugar seguro cuando se las quería robar el novio, y “de esta casa salían para casarse por las buenas y por la Iglesia o no salían”.⁴⁰

En la actualidad, la configuración doméstica dominante en los espacios vecindarios de La Aurora y de El Santuario es la nuclear (38 de 46 casos) bajo las etapas de: a) expansión con núcleo familiar activo, catorce unidades domésticas; b) consolidación con núcleo familiar inactivo con todos los hijos solteros, seis hogares; c) dispersión con hijos solteros en casa, trece unidades domésticas; d) abandono, cinco hogares con cónyuges solitarios. Asimismo, se identifican cuatro unidades domésticas extendidas y cuatro sin componente nuclear. Las unidades domésticas extendidas sólo integran un familiar (hija divorciada, padre o madre viudos de alguno de los cónyuges, hermana soltera ya entrada en años); las unidades sin componente nuclear están formadas por hermanos célibes, abuela y nieta o madre e hija célibe (véase cuadro 8).

Estas configuraciones forman unidades con una relativa autonomía doméstica, es decir, hogares independientes en cuanto a la toma de decisiones internas y a la organización del trabajo y del consumo doméstico. Todos viven bajo un mismo techo, luchan por el sustento diario y están estrechamente emparentados. Sin embargo, no todos participan activamente en la reproducción biológica del grupo ranchero, pero sí en la socialización de sus integrantes. Estos espacios domésticos pueden sumarse a una explotación agropecuaria, dando origen a las unidades domésticas de producción integradas, espacios más amplios donde se concentran los recursos productivos. Formar parte de una unidad de

40. Esteban Barragán, *op. cit.*, p. 148.

Cuadro 8
Configuraciones domésticas en las localidades y los espacios vecindarios
de La Aurora y El Santuario

Configuración doméstica	Total	Etapas/Componentes	Número de hogares
Nuclear	38	Expansión	14
		Consolidación	6
		Dispersión	13
		Abandono	5
			38
Extendida	4	Hija divorciada	1
		Padre o madre viudos	2
		Hermana solterona	1
			4
Sin componente nuclear	4	Hermanos célibes	1
		Abuela y nietas	2
		Madre e hija célibe	1
			4
Total	46		46

producción integrada o mantenerse como una unidad doméstica independiente depende del acceso y control de tierra y ganado suficientes para el sostenimiento de la familia o de un rancho ganadero.

De esta manera, las unidades domésticas de producción integradas, constituyen el ámbito económico donde se intensifica la lucha diaria por el sustento y por la acumulación económica de sus miembros necesariamente emparentados (véase capítulo siguiente). Las unidades con componente nuclear constituyen el ámbito social privilegiado para la procreación y crianza de los hijos. En el seno de ellas se inicia la inculcación de los valores, funciones y atributos específicos a cada sexo, práctica socializante que se extiende a todos aquellos hogares con autonomía doméstica que no tienen estructura nuclear.

Los "chiquitos": embarazo, parto, puerperio y lactancia

La reproducción física, humana o biológica designa las actividades relacionadas con el embarazo y la crianza de los hijos, proceso que en el contexto estudiado se simboliza con los *trabajos de rancho*. Aquí la

connotación del vocablo “rancho” cobra un sentido de interioridad, propio para designar el recinto doméstico más íntimo en el que se desenvuelve la mujer, esposa y madre: la alcoba matrimonial donde se dan las prácticas sociales eminentemente procreadoras: concepción, parto, puerperio, amamantamiento, cuidados y educación del bebé.

En nuestros días ya no es frecuente encontrar la gran cantidad de niños que deambulaban por las angostas veredas que comunican las viviendas y que jugaban en los solares que las rodean. La fecundidad de antaño se ha visto reducida en los últimos veinte años por la introducción y aceptación de nuevos métodos anticonceptivos que se sumaron al tradicional amamantamiento y coito interrumpido: el preservativo, el ritmo y el método de ovulación del doctor Billings (la píldora y el dispositivo intrauterino no son muy consentidos, en primera instancia por la desautorización de la Iglesia católica que ha preferido los “métodos naturales” y en segunda, por los trastornos físicos que ocasionan a las mujeres).

Finalmente, desde hace dos años, la salpingoclasia ha sido aceptada por las parejas con muchos hijos (de cuatro en adelante) que no tienen la disciplina, la disposición o el conocimiento para regular su fecundidad con métodos naturales; pero sí el ánimo para enfrentar o superar los comentarios negativos y amenazas vertidas en contra de las mujeres “operadas” por parte de sus familiares, amigos y vecinos: “Estás en pecado mortal”, “tu marido te va a ‘largar’ por otra que sí pueda darle hijos”, “la mujer capada no sirve pa’ nada”...

Por su parte, el aborto también ha sido un doloroso mecanismo para espaciar el número de hijos. En algunas mujeres mayores de cincuenta años esta práctica fue tan frecuente que a lo largo de su periodo fértil llegaron a registrar de cinco a nueve partos prematuros, adquiriendo así la experiencia para identificar el sexo y el tamaño de los fetos: “Las mujeres eran como tortugas y los hombres como unos monitos”, “a los dos meses ya medía dos cuartas”. Sustos, corajes, eclipses, trabajo excesivo, levantar grandes pesos (beceros, chivos, bultos de sal, pastura o piedras), una dieta deficiente y falta de dinero, de medios y vías de comunicación más eficientes, son las principales causas de estos percances que expusieron algunas voces femeninas de la zona.

El gradual acceso que han tenido las madres menores de cincuenta años a los servicios médicos de los pueblos circunvecinos, ha reducido notoriamente los casos de aborto y ha espaciado los periodos de gestación: este descenso progresivo de la fecundidad se debe también a que las parejas jóvenes empiezan a romper el tradicional esquema de traer al mundo “los hijos que Dios les quiera dar”, llegando el primero antes del año de casados. Ahora los pequeñitos que se adhieren a la vida ranchera son alrededor de cuatro por matrimonio, en lugar de los nueve que en promedio lograban tener sus ancestros.

Durante el embarazo la futura madre no altera demasiado el ritmo de su vida, sólo evita las situaciones que podrían impedir el feliz término de su estado (alimentarse mal, cargar cosas pesadas, asustarse o enojarse mucho). Gracias a las terracerías estas mujeres pueden visitar al médico una a dos veces durante la gestación y ser asistidas por él durante el parto. Sólo el reducido número de las que aún les temen a los médicos o no tienen solvencia económica, así como las más incomunicadas, son atendidas en los ranchos de sus *ranchos*, por algún familiar, como “más antes”. Las que se van, planean con tiempo su viaje al pueblo y se ponen de acuerdo con el familiar que las va a recibir y con el médico u hospital que las va a atender. Por lo general, después del parto, regresan a su rancho antes de una semana.

Las que se quedan o a las que se les adelanta el parto, una vez presentadas las primeras contracciones —como dicen ellas— “no se hace ningún quehacer, nomás lo más importante”, atienden a sus hijos y esposo hasta el último momento y se mantienen en pie justo hasta unos minutos antes del parto (no les gusta que las acuesten, según ellas les duele más, necesitan caminar). El familiar o vecino cercano más expertos, generalmente una mujer, son los indicados para atender el alumbramiento. Siempre se reúnen tres o cuatro mujeres más, solteras y casadas para ayudar en lo que se pueda o para acompañar al padre que disimula su angustia. Pero hay ocasiones en las que es él quien atiende el parto bajo la dirección de su esposa. Si el parto no presenta complicaciones, el recién nacido y su madre permanecen en casa con sus familiares. En caso contrario, primero se agotan los recursos conocidos (si el bebé no respira o llora pronto,

le echan humo de cigarro en la cara; ayudar para que la madre expulse la placenta) y después los trasladan al pueblo más cercano para recibir asistencia médica. Existen numerosas anécdotas sobre estas angustiosas situaciones. El relato de la señora María Esthela es muy ilustrativo:

Yo empecé a estar mala a las cuatro de la madrugada, sentía poquito los dolores. En la mañana cuando Roberto (esposo) se iba a rociar el maíz, le dije: “¿qué bueno que, cuando vengas de trabajar, ya voy a tener a mi chiquillo!”. “No le hace —dijo— sirve que hay más”. Ya cuando se iba me preguntó: “¿de veras estás mala? para no ir a trabajar”. “No —le dije—, eso no es nada, sí siento los dolorcillos, pero todavía no es tiempo”. Iba p’abajo y entonces le dije: “no vayas a decir nada allá abajo a las viejas”, y no me contestó nada. Por ai como a las doce vino Geroma (suegra) y que me dice: “¿que estás mala?”, no —le dije—. “Es que me dijo Roberto que estabas media malilla, que te viniera a dar una vuelta” —me dijo. “Tengo unos dolorcillos, pero no sé por qué” —le contesté. Geroma se fue y yo pasé igual todo el día, con mucha flojera, mucho sueño y no me podía dormir; no hice ni un quehacer ese día, más de aquí lo más importante.

Ya cuando regresó Roberto que me da uno bien fuerte (dolor de contracción) y que me pregunta: “¿sí estás mala, pues?”. “Se me hace que sí es de adeveras” —le dije. Ya en la noche le di de cenar y después de que recogí todo le dije que ya era mucho, que ya eran muy seguidos. Entonces me dijo Roberto: “voy a mandar a Raúl (cuñado) para que le diga a mi tía Lupe (partera), nomás voy a esperar que ella termine de cenar, si no con el pendiente ni cena”. Ya como a las diez fue Raúl, le habló y vino. Yo estaba mala, pero no me aliviaba, estaban conmigo nomás Geroma y Lupe. Por ai como a las doce llegó mi tía Eloisa. Yo seguía mala, yo no creía que se fuera a lograr, porque apenas tenía ocho meses. Ya tarde, Lupe tenía sueño y que le dice mi tía Eloisa: “acuéstate, ya cuando te ocupemos te hablamos”. Se acostó y se durmió. Cuando nació la niña, que le hablan a las dos de la mañana. Entonces me quedé como unos quince minutos sin sentir nada, como a gusto y que empiezo de nuevo con los dolores. Mi tía Eloisa estaba preocupada, porque no me había aliviado (arrojar la placenta). Así duramos toda la noche, ya en la madrugada que me dice mi tía Eloisa: “ahí debes de tener algo, para sentirte igual... ¡ahí tienes otro!” Entonces que dice mi tía Lupe: “¡Dios nos favorezca!”. Geroma que me pregunta: “¿y tú cómo te sientes?”, le dije yo: “igual, igual, nomás no tengo los dolores tan recios”. Ya les mandaron decir a todos (los hombres) antes de que se fueran a trabajar para que vinieran a ayudar a llevarme al pueblo. Cuando pasó Tarsicio por la casa de Ofelia que le pregunta: “bueno ¿qué es lo que traen?”. Dijo Ofelia: “un hijo de la chingada desmadre de chiquillos que tiene una y sabrá Dios cuántos más y que hay que llevarla (a Los Reyes, Mich.)”. Ya se juntaron aquí, todos vinieron. Le metieron a un catre unos palos de lado a lado y agarraron el

camino. Ya en el Puerto de la Leña salió mi tío Jacinto, Arnoldo (hermano) y no me acuerdo si José (cuñado); les habían ido a avisar (a Los Desmontes). Cuando íbamos por el camino andaban trabajando Gilberto el de mi tío Gabriel y Nachillo el de don Ignacio, el de Los Tepetates, dejaron de trabajar y se fueron con nosotros. Geroma iba a caballo con la chiquilla recién nacida. Yo iba bien, pero había ratos en que sentía que me iban a matar de todos modos, yo sentía que me estrujaban mucho. Enrique (primo-hermano) se adelantó para llegar primero a La Joya y ver si nos podían llevar en camioneta (después de un recorrido de seis horas a pie). Cuando llegamos ya estaba ahí un señor y nos llevó al Seguro de Los Reyes (una hora en camioneta).

Ya en el Seguro dijo un doctorcillo: "sea lo que sea pa' mí que ya está muerto". Una enfermera le dijo: "no, yo creo que no, yo casi le aseguraría que no". Entonces que me pasan para adentro y estaba una dotora y esa misma enfermerilla. En eso que entra un doctorcillo y entonces la dotora le dijo: "esta señora no se alivia aquí, hay que llevarla a Zamora". "Yo no estoy de guardia" —dijo él. Entonces que le dice la enfermera a la dotora: "no le diga nada, no le hace caso". Que le dice la dotora: "dotor, un favor"... Dice él: "le dije que no estaba de guardia", y que cierra la puerta y que se va. Y la dotora que volteo a verme y que me dice: "ya usted ha sufrido mucho, ahora le vamos a ayudar, tenemos que hacer algo, está volteado, hay que acomodarlo y sacarlo a fuerzas y sin anestesia". Y fue lo que hicieron, aunque la vuelta era peligrosa y la sacada también. Ya que nació la chiquilla, la dotora me dijo: "arriesgamos mucho, pero no se podía hacer otra cosa".

Me quería dormir, pero no podía, el día que empecé con los dolores no había comido ni cenado, al otro día no había almorzado ni comido ni cenado ni había dormido en las dos noches y no me podía dormir. Ya cuando salíamos del hospitalillo, yo sentía que no sabía por donde iba. Esperamos el camión para irnos a Santa Inés, a la chiquilla la dejamos en el Seguro. Al otro día Roberto se fue a buscar a la chiquilla al Seguro y no la pudo sacar porque le cobraban mucho, contaban con que la otra también había nacido allí y le cobraban por las dos. Roberto no quiso pagarles; otro doctorcillo le dijo que no estaba bien que le cobraran tanto, que él lo iba a ayudar, le dijo por cual ventana se fuera y que ahí estuviera, porque le iba a dar a la chiquilla. Roberto fue y ahí se la dio y, como no llevaba nada de ropa, se la dio con todo lo que traía envuelto.

La odisea narrada por María Esthela muestra los sucesos de un difícil y discontinuo parto doble, en el cual sobresale su valentía y resistencia junto al apoyo brindado por las demás personas que contribuyeron al feliz término de los acontecimientos; todos luchando contra el aislamiento, la dispersión, la burocracia, los pesimistas y los faltos de ética. Si el parto es un momento de solidaridad femenina, también la solución

de sus complicaciones ilustra la solidaridad masculina de los rancheros en la pelea por la vida de sus semejantes y de sus sucesores. Se podría pensar que estas andanzas son sólo cosas del pasado (1983), porque ahora un gran número de brechas y camionetas surcan la región. Cierto que los casos han disminuido enormemente, pero no se han eliminado del todo, la mayoría de las terracerías sólo son transitables durante el tiempo seco y no todos cuentan con este servicio.

Numerosas “mandas” a los diferentes santos de devoción regional son el resultado de estos momentos de angustia vividos por los padres, familiares y amigos cercanos. Es frecuente que los protagonistas de estos trances acompañen a los que prometieron visitar algún santuario o rezar una o varias novenas en agradecimiento del buen desenlace de los acontecimientos.

Los cuidados durante el puerperio o cuarentena son importantes para la recuperación de la madre y el amamantamiento del bebé. A los tres días del parto, una experta del espacio vecindario ayuda a la madre “a levantarse”, le unta “remedios calientes”⁴¹ en el vientre para desinflamarlo y en la espalda para estimular la producción de leche. Faja debidamente a la paciente, le recomienda usar medias gruesas, suéter y le prohíbe bañarse hasta cumplir cuarenta días. Las mujeres que ya no quieren someterse a estos cuidados, simplemente emplean alguna preparación para desinflamar su vientre, usan suéter y medias durante los primeros días y se bañan en cuanto pueden. Su integración en el trabajo es lenta. Por lo general, siempre cuentan con los servicios de algún familiar del sexo femenino (a quien divertidamente llaman “la criada”) para realizar las labores domésticas más pesadas (hacer las tortillas, lavar y planchar, barrer, trapear) hasta cumplir la cuarentena.

Su alimentación es sumamente controlada durante los primeros meses, no debe consumir todo aquello que disminuya la producción de leche materna o que le provoque cólicos al recién nacido (nopales, aguacate, huevo, frijoles, chile, pepinos), pero sí pollo, verduras, queso, tostadas, leche, atoles, sopas de pasta o de arroz. La leche materna será

41. Aceites y otras grasas, éter y ungüentos caseros, preparados con grasas y cebolla morada.

el principal alimento del bebé hasta los cinco o seis meses, después de este tiempo se le empiezan a dar los “calditos con sopitas remoliditas” (de frijol, de pollo o de alguna verdura con tortilla), la leche de vaca y las sopas de pasta; al año se le suspende la leche materna. Poco a poco se van agregando a su dieta los productos del arte culinario ranchero: el minguique, los chiles y pollo en jocoque, las albóndigas de masa o de carne de venado, el pollo en tapa`o, la güilotas con chile verde, caldo de venado y de res, cecina, sopas de mantequilla, sopas de gato, enchiladas; ocasionalmente acompañados con postres como: tortillas de maíz doradas en manteca y rociadas con azúcar, dulces de leche, chongos, cajeta y arroz con leche, guayabate; así como una gran variedad de frutas de estación cultivadas y silvestres (mangos, ciruelas, changungas [nanches], guayabillas [arrayanes], guayabas, pepinos, sandías, papayas, bonetes).

En cuanto saltan al escenario los nacidos en la sierra jalmichana, los miembros de la familia, demás parientes y vecinos, los buscan para abrazarlos, llevarlos a sus casas, enseñarles sus primeros pasos, jugar, hacerles bromas y enseñarles palabras obscenas. Aquí, como en otras sociedades rancheras

cualquier criatura a partir de la cuna, es juguete de todos, mascota, muñeca, compañero, público y amigo. Los niños son abrazados amigablemente por hermanas y hermanos de edad similar, seguidos por los más jóvenes y guiados por los mayores. No sólo son atendidos por sus padres, sino también por sus afables tíos, tías, abuelos y bisabuelos. A temprana edad aprenden a acercarse tambaleantes a cualquier persona mayor para ser alimentados, aseados, amados, confortados o recreados. Este arreglo no es únicamente de beneficio para los niños; todos derivan placer del intercambio.⁴²

El destacado papel de las redes familiares en la crianza y en el aleccionamiento de los niños es fundamental en el proceso de aprendizaje de la vida y de la cultura rancheras.

42. Harry Crosby, *Los últimos californios*, Serie “Cronistas”, núm. 8, Baja California Sur, 1992, p. 114.

Educación casera de los niños y otras influencias

La integración de los nuevos miembros de la sociedad ranchera y su transformación en adultos capaces de responder a las expectativas tradicionales de su grupo sintetizan los trabajos de la reproducción social; estas son “las tareas extraproductivas dirigidas al mantenimiento del sistema social” en palabras de Ana Paula De Teresa.⁴³ A partir de las primeras enseñanzas los niños van interiorizando los valores, normas, creencias y estereotipos que les son transmitidos, partiendo de su pertenencia a la sociedad ranchera y a los subgrupos en los que se los ubica (sexo, edad y estrato social) en un contexto de gran afectividad y de relaciones de poder.

La madre, auxiliada por el padre, cuida de sus hijos hasta que se van de la casa; éstos se limitan a dejarse atender, a jugar, a obedecer no siempre “por las buenas” y a trabajar, dependiendo de la etapa del ciclo vital por la que atraviesen. De acuerdo con su desarrollo, los pequeños van escalando las diversas categorías de edad en las que se autorreparten los habitantes de la sierra, categorías cuyos nombres sirven para referir el margen de edad en el que se identifica cada uno de sus moradores de acuerdo con su condición o etapa de vida:

La chiquillada

Chiquillo, chiquilla	antes de nacer hasta los 12 años
Chiquito(a) o niño (a) de pecho.	antes de 1 año
Grandecito(a)	de 2 a 5 años
Añejito(a)	de 6 a 7 años
Añejillo(a)	de 8 a 12 años

La muchachada

Muchachillo(a)	de 13 a 20 años
Muchacho(a)	de 20 a 30 años antes de casarse
Muchacho(a) viejo(a)	de 25 a 30 años

43. Ana Paula De Teresa, “La encuesta genealógica: una propuesta metodológica para el análisis de la reproducción de la economía campesina”, ponencia presentada en el “II Coloquio de la Revista Nueva Antropología”, México, septiembre, 1990, p. 9.

Nombre propio o mote para los hombres y "vieja de" y/o mote para las mujeres	después del matrimonio
Los macizos Media vida, ambos sexos, de acuerdo a su estado civil ("una muchacha vieja de media vida")	de 30 a 45 años
Los viejos Viejo(a) Viejillo(a)	de 50 a 70 años de 70 años en adelante

Más que por rigurosidad cronológica, los límites elásticos de cada fase son asociados a capacidades de trabajo (responsabilidades al asumir "encargos" o trabajos), a cambios físicos y a condiciones sociales atribuidas a cada etapa de la vida. Socialmente se espera que un individuo de cierta edad responda a un comportamiento preestablecido como ideal dentro del grupo.

Las fases cuatro y cinco son excluyentes, dependen del estado civil de los hombres y mujeres mayores de 15 años, edad mínima exigida en la mujer para contraer matrimonio (ahora se intenta exigir, sin mucho éxito, que cumpla los 18 años). Guiados por estas etapas, veamos cómo se llega a ser la mujer que la sociedad ranchera reclama.

De "chiquilla" a "viejilla": ser mujer en la sierra jalmichana

Desde los primeros días de nacidas, las niñas "chiquitas" sufren la primera marca atribuida a su sexo: la perforación de ambas orejas para portar los aretes o zarcillos de oro. Accesorio que las distinguirá de los bebés del sexo opuesto, cuando no se vistan de rosa y mientras no les crezca el pelo ni usen vestiditos. Tan pronto como se pueda, serán bautizadas y su padrino seguramente les obsequiará de regalo de "mantillas" una puerca, una becerria (iniciándolas de esta manera en la ganadería) o alguna joya de oro. Al igual que para los hombrecitos, es el tiempo privilegiado para los arrullos, palabras suaves, besos y otras caricias; tiempo del seno materno, del chupón, dedo o biberón acom-

pañados por la suavidad y olor de su cobija o mantilla preferidas; tiempo de iniciar los cuidados exhaustivos para evitar las picaduras de alacranes que suelen traer consecuencias dolorosas, al igual que otras enfermedades infantiles frecuentes en la zona (véanse gráficas 5 y 6). Sus madres, hermanas y tías también cuidan de que sólo estén desnudas (sin que las vean) mientras dura el baño diario; las precauciones del “desnudo” se acentúan a partir del primer año de vida, cuando empiezan a estar “grandecitas”. En esta etapa (de dos a cinco años) se insiste sobre el pudor y el comportamiento en público.

Una vez cumplida esta edad, su conducta (en la que su madre se está jugando el prestigio) es aplaudida o sancionada de acuerdo a los principios que dividen a los sexos, que las empujan a comportarse como lo deben hacer las niñas: lucir preferentemente con vestido, tener el pelo largo, recogido y adornado con listones o moños de colores; sentarse sin mostrar sus pantaletas, jugar con muñecas, trastecitos y chimeneas; no decir palabras obscenas, recitar las primeras oraciones a papá Diosito, al Ángel de la Guarda, a san Antonio bendito. Las personas mayores cuando visitan su hogar, las llevan a los suyos o las encuentran en los lugares públicos, vigilan constantemente lo que deben o no deben hacer con respecto a los niños, para ir formando a las mujeres hogareñas y de buenas costumbres del día de mañana.

Al primer hijo de esta edad, la madre le puede consagrar algunos momentos para jugar construyendo casitas, haciendo chimeneas, corrales o carreteras en medio de “comadritas” o de “vaqueros”. Los besos de los padres van desapareciendo a medida que los niños crecen; ésta manifestación cariñosa se sustituye por una voz dulce, cargada de diminutivos, al darles órdenes, dirigirles palabras de afecto y brindarles información; las caricias corporales se reducen a tocarles el pelo, las manos o las mejillas, pero sí los abrazan, les bromean y los consienten. Así, una niña difícilmente le dará un beso a su madre, mucho menos a su padre, hermanos y abuelos y ellos casi nunca lo solicitan sobre todo fuera de la intimidad del hogar. Empieza a ser conocida como la “chiquilla” de fulano de tal y a sentir el rigor que imponen las normas morales y observancias de la Iglesia católica. Por ejemplo, durante la celebración de la cuaresma no deben correr, patear, gritar o montar

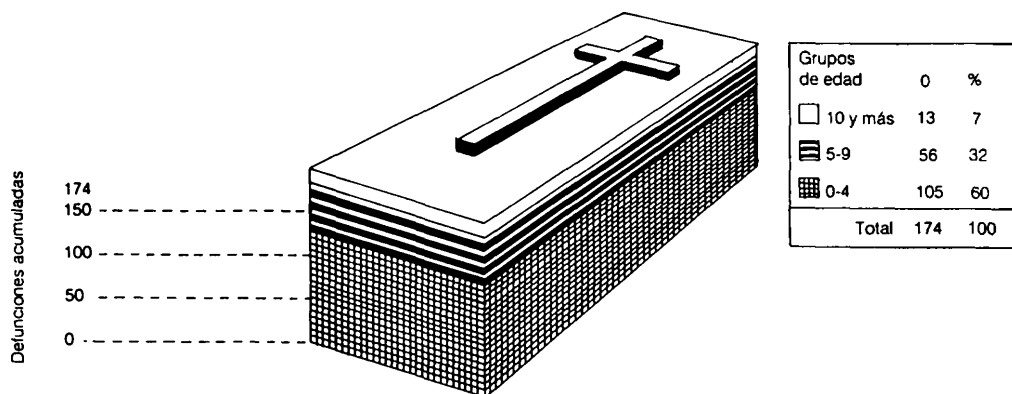


“La chiquillada”. Expresando el afecto que reciben.

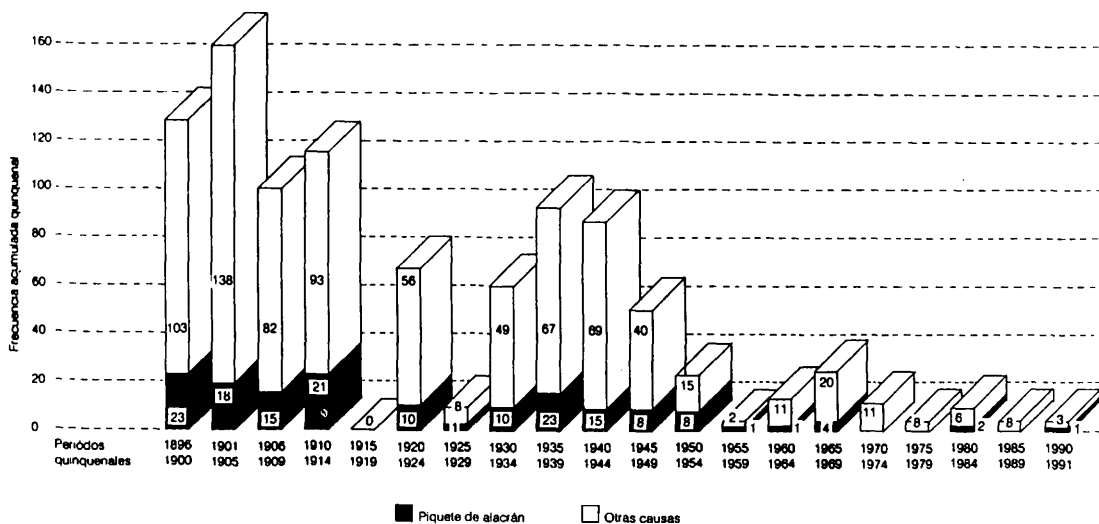


En el umbral de la cocina, ¿umbral de su destino?

Gráfica 5
Defunciones por picadura de alacrán
Grupos de edad principales, Manuel M. Diéguez (1896-1991)



Gráfica 6
Defunciones infantiles (0-9 años) por picadura de alacrán
y otras causas, Manuel M. Diéguez (1896-1991)



Fuente: A partir de registros de defunciones. Archivo municipal de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

porque golpean u ofenden a “Diosito”; también empiezan a ser obligadas a “guardar la forma”, es decir, ayunar entre los horarios de las comidas principales durante este periodo.

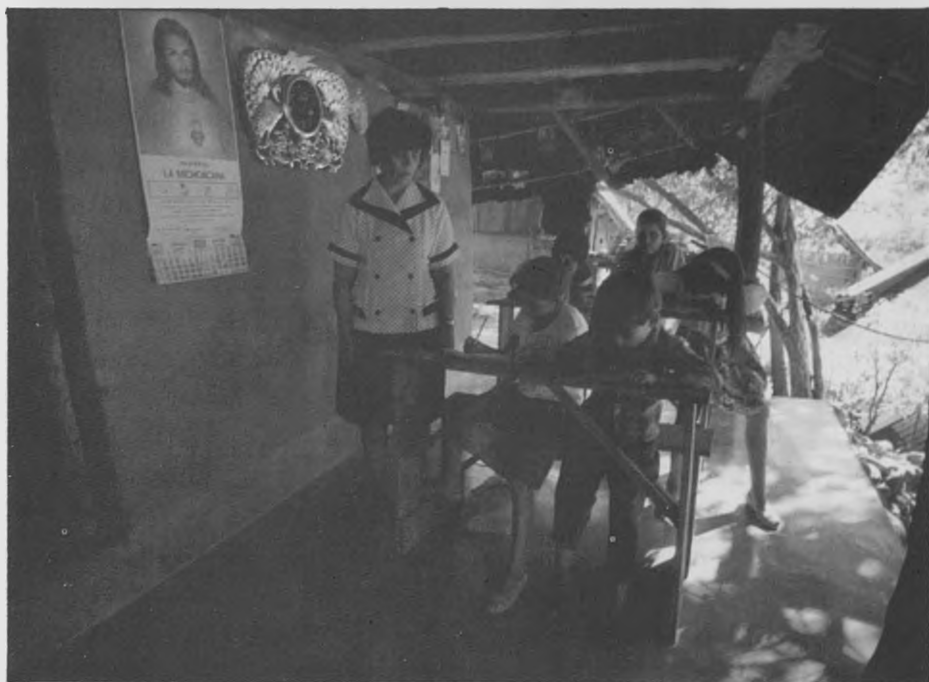
A partir de los seis años “La chiquillada” acelera el proceso de aprendizaje de la vida social de ambos sexos. Las niñas “añejitas” y “añejillas” aprenden —y sus compañeros del sexo opuesto se lo recalcan—, que el pantalón es para los hombres como el mandil y el vestido son para las “viejas”. De acuerdo a la moda regional del momento (telas, colores, hechuras) desde pequeñas las niñas siempre llevan vestidos entallados al cuerpo (se rechaza la ropa *guangocha* —holgada—). Éstos son generalmente manufacturados por costureras del espacio vecindario con algún pedazo de tela sobrante de la hechura de un vestido para la madre (el caso de los niños es similar, pero ahora con lienzos masculinos); esto significa que los estampados infantiles como ositos, barquitos, muñequitas, casitas, lápices no tienen mercado en este punto del territorio nacional. Para eventos especiales, si no se le puede elaborar algún vestido más adornado, generalmente se compra en los pueblos o ciudades circunvecinas. Los padres vigilan que las vestimentas de sus hijas no estén escotadas, transparentes, cortas o sin mangas y que siempre se porten con un fondo debajo. Tanto la conducta como la vestimenta refleja la tendencia de los adultos a forjar desde muy temprana edad a “los hombrecitos” y a “las mujercitas”.

Por otra parte, pocas niñas tienen la oportunidad o el deseo de asistir a la escuela. En los escasos ranchos donde hay servicio escolar oficial, las niñas —a reflejo de los adultos— empiezan a imitar o criticar la manera de hablar, de vestir o de comportarse de sus maestras foráneas. La enseñanza escolar introduce una serie de conocimientos históricos, cívicos, literarios, higiénicos que parecen borrarse ante los acontecimientos y costumbres locales, más vividas, referidas y reales. Lo que sí interesa es aprender a leer, escribir y hacer cuentas para poder leer la Sagrada Escritura, las revistas traídas del medio urbano; para comunicarse con familiares ausentes, comprar y vender sin que se aprovechen de su ignorancia.

Donde no hay escuelas oficiales, son el hombre o la mujer más preparados del espacio vecindario quienes, bajo la sombra de algún árbol



En espera de profesor. Georgina Barragán Álvarez. El Santuario, Mich.



Hoy como antaño, Eudoxia Medina Barragán, profesora voluntaria preocupada por enseñar a los niños a leer, escribir, hacer cuentas y a “comportarse”.

o de una enramada, se enfrentan al “yo no sé” y al “yo no puedo de ningún modo” de las niños que, al aprender a leer, escribir o a resolver algunas operaciones aritméticas, se desesperan al enfrentarse a cosas desconocidas que no logran —casi al mismo grado que sus instructores— comprender ni dominar. Parte de estas sesiones, frecuentemente más largas y productivas que las primeras, se ocupa para enseñar la Historia Sagrada y el rezo e inculcar las normas de conducta que rigen al grupo. Es fácil que dejen de asistir a las clases, porque el maestro no tiene autoridad para exigir asistencia (aunque sí para controlar a los alumnos una vez que asistan) y muchos padres tampoco los obligan, van cuando quieren o cuando tienen tiempo si es temporada de trabajo, lo mismo ocurre con sus deberes escolares. Los ranchos más dispersos y aislados son los que recurren a este servicio educativo, el “maestro” no suele cobrar y en algunos casos está dispuesto a trasladarse por temporadas a diferentes ranchos para impartir clases a los niños.⁴⁴

La convivencia infantil es intensa y muchas veces, mixta. Las niñas y los niños comparten momentos de juego: los encantados, la roña, las escondidas, el lobo y otra rondas infantiles (*María Blanca, Los colores*). Éstos son los preferidos si se encuentran en público. En la intimidad, frecuentemente juegan disimulando ser adultos y reproduciendo problemas, conflictos o acontecimientos recientes del espacio vecindario o de la pequeña región: una boda, un pleito por el agua o un conflicto a mano armada. En estos juegos reproducen los diálogos, la personalidad y el papel que juega cada uno de los personajes reales involucrados en ellos. Cuando estos pasatiempos excluyen a miembros del sexo opuesto, las niñas pasan el rato jugando a las comadres, construyendo —con ramas y pedazos de lienzo o de plástico— sus casas bajo la sombra de árboles cercanos a las viviendas o dentro de los solares. Aquí se edifica la chimenea y se acomodan la tinajera y los pequeños utensilios de cocina (cazuelas, ollas, platos, tazas, torteadora, metate), las muñecas con sus accesorios y una serie de objetos (botellas, botes, bolsas, tepalcates)

44. En la pequeña región que comprende a El Santuario, el último profesor de estas características ha sido Ignacio Barragán Barragán; él ha dado clases en El Santuario, La Laguna, El Mojal, El Sauz y otros ranchos.



Cualquier lugar es adecuado por los niños para improvisar sus juegos en los que reproducen y practican algunos de los rasgos fundamentales de la vida de rancho: iniciativa, creatividad y provisionalidad.

desechados por sus familias. En estos momentos de esparcimiento reproducen las actividades y palabras de sus madres, tías, abuelas y hermanas mayores al dar órdenes y al conversar con la comadre o con sus hijas (las muñecas u otras niñas). Ocasionalmente algún niño solitario se adhiere a estos juegos, siendo o bien el hijito o el jefe de familia. Las niñas también se van a bañar juntas o se acompañan para ir, entre el monte, a hacer sus necesidades biológicas, convirtiendo estos actos en grandes momentos de convivencia y de identificación.

Los niños por su parte prefieren trepar a los árboles, cazar lagartijas, avecillas o practicar el tiro al blanco con su resortera. Durante estas actividades o desplazamientos, entonan a grito abierto alguna canción de moda (*Árboles de la barranca, La finca de adobe*) muy lejana de los cantos infantiles urbanos. También conversan sobre sus atrevidas aventuras con las “vacas que se les juntan” (los persiguen para cornearlos), sobre hazañas de cacería, los problemas escuchados de los mayores y otros sustos. Las niñas también suelen sumarse a los conciertos de aficionados cuando la convivencia es mixta y están lejos de oídos que las intimiden si no, organizan los propios o se suman a las reuniones íntimas de las muchachas. En estas reuniones juveniles son más que nada observadoras pasivas y excesivamente atentas que no pierden detalle alguno de lo que ahí se dice o pasa para después comentarlo o reproducirlo en un juego o en su vida futura; escuchan la música y las conversaciones de las jóvenes ahí reunidas y se suman al festejo de alguna de las actividades realizadas: inventar versos al amor y a la amistad (moda del momento en La Aurora), hacer comentarios pícaros o divertidos, medirse ropa, maquillarse o peinarse; y en otras actividades se les permite participar cantando, bailando, conversando o bromeando. Ocasionalmente les gusta compartir con las jóvenes algunas horas de bordado o tejido en grupo, mientras conversan sobre varios temas de interés: música, muchachos, bailes, juegos, rivales y chismes diversos.

En los bailes públicos, que se organizan como resultado de las matanzas de cerdo o de cualquier otro evento social, las niñas también bailan con miembros de su propio sexo o del sexo opuesto cercanos a su edad, nadie las ridiculiza ni las detiene. Los varoncitos por su parte, bien vestidos y ahora rara vez con su pistola fajada, pueden invitar a

las muchachas mayores a bailar. basta con pedirselo, no se burlan de ellos ni los rechazan. A estos eventos los niños son llevados desde los primeros meses de nacidos, integrándolos tempranamente al grupo a través de la observación, imitación y aleccionamiento de sus mayores; así van aprendiendo a conducirse adecuadamente sin que nadie les enseñe expresamente cómo deben hacerlo. Por ejemplo, no se les enseña a bailar, sin embargo cuando lo intentan, saben cómo mover su cuerpo y la distancia a guardar con su pareja; en cuestiones de trabajo, las muchachitas saben que deben llevar su mejor mandil y ponérselo para colaborar en las labores domésticas: lavar trastos, calentar tortillas, hacer salsas y servir los alimentos; prácticas que se motivan y perfeccionan fiesta tras fiesta.

Normalmente la chiquillada tiene acceso libre a las conversaciones de adultos en las que se comentan acontecimientos o problemas de cualquier índole —excepto sexuales— relacionados con familiares y vecinos, amigos o enemigos. Siempre atentos e interesados en todo cuanto se dice, los niños son excelentes informantes que difunden, entre los adultos que inocentemente los confiesan, todo lo que saben sobre los acontecimientos o problemas familiares o del vecindario.

Por otra parte, gracias a la información aquí vertida, se enteran de los valores y principios básicos del grupo que deben incorporar o asimilar también. De estas charlas y chismes sale el material inventivo para sus juegos y las anécdotas basadas en los casos más relevantes por su valentía, cobardía, osadía o jocosidad. Estos relatos que se transmiten generación tras generación, quizá por esto los niños de la sierra no conocen los cuentos fantasiosos de reyes, reinas y princesas, tan lejanos e irreales, pero sí abundan los relatos de la vida real de los habitantes, las fantásticas narraciones sobre duendes, ánimas, gatos y perros negros contadas por o en nombre de los que dicen haberlo vivido o visto.

Así como la emulación forma parte del proceso de educación, la comparación, la crítica y el ridículo son otros mecanismos que sirven para corregir conductas y para denotar los defectos físicos de los niños que pretenden no tenerlos. Las personas con quien se compara a los niños son conocidas en el espacio vecindario o en la pequeña región, de ellas sobresale la deficiencia o exceso de estatura, de peso, valentía,

cordura, prudencia, inteligencia, veracidad y volumen de la voz; es decir, vicios y virtudes, cualidades y defectos. Cuando un niño cae en cualquiera de estas situaciones, siempre se lo hacen notar llamándola con el nombre de la persona con la cual se identifica su defecto: “Y tú, si puedes alcanzar ‘tía Leonor’”, se le dice a una niña muy bajita (porque la mujer de menor estatura conocida por el rumbo de El Santuario es la tía Leonor), “ándale sí, Gabriel el tonto” (personaje que existió en la región), “trabajas igual que Salomé” (la que se conoce como la más torpe para trabajar). De esta manera se le ridiculiza y critica regulando su conducta y enseñándole que debe responder, en su momento, en los mismos términos.

A partir de los seis años, los juegos y las actividades escolares —en su caso—, se empiezan a alternar con pequeñas tareas que van incorporando a los niños en los trabajos domésticos y agropecuarios: recoger los huevos de los nidos, atender la gallina con sus pollos y dar de comer a los cerdos, chivos, becerros enfermos o huérfanos; barrer el solar de la casa y hacer mandados; ayudar a deshierbar o rociar el desmote (asperjar el herbicida), y traer los becerros, si no hay varoncitos en la familia. Cuando cumplen los diez años de vida, los integrantes de la chiquillada empiezan a ser sujetos responsables de tareas concretas: las mujercitas empiezan a tener responsabilidades en el cuidado de los hermanos menores y en la atención esmerada a los hombres de la casa, en la elaboración de las tortillas, en el acarreo del agua, en el arreglo de la casa, en la ordeña y en algunas labores de la siembra. Al finalizar esta fase, gran parte de ellas ya son “mujeres de metate”. Los varoncitos, por su parte, empiezan a participar en el desmote y quema de las tierras para el cultivo, en acarrear leña y agua para el consumo doméstico y en alimentar el ganado menor. Y así, poco a poco, se ven inmersos en ese mundo de obligaciones y responsabilidades del que difícilmente podrán salir durante el resto de sus vidas.

De esta manera, los padres que dan todo por sus hijos empiezan a exigir su participación en las múltiples tareas de la unidad de producción. Aquí el papel de la madre es central y de gran jerarquía: es la que vigila que todo se haga bien y en el momento preciso. Como se ha dado indicios, no todas las obligaciones son de esta índole, la enseñanza de

las prácticas y principios religiosos ocupa grandemente a los habitantes de la sierra. Entre los siete u ocho años de edad, las niñas hacen su primera comunión y, a partir de este momento, se inician formalmente en los deberes religiosos. A esta edad y siempre que se encuentren donde se celebre misa, deben asistir a ésta por lo menos cada domingo, cumplir con los viernes primeros, portar el escapulario y acatar sus implicaciones además de rezar diariamente el rosario y oraciones privadas antes de acostarse.

En estas montañas los niños, víctimas de temores ancestrales y de creencias en lo sobrenatural (Dios y el diablo con sus respectivos reinos del bien y del mal), son amenazados y atemorizados si no se conducen como lo exige el grupo: deben ser obedientes, no contradecir a sus padres y familiares mayores cercanos, rezar sus oraciones grupales e individuales obligatorias y no robar ni mentir. Por un tiempo el anticristo amenazó —en boca de los mayores— con venir a la tierra y cortar en pedacitos a todos los que estuvieran en pecado. Igualmente, el fin del mundo que llegaría a través de un temblor de tierra aterrorizó a los niños persuadiéndolos de que se debían portar bien para no estar en pecado ante estos posibles acontecimientos. Por medio del mito de los gatos y perros negros (enviados por el demonio), que se les aparecen por la noche a los que no rezaron ni obedecieron o no se comportaron decentemente, las personas mayores atemorizan y controlan a los niños, jóvenes y adultos que incurren en estas faltas, recordándoles que de seguir así, pronto estarán en el reino de las tinieblas.

Los valores morales son transmitidos directamente por las mujeres, ellas son las que amenazan y controlan el actuar de sus hijos, nietos, sobrinos y ahijados para que logren vivir, desde este punto de vista, conforme a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia y abrirse camino hacia la salvación eterna, razón de ser de esta vida terrenal. Si una niña no sabe rezar o si no se comporta con vergüenza y delicadeza, no sólo a ella se la señala, sino también y sobre todo a su madre porque no la ha enseñado, porque no ha vigilado sus actos, palabras y pensamientos desde chica.

Cuando alcanza los 13 años de edad, una “chiquilla añejilla” se convierte en una “muchachilla” (de 13 a 20 años) totalmente inmersa en el

mundo de obligaciones de las mujeres de “metate” y de “corral” y adquiriere un estatus más importante en la familia y en el espacio vecindario que la autoriza –antes que los padres– a tener novio. En esta etapa abandonan los estudios aquéllas que los siguieron y asumen responsabilidades fijas tanto en los trabajos domésticos como en los ganaderos y agrícolas. A su indumentaria añaden, para siempre, el mandil como prenda de trabajo (que las jóvenes de El Santuario sólo se quitarán mientras duermen, se bañan, bailan o visitan el medio urbano) y todos aquellos cambios que muestren que ya pertenecen a “la muchachada”: hechura, largo y escote de los vestidos; zapatos, peinado y maquillaje; fuerza física y destreza para realizar los trabajos; valor para manejar el ganado y desplazarse por las veredas en su busca. Demostrar que saben trabajar y que son “estiradas” en las labores que realizan, les hace ganar el reconocimiento y respeto de los demás; es frecuente que sus padres las estimulen regalándoles alguna joya, becerro o prenda de vestir (a los hombres se les alienta obsequiándoles pistolas, sillas o bestias de montar o dinero).

Al entrar a este periodo, generalmente ya se presentó la menarquia. Sobre esto saben que, mientras duren los periodos menstruales sucesivos, no se deben bañar muy seguido porque agarran frío, se les inflama el vientre y les duele todo el cuerpo; no deben tocar los árboles frutales porque los secan o les hacen tirar su flor y fruto; no deben subirse a los árboles porque es peligroso y pueden dejarse ver; tampoco peinar o tocarle el cabello a otra persona porque se le puede caer. Asimismo deben tener los cuidados que su nuevo estado exige, tanto en su comportamiento con los varones como en el desarrollo de su cuerpo. Por principio se suspende la convivencia estrecha que mantenían con los miembros del sexo opuesto, incluyendo a sus hermanos. Deben evitar conversar continuamente con varones, sobre todo en lugares apartados u oscuros, jugar juegos de manos, ser muy “derretidas” y bailar sin guardar su distancia. Las “muchachillas” de los ranchos deben ser serias, honestas, moderadas y honradas; cuidarse de los hombres desconocidos o mal intencionados no probando nada de lo que les ofrezcan y no creyendo en sus palabras. Así serán mujeres decentes y de buenas cualidades, excelentes candidatas para el matrimonio, porque –como lo expresan algunos varones adultos–

“en esta edad se les empieza a notar si van a saber vivir bien”. Es el tiempo privilegiado para los noviazgos, las fiestas o matanzas y las señas; para lucir su belleza, destreza, valor y delicadeza.

La radio y la televisión (donde se pueden captar) les dan a conocer problemas y contextos diferentes a los propios, palabras más rebuscadas (“políticas”) e información sobre temas poco comunes en el espacio vecindario o en la pequeña región (aborto, drogadicción, migración y política nacional); modos de vestir, de pensar y de actuar del medio urbano. La asimilación femenina de estos mensajes es selectiva y gradualmente diferente a lo largo y ancho de la región; los polos opuestos se ubican, por un lado, en el espacio vecindario de La Aurora, más integrado al medio urbano, y por el otro, en el de El Santuario, más cercano a la vida campestre. En La Aurora y ranchos aledaños, las jovencitas se sienten atraídas por la manera de vestir, hablar y de comportarse de las protagonistas de las telenovelas y de otros programas televisivos. Observan detenidamente el vestuario, maquillaje y peinado de las jóvenes, así como el tipo de galanes, su forma de vestir y las relaciones establecidas con las *muchachas* (actrices). Estas observaciones, sumadas a las realizadas durante su visita o estancia en el medio urbano o durante las visitas de los migrantes locales, las van induciendo a lograr vestir, hablar o comportarse como los modelos apreciados, pero adaptándolos a las exigencias y condiciones locales, para lograr su aceptación y para que sean de su agrado. Por su parte, las jovencitas del espacio vecindario de El Santuario critican fuertemente las modas y costumbres de origen urbano. Los cambios en su guardarropa, maquillaje, conducta y vocabulario son mínimos y lentos. Esto no quiere decir que ignoran las modas urbanas, sino que simplemente las adaptan, apegándose más a la tradición local, pero integrando algunos cambios lentamente.

Por ejemplo, mientras que en 1990 las jóvenes de La Aurora ya tenían cerca de diez años que vestían de pantalón, en el espacio vecindario de El Santuario fue hasta 1994 cuando tres muchachas atrevidas se pusieron esta prenda pese a las críticas y miradas reprobatorias. Ahora, debido a su marcada preferencia por la ropa ceñida al cuerpo, se han aceptado sin mucha dificultad los pantalones ajustables y su uso va en aumento, a pesar de que aún muchos maridos les niegan a sus esposas

la posibilidad de agregar el pantalón a su guardarropa. Un muchacho de este espacio vecindario comentó que si le tocaba “una vieja que un día se pusiera pantalón, capa o tenis le decía: “mira, por ahí está el caminito” para que se fuera y no lo anduviera avergonzando. Si bien es cierto que por el rumbo de El Santuario se ha empezado a aceptar el pantalón; a los tenis y a la capa aún no les llega su día.

Bordar o tejer mientras escuchan sus radionovelas favoritas o conversan es un pasatiempo muy productivo. De las emocionantes historias narradas en las radionovelas salen las servilletas, toallas, carpetas y colchas; y los manteles y almohadones que adornarán el hogar paterno, el de algún familiar o algún día el suyo.

Llegando a esta edad se van convirtiendo en modelos a seguir por las más pequeñas que empiezan a imitar sus posturas, palabras y actitudes; éstas están deseosas de crecer para peinarse, vestirse y maquillarse como las grandes, quienes van imponiendo (frecuentemente a contracorriente) la moda juvenil del momento. Para las “muchachillas” es importante asistir a misa, rezar novenas o rosarios colectivos, participar cuando el sacerdote visita el rancho durante los eventos de la Semana Santa o como catequistas en la transmisión de los rezos, principios y valores religiosos; deben mostrar que cumplen con la religión católica y que son serviciales, pero les interesa más divertirse, conocer muchachos, conversar y convivir con sus amigas después de haber realizado sus trabajos. Una vez cumplidos los 18 años una “muchachilla” entra formalmente al mercado matrimonial y normalmente antes de los 25 debe estar casada.

Alrededor de los veinte años se inicia el periodo con mayor tensión para las mujeres de los ranchos. Ahora ya “muchachas” se encuentran en la fase definitoria de su estado civil y a medida que pasan los primeros años de esta etapa (que va de los veinte a los treinta años) existe mayor riesgo de no encontrar compañero y de pasar al estatus de “muchacha vieja”. Este es el tiempo de poner a prueba (con el sexo opuesto) sus gustos, carácter, ambiciones, trabajo, comportamiento, audacia y belleza; es el tiempo de largas y agotadoras jornadas de trabajo generalmente propiciadas por el matrimonio o migración de sus hermanas o hermanos. También es el tiempo de las miradas compasivas y de los comentarios mordaces sobre su posible futuro; de acentuar su interés en los rezos

y demás prácticas religiosas; de aumentar la vigilancia y sanciones para hacer cumplir los valores culturales, sociales y religiosos... en fin, es el tiempo de correr su última lucha. Una joven de la región que a sus 28 años no había logrado tener novio, en contra de lo usual, fue a la casa del muchacho que le gustaba, porque quería “hablarle”. La madre del joven salió a recibirla y al darse cuenta del objetivo de la visita “se enojó mucho”, le pidió a la muchacha “que se fuera de su casa, pero ella no quería, exigía verlo”. El muchacho “se escondió y no salió” y ella tuvo que irse sin lograr lo que quería: tener novio y casarse. En ciertas ocasiones en que se procede con más sutileza, de estos intentos resultan las madres solteras y los hijos amados y criados en el hogar de sus abuelos maternos.

Una vez casada, la mujer ranchera es llamada por su nombre de pila o pasa a ser “la vieja de...”, todo depende de la proximidad de las relaciones de sociabilidad establecidas con el grupo o de la persona que la menciona. Por ejemplo, una mujer casada puede ser María para unos o “la vieja de Pedro” para otros. Este es el periodo de las grandes responsabilidades domésticas, de la procreación y crianza de los hijos; de la reproducción de los esquemas dominantes mediante la socialización de los nuevos miembros; de trabajar con ahínco al lado del esposo para iniciar o estabilizar el patrimonio familiar.

Las mujeres que son “estiradas en el trabajo”, “inteligentes”, responsables y “jaladoras”, “tienen ánimos” para sacar adelante el trabajo doméstico y para proporcionar la mano de obra que evita la contratación ocasional de mozos para ejecutar los trabajos que sus maridos no pueden hacer solos (herrar, vacunar, arrear y cargar). Si sus hijos están pequeños, los deben llevar consigo y dejarlos entre el maizal, cerca de ellas, mientras realizan labores en el desmonte o, si tienen la posibilidad, los pueden dejar con algún familiar responsable, durante las horas dedicadas a los trabajos relacionados con el cultivo del maíz y con el ganado. Voces masculinas manifestaron que “las mujeres deben excluirse de los trabajos que requieren gran fuerza física como tumbar un animal, cargar cosas pesadas o desmontar”, pero ya “entre los dos (la pareja)” los pueden hacer. Aclaran que si a las mujeres “les gusta ayudar” que ayuden, pero “que no se comparen con los hombres, porque ahí sí que hay problemas”, porque “cada quién es lo que es”.

En este periodo, sus esposos también participan discretamente y en la intimidad de su rancho en los trabajos domésticos. Les ayudan a traer el agua para el consumo del hogar, a moler la masa, rara vez a elaborar las tortillas, a lavar o a barrer cuando ellas participan en la siembra o, en su caso, cuando están próximas a dar a luz y durante el puerperio, si no cuentan con ayuda femenina.

Si durante los primeros tres años de casados no viene el primer hijo, las mujeres se sienten muy presionadas. Si la falla es física, normalmente no son sancionadas ni puestas en evidencia públicamente porque “es Dios quien no les quiere dar hijos”; en cambio, sí son severamente criticadas cuando se sabe que los están evitando con algún método anticonceptivo, sobre todo si éste no es de los recomendados por la Iglesia católica. En ambos casos, no se pone en entredicho la virilidad masculina, son las mujeres las que no están contribuyendo adecuadamente a la reproducción biológica del grupo. Pero si la pareja se excede en el número de hijos durante sus primeros años de casados, igualmente es criticada, sin embargo, en este caso, se sanciona al hombre por su falta de control. Una joven pareja de la región que en sus primeros cuatro años de matrimonio trajo al mundo tres hijos mereció la atención del “Judas” quien le dejó como herencia la clínica: “Decía Judas Iscariote / atendiendo a las mujeres / mi clínica se la dejo al Sr....” El heredero públicamente puesto en evidencia, le contestó gritando al “Judas” benefactor que le prestara también a su “vieja” para que viera que también ella la ocupaba.

Al contraer matrimonio, la mujer, lejos de liberarse de la presión de dañar el prestigio masculino (antes de casarse, el del padre y sus hermanos) con su conducta sexual, se siente más involucrada que nunca. Si de soltera puede vestir mostrando sus atributos físicos, ya casada “con eso de que ya tiene su marido” aparte de “andar bien arregladita para que la quiera el ‘viejo’” no debe “enseñar el cuerpo”, debe “cubrirse un poco más” para que no “ande de provocativa y de antojadiza” (para los hombres) porque “da en qué pensar”... pero “si su marido la deja es cosa de él”, manifestaron algunos hombres de la sierra. Por lo general, la mujer casada cuida mucho su forma de vestir, es más conservadora aunque vista con colores fuertes y brillantes.

Por su parte, debe continuar con la precaución de no conversar demasiado con miembros del sexo opuesto, mucho menos en lugares

apartados y con poca luz, porque, como dicen las mujeres, “ay, hijita, aquí inventan cada chisme y luego se lo creen”. Tampoco deben probar ningún alimento que otro hombre les ofrezca ya que, según versiones femeninas, hay casos –“aunque nadie lo quiera creer”– en que un “chicle” obsequiado por un hombre ha hecho que una mujer “pierda” (sea infiel o pierda su virginidad) a causa de su “enamoramiento sin control sentido por él, desde las primeras masticadas”. Las mujeres, en parte por los principios que les inculcaron y en parte por el temor de las trágicas consecuencias que estos impulsos incontrolados desencadenan, cuidan mucho de no caer en estas situaciones que ponen en entredicho su honra y la de sus hombres.

Alrededor de la “media vida” (de 40 a 45 años de edad) las madres de familia ya “macizas” van delegando los trabajos de “metate” y algunos relacionados con la crianza de los niños –si los hay– a sus hijas mayores, convirtiéndose poco a poco en exigentes supervisoras de las labores y actividades realizadas por ellas. Vigilan, algunas veces apoyadas por sus maridos, la forma en que sus hijas se visten, bailan, trabajan, tratan a los niños, atienden a los varones y se comportan con los muchachos y demás miembros del espacio vecindario. Esta es la fase de los matrimonios, fracasos o triunfos de sus primeros retoños; de las disputas e imposiciones sobre la elección de los futuros esposos o esposas de sus hijos; de sus altercados con las nueras por el afecto y control de sus hijos varones; de hacer las paces con los yernos a los que, cuando eran novios de sus hijas, les hicieron la vida imposible, para que “traten mejor” a sus hijas. Periodo privilegiado para convidar a las “matanzas de cerdos” (generalmente cuando llegan a esta etapa disponen de más recursos económicos y humanos), actividad social familiar que se organiza principalmente hasta la siguiente fase.

A esta edad acentúan la difusión y práctica de los principios morales y religiosos; se agudizan las secuelas de los desgastes físicos y emocionales debidos a los trabajos de “rancho”, de “metate” y de “corral”; se perfeccionan sus conocimientos y prácticas sobre los “remedios caseros” y aumentan notoriamente las visitas a los médicos del medio urbano a causa de sus hernias y dolores de cuerpo, de espalda y de cabeza así como por los trastornos ocasionados por la menopausia y por otras enferme-

dades. Aun en medio de sus padecimientos y alteraciones emocionales y físicas, la mujer de rancho no se retira de las labores ganaderas ni domésticas, participa en ellas en la medida de sus posibilidades y de sus fuerzas, acentuando notoriamente el peso de sus opiniones, consejos, exigencias e imposiciones que muchas veces, dada la densa red familiar tejida, se extienden al control de todo el espacio vecindario. Si los hijos, al demandar la atención directa de su madre, la limitan a los trabajos del hogar, ellos mismos, en cuanto crecen, posibilitan su contribución en los trabajos ganaderos y en el ejercicio de su autoridad, al seguir sumisos a sus disposiciones. Estas madres dominantes alcanzan en esta etapa la cima de la autoridad femenina.

Entre los cincuenta y los setenta años, las mujeres ya “viejas” son, cada vez más, víctimas de las enfermedades y clientela asegurada de los médicos. Lo más probable es que cada una de ellas termine este periodo viviendo solamente con su esposo si no ha fallecido y/o con alguna hija o hijo soltero ya entrado en años, o en el último de los casos, en el hogar de alguna hija casada. El trabajo es desempeñado a un ritmo cada vez más lento e interrumpido por momentos de reposo ocasionados por dolor o por cansancio. Sus imposiciones van cediendo ante las opiniones y decisiones de sus hijos y rebeliones de sus nietos (hombres y mujeres), aunque luchan por reservarse la última palabra o por aceptar esas acciones bajo algunas condiciones. Una vez que han formado a sus hijos, dirigen su mirada crítica hacia sus nietos y demás familiares, protestando sobre los aspectos que de su conducta desaprueban y tratando de corregirlos. Si tratan de amonestar directa y públicamente a la muchachada, pueden ser escuchadas con todo respeto, aunque exista la posibilidad de que a sus espaldas se mofen de ellas, o corran el riesgo de que lo hagan en su cara. Con bromas y chistes, la juventud se va imponiendo. Este es el último periodo en que pueden vivir con más dignidad en los ranchos, todavía luchan por imponer sus puntos de vista; por mantenerse en pie; por trabajar y atenderse ellas mismas; por decidir con su esposo o en su lugar, los asuntos más importantes sobre el patrimonio familiar. Si una mujer serrana llega a la última etapa de su ciclo de vida, generalmente abandona junto con su compañero, las montañas en las que nació y transcurrió su vida, para dirigirse a la ciudad o pueblo donde se encuen-

tren otros de sus familiares y servicios (dependiendo de cada pequeña región). El rancho, si no lo trabaja ninguno de sus hijos, es rentado, pasado a partido, vendido o heredado. En el medio urbano “los viejos” viven cerca de sacerdotes y santuarios; de médicos, medicinas y hospitales; de familiares que los puedan atender o acompañar; del mercado y tortillería; con luz eléctrica, a veces con aparatos electrodomésticos que les aligeran los trabajos y hasta televisión para divertirse y pasar el tiempo. Si se quedan en su medio, las “viejillas” (de setenta años en adelante) viven bajo la mirada y cuidados generalmente de sus hijas y del cariño y preocupación de sus familiares más cercanos. Cuando pueden, se levantan para hacer las tortillas o para darles de comer a las gallinas, a la vaca o al burro. Pero, a medida que pasan los años y que sus fuerzas y salud se agotan, es posible que terminen recostadas en su lecho sin poder caminar ni hablar, casi siempre en su casa o en la de alguna hija, hijo o familiar y raras veces, pero muy raras, en un hospital.

A lo largo del proceso de aprendizaje de la vida ranchera, la mujer incorpora maneras de pensar, actuar, percibir, sentir dentro de lo permitido y lo prohibido, de acuerdo a su condición genérica, su posición social (si es hija o esposa de mediero, terrateniente o administrador) y su cultura. El incorporar a su personalidad los hábitos de sus diferentes grupos de pertenencia, le permite desenvolverse, de acuerdo con lo deseado, esperado, exigido, sin inadaptaciones y rupturas profundas. Sin embargo, a pesar de actuar y pensar espontáneamente, conforme a los principios que le han sido inculcados, la mujer serrana, una vez integrada a “la muchachada”, introduce –pero no es ella la única–, de acuerdo a sus expectativas y modas del momento, prácticas del medio urbano que adapta a las exigencias y modas de su contexto de origen.

La transformación de ciertos valores y prácticas socioculturales, que a lo largo de las generaciones las mujeres van empujando con mayor o menor grado de intensidad es, en este caso, una de las fuentes del cambio social de la sociedad ranchera, tanto al nivel de los habitantes apegados a los ranchos, como, sobre todo, al de los que salen hacia otro medio, como el urbano. Un cambio lento, gradual, que no llega a chocar con las profundas y sólidas estructuras que lo guían, pero que no es el único. Aunque no se ilustre en las líneas precedentes, también la intro-

ducción de tecnologías e ideologías, con su confrontación y reajuste de acuerdo a las ya existentes, es otra parte constitutiva y motora de un cambio de la sociedad ranchera jalmichana como parte integrante del México rural de nuestros días.

Sin embargo, la reproducción casi perfecta de los atributos y deberes desiguales de hombres y mujeres es muy notoria en el proceso descrito anteriormente. A las mujeres se les enseña a trabajar tanto en la casa como en el cerro y en el corral porque “las crían como se ocupa en el rancho” y en este medio se considera que está bien que le den una mano a sus maridos o hermanos pero —como ya se dijo, según sus maridos—, “que no se comparen con los hombres, porque ahí sí que hay problemas”. En consecuencia, las mujeres pueden trabajar mucho dentro y fuera de la casa y lograr un alto grado de poder y de decisión, pero son los hombres quienes deben ejercerlo y todos se preocupan de que así sea y se ponga en evidencia. Las mujeres son las primeras que transmiten estos aprendizajes a sus hijos y vigilan que su asimilación y práctica no rebasen el ancestral deber ser de hombres y mujeres.

Así, pues, a lo largo de su vida, la mujer ranchera tiene un tiempo privilegiado para ser mimada y acariciada (de “chiquita”), para jugar (de “chiquilla” a “añejilla”), para noviar y para introducir cambios en su vestir y actuar (de “muchachilla” a “muchacha”), para procrear (de “muchacha” hasta alcanzar la “media vida”), para dar órdenes y controlar (después de los primeros años de casada hasta pasar a “viejilla”) y un largo tiempo para trabajar (de “añejilla” a “vieja”).

En el capítulo siguiente se detallarán los trabajos femeninos de “metate” y de “corral”, partiendo de la división sexual del trabajo, de los tiempos del año y de la ocupación económica dominante, aspectos que permiten abordar la identidad, la visión y alcance del rol de la mujer ranchera.

IV

MUJERES DE “METATE Y DE CORRAL”: TRABAJO, IDENTIDAD Y PODER FEMENINOS

La literatura feminista, impulsada a partir de los setenta, sobre el tema “mujeres y desarrollo” proporcionó información crucial sobre las mujeres en las zonas rurales. Estas investigaciones¹ lograron definir el trabajo femenino y analizar cómo la forma y la naturaleza de las labores realizadas por las mujeres, las mantienen invisibles y destinadas a una sumisión perpetua a los hombres. El libro de Esther Boserup, *Women's Role in Economic Development*² fue uno de los primeros en ilustrar —entre otras cosas— “la infravaloración del trabajo de la mujer, especialmente en las esferas de la agricultura de subsistencia y de las labores domésticas”. Señala, asimismo, que la “ideología que distorsiona las categorías estadísticas tiende a infravalorar el trabajo de la mujer” y que las “actividades de subsistencia omitidas normalmente de las estadísticas de producción y de renta son desempeñadas en parte por la mujer”.³ La obra de Boserup generó un sinnúmero de trabajos empíricos que han estudiado el “desarrollo” en relación con las mujeres del tercer mundo,⁴ como si las mujeres de los países industrializados no sufrieran

1. Según Brinda Rao, el enfoque “mujeres y desarrollo” se divide en dos grandes vertientes: la primera centrada en la modernización y la segunda en las teorías marxistas y en las teorías de la dependencia y de la economía mundial. Cf. Brinda Rao, “Les représentations des femmes et de la nature en sciences sociales”, en *Ecologie politique* (traducción del inglés), núms. 3-4, Francia, 1992.
2. Esther Boserup, *Women's Role in Economic Development*, London, George. Allen and Unwin, 1970.
3. Henrietta Moore L., *Antropología y Feminismo*, Madrid, ediciones Cátedra, 1991, p. 62.
4. Sobre todo África, India y América Latina. Investigaciones apoyadas por institutos de investigación de grandes organizaciones de la ONU (FAO, UNICEF, UNIDO), de la Oficina Internacional del Trabajo, del BIT y por fundaciones privadas norteamericanas (Ford, Rockefeller Population Council).

el impacto de un modelo de desarrollo que se ha extendido por casi todo el planeta.

En fin, estos trabajos han sido censurados por su etnocentrismo, es decir, “por su hipótesis implícita según la cual las sociedades occidentales son progresistas, mientras que los países pobres están atrasados, sobrepoblados y representan aberraciones frente a la norma”.⁵ Otro de los aspectos que se ha criticado es la reproducción de los principios del feminismo occidental en el estudio de mujeres de sociedades no occidentales, orientación que conduce, como lo expresa Henrietta Moore, a “no tomar en cuenta que el significado de ‘ser mujer’ varía cultural e históricamente y que el género es una realidad social que siempre debe enmarcarse en un contexto determinado”.⁶ Sin embargo, una de las aportaciones más importantes de estas investigaciones ha sido establecer la relación entre la invisibilidad de las mujeres y del trabajo femenino en el medio rural, es decir, mostrar que las mujeres trabajan relativamente más que los hombres, pero están excluidas de las esferas visibles de decisión, de poder y de gestión de tecnología.⁷

Como ha podido notarse, *Mujeres de rancho, de metate y de corral* no es un trabajo que se apoye en este enfoque, mucho menos que aspire a lograr que las mujeres participen y se beneficien –igual que los hombres– de los planes y programas de desarrollo impulsados por el Estado. Lo que sí pretende, aparte de esbozar los valores, las aspiraciones, la visión de mundo, la identidad, los gustos y las preferencias de las mujeres jalMichanas, es intentar explicar el fundamento de esta invisibilidad de la labor de las mujeres, mostrando que contribuyen de manera sustancial en la economía ranchera y que hacen uso del poder de un modo efectivo, trascendiendo la esfera privada; poder conquistado a través de intenso trabajo, de luchas y esfuerzos individuales (en este caso) realizados en el interior de cada hogar y explotación agropecuaria (no por medio de una lucha colectiva), pero ejercido y controlado de manera tal que proteja y reproduzca la imagen autoritaria del varón. En esta

5. Brinda Rao, *op. cit.*, p. 91.

6. Henrietta Moore, *op. cit.*, p. 223.

7. Brinda Rao, *op. cit.*, pp. 95 y 97.

situación paradójica, algunas mujeres logran espacios de acción no contemplados en la asignación de atributos y deberes propios a su sexo, pero aquí deben tener el cuidado de no desafiar abiertamente el esquema dominante; porque aparte de frustrarse, dañarían gravemente el honor de sus hombres.

La carga y preasignación sociocultural de los trabajos extradomésticos al sexo masculino es una constante: son los hombres los que *deben* encabezar la familia, los trabajos ganaderos y agrícolas y los asuntos de negocios o "tratos". El rudo trabajo que desempeñan y la autoridad de que están investidos no se desconocen ni se ponen en duda, son ellos los que enfrentan las faenas más pesadas y peligrosas; los que socialmente tienen y deben asumir no sólo la responsabilidad atribuida a la Divina Providencia de dar a la familia "casa, vestido y sustento", sino que, además, tienen que salir, aun en contra de su voluntad, a la defensa del honor propio y de la familia. La intención aquí no es trivializar su evidente e importante papel, sino destacar la serie de actividades que la mujer desempeña y que socialmente se esconden o son absorbidas en la imagen pública del trabajo y del poder masculino. Esto es, hacer visible el papel trascendental de las mujeres de esta sociedad rural.

La flexibilidad que la división sexual del trabajo guarda hacia el sexo femenino permite que las mujeres rancheras, aparte de tener habilidad y dominio en las labores hogareñas, desempeñen con conocimiento y destreza las labores agropecuarias, labores en las que algunas veces se las utiliza como comodines cuando no hay mano de obra masculina suficiente y no se quiere o no se puede pagar "peones" o "mozos". La integración del trabajo doméstico (de "rancho" y de "metate") con el considerado no doméstico (de "cerro" y de "corral"), en el caso de las mujeres, evoca lo constante, larga y desgastante que puede ser su jornada de trabajo.⁸ Las rutinas cotidianas de los habitantes de esta tierra muestran, en efecto, que los hombres trabajan mucho, pero las mujeres lo hacen todavía más: "Me hubiera gustado ser hombre; ellos el día que quieren trabajar, trabajan, y cuando no, no; nosotras las mujeres trabajamos diariamente"; "Yo trabajo tanto que a veces me gustaría ser hombre,

8. Muchos autores prefieren hablar de "la doble jornada femenina".

pero estoy contenta de ser mujer". Estas expresiones son ecos, voces femeninas que manifiestan su realidad vivida.

En este modelo cultural, las mujeres serranas pueden y deben ser "jaladoras" y "estiradas" para realizar labores en el campo; a ellas "les nace trabajar", pero los hombres no pueden corresponder formalmente a este esfuerzo. Según lo comentan ellos, el trabajo doméstico "es obligación de la mujer, no hay más quien lo haga", "uno como hombre se enfada del trabajo de la cocina, aunque lo pueda hacer y las mujeres nunca se enfadan", "el hombre no puede hacer el trabajo de la cocina y si no hay quien dé de comer ¿cómo va uno a trabajar?" No es simplemente que el trabajo doméstico sea designado como "trabajo femenino" sino que —como lo expresan West y Zimmerman— para la mujer el hacerlo y para el hombre el no hacerlo exhiben la "naturaleza esencial" de cada uno. Pese a este "cuerpo material de roles",⁹ la mayoría de estos hombres ha tenido que ayudar o sustituir a sus esposas sólo cuando "hay necesidad", en momentos coyunturales, siempre que no haya mujeres en la casa y cuidándose de las miradas de sus siempre atentos vecinos.

Así pues, el trabajo de la mujer, su iniciativa, responsabilidad y habilidad le van abriendo posibilidades, los mismos hombres recelosamente lo reconocen: "Una mujer que sepa pensar bien y trabajar puede decidir junto a su esposo sobre las cosas que trabajan juntos. Si el hombre no tiene inteligencia puede ayudarlo, pero si un hombre hace un trato, se vería muy mal que la mujer ande en medio". A pesar de esto, los varones piensan que "es malo que las mujeres quieran decidir y mandar, eso está bien donde y cuando no hay hombres. El hombre debe encabezar y entenderse". Según ellos, las mujeres pueden decidir y mandar "apenas en su casa" y eso es lo que hacen, pero sin quedarse ahí. A través de los consejos, advertencias, amenazas y chantajes que transmiten a sus hombres (esposos e hijos), ellas proyectan sus puntos de vista y decisiones al ámbito público, expandiendo así al exterior el control ejercido en la intimidad del hogar. De esta manera —como nos dice Bourdieu— las mujeres, excluidas de los juegos del poder, están prepara-

9. Candace West y Don H. Zimmerman, "Doins Gender" en Judith Lorber y Susan A. Farrell (eds.), *The Social Construction of Gender*, Newbury Park, California, Sage Publications, 1991, pp. 13-37.

das para participar en ellos por la intermediación de sus hombres, que tienen el compromiso y la facultad de hacerlo.¹⁰

LOS TRABAJOS DE "METATE": CONSIGNA PARA LAS MUJERES

La palabra "metate" designa estrictamente el objeto sobre el cual se efectúa la molienda del nixtamal o se remuele la masa para la elaboración de las tortillas. Pero, a través de ello y en sentido amplio y a la vez sintético, se considera el metate como símbolo del conjunto de actividades que hacen que sea la mujer la que asegura la preparación de los alimentos, la que mantiene limpios –y en orden– la casa y a sus moradores, la que atiende los animales domésticos y hace las demás "vueltillos de la casa" (trabajos de menor importancia).

Una niña se convierte en "mujer de metate" (cerca de los doce años) cuando ya tiene el conocimiento y está en condiciones de asegurar la preparación, distribución y conservación de los alimentos: asentar el maíz, moler el nixtamal, encender y atizar el fuego, elaborar las tortillas, hervir y alzar los alimentos y dejar nuevamente en orden la cocina; barrer, enjarrar y asear la casa en general, así como lavar, planchar y remendar la ropa. De esta manera entra al mundo de las responsabilidades y de los menesteres propios del trabajo de la casa, que es lo primero que se le va enseñando desde pequeña.

La participación de los hombres en el trabajo doméstico es escasa. Durante la infancia alternan con sus hermanas en la realización de las labores domésticas, como el acarreo del agua, tirar la basura, darle de comer a los animales domésticos, llevar leña a la cocina y otros *mandadillos*; pero, a medida que crecen, el rigor de la división sexual del trabajo se impone, sus padres se los llevan al corral o al cerro para que los auxilien en las labores que ahí se realizan y no estén todo el día en la casa "nomás entre las puras viejas". Mientras no se casen difícilmente harán otra cosa que el abasto de agua para el consumo doméstico y uno que otro "quehacercillo" (lavar trastos, barrer o regar las plantas) cuan-

10. Pierre Bourdieu, 1990, p. 25.

do se encuentren solos en casa. Ya en su nuevo hogar, se ocupan de estos trabajos cuando sus hijos están pequeños y sus esposas participan en el campo y corral de ordeña, cuando estas últimas están enfermas o en el puerperio y no cuentan con la ayuda de alguna pariente o, en su caso, cuando la pareja se ha quedado sin hijos y tiene que atender la casa, el ganado y el cultivo (desmonte). Es difícil encontrar a un ranchero que no domine la técnica de la tortilla, que no sepa desde “asentar los frijoles” hasta remendar un pantalón; pero sus conocimientos y habilidades en la materia entran en acción sólo cuando no tienen otra alternativa. En su participación esporádica y coyuntural, raras veces se les sorprenderá enjarrando (el piso, las paredes o la chimenea) o planchando y, jamás, bordando, tejiendo o bañando a sus hijos.

Dentro de las actividades relacionadas con el hogar, la participación o responsabilidad de los hombres (H) y de las mujeres (M) se muestra enseguida:

M	Lavar la ropa	H-M	Arreglar las fuentes de agua
M	Planchar	H-M	Acarrear agua
M	Remendar	H-M	Recolectar frutas
M	Bordar	H	Cazar, pescar
M	Asear la casa	H-M	Hacer y reparar la vivienda
M	Enjarrar	H-M	Llevar recados
H-M	Moler el nixtamal	H	Traer la leña
M	Hacer las tortillas	H-M	Rajar la leña
M	Hacer la comida	H-M	Dar de comer y beber
M	Lavar los trastos		a los animales domésticos
M	Cuidar y atender a los niños		

H-M Como obligación.

H-M Como ayuda.

Como puede notarse –apoyando el modelo tradicional– sólo las actividades que se realizan lejos de la casa, consideradas como peligrosas o que requieren fuerza física (la caza, la pesca y el acarreo de leña) son responsabilidades netamente masculinas. Las restantes conforman el conjunto de labores propiamente de “metate” y otras en las que las mujeres pueden participar por llevarse a cabo dentro de su reino doméstico (construcción y reparación de la vivienda y rajar la leña) o porque

no son muy peligrosas (recolección, acarreo de agua y el mantenimiento de sus fuentes).

Cuando hay varias mujeres en una casa, los trabajos de “metate” se reparten entre ellas: la encargada de la cocina pasa todo el día tras la chimenea haciendo tortillas y todo tipo de alimentos; otra recoge, barre y en su caso lava, enjarra o trapea el interior de la casa y una tercera barre el solar, lava los trastos de la cocina y mantiene limpias y en orden las vestimentas. Las combinaciones son múltiples y tanto la carga de trabajo como la rutina de cada mujer varían de acuerdo con el tamaño de la familia y con su composición por género y edad. Algunas veces, el estatus social, la actividad económica dominante y las temporadas del año influyen en la intensidad y modalidad de la carga y en la distribución del trabajo doméstico.

La rutina doméstica y sus variaciones

La división sexual del trabajo que destina a la mujer —entre otras cosas— a los “quehaceres de la casa” y a los hombres, a los “del campo”, se va moldeando familiar y asimétricamente, más en función del número de mujeres y de hombres que componen la unidad doméstica que por el esfuerzo requerido y el lugar donde estos trabajos se realizan. Entre mayor número de manos femeninas exista en la familia, la carga de trabajo doméstico se aligerará y, dependiendo del número de hombres, de la actividad económica dominante y de la temporada del año, se dará cabida a los trabajos extradomésticos.

A pesar de lo permanente y rutinario de los trabajos de “metate”, las variaciones estacionales llegan a dificultar algunas tareas y a facilitar otras. Por ejemplo, durante el tiempo de lluvias, la casa y las vestimentas se ven empeoradas por el lodo y la humedad al mismo tiempo que el acarreo de agua para el consumo doméstico disminuye —se recoge de los techos y se almacena en recipientes— y se puede lavar en el solar de la casa. La mayor parte de las mujeres de familias ganaderas, al abandonar su residencia principal —mejor equipada— para mudarse a los ranchos de ordeña, ve aumentar su carga de trabajo porque invariablemente tiene que enjarrar el piso, las paredes y la chimenea; tiene que acarrear agua,

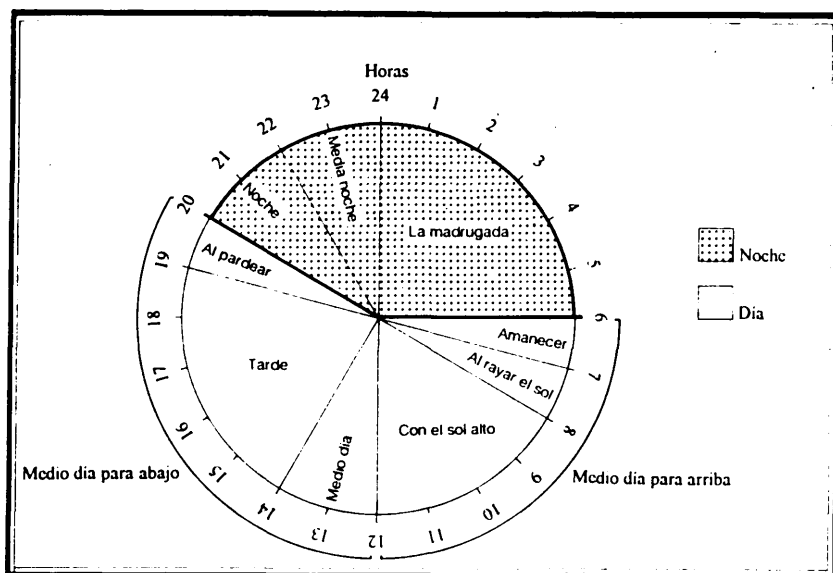
calentar las planchas con fuego y la mayor parte de ellas, cocinar sólo con leña.

El nivel de vida logrado por las familias de terratenientes y migrantes, aligera el trabajo femenino gracias al acceso a los molinos de nixtamal eléctricos o de gasolina, a la estufa (para cocinar) y al fogón de gas para hacer las tortillas. El enjarrado de paredes y chimenea con cemento y el piso de este mismo material o de mosaico, aseado con escobas y trapeadores de origen urbano, también facilitan enormemente las pequeñas y laboriosas tareas domésticas que recluyen a las mujeres en sus hogares. En los ranchos donde hay energía eléctrica (por ejemplo, el espacio vecindario de La Aurora), las licuadoras, lavadoras, planchas, batidoras y refrigeradores se suman a este conjunto de bienes que permiten a las mujeres dedicarse más tiempo a otras actividades como bordar, tejer, visitar a sus vecinos o familiares, divertirse, atender sus enfermedades, cumplir con sus obligaciones religiosas o, en su caso, participar más en las labores del campo.

La distribución del trabajo doméstico entre géneros y edades se organiza en función de la unidad mínima de análisis del tiempo: el día. Sin embargo, existe una gama de actividades que se organizan semanalmente, aligerándose el domingo, día de descanso. Localmente se hacen varias subdivisiones del día, las más amplias son día y noche. El día se divide en dos grandes partes: “de medio día p’arriba” (desde el amanecer hasta las 12 pm) y “de medio día p’abajo” (desde las 12 pm, hasta que oscurece). De medio día para arriba tenemos: “al amanecer” (entre 6 y 7 am –hora del desayuno– según la estación del año); “al rayar el sol” (entre 7 y 8 am); “con el sol en alto” (de 8 am hasta las 12 pm). De medio día para abajo se incluye: “medio día” (de 12 a 2 pm, que es la hora de comer); “la tarde” (de las 2 a las 7 pm) y “al pardear” (entre 7 y 8 pm que, según la estación, puede ser el “ni claro ni oscuro”). “La noche” empieza al oscurecer (entre 7 y 8 pm según la estación del año) y termina a las 12 pm, momento en que inicia la media noche que va hasta las 6 am, aquí inicia la madrugada que termina al amanecer (entre 6 y 7 am).¹¹

11. Esteban Barragán y Martha Chávez, “Tiempo y espacio entre los rancheros jalmichanos” en *Relaciones*, núm. 54, Zamora, El Colegio de Michoacán, primavera, 1993, p. 131.

Ilustración 2
Las subdivisiones del día



Para detallar el trabajo doméstico femenino, se recurre a rutinas de trabajo que ilustran el uso del día por género, edad y estrato social.

Rutina familiar 1

En un rancho del espacio vecindario de El Santuario, encontramos el hogar de Celina y de José. Celina es descendiente de terratenientes y José de medieros, tienen cuatro hijos:¹² tres varones de seis, diez y once años y una mujercita de doce. La vivienda se ubica en terrenos de un tío de Celina y su esposo se dedica al cultivo de maíz ("a partido") en tierras de los diferentes propietarios del espacio vecindario. A lo largo de su vida matrimonial han logrado acumular 18 cabezas de ganado, pero como no poseen tierra, pasan 16 de sus animales a partido (a medias de crías y leche) a otro ganadero, tío de Celina. Ellos se quedan con dos

12. Datos de 1990. Trabajo de campo, rancho Los Desmontes. Mpio. de Tocumbo, Michoacán.

vacas para la leche del consumo familiar. Éstas y sus respectivos becerros agostan en los terrenos del dueño de la explotación agropecuaria donde se localiza su vivienda.

El solar de la casa encierra el “rancho” o cuarto de dormir, la cocina, un zarzo de madera para lavar los trastos, el chapil, un *rodete* de baño y un ranchillo para los tiliches. Los techos son de cartón y de lámina metálica. Las paredes del rancho son de tabla y las de la cocina—incluyendo el piso—y la chimenea, son de tierra bien enjarrada. No hay luz eléctrica, por tanto, tampoco aparato electrodoméstico alguno. La fuente de agua más cercana se encuentra a escasos treinta metros de la vivienda, pero como en las temporadas de sequía aguda se agota este “ojo de agua”, las mujeres tienen que conseguirla, e ir a lavar en fuentes más lejanas, localizadas desde uno hasta tres km de distancia (de 15 a 30 minutos a pie). Así pues, se trata de una unidad doméstica nuclear en su etapa de consolidación, dedicada principalmente al cultivo de maíz de temporal a partido, sin miembros migrantes ni aparatos electrodomésticos.

Durante “las secas” Celina normalmente se levanta al amanecer, entre 6:30 y 7 am,¹³ lava los trastos, el nixtamal; pone el desayuno y prepara el almuerzo. Su esposo y su hija abandonan la cama al rayar el sol (alrededor de las siete). Después de desayunar, José se dispone a darle vueltas al molino de nixtamal y María Elia a recoger y barrer el rancho mientras que Celina prepara los otros avíos de la molienda:¹⁴ enjuaga el metate, acomoda el agua para los *machigües*, arrima la torteadora cerciorándose de que los plásticos estén ahí, enjuaga y unta cal mojada al comal, arrima la *balsa* para guardar las tortillas y le pone la servilleta.

Una vez que hay masa suficiente en la batea del molino (más de un kilo), Celina empieza a elaborar las tortillas y los niños se levantan y llegan a desayunar. Enseguida los más grandes se van a ordeñar y a alimentar las dos vacas de la leche. Por su parte, José, una vez que termina de moler el nixtamal, sale de la cocina para realizar algunos arreglos a

13. En temporada de lluvias, cuando los hombres van a “la labor”, Celina y los cultivadores se levantan en la madrugada, entre las 5 y las 6 am.

14. La molienda comprende actividades como moler, sacar testales, hacer las tortillas, cocerlas (voltearlas) y acomodarlas en la balsa.

la vivienda. María Elia, por su parte, barre el solar de la casa y comienza, "cubeta en mano" el acarreo de agua. Antes de que Celina termine de "tortear" (alrededor de las nueve), todos los miembros de la familia entran a la cocina para almorzar con "calientitas". Como a las diez de la mañana Celina hace la última tortilla y se dispone a almorzar. Minutos después lava el metate, el molino y la máquina torteadora; recoge los trastos del almuerzo que María Elia lava, enjarra la chimenea, limpia la mesa, pone los frijoles y barre la cocina. De aquí sale al medio día entre las 12 y 13 horas. Al iniciar el "medio día para abajo", baña al niño más pequeño, manda a los demás a bañarse al ojo de agua (sólo cada tercer día) y les da ropa limpia para que se cambien.

Celina regresa a la cocina cerca de las 14 horas, asienta el nixtamal y si hay algo que preparar para comer (cecina, papas, pastas, calabacitas, pollo o salsa) lo guisa, si no, todos comerán al iniciar la tarde (entre las 14 y 15 horas), frijoles calientes, queso y chile. Posteriormente María Elia recoge y lava la loza sucia mientras que ella barre la cocina por segunda vez, así se desocupan por el momento, de los trabajos realizados en torno al fogón.

Las actividades del resto de la tarde (hasta las 19 horas) se organizan y distribuyen semanalmente, descansando los domingos. Los lunes o martes lava toda la ropa que usaron los miembros de la familia en la semana anterior, los viernes o sábados la plancha, teniendo así listas todas las mudas para cambiarse el domingo. Los demás días que no se emplean en estas dos actividades, los destina, según prioridades, a enjarrar pisos y bardas,¹⁵ remendar, pegar botones, coser (confección de prendas de vestir), bordar, recolectar frutos de estación,¹⁶ visitar a familiares y vecinos o simplemente a descansar no sin antes tomar, cada

15. El enjarre de las bardas es más esporádico que el de los pisos, el deterioro por su uso es disímil. Las bardas de pequeña y de mediana estatura se enjarran por lo menos cada dos meses, las bardas altas o muros del rancho y de la cocina –en su caso–, se reparan con tierra al menos una vez al año. Por su parte el enjarrado de los pisos es más frecuente, por lo general se realiza una vez por mes. La chimenea se talla con agua todos los días para quitarle las manchas ocasionadas por la masa y los alimentos, pero cada quince o veintidós días se tiene que enjarrar con lodo para reparar las escarapeladas y los pedazos faltantes.

16. Mangos, pinzanes, ciruelas, *bonetes* y nopales, en primavera; guayabas, changungas (nanches), guayabillas (arrayanes), tingüaraques y tomate milpero, en verano.



En la cocina, en torno a la chimenea, los miembros de la familia se encuentran tres veces al día para compartir los alimentos y sus experiencias cotidianas.

tercer día, su baño y cambiarse de ropa. Los varones, por su parte, se dan tiempo para ir a la leña o rajarla. Ellos son los que realizan todas las actividades relacionadas con el cultivo del maíz.

Cuando Celina alisa la ropa pasa la tarde en la cocina o cerca de ella, calentando con fuego las planchas de fierro que alterna a medida que se enfría una y se calientan las otras. El lugar para lavar es el ojo de agua, allá debe llevar la ropa, el jabón, cloro, cubetas, tinas y jícaras; la ropa limpia se tiende en los alambres de púas de la cerca que delimitan el solar de la casa. Para enjarrar tiene que buscar, generalmente lejos de la vivienda, la tierra adecuada para que el piso no reviente, quede bien aplanado, duro y de bonito color. María Elia ayuda a su madre a realizar estas dos últimas actividades.

Al pardear Celina atiza el fogón, sirve la leche y los frijoles, como en el almuerzo y la comida, calienta tortillas y arrima sal, chile y agua para la cena. Todos sentados alrededor de la chimenea, mientras toman sus alimentos, conversan un rato y después los varones se retiran a dormir. Celina y María Elia recogen la cocina, llevan los trastos sucios al zarzo y alzan los alimentos sobrantes para ponerlos fuera del alcance de los animales domésticos, propios y de los vecinos, y de pequeños animales del campo. Después de dar la última salida de la noche, de rezar sus oraciones y de encomendarse a Dios, a la Santa Cruz, al Ángel de la Guarda, a Santa Mónica bendita, se disponen a descansar si los demás lo están haciendo ya.

Rutina familiar 2

La señora Margarita y su esposo Agapito tienen nueve hijos, seis hombres de 28, 26, 24, 22, 13 y 9 años, más tres mujeres de 20, 18 y 12 años.¹⁷ Los varones mayores de edad –tres de ellos casados– residen en los Estados Unidos y el resto de la familia sigue ocupando su casa ubicada en el espacio vecindario de La Aurora. Gracias a los ahorros obtenidos en poco más de dos años de trabajo en los Estados Unidos

17. Datos de 1991. Trabajo de campo en La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

(1970), el señor Agapito ha logrado sumar, a las ocho hectáreas de tierra que heredó de su madre, otras 49 en las que se mantienen veinte cabezas de ganado y los desmontes de maíz. Los hijos migrantes envían periódicamente remesas de dinero a sus padres, dinero que no sólo sirve para sus gastos personales y domésticos, sino también para algunos relacionados con la agricultura y la ganadería, como comprar abono, pasturas, vacunas, refacciones para la camioneta.

La vivienda se compone de dos cuartos para dormir, una sala-comedor, una cocina, un baño, chapil, corredor, lavadero con su pila y un patio. Uno de los cuartos (el más antiguo) es de adobe, teja, piso y paredes de tierra bien enjarradas, la cocina es de los mismos materiales. La otra recámara, más reciente, pegada y alineada a la construcción anterior, es de adobe, lámina galvanizada, con muros y piso de cemento, la sala comedor y el baño son de los mismos materiales. El corredor es parte de la construcción vieja, pero tiene piso de cemento; ahí, frente a la cocina, se encuentra un pequeño lavadero con su pila destinado a lavar los trastos; el chapil es de adobe con techo de lámina de cartón. En el patio de tierra, bajo la sombra de un frondoso laurel de la India, se encuentra la piedra que sirve de lavadero de la ropa.

En la casa encontramos los siguientes aparatos electrodomésticos: molino de nixtamal, refrigerador, licuadora, batidora, plancha¹⁸ y una estufa con cuatro quemadores y horno. La fuente de agua más cercana se encuentra a alrededor de cuarenta metros de la vivienda, en terreno con mucha pendiente; su acarreo es a pie y en cubetas cuando se trata del agua limpia para beber y en botes a lomo de burro, la del consumo general. La unidad doméstica encabezada por don Agapito y doña Margarita se encuentra en su etapa de dispersión, tiene miembros migrantes y cuenta con luz eléctrica y aparatos electrodomésticos.

La señora Margarita, su esposo y sus dos hijas mayores se levantan en la madrugada, alrededor de las seis. Paz (18 años) muele la masa, lava el molino y ordeña las dos vacas de la leche; Nora (20 años) alista los avíos de la molienda y elabora las tortillas. Doña Margarita, después de

18. Estos aparatos se han venido sumando a partir de 1985, año en que se introduce la energía eléctrica a La Aurora y La Güera.

arrojar algunos puñados de maíz a las gallinas, prepara el desayuno y el almuerzo, también pone el nixtamal y los frijoles. Su esposo Agapito busca el burro y el macho que se encuentran en el solar de su hermano José, les da de comer y los ensilla.¹⁹

Al rayar el sol se levantan Elí, Sandra y Chuy. Con el sol alto (entre ocho y nueve) doña Margarita sirve el desayuno y el almuerzo a toda la familia, antes de que Nora termine de hacer las tortillas. Enseguida Paz da pastura y agua a las vacas y posteriormente trae un viaje de agua; su hermano Elí (13 años) colabora lavando las cubetas donde se alimentan las reses y preparando el burro que conduce posteriormente al ojo de agua. Alrededor de las diez, Paz tiende las camas, barre y trapea. Chuy (nueve años) se limita a jugar y a hacer algún mandado, mientras es vigilado, atendido y amado.

Nora, una vez que termina de hacer las tortillas, lava el metate y "talla" (enjarra) la chimenea y el piso de la cocina cuando está muy escarapelado. Doña Margarita limpia los baños y después, en un molino manual, tritura maíz crudo y alimenta los pollitos. Mientras tanto, Sandra barre el patio, tira la basura y luego se dedica a hacer mandados. Después de las once hasta las catorce horas se lava, plancha, teje; se elabora la comida y se llevan a cabo otras actividades. Por ejemplo, doña Margarita emplea este tiempo para traer el agua limpia con la que llena los cántaros, mientras conversa con sus vecinas que realizan esta misma actividad, en especial con las que se abastecen de la fuente de agua de su propiedad. Cerca de las 13 horas doña Margarita elabora la comida.

Por su parte, Nora y Paz consagran este tiempo a lavar la ropa en la fuente de agua más cercana, a planchar, a tejer y cuando es posible, a descansar viendo alguna película (hay televisión y video, pero no antena parabólica) o visitando a sus amigas y familiares; Sandra se suma voluntariamente a las dos últimas actividades. Elí, bajo un sol ardiente,

19. Don Agapito, aparte de atender el ganado y el desmante, esporádicamente realiza algunos trabajos de albañilería o sacrifica animales por encargo de otros. Su esposa e hijas trabajan con él en el cultivo de maíz y en el cuidado del ganado en momentos claves como rociar, limpiar, cosechar, cortar hoja y vacunar. Por lo general todas lo acompañan, sólo se queda una mujer para realizar el trabajo de la casa.



Donde aún el cemento no le gana a la tierra, enjarrar piso, paredes y chimenea sigue siendo una de las tareas femeninas rutinarias. Sra. Margarita Aviña, La Aurora, Jal.

acompaña a su padre al potrero para dar de comer al ganado y revisarlo. Al iniciar la tarde, una vez que regresó el señor Agapito de atender el ganado, entre las 14 y 15 horas, doña Margarita "da de comer" a toda la familia reunida nuevamente en la cocina.

Después de las 15 horas el trabajo es menos pesado. Don Agapito da de comer a los becerros de las vacas de la leche, a las bestias de montar y los encierra en sus potreros respectivos. Doña Margarita alimenta los pollitos y, si no remienda o trae otro viaje de agua, visita a sus familiares y vecinos. El día 15 de cada mes se dirige a la capilla porque le toca "velar al Santísimo" durante dos horas. Nora y Paz, después de bañarse, si no se ponen a tejer, visitan a sus amigas, se reúnen y juegan en la cancha o se van a La Higuera. Sandra lava los trastos de la comida, después se va a "escurrir agua"²⁰ y el tiempo restante lo tiene libre para jugar, visitar a sus amigas o ir a la plaza.

Al iniciar la noche, si no es sábado o domingo, todos deben regresar a casa. La reunión familiar es en la cocina. Doña Margarita sirve la cena: restos de la comida de medio día, leche con pan o galletas o unos exquisitos frijoles "de la olla" con queso. Después de platicar un rato se guardan los alimentos, se cierra la cocina y comienza el rezo del rosario. Alrededor de las 22 horas todos están en sus camas dispuestos a descansar. Durante el tiempo seco, doña Margarita, Nora y Paz, si no acarrear agua antes de acostarse, se levantan a las tres o cuatro de la madrugada para llevar a su casa el líquido que se juntó durante la noche, después se vuelven a dormir hasta las seis de la mañana, tiempo de reiniciar sus permanentes y abrumadoras tareas.

En el contexto de los espacios vecindarios estudiados, se han presentado hasta el momento, los casos de una familia de medieros y otra de minifundistas, aquí se hace mayor énfasis en el reparto de los quehaceres domésticos que en la socialización de los hijos y actividades extradomésticas. Enseguida, bajo la misma óptica, se presenta el caso de una familia ganadera.

20. Como en los distintos veneros del ojo de agua. El Mango, el agua es muy escasa, un miembro de cada familia, en horarios diferentes, se va a cuidar que haya agua suficiente para llenar los tarros que carga el burro. La vigilancia sirve para indicar que el agua que se está juntando, ya tiene dueño.

Rutina familiar 3

En El Santuario, junto a la honda barranca del mismo nombre, se encuentra la residencia principal de Eloísa y Carlos. Su *rancho de ordeña*, El Rodeo, se localiza a un kilómetro de distancia, subiendo la cuesta de El Santuario. Eloísa y Carlos tienen nueve hijos, de los cuales tres (dos mujeres y un hombre) han contraído matrimonio y residen en sus propios hogares.²¹ Quedan en casa tres varones de 30, 15 y 8 años de edad, más tres mujeres de 29, 24 y 20 años.²² Con herencia y compras, la familia ha logrado acumular alrededor de 150 hectáreas de tierra montañosa (cerril, erial y agostadero) y cerca de sesenta cabezas de ganado. Aparte de cuidar y explotar sus propias reses, tienen “a partido” aproximadamente 30 animales de parientes y vecinos que ordeñan durante las aguas y las secas.²³ Por este motivo, la familia se reparte entre las dos viviendas: el matrimonio y su hijo de quince años habitan el rancho de ordeña y el resto de la familia la casa de El Santuario.

El rancho de ordeña incluye el *rancho*, el *rancho de en medio*, la cocina, dos zarzos de palos, el patio, el *rancho del queso* y el corral de los animales. El rancho es un recinto oscuro con paredes y piso de tierra bien enjarrada, techo de lámina galvanizada y tapanco de otate. El rancho de en medio, modelo mejorado de la enramada, sólo tiene un muro de mediana altura y bien enjarrado, el piso es de tierra y el techo de lámina metálica. En la cocina, los muros, pisos y chimenea son de tierra con techo de la misma lámina. El rancho del queso guarda una estructura similar a la del rancho (dormitorio), sólo que en éste las paredes son de *carrizo* al igual que los zarzos en los que se secan los quesos; el piso no está muy bien enjarrado y existe una gran cantidad de picos y palos para colgar y guardar los avíos de la ordeña y las monturas, el techo es de paja. Junto a esta construcción –muy cerca del corral– está otra de similar estructura que sirve para almacenar la pastura para el ganado. En

21. Imelda a unos cuantos metros de la vivienda paterna. Margarita en los Estados Unidos y Carlos en Guadalajara.

22. Datos de junio de 1990. Trabajo de campo. El Santuario, Mpio. de Tocumbo, Mich.

23. Generalmente los ganaderos ordeñan sólo durante el tiempo de lluvias; esta es una excepción que funcionó pocos años, coincidiendo con el periodo de trabajo de campo.

el rancho del queso encontramos uno de los zarzos que se utiliza para lavar todos los avíos de la ordeña; el agua que, por manguera y por gravedad, llega aquí, desde una distancia de dos kilómetros, también es útil para remojarse la pastura de los animales.²⁴ Cerca de la cocina está el otro zarzo donde se lava la loza.

La casa de El Santuario, por su parte, se compone del rancho, la cocina, el rancho de en medio, un ranchillo, un baño y un lavadero con su pila. Salvo las paredes de palos de la cocina y el piso de tierra sin enjarrar del baño y patio, los pisos, paredes y chimenea son de cemento. La vivienda tiene agua corriente sin límite, proveniente (por manguera) de un abundante manantial ubicado a unos cien metros de distancia. En la cocina encontramos una estufa de gas con cuatro quemadores y horno.

La organización familiar del trabajo combina las actividades domésticas con las ganaderas y agrícolas. Eloísa, a sus 47 años, libre de los trabajos de "rancho" y "de metate", se dedica exclusivamente a los trabajos ganaderos, allá en el rancho de ordeña.

Cada nuevo día que se vislumbra entre las montañas que esconden El Santuario, las mujeres de esta familia ganadera abandonan el *rancho* para emprender sus quehaceres cotidianos. Martha y Teresa (24 y 20 años) se dirigen a los potreros para buscar las vacas "de la leche" y demás ganado que pasta cerca de El Santuario. María de la Luz (Lucha) se queda en casa, para realizar los trabajos de "metate". A las seis de la mañana, después de alimentar las gallinas, Lucha se empieza a preparar para la molienda: primero tira la ceniza del fogón, hace la lumbre y alista todos los avíos para esta actividad. Antes de hacer las tortillas con la masa que Teresa su hermana molió la noche anterior, pone el desayuno y prepara el almuerzo. Al rayar el sol sirve el desayuno a sus hermanos. Enseguida pone el nixtamal y los frijoles, después lava el metate, la batea y la torteadora, limpia la chimenea y barre la cocina. En el zarzo lava los trastos y llena los cántaros. Sus hermanas, después de almorzar y de dejarle la leche del diario, se dirigen, a lomo de mula, al rancho de ordeña para ayudar a sus padres; Lucha les envía su ración diaria de tortillas.

24. Las actividades efectuadas en el rancho de ordeña serán detalladas más adelante, en el apartado de "trabajos de corral".

Al iniciar el medio día, la joven tiende las camas, recoge el rancho y lo barre. Sigue con el piso del rancho de en medio que muchas veces tiene que lavar y termina barriendo el patio y otros rincones del solar. Alrededor de las trece horas, vuelve a la cocina para hacer la comida (si hay algo que preparar), *desgorda* la leche –para hacer el *jocoque* o crema– y después la hierva. A las dos de la tarde proporciona los alimentos a sus hermanos, si están en la casa, y espera a que las muchachas regresen (alrededor de las 16 horas) para comer en su compañía.

Allá en el rancho de ordeña, Martha, después de ayudar en la alimentación del ganado, asea la casa y prepara los alimentos para sus padres y su hermano, mientras Teresa ayuda a su madre en la elaboración y cuidado del queso. Ya en la casa de El Santuario, después de comer y descansar unos minutos, el resto de la tarde lo dedican a lavar, planchar o remendar la ropa propia y la de algún miembro de la familia. Lucha se encarga de las vestimentas de Fernando y Eduardo, Martha de las de Enrique y Teresa de las de su padre. En el tiempo libre se ponen a escuchar radionovelas mientras bordan; visitan a sus parientes y vecinos, recolectan frutas de la estación o se reúnen en la capilla para rezar alguna novena. Los hombres, por su parte, colaboran en algunos trabajos relacionados con la casa: Eduardo abastece de leña, Enrique la raja, Fernando hace los mandados y don Carlos arregla la manguera que conduce el agua a los hogares. Ellos se dedican principalmente a los trabajos del cerro, al cuidado del ganado y a los negocios.

Al pardear, la familia se va recogiendo a su respectiva vivienda. Entre ocho o nueve de la noche se deja oír el rezo del rosario y después se dirigen a la cocina para cenar y comentar cosas de ayer y de hoy. En El Santuario, Teresa se pone a moler el nixtamal, Lucha hace el fuego, calienta las tortillas y sirve los alimentos. Martha prepara el delicioso chile de molcajete que todos se disponen a disfrutar con *jocoque*, tortilla y queso. Los hombres terminan primero y se dirigen al rancho para descansar, mientras que las mujeres recogen la cocina, lavan el molino, *alzan* los alimentos y dan de cenar a los perros. Al terminar la noche, todos han rezado sus oraciones y están listos para dormir; duermen entre miles de ruidos que los arrullan hasta que el canto madrugador de los gallos los *recuerda* para enfrentar otro nuevo día.



Barrer y remendar forman parte del quehacer cotidiano de las mujeres.

Como puede observarse, la actividad económica dominante altera un poco la intensidad y el ritmo de las actividades propiamente de metate, sin embargo, lo que determina la distribución de los quehaceres es el número de miembros de la unidad doméstica, su edad y su sexo. En ciertos casos, mientras más hombres hay en la familia y menos mujeres, más larga y agotadora es la jornada doméstica; en otros, si hay menos hombres que mujeres en edad de trabajar, éstas de todas maneras no reducen su jornada, ya que deben colaborar, en mayor o menor medida, en los trabajos del campo, dependiendo de la magnitud de las necesidades económicas de la familia (si no pueden pagar peones, si tienen deudas o gastos extraordinarios por enfermedades o si tienen necesidades de sobrevivencia). No obstante, cuando hay varias mujeres en el hogar, aparatos electrodomésticos y poca siembra y ganado, la vida de las mujeres solteras de estas montañas se aligera hasta llegar, a veces, a la inconformidad y al hastío: "Aquí no hay nada que hacer, nos aburrimos mucho", manifiestan algunas jóvenes inconformes.

En el espacio vecindario de La Aurora, por ejemplo, las jóvenes invadidas por las aspiraciones de la vida urbana, añoran y demandan fuentes de empleo asalariado. La débil tendencia a la diversificación económica (albañilería, sacrificio de animales y venta de carne, fabricación de torteadoras de madera, billar, taller mecánico, taquería y tiendas con venta de alimentos y otros productos) no ofrece oportunidades reales y ni permanentes ni para los hombres. Algunas mujeres emigran gustosamente a los Estados Unidos o con algún familiar del medio urbano circundante, a la primera oportunidad que se les presenta, pero la mayoría se queda con sus padres, con las limitaciones económicas provocadas por el bajo rendimiento de sus desmontes y ganado y con los deseos de "volar" o de ayudar económicamente a la familia. Ahora pocos jóvenes se interesan en los trabajos derivados de la agricultura y la ganadería y, en cierta medida, sus padres justifican esta actitud: "Ya no quieren trabajar como burros, seguramente son menos tontos que nosotros". Sin embargo, son tenaces en la evaluación de sus valores que ven en decadencia: "En estos tiempos –según los hombres adultos– ya es una ventaja encontrar una muchacha que trabaje por lo menos en la casa" porque "ya no quieren hacer nada, nomás pintarse, ir a La Higuera y andar de canijas".

ENTRE EL DEBER Y EL SER: LOS TRABAJOS DE "CORRAL"

En nuestro país, en poco más de una década, el trabajo de la mujer se ha estudiado desde los puntos de vista de su participación en el comercio, en la agricultura familiar, en el trabajo doméstico y en el trabajo asalariado, dejando la necesidad de incorporar al análisis de las sociedades rurales, el papel de la mujer en el trabajo agropecuario y, dentro de éste, el de las mujeres de las sociedades rancheras. Si las condiciones, importancia y características del trabajo de la mujer indígena y de otros grupos campesinos mestizos —como los ejidatarios— han sido rescatadas en los estudios rurales, las mujeres rancheras han permanecido en un doble olvido, como mujeres y como rancheras.

En lo que a continuación se presenta, podremos ver que el trabajo de las mujeres de esta zona montañosa y ganadera —inmediaciones de Jalisco y Michoacán—, no se reduce a mantener limpia y en orden la casa, a criar, atender y alimentar a los miembros de la unidad doméstica, actividades de por sí indispensables: "Mi esposa es la que encabeza el trabajo diario, ella hace el quehacer que se necesita más".²⁵ La importancia económica y social del trabajo femenino rebasa el espacio doméstico para activar y sostener la unidad de producción agropecuaria: "Si no fuera por mi esposa y mis hijas, tendría que pagar mozos, así se ahorra y se aliviana uno"; "falta una compañera que le dé la mano a uno, porque ella funciona tanto en la cocina como en el campo". Así, en la economía ranchera, el trabajo femenino juega un papel central, reconocido por las mujeres: "El hombre no aventaja solo" y reafirmado por los hombres: "Si no trabajan los dos 'a un cuerpo' pueden dejar acabar sus bienes o no logran hacer algo (patrimonio)".

Los trabajos de corral²⁶ se refieren al conjunto de actividades requeridas para mantener y aprovechar el ganado. No obstante, si se habla de

25. Localmente, la mayor parte de las actividades desempeñadas en un rancho, tanto en el campo como en la casa, puede ser indistintamente referida como quehacer o como trabajo: el quehacer del cerro, el trabajo del corral y el de la casa. En hombres y mujeres es más frecuente escuchar "tengo mucho quehacer" que "tengo mucho trabajo". Sin embargo, tomando como referencia el trabajo remunerado o "chamba" del medio urbano, algunas actividades remuneradas, como la costura, la mecánica y la carpintería, empiezan a ser consideradas como trabajo.

26. El corral es el espacio delimitado con una cerca donde se encierra las reses para su cuidado, manejo y explotación.

“una mujer de corral” se entiende que, además de las “labores propias de su sexo” culturalmente sintetizadas en los trabajos de “rancho” y de “metate”, ejecuta las labores de cultivo comprendidas en la expresión “trabajos de cerro” que le dan, de por sí, valor social en el grupo. Al ser mujer de corral se sobreentiende su procedencia de una familia ganadera, pero sobre todo, su capacidad y conocimiento en el manejo y cuidado del ganado y en las labores productivas de un rancho. Tales prácticas le dan un valor y un estatus superior al de otras mujeres calificadas como puramente de “metate” o de “rancho”.

Cuando una mujer se dedica sólo al quehacer de la casa, pocas veces es justificada por la prioridad de atender a la familia, por no ser muy “entrometida” o por no tener necesidad de trabajar en el campo, aludiendo a que hay quien lo haga; al contrario, es juzgada y sancionada por hombres y mujeres debido a su falta de “inteligencia” (sentido de iniciativa) para salir adelante y de enseñanza en el trabajo; por ser floja, atendida a que el esposo haga todo; por no estar de acuerdo con el marido, “uno con otro se tienen que ayudar en lo que se pueda”; por dejar acabar sus bienes y “no ayudar al marido a ganar más dinero”. Así no es como se ocupan las mujeres en el rancho. Se necesita que sean trabajadoras, “inteligentes”, jaladoras, estiradas y responsables para sacar adelante el trabajo del rancho; cuando hay necesidad tienen que salir a ayudar a sus esposos porque solos no pueden y no hay dinero para contratar mozos, así se economiza y ellos se alivianan. Finalmente, estas mujeres deben tener ánimo y pensar más en su familia para lograr algo el día de mañana.

Por lo general, las mujeres de los ranchos ganaderos que realizan actividades extradomésticas se concentran en los trabajos relacionados con el cuidado y la explotación de las reses, dejando los trabajos de “cerro” a un varón de la familia, al que sólo deben auxiliar en actividades precisas como sembrar, abonar, rociar, limpiar y desgranar el maíz. Sólo las hijas o esposas de medieros sin tierra, que permanecen en este estrato, se excluyen de las tareas ganaderas, salvo de la ordeña de la vaca de la leche; su participación en las actividades productivas se concentra en algunas labores del cultivo y almacenamiento del maíz y la apropiación de ingresos es casi imposible por este medio, solamente

cuando realizan pequeñas ventas "a hurtadillas" (en cambio, una mujer ganadera recibe el dinero de la venta del ganado propio, queso o requesón). Pero, pese a la participación de las mujeres en el desmante, una buena "labor" socialmente da prestigio al varón y sólo se reconoce marginalmente la ayuda femenina. En el mejor de los casos apenas queda implícito ese reconocimiento.

Las actividades relacionadas con la agricultura y la ganadería desempeñadas por las mujeres (M) de la sierra se presentan en interacción con el trabajo masculino (H).

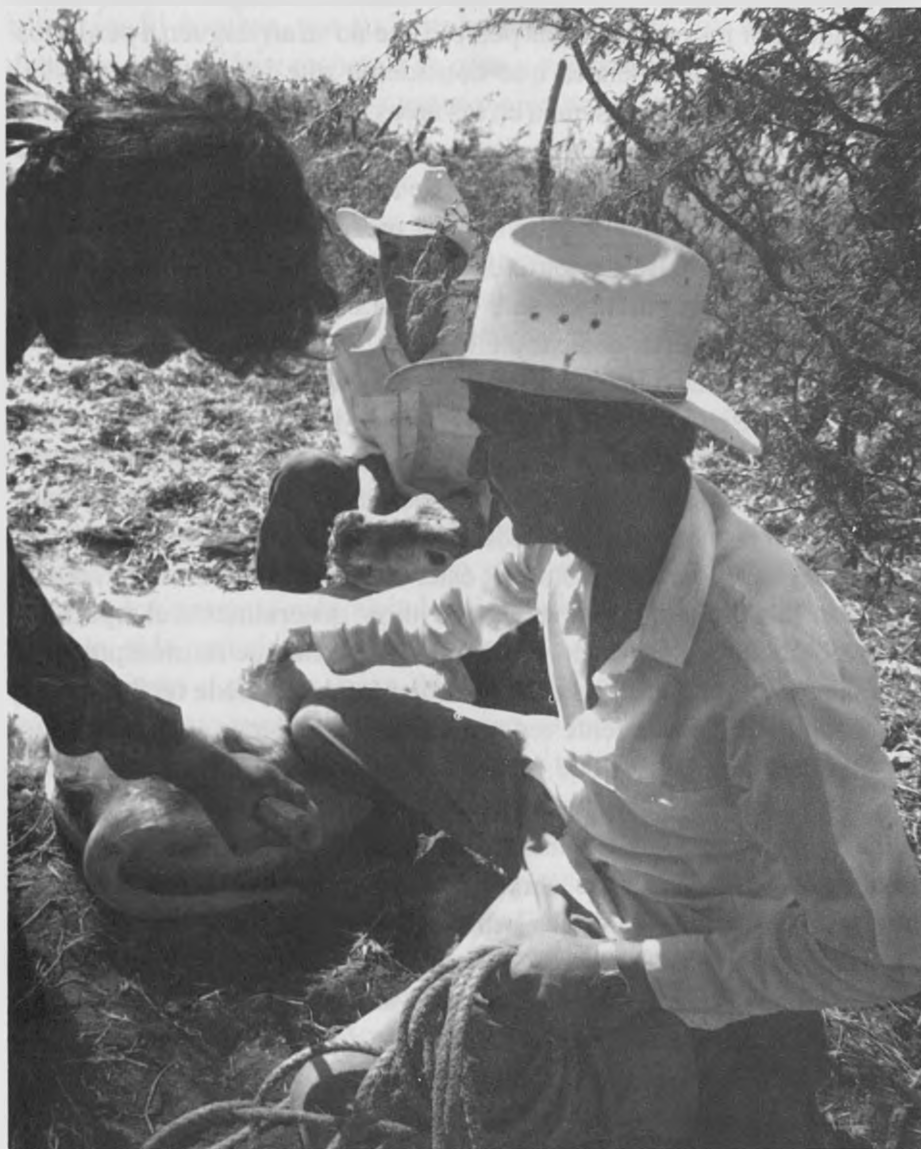
Trabajos de "cerro"		Trabajos de "corral"	
H	Tumba	H-M	Dar de comer al ganado
H	Quema	H-M	Hacer el queso
H-M	Siembra	H-M	Ordeñar
H-M	Limpia (deshierbe)	H-M	Cercar potreros
H-M	Fertilización (abonar)	H-M	Arrear ganado
H-M	Vigilancia del desmante (darle vueltas)	H	Vender y sacar ganado
H-M	Cortar elotes	H-M	Atención de partos
H-M	Cosechar	H-M	Vacunar
H-M	Acarreo	H	Reparar puertas
H-M	Desgrane	H-M	Voltear el queso
H-M	Almacenamiento	M	Hacer el requesón
H-M	Control de plagas del maíz almacenado	H-M	Preparar dulces (chongos cajeta y arroz)
H	Venta de maíz	H-M	Atención de ganado enfermo o becerros huérfanos
H-M	Ecuaro	H	Amansar bestias de montar
H-M	Jitomatera	H	Cortar la crin a las bestias
H-M	Chilar	H-M	Limpiar bebederos (ojos de agua, jagüeyes y pilas)
H-M	Pepinar	H-M	Llevar el ganado a beber
H-M	Tamacua (sandías)		
H	Afilar cuchillos y machetes		
H-M	Cortar hojas de maíz		
H	Cuidar y cortar los frutos de la huerta (en caso de tener)		

H-M Como obligación

H-M Como ayuda

A pesar de que el hombre y la mujer comparten algunos trabajos de corral, se mantiene una clara delimitación de las actividades propiamente masculinas, realizadas por las mujeres únicamente cuando los hombres escasean o momentáneamente no los hay en la familia: arrear, vacunar, herrar y vender ganado; vigilancia del desmonte, cosechar y acarrear el maíz; cercar potreros, atención del ganado adulto que esté enfermo, limpiar los bebederos y atender las piezas de queso durante su periodo de maduración. Ciertamente hay una reducida gama de estas actividades que las mujeres desempeñan sólo cuando se trata de explotaciones agropecuarias dirigidas y/o trabajadas por mujeres viudas o solteras, es decir, cuando no hay hombres que las encabecen: tumba, quema, cargar la bomba de rociar y cuidado de la huerta frutal; venta de maíz y de ganado, atención de los partos de las reses, reparar puertas, amansar y cortar la crin a las bestias de montar.

Del resto de los quehaceres que la mujer realiza, el cultivo de pequeños huertos de riego o temporaleros de jitomate, chile, pepino y sandía muestra una diferencia genérica entre los dos espacios vecindarios estudiados. Actualmente en La Aurora, estos huertos pueden estar a cargo de las mujeres, mientras que en El Santuario, estas actividades son netamente masculinas, al grado de prohibir en ciertos casos, la entrada de las mujeres a estas áreas de cultivo por creer que su sola presencia perjudica las plantas y sus frutos (se enferman o se emplagan). En el pasado (antes de los setenta) en ambos espacios vecindarios las mujeres no debían entrar a estas áreas de cultivo, sobre todo durante el periodo menstrual, porque enfermaban o secaban las plantas (“provocaban” que tiraran la flor, se emplagaran o se murieran). Ahora, los habitantes del rumbo de La Aurora, en su lucha para llegar a ser como la gente del medio urbano, han dejado atrás, entre otras creencias, esta prohibición que los hacía parecer “más atrasados”. Asimismo, la pérdida paulatina de esta práctica agrícola para el consumo familiar coincide con el cambio de alternativas; ahora estos productos se pueden adquirir en las tiendas de abarrotes locales durante todo el año. En cambio, en el espacio vecindario de El Santuario, si los jitomates, chiles, pepinos o sandías no se traen directamente del medio urbano (sólo en tiempo seco) o no se cultivan en los ranchos durante el tiempo de lluvias, no se



La marca de propiedad. Al concluir la temporada de lluvias, todos los becerros son herrados antes de dispersarlos en los potreros del rancho.

pueden tener al alcance. Si los productos de estos frágiles cultivos son codiciados por los rancheros, es posible que no se arriesguen a perderlos por “los daños” potenciales que consideran que las mujeres pueden ocasionar con su sola presencia en las áreas de cultivo o por su contacto con las plantas. Si a esta creencia popular de los rancheros del rumbo michoacano se añade que la única vía de acceso a estos productos es su cultivo durante el tiempo de lluvias y el prestigio que –por esta causa– adquiere quien beneficie y logre buenos frutos de estos huertos, entonces hay motivos importantes para considerar que los hombres son los que se deben o quieren dedicar a ellos.

La existencia de ranchos dirigidos y trabajados por mujeres²⁷ ha sido favorecida por la costumbre en el reparto de la herencia. Por tradición regional (con bases jurídicas), si un o una terratenientes muere sin repartir legalmente su rancho entre sus descendientes, la propiedad pasa directamente a manos de su viuda o viudo²⁸ respectivamente, quienes pueden seguir viviendo en éste y de éste, o, si lo prefieren, vender, rentar o repartir la tierra y el ganado entre sus hijos; generalmente el reparto se realiza hasta que muere el consorte heredado. Aunque no siempre en la misma proporción que el hombre, la mujer también puede recibir herencia. Cuando un terrateniente reparte en vida sus bienes entre sus hijos, los varones tienen prioridad, después las mujeres, si sobran algunos potreros; si no, algo de ganado, dinero, alguna propiedad en el medio urbano o de plano nada. Cuando no hay herederos varones, la propiedad pasa, con todas sus reservas, a manos de las mujeres. El caso presentado en el primer capítulo sobre las beneficiarias de la herencia de Antonio González, pionero de La Aurora, es muy ilustrativo.

En suma, se puede decir que aunque la mujer pueda realizar –y en varias ocasiones lo hace– un mayor número de tareas agropecuarias que los hombres, por más que trabaje en el “corral” y en el “cerro” no se libera completamente de las tareas hogareñas. Y no debe hacerlo, sobre todo si es soltera, porque se pondría en duda su feminidad y su espíritu

27. En los espacios vecindarios estudiados y ranchos circunvecinos se identificaron cinco unidades de explotación agropecuaria con estas características: El Santuario, El Sauz y La Limonera por el rumbo de El Santuario; El Arroyo Seco y El Cóbano por La Aurora.

28. De ahí la trascendencia de contraer matrimonio con una mujer u hombre terratenientes, la ascensión social por esta vía es frecuente y buscada en la zona.

hogareño, aspectos que influyen y en muchos casos determinan su matrimonio. El hombre, por su parte, para conservar una imagen digna, debe dar protección y respeto a su casa y a su familia, proveerla de vestido y sustento, encabezar los tratos y ejecutar, por lo menos, las tareas más pesadas.

Retomando la rutina número tres referente a la organización del trabajo doméstico en una familia ganadera, enfocaremos ahora el lente al trabajo de la mujer allá en los potreros, en los corrales y en el rancho del queso. La trashumancia del ganado en busca de pasto y agua por todos los terrenos, ha propiciado que las tareas derivadas de su cuidado y explotación se rijan por la división sexual y espacial del trabajo, los hombres se hacen cargo del cuidado del ganado lejos de la vivienda, la mujer participa más en las actividades que se dan en torno a ésta: la ordeña y alimentación del ganado; elaboración de los quesos con destino al mercado y demás productos lácteos para autoconsumo; cuidado y crianza de becerros huérfanos. Pero, aunque el trabajo femenino disminuya en los potreros más alejados del corral, no se mantiene del todo ausente; si la participación de la mujer es necesaria es acompañada por otras mujeres o por un varón de la familia. Así pues, podemos verla trabajando "a un cuerpo" con el hombre, al lado de su esposo, hermano, padre o hijo, entre cerros y cañadas, dándole sal o de comer al ganado, llevándolo a beber, buscándolo en los potreros, *sesteos* y *aguajes*, arreándolo; reparando cercas y beneficiando el desmonte. La existencia de ganado que conoce, sigue y sólo se deja tocar por mujeres, da indicios de la presencia femenina en los potreros y en el corral de ordeña.

La unidad de explotación encabezada por Carlos y Eloísa sintetiza las actividades de la ordeña y de la alimentación del ganado durante el tiempo seco. Ciertamente no todos los hatos son manejados de igual manera; la organización del trabajo depende de la magnitud y potencial de los diferentes potreros del rancho, de la distribución de las fuentes de agua, de la mano de obra familiar disponible y de las convicciones y aspiraciones de cada propietario o de su familia. Aunque en la mayoría de los ranchos ganaderos sólo se ordeña durante el tiempo de lluvias, se expone enseguida una rutina (presentada antes como rutina 3) que sintetiza las actividades ganaderas de un rancho donde se ordeña todo el

año y donde la familia se organiza entre la residencia principal y el rancho de ordeña.

Al amanecer los hombres y las mujeres dedicados al manejo del ganado en los dos ranchos (El Rodeo y El Santuario) abandonan las viviendas para dirigirse a los diversos potreros y corrales de ordeña. Abajo, en El Santuario, Martha y Teresa se encargan de ordeñar las vacas “de la leche”, de alimentar el ganado flaco (alrededor de diez cabezas) que pasta en los potreros cercanos a El Santuario y algunas bestias de montar de las que se sirven. Al dirigirse hacia los potreros para buscar el ganado, al pasar por la barranquilla, Martha y Teresa dejan los costalillos con la pastura que después prepararán para alimentar a los animales reunidos en el corral. Ahí las hermanas ordeñan las vacas y después alimentan todo el ganado. Para esto, Teresa baja a la barranquilla, remoja la pastura y la lleva al corral. Después, junto con Martha, ata un costalillo en los cuernos de cada animal, de tal forma que el hocico queda dentro para que las reses puedan comer sin tirar nada. Cuando una res termina, le desatan el costalillo, lo sacuden y lo dejan listo para llenarlo o llevarlo de nuevo a casa. A las bestias de montar les dan de comer en la canoa de madera que se encuentra en el lienzo o en el centro del corral.

Enrique, después de tomar el desayuno que le prepara su hermana Lucha, sube a pie la cuesta de El Santuario, en dirección al rancho de ordeña, allá se concentra la mayor parte del trabajo ganadero. En El Rodeo, Eduardo, en cuanto se levanta, busca su resotera y se dirige, seguido por un perro, al potrero de “la corrida” para arrear las vacas al corral (realar). Doña Eloísa y Enrique empiezan la ordeña en cuanto aparece la primera vaca; Enrique la piala y después de dejarla amamantar un poco al becerro, lo enjaquima y lo cuelga de los cuernos de la vaca madre; Eloísa la ordeña. Después de haber traído todas las vacas y becerros, Eduardo sustituye a Enrique en el “amarre” y éste se suma a la ordeña. Conforme van llenando las cubetas, Enrique las conduce al rancho del queso, allí las vacía en una tina y después se reincorpora a su actividad. La ordeña termina con el sol alto. Don Carlos, si no se integra a los trabajos de corral, se dirige a su jitomatera y chilar (de humedad) donde efectúa algunas labores o corta frutos; de regreso a casa aprove-

cha para cerciorarse de que la manguera no tenga alguna fuga causada por ratas o ardillas.

Martha y Teresa terminan de atender el ganado de El Santuario alrededor de las once de la mañana; echan del corral las vacas y los becerros a sus respectivos potreros, lazan las bestias de montar y recogen los avíos de la ordeña, los de la alimentación de ganado y la cubeta de la leche; llevando todo consigo, se dirigen hacia la vivienda. Una vez ahí, Martha lleva la leche a la cocina y acomoda los costales, piales y reatas, en el ranchillo, mientras que Teresa empieza a ensillar las mulas que las transportarán enseguida al Rodeo, allá ayudarán a su madre en la alimentación del resto del ganado.

A esas horas, en El Rodeo ya se encuentra reunido todo el ganado, unos animales dentro del corral y otros alrededor de las dos puertas de acceso. Cuando Teresa y Martha llegan, doña Eloísa y Eduardo ya tienen algunos costalillos con sus raciones de pastura. Después Eduardo y Eloísa se ponen a mojarla y Martha y Teresa se la cuelgan a cada animal. Este día, Enrique, en cuanto termina la ordeña en El Rodeo, abandona el corral y se encarga de buscar en los potreros dos vacas ubradas (preñadas) que no llegaron al corral.

Al acabar los trabajos en el corral, las muchachas acomodan costalillos, reatas, *piales* y cubetas en el rancho del queso. Eduardo retira de las puertas a los animales para que se dispersen en sus respectivos potreros y doña Eloísa lava los avíos de la ordeña. Una vez que desgorda y cuaja la leche, Eloísa puede descansar sólo unos minutos, porque al finalizar el medio día debe quebrar la cuajada y asentarla en el fondo de la tina para más tarde continuar con la elaboración del queso. Teresa asea el rancho del queso y Martha limpia el rancho y la cocina. Al iniciar la tarde, alrededor de las quince horas, Martha y Teresa montan en sus mulas y empiezan a cabalgar por el camino de herradura que las conduce a El Santuario; después de treinta minutos, llegan al solar de su casa donde desensillan las bestias para después llevarlas al potrero. Sólo así están libres para comer, descansar unos minutos y realizar las labores domésticas que les corresponden cada día.

Entre las quince y las dieciséis horas, don Carlos regresa a El Rodeo, Eloísa lo espera para comer en compañía de Eduardo; mientras toman



La vaca lista para ser ordeñada. Corral de El Santuario, Mich.



La cuajada, ya sin suero se amasará con sal para después hacer las piezas de queso que secas se envían al mercado regional.

sus alimentos conversan o discuten sus asuntos un rato. Enseguida, sin mucha prisa, la pareja se dirige al rancho del queso y Eduardo al corral. Eduardo tiene que reunir las vacas de "chiquito" para que amamanten a sus críos, después los separa y los echa a sus respectivos potreros; al terminar esta tarea, puede darse una vuelta por El Santuario donde se reúne con sus primos a jugar o a ensayar música. Don Carlos continúa con la elaboración del queso y Eloísa lava los utensilios sucios (tina, mantas y aros).

Al pardear, toda la familia se ha desocupado, Eduardo regresa a El Rodeo con sus padres y el resto se reúne en El Santuario. En ambos lugares rezan, cenan, comentan las noticias y acontecimientos del espacio vecindario y de la propia familia. Las mujeres realizan los últimos trabajos de "metate" del día, mientras que algunos, al acomodarse en sus camas, se quejan de las enfermedades, del cansancio, del calor, otros se disponen a dormir... a soñar.

Evidentemente las rutinas presentadas se sitúan en un momento dado de la vida y del trabajo en los ranchos, sin embargo, los cambios son inevitables, basta que un miembro de la familia se retire, temporal o definitivamente para que se reorganicen los quehaceres, las responsabilidades. Con todo, la capacidad de readaptaciones constantes mantiene en actividad a los ranchos.

Después de haber presentado, como botón de muestra, esta reseña del trabajo realizado por Martha, Teresa y Eloísa en una familia que ilustra las numerosas actividades de un rancho ganadero, a continuación en los cuadros 9, 10, y 11 se presenta, según el esquema clásico de la división sexual del trabajo, la versión formal pública de la función que desempeñan las mujeres de familias ganaderas en la explotación agropecuaria.

Aquí, por apegarse a lo considerado como propio de cada sexo, los informantes (hombres y mujeres) esconden o disimulan la verdadera, cotidiana e importante participación de muchas mujeres serranas en el trabajo de un rancho. Trabajo que se esconde en el quehacer de la casa o en trabajo masculino; se podría decir que es un trabajo "invisible", "oculto" e "imperceptible", pero en realidad no lo es, no se trata de un problema de invisibilidad sino de miopía por parte de los que lo observan... y de los que lo hacen; porque es observable, ahí está, se refleja al

seguir uno a uno los pequeños trabajos diarios que desempeña gran parte de las mujeres rancheras. Formalmente, sólo es una “ayuda” la que las mujeres dan a sus hombres para alivianarlos; su trabajo no se reconoce socialmente en toda su magnitud y paradójicamente ni ellas mismas lo deben aceptar públicamente, menos en su discurso ante extraños. La representación social de su rol, esa imposición de guardar cada quien “su lugar” no permite que las mujeres reconozcan y difundan socialmente su verdadera carga y responsabilidad en los trabajos ganaderos, sobre todo si hay hombres mayores en casa. Realidad distorsionada –como ya se mencionó– por una ley tácita e inflexible que sitúa a hombres y mujeres en un círculo de espejos que reflejan indefinidamente imágenes antagónicas, pero propias a validarse mutuamente.

Así, pues, a pesar de las horas invertidas y de la dureza del trabajo realizado, la participación de la mujer en las tareas agropecuarias, si es reconocida, es sólo una “ayuda”. Algunas veces esta “ayuda” lleva implícita una carga de trabajo fija, obligatoria, sobre la cual no se tiene elección: son responsabilidades que no se pueden evadir. Si el ingreso monetario o el trabajo femenino se suma al aportado por los demás miembros del grupo doméstico, si todo se reúne para la satisfacción de las necesidades de la familia, todos “ayudan”, en mayor o menor medida de acuerdo a su edad y género. Sin embargo, los deberes y atributos socialmente asignados a cada uno no pueden ser ignorados.

Unidades domésticas de producción integradas y el trabajo familiar del rancho

Independientemente del trabajo de los medieros y de la contratación esporádica de “peones” o “mozos”, los ranchos serranos se sostienen principalmente con el trabajo de todos los miembros de la familia. Cuando los hijos de un terrateniente se empiezan a casar, esta relación familiar se puede prolongar a través de la creación de unidades domésticas de producción integradas.

Los terratenientes ganaderos con hijos casados y establecidos en la propiedad del padre, son los que pueden formar este tipo de unidades domésticas. En ellas se conjuga el acceso a los recursos con el parentes-

Cuadro 9
Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo.
Un día en tiempo de aguas (julio-agosto-septiembre-octubre)

Actividades principales por sexo y espacio	Hombres		Mujeres		Observaciones
	Partes del día	Actividad	Espacio	Actividad	
La madrugada (De 0:00 a 6:00 am)	Levantarse / Orar Moler Nixtamal	Rancho Cocina	Levantarse / Orar La Molienda: sacar testales en el metate "Tortear" (hacer las tortillas) Cocer las tortillas	Rancho / Cama Cocina Cocina Chimenea	Orar: Una costumbre que pierde practicantes. H: No todos los hombres muelen nixtamal. M: Cuando hay más de una mujer en la U de P se reparte el trabajo: unas en el quehacer de la casa, otras al del corral. Cuando hay muy poca fuerza de trabajo, se multiplica éste y hasta se muele de noche para dedicarse todos en la mañana a ordeñar. F: Debido a la intensidad y naturaleza del trabajo cotidiano en este periodo de ordeña, elaboración de queso y cultivo, la gente de los ranchos se dice "amarrada", es cuando se sale menos de la U de P (unidad de producción).
Al amanecer (De 6:00 a 7:00 am)	Realar (llevar las vacas al corral) Amarrar (Pialar)	Potrero de la corrida Corral	Fregar trastos de la cocina Echar maíz a las gallinas Ordeñar	Zarzo Solar Corral	F: En esta época la familia con rancho de ordeña esta junta la mayor parte del día, a la hora de los alimentos se acentúa la conversación y se comentan los principales acontecimientos. M: Trabajo formal: lavar, planchar, enjarrar y coser (generalmente se deja una actividad para cada día de la semana, pero el lunes es para lavar-ropa de la semana- y el viernes para planchar -se requiere la ropa para el domingo- después de la cena). M: En caso de enfermedad de alguno del grupo o vecino, hacer remedios y acompañarles. H: Ocasionalmente espíar animales que dañan los cultivos o el ganado.
Al rayar el sol (De 7:00 a 8:00 am)	Ordeñar Desayunar (paloma)	Corral Corral	Ordeñar	Corral	
Con el sol en alto (De 8:00 am a 12:00 am)	Terminar la ordeña y recoger el avío Almuerzo Desgordar y cuajar la leche Ir al ecuaro Limpiar los quesos hechos y lavar los utensilios	Corral / Casa Cocina / Mesa Rancho del queso / Tina Ecuaro Zarzo escurridor/ Tapanco / Artesa	Preparar el almuerzo Acarrear agua Servir el almuerzo y almorzar Lavar trastos Arreglar la cocina Poner a cocer el nixtamal Arreglar el resto de la casa	Cocina / Fogón Manantial / Casa Cocina / Detrás del fogón Zarzo Cocina Fogón / Cocina Enramada, ranchos, patio	
Medio día (De 12:00 am a 2:00 pm)	Acarrear leña Quebrar y asentar la cuajada	Campo / Casa Rancho del queso / Tina	Preparar comida Atender el proceso del queso Dar de comer a la familia	Cocina Rancho del queso Cocina / Detrás del fogón	
La tarde (De 2:00 a 7:00 pm)	Comer Exprimir y amasar (con sal) la cuajada Elaborar el queso Juntar las vacas para echar a mamar los becerros	Cocina / Mesa Rancho del queso / Artesa Potrero / Corral	Comer Lavar trastes y arreglar la cocina Participar en la elaboración del queso y requesón Recolectar frutas / alimentos Planchar, lavar, etc.	Cocina / Mesa Zarzo / Cocina Rancho del queso / Artesa Campo Casa	
Al pardear (De 7:00 a 8:00 pm)	Vuelta al ecuaro Lavar el avío del queso Rezar el rosario	Ecuaro Rancho de ordeña / Artesa Rancho, frente a las imágenes religiosas o hacia el oriente	Preparar cena Rezar el rosario	Cocina / Fogón Rancho	
Noche (De 8:00 a 10:00 pm)	Tomar infusión con alcohol Cenar Dormir	Cocina / Mesa Cocina / Mesa Rancho / Cama	Dar de cenar y cenar Recoger y guardar alimentos Lavar los trastos	Cocina / Fogón Cocina Zarzo	
Media noche (De 10:00 a 12:00 pm)	Ocasionalmente espíar animales que dañan el ganado o los cultivos	Labor	Dormir	Rancho	

Cuadro 10
Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo.
Un día en tiempo de los desahogos (noviembre-diciembre-enero-febrero)

Actividades principales por sexo y espacio	Hombres		Mujeres		Observaciones
	Partes del día	Actividad	Espacio	Actividad	
La madrugada (De 0:00 a 6:00 am)	Dormir Levantarse / Orar Moler el nixtamal	Rancho / Cama Cocina	Levantarse / Orar La molienda Preparar el desayuno	Rancho / Cama Cocina / Chimenea Cocina / Fogón	En este periodo es cuando más sale la gente de sus ranchos, tanto por motivos de negocios (vender queso, animales y maíz; comprar viveres, ropa, calzado, etc.) como de esparcimiento o religiosidad (fiestas, bodas, fiestas, mandas y peregrinaciones a santuarios para honrar a sus santos de mayor veneración). También es cuando vuelven las familias de su rancho de ordeña a su casa de secas (en otro rancho o poblado); es el periodo de desahogo, mas desocupado de respiro... Al final del periodo se intensifica el trabajo: hacer agujajes, moler maíz, acarrearlo y almacenarlo. En la mayoría de las casas se sintoniza siempre la radio en las estaciones de poblaciones cercanas por las que se transmiten avisos, mensajes y saludos durante la hora de la radionovela y programas especiales para los rancheros. Se da una conversación constante, mucho mayor en las comidas. H: Los menores pueden pasar mas de un día fuera de la casa con los mayores que frecuentemente van a espíar venados en los ojos de agua o a buscar árboles frutales.
Al amanecer (De 6:00 a 7:00 am)	Desayunar (canela con alcohol)	Cocina	Servir el desayuno	Cocina	
Al rayar el sol (De 7:00 a 8:00 am)	Buscar bestias, alimentarlas y ensillarlas Almorzar	Potrero / Solar de la casa Cocina / mesa	Preparar el almuerzo Lavar avío de cocina Servir el almuerzo y almorzar	Cocina / Fogón Zarzo Cocina / Detrás del Fogón	
Con el sol en alto (De 8:00 a 12:00 am)	Supervisar potreros y ganado Reacomodar ganado	Potrero Potreros	Poner nixtamal Lavar los trastos Ordeñar vaca de la leche de la familia Arreglar la casa Costura y bordado Radionovela (escuchar avisos)	Fogón Zarzo Corral Rancho, Cocina, Pato Rancho Rancho / Enramada	
Medio día (De 12:00 am a 2:00 pm)	Reparar parte de la vivienda Ocio	Casa	Preparar comida Costura y bordado	Cocina / Fogón Rancho	
La tarde (De 2:00 a 7:00 pm)	Comer Acarrear y rajar leña	Cocina / Mesa Campo / Casa	Dar de comer y comer Recoger y lavar trastos Visitar vecinos Ocio	Cocina / Fogón Cocina / Zarzo En la localidad o en otras En la enramada o rancho de en medio	
Al pardear (De 7:00 a 8:00 pm)	Rezar	Rancho	Rezar Preparar la cena	Rancho Cocina / Fogón	
Noche (De 8:00 a 10:00 pm)	Cenar / Dormir	Rancho	Dar de cenar y cenar	Cocina / Fogón	
Media noche (De 10:00 a 12:00 pm)	Dormir	Rancho	Dormir	Rancho	

Cuadro 11
Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo.
Un día en tiempo seco (marzo-abril-mayo-junio)

Actividades principales por sexo y espacio	Hombres		Mujeres		Observaciones
	Partes del día	Actividad	Espacio	Actividad	
La madrugada (De 0:00 a 6:00 am)	Levantarse / Orar Moler el nixtamal Buscar vacas ubradas Arimar a mamar becerros recién nacidos	Rancho / Enramada Cocina Potrero Potrero	Levantarse / Orar Molienda	Rancho Cocina	La gente continúa movilizándose bastante en este periodo; ahora se van surtiendo y preparando con lo que ocuparán durante las lluvias: abonos, herbicidas, semillas, sal, despensa en general y avío para su quehacer. Al final de este periodo hacen las mudanzas de su residencia de secas a los ranchos de ordeña. El final del periodo también es de trabajo "amarrado", pues el ganado requiere de atención permanente, es el tiempo en que las vacas paren y se escasean más los pastos y el agua. También se reparan cercas de potreros, corrales, solares, casas. Se traslada el ganado del agostadero de secas al rancho de ordeña. Hombres, mujeres y niños con frecuencia pasan la noche en los bailes que localmente se organizan (matanzas de cerdo).
Al amanecer (De 6:00 a 7:00 am)	Desayuno	Cocina			
Al rayar el sol (De 7:00 a 8:00 am)	Buscar bestias, alimentarlas y ensillarlas Preparar pastura para llevarle al ganado Almorzar	Potrero / Casa / Solar Casa / Troje Cocina / Mesa / Chimenea	Preparar el almuerzo Dar de almorzar Lavar avío de cocina y trastos Ordeñar vaca de la leche	Cocina / Fogón Cocina / Fogón Zarzo Corral	
Con el sol en alto (De 8:00 a 12:00 am)	Cargar las bestias con alimento para llevarlo al ganado Dar de comer al ganado Proveer de agua al ganado	Casa / Potrero Potrero / Aguaje / Sesteo Potrero / Aguaje / Sesteo	Arreglar casa y ropa Hacer costura y bordado, escuchar radionovelas	Rancho Rancho	
Medio día (De 12:00 a 2:00 pm)	Buscar las vacas que no acudieron al lugar donde se les da de comer y beber	Potrero	Preparar comida Dar de comer y comer Recoger y lavar los trastos	Cocina / Fogón Cocina / detrás del fogón Cocina / Zarzo	
La tarde (De 2:00 a 7:00 pm)	Regreso a la casa Comer Reparar abrevaderos o ductos Búscar vacas ubradas, atender partos Recolección de frutas Acarrear y rajar leña	Potrero / Casa Cocina / Mesa Potrero Potrero Campo / Río Alrededores de la casa y rajadero	Recolección de frutas Visitar vecinos	Campo y casa En la localidad o en otras, en la enramada o rancho de en medio	
Al pardear (De 7:00 a 8:00 pm)	Rezar Cenar	Rancho Cocina / Mesa	Rezar, preparar la cena Dar de cenar y cenar	Cocina Cocina / Detrás del fogón	
Noche (De 8:00 a 10:00 pm)	Dormir	Casa, rancho o enramada	Dormir	Rancho	
Media noche (De 10:00 a 12:00 pm)	Dormir	Rancho	Dormir	Rancho	

co, el trabajo y la solidaridad familiar. El jefe de familia cede a cada hijo que se va a casar, un trozo de terreno que se convertirá en el solar de una nueva casa; esto, con el tiempo y dependiendo del número de hijos, va generando una serie de construcciones alrededor de la casa paterna. En este sentido, la unidad doméstica de producción integrada es el "espacio socioeconómico básico donde se concentran los elementos productivos (tierra y trabajo)" del que nos habla Ana Paula de Teresa,²⁹ sin embargo, aquí el consumo y las tareas domésticas se realizan al interior de cada unidad conyugal o nuclear que forma parte de la unidad doméstica de producción integrada. Así pues, estos hogares con autonomía doméstica, en cuanto a los recursos que trabajan y el terreno donde construyen sus casas, forman parte de unidades domésticas de producción que integran varios hogares (centros de decisión jerarquizados) cuyos jefes de familia (o cónyuges) son descendientes del terrateniente.

Los medieros sin tierra, mientras permanezcan en ese estatus, no pueden propiciar otro tipo de organización que no sea la de autonomía doméstica: los hijos que se van casando —si los hay—, o emigran o se reparten en los diferentes ranchos de la pequeña región, en busca de trabajo y piso para vivir con algún terrateniente sea o no pariente. En su caso, los minifundistas, cuando tienen muchos hijos varones, difícilmente mantienen las unidades domésticas de producción integradas sin expandirse, adquiriendo nuevas fracciones de tierra.

Actualmente para los propietarios de los ranchos (o sus sustitutos los arrendatarios o administradores) cada vez es más difícil integrar o reunir los hogares que den origen a las unidades domésticas de producción integradas de antaño.³⁰ La nuclearización de éstas va en aumento, sobre todo en los lugares donde la migración hacia el medio urbano o hacia los Estados Unidos se ha acentuado. En la etapa de expansión de una uni-

29. Ana Paula De Teresa, "La encuesta genealógica: una propuesta metodológica para el análisis de la reproducción de la economía campesina", ponencia presentada en el "II Coloquio de la Revista *Nueva Antropología*", México, septiembre, 1990, p. 11.

30. En el espacio vecindario de El Santuario y ranchos aledaños se localizan, por ejemplo, cinco unidades domésticas de producción integradas que reúnen de tres a cuatro unidades con autonomía doméstica: El Santuario (dos unidades), Los Desmontes, La Limonera y Santa Rosa.

dad doméstica es evidente su nuclearización; el padre, la madre y los hijos solteros explotan la unidad de producción agropecuaria o rancho organizando las labores domésticas de acuerdo al tamaño de la familia y a su composición por sexo y edad. Pero cuando los hijos se casan y/o emigran, los terratenientes, aparte de quedar poco a poco solos en sus ranchos, sin atreverse a abandonar o en su caso vender la tierra y ganado, se quedan ahí explotándolos en la medida y hasta donde sus fuerzas se los permitan, contando para ello —si tienen suerte— con la vecindad de algún mediero que trabaje o simplemente viva en sus tierras³¹ y con las visitas esporádicas de sus hijos ausentes.

Las unidades domésticas de producción integradas que aún funcionan en la región siguen constituyendo el ámbito económico donde se intensifica la lucha diaria por el sustento y por la acumulación económica de los hogares que ahí participan. El trabajo de la explotación agropecuaria se divide entre los miembros de la familia del terrateniente que viven en y de su rancho. La apropiación del producto es privada, todo depende del número de cabezas de ganado que cada jefe de familia aporte al hato familiar y de la superficie desmontada para su cultivo.

Si un integrante de la unidad de producción integrada tiene algunas cabezas de ganado, éstas se suman al hato de toda la unidad de producción. Aunque herrado con el mismo fierro del padre (al no tener registrado uno propio), cada quién sabe cuál es su ganado y para la elaboración del queso se reúne —en el rancho de ordeña— la leche de todas las vacas. Al finalizar la temporada de ordeña (julio-octubre), el producto se reparte entre los jefes de familia de manera proporcional a las vacas de ordeña de cada uno y a su participación en la actividad. Al vender el ganado (diciembre-enero) cada quién obtiene el monto de los animales de su propiedad que han sido vendidos; los gastos para el mantenimiento del rancho (no de cada hogar) corren por cuenta del

31. Cuando un mediero vive en piso de un terrateniente, sea o no pariente, es un vecino (relaciones de sociabilidad) y un trabajador (relaciones económicas) que mantiene una relación diferente con el terrateniente, no se integra directamente al trabajo ni a la dinámica interna de la unidad de explotación agropecuaria. Simplemente se le presta un pedazo de tierra para que construya su casa y cultive —o no—, maíz “a partido” o “dado” con producción de forrajes para el ganadero.

terrateniente (cercas, abrevaderos, corrales), pero todos participan con trabajo. Desde este punto de vista, los trabajos para el sostenimiento del rancho son colectivos y dirigidos por una cabeza: la del terrateniente o uno de sus hijos, y la apropiación de los productos es individual.

El desmonte para el cultivo del maíz de temporal y producción de forraje es realizado por cada jefe de familia, y, aunque se realiza en propiedad del padre, la cosecha de grano es distribuida de acuerdo a las necesidades internas de cada unidad doméstica nuclear, sin olvidar la cantidad de grano que debe destinarse al consumo de su ganado. Si hay excedentes de este producto, quien lo cultivó lo pone a la venta en el mercado local o urbano y el dinero ingresa a la unidad doméstica nuclear a la que pertenece. Los esquilmos son aprovechados colectivamente.

Aunque los hijos casados del terrateniente habiten en un grupo nuclear distinto al del padre, las relaciones sociales, económicas y de parentesco que los unen, permiten que las decisiones importantes o de mayor trascendencia sobre el manejo del rancho se tomen en grupo y que la cooperación y el apoyo entre sus miembros sean más efectivos. Sin que se discuta la autoridad del padre ni la de la madre, pueden surgir diferencias o disgustos entre los miembros de las unidades domésticas de producción integradas originando la separación de alguna(s) de ellas.

No se desconoce la trascendencia de la incompatibilidad frecuente entre las diferentes esposas de los hijos de los terratenientes. A pesar de tener cada una su propio hogar, separado uno del otro por varios metros, muchas veces los altercados entre ellas ocasionan que los esposos emigren hacia otros lugares, generalmente al medio urbano o a los Estados Unidos, debilitando enormemente este tipo de organización económica y los lazos familiares que la cimientan. En ocasiones, también los problemas surgen entre nuera y suegra, entre suegro y yerno, entre padres e hijos y entre cuñados; por inconformidad, favoritismo, ambición, desconfianza, por la flojera de algunos y los chismes y rumores de otras. Aquí es donde comienza verdaderamente la dispersión de los hijos, no al momento de contraer matrimonio. De esta manera, en las unidades domésticas de producción integradas se puede despejar claramente la convivencia estrecha entre las relaciones de solidaridad y de conflicto. Con cierta razón, Jelin observa que la unidad doméstica es una organi-

zación social con una estructura de poder donde hay bases estructurales de conflicto y de lucha.³²

Si a lo largo de la vida de las unidades domésticas de producción integradas sus miembros integrantes logran acumular ganado y tierra, todo se puede sumar a la unidad de explotación paterna, pero conservando su propiedad, también cada quien puede manejar por separado sus bienes mostrando tendencia hacia su independencia. Desde esta perspectiva, el funcionamiento integrado de un rancho puede servir de trampolín hacia la independencia económica de sus miembros, más aún, cuando un terrateniente ve de cerca el fin de sus días y sus hijos siguen trabajando en su rancho, existe una gran probabilidad de que les reparta en herencia gran parte de su explotación (puede conservar algo para él), haciendo que las partes que se van a heredar sean colindantes con las propiedades que sus hijos lograron comprar con el producto de su trabajo en el rancho o de sus cortas experiencias migratorias; así la unión de ambos predios puede propiciar una explotación que garantice el sostenimiento de la nueva familia. Si por el contrario, el terrateniente se ha quedado solo en su rancho, entonces es más probable que lo rente, lo pase "a partido" a un administrador, lo venda o, en el último de los casos, lo herede a sus hijos.

Las características de estas unidades domésticas son las siguientes:

1. Ciclo de vida de la unidad doméstica del terrateniente (fase de dispersión o matrimonio de los hijos).
2. Tamaño de la familia, edad y sexo de sus integrantes (de esto dependen las necesidades de consumo de cada nuevo grupo doméstico y la intensidad en la explotación de los recursos).
3. Acceso a los recursos (generalmente los matrimonios jóvenes tienen poca posibilidad de comprar terrenos y aumentar su hato de ganado, de tal manera que se integran al rancho de sus padres).
4. Vivir y trabajar la mayor parte de su vida en terrenos del padre o de la madre terratenientes: padres e hijos comparten la responsabilidad y los beneficios de una explotación agropecuaria.

32. Elizabeth Jelin, *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Buenos Aires, CEDES, 1984, p. 34.

En resumen, la unidad doméstica en cuestión es el espacio socioeconómico en el que un grupo de personas emparentadas por lazos consanguíneos o de afinidad, aunque no comparten el mismo techo, trabajan en una explotación económica que les garantiza el acceso a los recursos y el sustento diario. El parentesco, la residencia en terrenos de la explotación agropecuaria, el trabajo y la solidaridad familiar son sus componentes principales. Aquí se puede observar la disociación que existe entre el espacio netamente doméstico y la unidad o espacio de producción familiar donde se organizan colectivamente algunos trabajos y se permite la apropiación individual del producto.

La explotación familiar de un rancho

En el contexto actual,³³ se presentan el origen y dinámica de una de las dos unidades domésticas de producción integradas, encontradas en el corazón de El Santuario. Se trata de un rancho de pequeña talla, originado por la fracción de tierra que Herón Barragán hereda a su hijo Gerardo Barragán Fernández en 1972: setenta hectáreas repartidas entre El Santuario y El Mocho. Gerardo se casa hacia 1960 con Gerónima Medina Barragán, nieta de Emilio, hermano de Herón.³⁴

El caso que se presenta se refiere a una familia minifundista, con un hato pequeño de ganado y un predio rústico menor de 100 hectáreas de terreno de agostadero, cerril y erial.

Cuando Gerardo recibe El Santuario y El Mocho, la unidad doméstica de producción integrada de su padre llegaba a su fin.³⁵ Gerardo, al igual que sus hermanos, se independiza con su pequeño hato de ganado (de 10 a 12 vacas) y comienza a trabajar su rancho con el apoyo de sus hijos mayores (Roberto y Raúl). En 1979 Gerardo Barragán fallece víctima de un cáncer en la garganta, y queda su esposa Gerónima como poseedora y administradora de los bienes de su marido y al frente de

33. Actualizado hasta febrero de 1996.

34. *Cfr.* Genealogía 2.

35. *Cfr.* la parte final de la historia de vida de la familia Barragán Fernández presentada por Esteban Barragán, 1990a, pp. 145-157.

nueve hijos: cinco varones y cuatro mujeres. Al faltar don Gerardo, Roberto, a sus 18 años de edad, toma las riendas de la explotación: “*Ai nosotros le echábamos, yo era el más grande, pero Raúl y Gello (Rogelio) también me ayudaban*”, afirma Roberto.³⁶

En 1980, Guillermina, la mayor de las mujeres, contrae matrimonio y cambia su residencia a Los Desmontes. Roberto se casa con María Esthela dos años después y construye su casa ahí mismo en El Santuario, a unos cincuenta metros de la paterna. Antes del primer año de su matrimonio, Roberto emigra por ocho meses a los Estados Unidos. Durante este tiempo, Raúl —de quince años de edad—, se hace cargo de los animales y del cultivo del maíz (desmante). Unos meses antes de que Roberto regresara (1983), Raúl se disgusta con su madre, abandona el hogar y se recoge con su hermana Guillermina en Los Desmontes. Al regresar Roberto, Raúl decide también probar suerte en El Norte. Durante este tiempo, Roberto retoma la responsabilidad de los trabajos del rancho de su madre; trabajaban —según su esposa Ma. Esthela— “*todos juntos, el desmante, la leche, el queso y las vacas, todo era junto. Geroma (Gerónima) hacía el queso de todos y nosotros hacíamos nuestro queso (fresco) del gasto, sacábamos la leche del gasto y el maíz del gasto. Cada quién sacaba lo del gasto (de su casa)*”. De esta manera, los ingresos por la venta de queso, maíz y becerros se sumaban al de la unidad doméstica materna y de allí el hijo casado tomaba una parte proporcional a su trabajo y ganado para solventar los gastos de su nuevo hogar.

En 1984 regresa Raúl de los Estados Unidos y se reintegra a la unidad doméstica de su madre. Roberto decide “*apartarse*” de su casa, es decir, todos los ingresos generados por su trabajo en el cultivo del maíz y por su ganado, ya no se sumarán al ingreso del hogar materno ni él se responsabilizará directamente del sustento de su madre y hermanos; cada grupo doméstico deberá trabajar en los potreros y corral del rancho según las necesidades de cada familia: Raúl y sus hermanos(as) solteros(as) trabajaban para la casa materna y Roberto para la propia (su esposa e hijos). Los ingresos por la venta del queso añejo que se produce

36. Entrevista con Roberto y María Esthela Barragán, febrero de 1996, El Santuario, Mich.

colectivamente se reparten de acuerdo con el número de vacas de ordeña³⁷ que tiene cada miembro con autonomía doméstica; lo mismo pasa con los becerros; y las ganancias del maíz también son para el hogar de quien lo cultiva. Sin embargo, se siguen manteniendo los trabajos colectivos del rancho: Roberto ordeña las vacas de todos; Bertha, su hermana, las amarra y las busca en los potreros; Geroma elabora el queso; todos vacunan, hierran, arreglan cercas y puertas y, en general, atienden y vigilan los intereses del rancho.

En 1986 Roberto y Raúl deciden comprar “La Falda”, potrero colindante con el que ya tenían. A estas 25 hectáreas de terreno ríscoso e inclinado “bueno para los tejones” —como dicen ellos—, iban temporalmente las treinta cabezas de ganado que formaban el hato de toda la familia; así “los potreros son de todos juntos, todo el ganado se hecha junto”, pero sólo sus propietarios pueden decidir sobre él (vender, rentar, pasar a partido o regalar).

Raúl forma su propio hogar en 1989 y construye su casa a diez metros del hogar paterno; su hermano Lorenzo queda al frente del rancho y con la responsabilidad del sustento familiar. Raúl, al igual que Roberto, se separa del hogar materno; todos siguen trabajando de igual manera el rancho y las superficies de cultivo aumentan a medida que los hijos casados construyen sus viviendas en terrenos de la explotación. A falta de buenas tierras para el cultivo, frecuentemente Roberto siembra en terrenos de su vecino tío Carlos, con la condición de que deje el rastrojo allí. En cuanto hacen llegar la brecha los vecinos de El Santuario, la familia decide comprar una camioneta: venden las vacas más viejas o “malditas” sin importar quien sea el dueño, de ahí sale una parte del dinero y Geroma aporta la otra. La camioneta se compró con dinero de todos, pero se decía de Geroma: “ella es la jefa”.

En el mismo año del matrimonio de Raúl, Lorenzo emigra a los Estados Unidos. Durante los veinte meses de su estancia allá, sus her-

37. Se calcula en promedio un litro y medio de leche al día por cada vaca durante los cuatro meses que dura la temporada de ordeña. De cada diez litros de leche se saca un kilo de queso seco, es decir, de un litro de leche se producen cien gramos de queso seco. Durante una temporada de ordeña, una vaca da 180 litros de leche que equivalen a 18 kilos de queso seco, una pieza grande.

manos, Jorge y Rogelio, encabezaron las labores de cultivo, su madre y hermanas (Geroma, Lidia y Bertha) realizaban la mayor parte de los trabajos ganaderos (Cristina se consagraba a los trabajos domésticos). Al año (1990) Roberto decide ir al Norte por segunda vez, allá se reúne con su hermano. Mientras Lorenzo trabaja en el país vecino, la familia decide cambiar de camioneta; la mayor parte del dinero requerido se obtuvo de las remesas que él enviaba a su madre y de la venta de una de sus vacas y de uno de sus becerros. El vehículo se usa para el servicio de todos, pero Lorenzo es el propietario nominal, por la mayor cantidad de dinero que aportó.

Antes de que los “dos norteños” regresen, Lidia contrae matrimonio y se muda al rancho de Los Toriles. Por su parte, Rogelio, por desavenencias con su madre, abandona El Santuario a finales de 1990 y se refugia en el rancho de Santa Rosa, con uno de sus tíos (un hermano de su padre). Roberto, por su parte, dura sólo ocho meses en los Estados Unidos y se regresa junto con su hermano Lorenzo. En 1991 Rogelio se casa con una hija del tío con quien estaba viviendo y continúa en Santa Rosa. Como no se lleva las dos vacas de su propiedad, su mamá le envía cada temporada el queso elaborado con la leche que éstas producen. En este mismo año Lorenzo vuelve a los Estados Unidos y Bertha y Jorge siguen al frente de los trabajos ganaderos y agrícolas. Bertha se encarga del ganado de la unidad doméstica materna, lo alimenta durante el tiempo seco y lo atiende en partos, crianza y enfermedades en los potreros; según Roberto, “si se trata de ir a El Mocho (potrero más alejado de la vivienda), Bertilla va”; cuando él no está, ella también ordeña las vacas. Jorge (pese a su padecimiento Corea de Huntington)³⁸ siempre hace el desmonte, sólo le ayudan a cosechar, él hace todo lo demás: levanta el maíz para el gasto de la casa y para los animales. Prácticamente Bertha se encarga del ganado, Jorge le ayuda muy poco debido a sus problemas psicomotores y sólo cuando Bertha “anda en muchos aprietos” le ayuda Roberto. De esta manera, la organización colectiva del trabajo del rancho sigue igual entre los tres hogares que ahora integran la unidad de

38. Desorden hereditario, según Mendel, caracterizado por movimientos coreicos (temblor corporal convulsivo) y demencia en la vida adulta. *Cfr.* Guillermo Fernández Ruiz, *op. cit.*

producción: Geroma hace el queso de todos, Bertha amarra, Roberto y ordeña; todos realizan los trabajos de mantenimiento del rancho y del ganado; cada quien siembra para el gasto de su hogar, de los animales y para la venta, y dispone de los productos de su ganado (queso y carne).

En 1992 se casa Cristina con un vecino de El Santuario. Su esposo se integra a la unidad de producción de su padre por lo que se quedan a vivir allí. A finales de ese mismo año, Lorenzo regresa de los Estados Unidos y debido a que el trabajo en el cultivo del maíz le produce alergias, decide partir, en compañía de su hermana Bertha, a la ciudad de Guadalajara. Allí trabajarán "a medias" la paletería de una prima hermana suya. El plan era que su madre y su hermano Jorge se reunieran con ellos en cuanto el negocio proporcionara mejores ganancias. Bertha se regresa a El Santuario y estos planes se vienen abajo cuando en 1993 Lorenzo y su madre entran en conflicto debido a la elección y pretensión matrimonial de Lorenzo. Consumado su matrimonio en ese mismo año, las relaciones con su madre se rompen y crece el distanciamiento. Lorenzo logra comprar la paletería que trabajaba y después de tres años en esta ciudad, empujado por la crisis y por la competencia entre los de la industria paletera, vende a un primo su negocio y se regresa a El Santuario, a principios de 1996. Hizo las paces con su madre y ahora planea construir allí su casa e incorporarse nuevamente al trabajo del rancho.

Raúl, por su parte, estuvo trabajando y viviendo en terrenos de El Santuario hasta que, en 1995, tomó "a medias de crías y leche" el rancho ganadero de su tío Carlos que emigra, con toda la familia, a la ciudad de Guadalajara. Así Raúl se aparta temporal y completamente de la unidad de producción de su madre, se lleva la mayor parte de su ganado a El Rodeo (siete u ocho vacas), sólo deja algunos animales en "La Falda" porque es dueño de una parte. También abandona temporalmente su vivienda de El Santuario para radicar en El Rodeo, rancho de ordeña de su tío. Lorenzo, instalado provisionalmente en la casa de su hermano Raúl en El Santuario, piensa asociarse con él "a medias" de la parte que le corresponde a Raúl en el trato con su tío Carlos: "Nomás que está medio asustado, tiene miedo de que le deje todo el trabajo y que no le dé nada", —comenta su hermano mayor. "Si Lencho no trabaja con Raúl, tiene que desmontar acá con nosotros —agrega—, el ganado lo acabó to-

do, nomás tiene una vaca y una becerra, aunque puede comprar más”. Por lo pronto los probables socios “compran ‘a medias’ una camioneta vieja para no ‘joder’ las nuevas, para echarle la carga porque la brecha está muy fea. Ahora que arreglaron la brecha, a lo mejor la venden”, confirma Roberto.

Por el momento Rogelio sigue en los Estados Unidos y su esposa lo espera en el rancho de Santa Rosa con sus padres. Anuncian que, a su regreso, Rogelio se integrará con su familia en el rancho de El Santuario. Por su parte, Bertha, a pesar de la resistencia de su madre, ya ha sido pedida en matrimonio. Casándose Bertha, Geroma se quedará sólo con Jorge y frecuentemente amenaza con vender o rentar la tierra. Según las reflexiones de sus hijos: “¿De dónde va a sacar para mantenerse? ya no tiene vacas, sólo se queda con alguna piececilla de queso y el maíz que siembra Jorge. Cuando Raúl y su esposa le dijeron que les vendiera a ellos el rancho, Geroma le contestó: ustedes no me lo pagan”; “ya sé la malicia”, agrega María Esthela.

Roberto concluye diciendo:

La jefa no vende, no vendiendo, de aquí nos mantenemos todos, ahí seguimos como vamos, luego Raúl tiene que venirse otra vez con nosotros, el contrato con mi tío es por tres años, aunque quedaron que, si ellos (la familia de su tío) no están a gusto en Guadalajara, entonces se regresan y Raúl les entrega el rancho; o si Raúl ya no lo quiere seguir trabajando, entonces él se los entrega.

Este caso muestra una de las dos³⁹ unidades domésticas de producción integrada encabezada por mujeres (cinco en total en la región) encontradas en el espacio vecindario de El Santuario y ranchos más próximos. Aquí se observa que la residencia de los hijos casados y solteros en terrenos de la explotación, aunada a los recursos que trabajan y de los que viven, dificulta –y muchas veces impide– la venta del patrimonio familiar. Aunque los hijos puedan negociar la elección de las fracciones de tierra que cultivarán, el ganado que meterán a los potreros, el lugar donde construirán sus viviendas, el jefe terrateniente –en este caso la

39. La otra es La Limonera, Mpio. de Manuel M. Diéguez, a escasos tres kilómetros de distancia de Los Desmontes, Mpio. de Tocumbo, Mich.

madre— es el que da el consentimiento —algunas veces forzado. Ambas partes asumen que en cuestiones no muy trascendentales "el jefe" debe estar por lo menos informado para evitar contrariarlo al punto de llegar a serios conflictos.

Aunque Geroma y Cristina siempre se han distinguido por su dedicación a los trabajos domésticos, el papel protagónico e indispensable de Lidia y Bertha en los trabajos ganaderos fue prácticamente ignorado en el relato de los informantes. Sin embargo, ¿quién se hizo cargo del ganado durante los tiempos de ausencia de los varones que debían hacerlo?, es decir, mientras que trabajaban en los Estados Unidos, se casaban y se separaban del hogar materno, lo abandonaban por disgustos con su madre o concretamente cuando Lorenzo y Rogelio no se responsabilizaron de los trabajos ganaderos correspondientes al hogar materno. Sólo las preguntas precisas e insistentes sobre su trabajo y responsabilidad pudieron dar indicio del trabajo de estas mujeres en su lucha por la subsistencia diaria.

El aparente vaivén de los miembros de la unidad de producción integrada refleja, además de los conflictos que al interior de las familias ocurren comúnmente, la búsqueda de cada uno de ellos por acomodarse en mejores perspectivas de trabajo y de ingreso. Asimismo, muestra el reconocimiento y apoyo que implícitamente reciben los que "lo buscan afuera" por parte de los que "aguantan" en el lugar; ambos saben que cualquier logro individual de alguno de los miembros redundará en el beneficio de todos en un momento dado; un ejemplo es la compra de la camioneta con dinero del hijo migrante.

Finalmente, el funcionamiento integrado de los ranchos muestra la simbiosis entre la familia y la explotación agropecuaria. Pese a esto, en su organización interna se observa una disociación entre el espacio doméstico (residencia y consumo organizado en las unidades con una relativa autonomía doméstica) y la unidad de producción familiar que integra dos o más hogares (organización colectiva del trabajo y apropiación privada del producto). Disociación que muestra la ausencia de la cohabitación entre las parejas rancheras y la presencia de arreglos socioeconómicos que permite mantener y sostener a los hijos casados de algunos terratenientes en su medio de origen y entre sus familiares.

Arreglos que sirven también de trampolín (heredar y —en su caso—, comprar paulatinamente tierra y ganado) hacia su independencia o de refugio ante los fracasos resultantes de su migración hacia el medio urbano, nacional o internacional.

IDENTIDAD, VISIÓN Y ALCANCE DEL ROL DE LA MUJER RANCHERA

Es importante completar este análisis con la puesta en evidencia de lo que es menos perceptible, más implícito, más difícil de captar por su carácter cualitativo y subjetivo, más encerrado en las prácticas personales, familiares y locales; eso que permite algunas veces explicar mejor lo que frecuentemente mora o surge sin que sea muy evidente; eso que une, distingue y perdura entre la gente que vive en y de los ranchos jalmi-chanos: su identidad.

Polisémica como es, la noción de identidad tiene una pertinencia esencialmente heurística y no la ambición de poner fin a un debate ideológico fundamental. La dificultad para abordarla reside en el hecho de cómo llegar a conciliar y hacer vivir en armonía en una misma individualidad (individual o grupal) al hombre, a la mujer, al adolescente, al adulto, al anciano, al católico, al pacífico, al valentón, al trabajador, al agricultor, al ganadero, al ranchero, al mexicano, al migrante, al sedentario. Ciertamente en cada instante de la vida, una forma o signo de la identidad se vuelve predominante y engloba las identidades fraccionadas para establecer una verdadera conciencia individual y de grupo. Desde esta perspectiva analítica, es necesario abandonar el paradigma psicológico que sitúa la anterioridad del *yo* en relación al *nosotros* y el paradigma sociológico que pugna por lo inverso. Superar este ostracismo disciplinario da cuenta de la complejidad de la dinámica identitaria que reposa en la simultaneidad de diferentes polos individuales y colectivos.

Partir de la pareja identidad-pertenencias nos sitúa en un enfoque dinámico, múltiple y acumulativo de la identidad que permite integrar una constelación de varias identidades (género, estrato social, grupo de edad, territorio, cultura, religión, trabajo, etnia) que pueden ser encerradas en una, considerada como prioritaria en función de los contextos o

según las circunstancias; esto es "como tener un 'lugar' de donde apropiarse para ordenar la experiencia vivida". Vista así, la identidad es "un proceso en donde es posible señalar diversos niveles, no excluyentes, que caracterizan a un grupo concreto, dependiendo del conjunto de evidencias a que se haga referencia".⁴⁰ De esta manera, la delimitación de las unidades de pertenencia, ese conjunto de evidencias referidas a sí mismo (un individuo, un grupo, una clase, una cultura, una región o una nación), aparece como una condición previa a la reflexión sobre la producción de identidades.

Partiendo de lo anterior y de acuerdo con el interés central en este trabajo, abordaremos la identidad de la mujer ranchera como trabajadora, forma identitaria muy imbricada a su pertenencia a una cultura e identidad ranchera globalizante —con todo lo que ella encierra—, a un género, a una actividad económica y a un grupo de edad. Pertenencias y apegos que sirven de elementos fuertes en la identificación y relación entre lo que puede ser "parecido" y al mismo tiempo "diferente".

La gente de los ranchos: identidad y alteridad

Los rancheros perciben, piensan, se expresan y se conducen en términos de su propia cultura. Su conducta y experiencia individuales —por más desviadas que sean—, están modeladas por los valores, normas, tradiciones y representaciones que respaldan y fundamentan su conducta individual, grupal y social. En oposición a la dispersión de la población serrana, estos valores, normas y tradiciones, aunados a una manera de hablar, un territorio, una organización del trabajo y un pasado común, mantienen los lazos que unen a los habitantes y oriundos de la sierra jalisco.

Los mecanismos sociales que garantizan la permanencia del grupo ranchero (mostrados en la reproducción biológica y social), sumados a los procesos colectivos que recrean la distinción inter y extra grupal (trato social, género, edad y grupo de pertenencia y de referencia) y a las prácticas culturales del grupo, generan y retroalimentan su identificación

40. José Carlos Aguado y María Ana Portal, *Identidad, Ideología y ritual*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 1992, pp. 47 y 48.

mutua. Aquí la identidad puede ser analizada a la vez como la interiorización de categorías de pertenencia y de diferencia y como expresión de rechazo para ser tratada por “otros” de manera estandarizada e impuesta: “nosotros somos rancheros porque nos criamos y vivimos en el rancho; de aquí somos”. “El agricultor es el que tiene tierras de cultivo y tractores; el ganadero se dedica nomás al ganado. El ranchero tiene poquito de cada cosa”. “No somos ejidatarios porque aquí cada quien tiene el título de su propiedad” y “si el campesino es ranchero, entonces seremos campesinos pues”.

Ciertamente su identidad está sujeta a cambios constantes (ajustes, afirmaciones y rupturas), que no llegan a romper completamente las sólidas estructuras que caracterizan a la gente de rancho y que les sirven de referencia para identificar a los “otros”: “los poblanos” (pueblerinos), “los ciudadanos” (los de la ciudad), los forasteros o fuereños en relación a los hombres; y las de Santa María, las del Montoso, las de Guadalajara, las “alteñas”, las fuereñas, “las del pueblo” en el caso de las mujeres. Como puede observarse, la identificación separada de otros grupos de hombres y de mujeres, oscila entre ser muy puntual hasta vaga e imprecisa; puede ser que estas categorías subjetivas sean las únicas que están dentro de su universo conocido o que las respuestas concretas a estos cuestionamientos no reflejen lo que sus actitudes, comentarios y opiniones informales y aisladas externan sobre los “indios”, “campesinos o ejidatarios mestizos”, “poblanos” y el “gobierno”;⁴¹ llegando a meter a diferentes grupos, ajenos a ellos, en el mismo costal: “los forasteros”, “los ciudadanos” o “los poblanos”. Hecho que se les revierte cuando también ellos son incluidos por las instituciones oficiales en el grupo de “los campesinos”.

Partiendo de la visión “desde adentro” del mundo ranchero, Esteban Barragán⁴² detalla las diferentes apreciaciones estereotipadas sobre “la gente distinta” que surgen en la sierra jalmichana. A pesar de que el ranchero pregona que “todos somos gentes”, aclara que no todos somos

41. Cfr. Esteban Barragán López, “Identidad ranchera. Apreciaciones desde la sierra sur ‘jalmichana’ en el occidente de México” en *Relaciones*, núm. 43, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990c, pp. 75-106.

42. *Ibid.*

iguales, que “unos son de un *jais* y otros de otro”. Al grupo indígena lo sigue considerando inferior a él; es un grupo integrado por “gente sin razón”,⁴³ “prietusca”, medio hechicera, sucia y perezosa, que se dedica al comercio en pequeño (como los huacaleros y buhoneros que recorrían a pie la región vendiendo algunos productos), a la que no le gusta realizar trabajos que le demanden gran despliegue de fuerza física y que no es dueña cabal de la tierra que trabaja (por no tener su título de propiedad privada).

El menosprecio con que mira al indígena no es menor –aunque sí por diferentes motivos– cuando se trata de los ejidatarios o agraristas. Dentro de este grupo incluye a los peones o jornaleros y a los ejidatarios mestizos que básicamente viven de los cultivos y no de la ganadería como ellos. Desde su punto de vista, el ejidatario es una gente a la que no le da pena meterse en lo ajeno, que le roba al otro el fruto de su trabajo (tierra); el rancharo no entiende por qué el gobierno apoya a estos “convenencieros” que se consuelan con una “tiritita de tierra” sin título de propiedad.

Para él, estos campesinos mestizos que dependen de un patrón o del gobierno, son personas jugadoras y parranderas, no muy “luchistas”, con poca iniciativa y responsabilidad, dadas a endeudarse cuando tienen oportunidad de hacerlo y a no cumplir con sus compromisos económicos. Su desconfianza depositada sobre el ejidatario y el gobierno que

43. Posible secuela del principio aristotélico que declaraba que había gente nacida para mandar y otra nacida para servir, gente inferior y sin razón. Este planteamiento se rescata cuando en el siglo XIII en España se traducen los textos del mundo clásico grecorromano conservados en lengua árabe. En el siglo XVI, en pleno descubrimiento del Nuevo Mundo, este pensamiento, ya bien difundido y aceptado, fue aplicado en relación con los nativos de esas tierras. Según Lucas Alamán, los españoles enemigos de los indios pretendían que éstos eran incapaces de razón e inferiores a la especie humana, por lo que querían condenarlos a la esclavitud. Sus defensores, en su caso, estaban de acuerdo con ellos en cuanto a la inferioridad respecto a las razas del antiguo continente, pero consideraban que éstos debían ser protegidos contra las violencias y artificios de aquéllos. Esta inferioridad en que todos estaban conformes dio motivo a que los españoles y castas se clasificaran como *gente de razón* como si los indios carecieran de ella (Lucas Alamán, *Historia de México*, t. I, México, Jus, 1990 [1942], p. 24). Guiados por el pensamiento aristotélico, los españoles conquistadores eran los que habían nacido para mandar, los que tenían la razón; mientras que los indígenas eran seres inferiores y sin razón, hasta se cuestionó si tenían alma o no. En 1536 el papa Paulo III en su bula *Sublimis Deus* rechaza esta teoría, aceptando que todos son seres humanos, que todos tienen alma e inteligencia. Sin embargo aún en nuestros días, la gente de los ranchos que se considera de ascendencia española o de color “blanco”, se autodenomina “gente de razón” y se refiere a la población indígena como “gente sin razón”.

lo protege puede extenderse hacia los “poblanos”. Según el rancharo, los poblanos son individuos despilfarradores, mañosos, refinados y sinvergüenzas; hombres sin palabra y mujeres “destrazadas”, sin recato ni pudor.

Desde su punto de vista, si son “estudiados”, “los poblanos” se las ingenian para trabajar lo menos posible y ganar bien; pueden saber de todo, y aun ser “políticos” (hablar bonito, pero con palabras incomprensibles), sin embargo dudan de Dios, pierden la vergüenza (pudor) y los “friegan (a los rancheros) lo más que pueden” (opiniones basadas en algunas experiencias de la gente de estos ranchos con algunos abogados y médicos).

La superioridad sentida por “los poblanos”, ya sean provincianos o capitalinos, es frecuentemente minimizada por las generaciones de los “macizos” y “viejos” cuando los ridiculizan o sancionan —dentro de su terreno o fuera de él— por no guardar las formas y normas elementales de conducta social: cuando no saben realizar el trabajo rudo y pesado con el ganado y la tierra, cuando no saben montar y manejar un caballo y cuando no pueden hacer los principales nudos para atar animales o cosas; cuando las mujeres no saben hacer tortillas o tienen hijos malcriados o cuando no saludan, bailan o se comportan como ellos.

Dentro de la población urbana el rancharo distingue al gobierno. Para él “el gobierno” está formado por las diferentes “policías”⁴⁴ que se internan en la región, atemorizándolo y hasta privándolo de sus provisiones, su salud (sustos o golpes) y, en algunos casos, de la vida. También el gobierno es el que le cobra impuestos por sus tierras, por el registro de sus hijos y por la facturación de su ganado. Del gobierno conocen la cara de la represión, de la corrupción y de la burocracia. Pocos rancheros participan en las elecciones de sus gobernantes o de sus representantes ante el gobierno federal, también a pocos de ellos les llegan los beneficios que éste derrama mediante sus obras y servicios públicos.

Al gobierno le temen, lo respetan y lo evitan, saben que si caen en sus manos más vale ser humildes para que no los maltraten y si alguna vez

44. Los soldados “verdes” del Ejército Nacional, “la judicial” (Policía Judicial Federal y Estatal), los azulillos” (Policía Municipal preventiva y Guardia Rural).

necesitan acercarse a éste, mejor acuden a un pariente o amigo pueblerino, de preferencia “estudiado”, para que los respalde y sepa hablar por ellos.

Abandonando las apreciaciones estereotipadas que los rancheros jalmichanos tienen sobre la “gente distinta”, orientamos ahora nuestro interés sobre los propios protagonistas.

En el campo, en “ranchos perdidos” —como los llaman ellos—, sin servicios ni contaminación significativa, encontramos a los rancheros, mostrando cada día la realidad de su existencia: casándose entre parientes, vistiendo su ropa entallada, trabajando su ganado y tierra (o la de algún pariente), controlando su conducta, velando por la vida de sus sucesores y tratando de anular a sus enemigos; protegiendo, y luchando por mantener o acrecentar el patrimonio familiar, conmemorando a sus ancestros, recurriendo a la religión católica para lograr la salvación eterna de su alma al morir o para justificar sus actos vivaces, hablando un español tan preciso como arcaico; ahí están enfrente o “tras lomita” de los que se niegan a verlos o reconocerlos como grupo específico, con su propia historia, espacio, cultura y dinámica social propia.

Los pioneros de estas inhóspitas montañas —primero familias de origen español y después también mestizas— impusieron la ganadería extensiva de bovinos y el cultivo itinerante de maíz como actividades económicas dominantes y complementarias entre sí. Sobre las abruptas vertientes entre las cuales pastaban sus animales y cultivaban maíz, también construyeron sus rústicas viviendas, generalmente provisionales e invariablemente dispersas. El carácter provisional y disperso del hábitat, el aislamiento físico, la rusticidad y la necesidad de acomodarse en un medio ingrato, sumados a su movilidad ancestral, su desconfianza hacia los “foráneos”, su organización de la producción basada en el trabajo “a partido”, su defensa de la autonomía individual y social, a sus valores centrados en la familia, en el trabajo, en la palabra, contribuyeron a forjar a los habitantes de los ranchos, a cimentar las bases de su cultura y a construir su propia identidad.

En los espacios desolados ocupados por los rancheros, su tenacidad, flexibilidad, capacidad de adaptación (aptitud para establecer y modificar sus alianzas) y su condición movediza y expansiva constituyen sus

principales armas. Su posición marginal, flexibilidad y movilidad han contribuido a la formación de un singular sistema de valores donde la solidaridad familiar, el trabajo arduo e independiente, la autodeterminación, el honor y el prestigio figuran como elementos principales de su patrimonio cultural y de su identidad, bastión de su reproducción y filtro de su redefinición.

La gente de los ranchos, autodenominada y autoconvencida de ser “gente de razón”, descendiente de conquistadores y colonos –mestizos o criollos– se siente a gusto sola, lejos de la intervención del Estado, realizando sus actividades y tomando sus decisiones a su libre arbitrio; en el rancho –desde su punto de vista– “la vida es tranquila”, “hay pocos vecinos”, “se trabaja mucho, sembrando maíz y cuidando ganado”, “los animales pueden ser criados, andando libres y sueltos”; “también los hombres”. Para los rancheros, antiagraristas y amantes de la independencia e individualidad en el trabajo –y en la familia en general–, el sentimiento de propiedad es tan fuerte que, para sentirse plenamente dueños de la tierra, requieren que ésta esté titulada bajo el régimen de pequeña propiedad privada.⁴⁵

Asimismo, desde muy temprana edad aprenden que deben vivir alertas y a la defensiva, recordemos que en su medio, la defensa de sus derechos generalmente es a mano armada y el homicida debe huir lejos de los familiares de la víctima; difícilmente la justicia oficial satisface sus exigencias y, aunque en muchos casos se recurre a ésta, sus procedimientos terminan rigiéndose por sus propias normas de justicia.

Los rancheros consideran que un buen nivel de vida, patrimonio y prestigio se logran con arduo trabajo, iniciativa (inteligencia) y buenas tanteadas (ideas y estrategias). El autoempleo logrado con la solidaridad familiar es uno de los valores más altos entre ellos: los más acomodados ayudan a los de su red familiar que empiezan con alguna actividad económica por su cuenta. El sentimiento de eficiencia, de maximización y de austeridad está bien arraigado en la gente de los ranchos. Nada de lo que se tiene o se procura tener es inútil o de mero “lujo”, generalmente

45. *Ibid.*, p. 82.

compra "aquello y sólo aquello que le ofrece una o varias utilidades en sus quehaceres; aquello que le cueste lo menos y le sirva lo más posible".⁴⁶

Los que viven en estos ranchos admiran a los que entre ellos son calificados como hombres de bien: trabajadores, serviciales, honestos, cumplidos, responsables, valerosos, serios, bien tanteados, considerados con las mujeres, católicos, pacíficos pero no dejados, respetuosos de lo ajeno y criadores de hijos responsables; ideales muchas veces traicionados por los flojos, borrachos, cobardes, mujeriegos, mentirosos, incumplidos, desobligados, ladrones, borloteros, sinvergüenzas, matones, mal tanteados e irresponsables quienes, pese a todo, no dejan de ser admitidos en el grupo (al menos el familiar), eso sí, con señalamientos y sanciones sociales. Al fin, son los defectos de éstos los que dan la verdadera dimensión a las virtudes de aquéllos, convirtiéndose así en modelos y en ideales.

Estos ideales, estrechamente vinculados a los rasgos culturales, valores y representaciones que fundamentan la identidad ranchera, se transmiten mediante un largo proceso de socialización que inicia con "la chiquillada", continúa con "la muchachada" para ser reaprendidos y transmitidos por "los macizos" y "los viejos"; siguiendo esta dinámica a través de las generaciones. Así la identidad humana no está dada al nacer: se construye en la infancia y debe reconstruirse a lo largo de la vida; pero el individuo no la edifica solo, depende tanto de los juicios ajenos como de las propias orientaciones y definiciones de sí mismo. La identidad es el producto de socializaciones sucesivas.⁴⁷

Si los pobladores libres y autónomos de estas lejanas serranías, católicos fervientes, productores rústicos —de ganado y de maíz— astutos y desconfiados se identifican con gente seria, austera, trabajadora, cumplida, independiente, honrada, emprendedora, valerosa, responsable... estos valores y representaciones nos proporcionan algunos ingredientes de lo singular y compartido de su mundo, de lo que aspira y siente un rancho jalmichano. En suma, la identidad ranchera nos remite a cues-

46. *Ibid.*, p. 90.

47. Claude Dubar, *op. cit.*, p. 5.

tiones de pertenencias, raíces, orígenes, valores, ideales e ideología; de tradición y de observancia, elementos que le han dado valor y permanencia al grupo ranchero.

Pese a esta definición y seguridad del grupo ranchero jalmichano, la fuerza para cuestionar las cualidades estigmatizadas que otros grupos de las ciudades o de los pueblos les confieren –de “afuera” hacia “adentro”–, se va debilitando lentamente por el contacto más frecuente con el medio urbano y la aspiración de los jóvenes de alcanzarlo. La carga peyorativa atribuida al ranchero, después de haber sido elevado –mediante la figura del charro mexicano– a “símbolo de mexicanidad”, ha contribuido a la emergencia de una identidad negativa⁴⁸ entre la “muchachada” y alguno que otro “macizo”. Como grupo minoritario y relegado en las montañas, los rancheros aprenden por adelantado que los habitantes del medio urbano los ven con burla y desdén por su sencillez, timidez, y “falta de educación”; por trabajar la tierra y criar animales. Gracias a la supremacía de la identidad del grupo urbano dominante, algunos habitantes de los ranchos –sobre todo las generaciones jóvenes del rumbo de La Aurora– ven en ella el modelo ideal a seguir, difícil de alcanzar, pero no imposible, luchando por tener mejores servicios (escuela, agua entubada, plaza, clínica, teléfono, carretera, drenaje), fuentes de empleo; por vestirse y comportarse como la gente de las ciudades. Al querer ser como cualquier persona de la ciudad, consciente o inconscientemente, menosprecian los valores y tradiciones de sus antepasados y rechazan su propia identidad llegando hasta a negarla.

En la zona estudiada, la rivalidad más inmediata se da entre los jóvenes de los ranchos del espacio vecindario de La Aurora y los que forman el bloque de Santa María y El Montoso. Santa María, hoy Manuel M. Diéguez, es la cabecera de un municipio cien por ciento rural, se comunica sólo por brecha con los centros urbanos circundantes y

48. Concepto propuesto por el psicoanalista Erick Erikson: el individuo aprende de antemano lo que debe evitar. El individuo que pertenece a un grupo dominado ve a la identidad del grupo dominante a la vez como modelo ideal y como modelo inaccesible. Este proceso puede conducir al no reconocimiento de su propia identidad. Erick Erikson, 1978, *Adolescence et crise. La quête de l'identité*, Champs-Flammarion traduction.

únicamente cuenta con los servicios públicos y administrativos más elementales y con unos 700 habitantes. El Montoso, a unos cuantos kilómetros al norte de Santa María, sobre la brecha a Mazamitla y Valle de Juárez, es una ranchería con aproximadamente 200 habitantes y en servicios no excede a La Aurora. Los jóvenes “pueblerinos” de estas dos localidades consideran que los habitantes del rumbo de La Aurora son más rancheros que ellos. A su vez, los de La Aurora dicen que todavía hay otros más rancheros: los habitantes de los ranchos más escondidos, solitarios y dispersos. Éstos lo saben, lo sienten y les molesta: “Al ranchero lo hacen menos los del pueblo”, “siempre nos dicen cosas que demuestran que no nos quieren” y “uno se siente menos porque nos humillan por vivir en el rancho y tener poca educación”. Una joven precisa su sentir: “ellos se creen mucho. Las muchachas del pueblo siempre nos dicen: ‘¡hay qué rancheras!’”, también nos llaman ‘las mazapaneras’... y no me gusta, se ve que les caemos mal”.

Los habitantes de los ranchos, ante la gente del medio urbano, prefieren autodenominarse como “campesinos” o “ganaderos” que *viven en los ranchos*, categorías sociales ampliamente usadas y difundidas en el discurso oficial, civil y eclesiástico; contribuyendo, de esta manera, a la distorsión del término “ranchero” y de la cultura que encierra. Igualmente, para no avergonzarse de su origen o enfrentarse al asombro y despiste de sus interlocutores ciudadanos, ante la referencia del lugar de su nacimiento, prefieren señalar como tal el núcleo de población más grande y cercano al rancho aislado donde verdaderamente nacieron. Sin embargo, fuera de este ambiente, allá en sus ranchos y en el seno de sus hogares, los adultos luchan por inculcar y marcar entre jóvenes y niños los principios fundamentales de su cultura y sociedad rancheras, sin omitir ni cambiar el calificativo; al contrario, exaltándolo. Con su porte y seguridad pueden imponerse –o aparentar que lo hacen–, cuestionando y superando el modo en que la gente de pueblos y ciudades los juzgan. Actitud más firme y compartida por habitantes de los ranchos del espacio vecindario de El Santuario y la pequeña región que lo circunda. A diferencia de lo que ocurre en La Aurora, aquí no se imita sin cuestionamientos al visitante urbano, todo lo contrario; con gran rigurosidad miden, critican y corrigen al ciudadano que en sus ranchos no

se comporta, viste o trabaja como ellos. Según expresa una madre de familia de este espacio vecindario, “las mujeres del pueblo son de otro carácter, tienen otras costumbres, son más aventadas para todo. Pero no creo que sean igual para el quehacer”.

Los significados sociales que engloban y fundamentan la identidad ranchera son incorporados por los habitantes de los ranchos a lo largo de su vida, pero toman diferentes dimensiones de acuerdo a las distinciones al interior del grupo ranchero. A guisa de ejemplo y para continuar con el eje central de este trabajo, se privilegiará—después de la pertenencia al grupo ranchero con su propia cultura e identidad— la pertenencia a un género, estrato social y estado civil, para abordar la identidad de la mujer ranchera como trabajadora, práctica social altamente delimitada y controlada por los principios básicos que dividen y confinan a los géneros.

El impasse de “ayudante”: la identidad femenina en el trabajo

La fuerza de la división social de atributos y responsabilidades propias de cada género impone una subvaloración de la real participación femenina en los trabajos de un rancho. Las prácticas y relaciones sociales, producto del rígido esquema de la dominación masculina, ocasionan que muchas mujeres que rebasan el ámbito del trabajo doméstico, no logren trascender su categoría de simples ayudantes, aun cuando sobrepasen esa dimensión, trabajando “a un cuerpo” con sus maridos. De esta manera, “la ayudante” y “la coproductora”,⁴⁹ son denominaciones que traducen lo asignado y lo vivido por las mujeres rancheras y que nos remiten a situaciones reales e ideológicas.

Por más responsabilidades y actividades que algunas mujeres desempeñen en los trabajos de la unidad de explotación, en el discurso cotidiano de los habitantes (hombres y mujeres) de la sierra, predomina la visión tradicional impuesta sobre su rol y ocupación: ante miembros de su sociedad y ante extraños, la mujer simple y llanamente “ayuda” a

49. El artículo de Anne-Marie Granie y Pierre Roux, “Les agricultrices en cuestión”, publicado en *Nouvelles Campagnes*, núm. 35, Francia, 1985, fue el punto de partida para esta reflexión.

su esposo, padre o hermanos. Sin embargo, en la intimidad del hogar y sobre todo una vez que contrae matrimonio, la mujer comúnmente se reivindica en la práctica como trabajadora al igual que el hombre, ya que ambos trabajan "a un cuerpo" para sostener o acrecentar el patrimonio familiar, para que el rancho funcione bien, para vigilar y estar enterada de todo lo que pase, para obtener el sustento familiar. Pero el reconocimiento de la mujer como coproductora sólo puede darse en la intimidad hogareña, en las mentes de sus coterráneos y en esporádicos comentarios informales, inesperados, burlescos o indiscretos. De ahí no debe pasar y todos cuidan que así sea; no se debe ni se puede cambiar su posición. Entre estas mujeres no existe ni el menor intento para que su lugar y rol en la explotación sean reconocidos públicamente ni por los miembros de su propio grupo, menos a nivel profesional, en categorías académicas y estadísticas oficiales.

Ciertamente la distinción de roles y espacios femeninos y masculinos es determinante. Todos saben que la casa y sus trabajos deben ser para la mujer y que el hombre, "amo del exterior", es el jefe de la explotación. Las mujeres pueden salir de su mundo doméstico sólo para "ayudar", para "alivianar" a sus hombres: esta transgresión, propiciada por la flexibilidad que guarda hacia el sexo femenino la división sexual del trabajo, es firmemente frenada por los principios básicos sobre lo que deben ser y hacer un hombre y una mujer. Así una mujer ranchera no debe reivindicar públicamente su trabajo extradoméstico, no debe meterse en los tratos ni en los negocios, pero sí debe trabajar para sostener la explotación agropecuaria. Básicamente el futuro de la explotación también depende de ella.

De esta manera, la "ayudante" es la única denominación corrientemente asignada a la mujer ranchera que trabaja en la explotación de un rancho. Los indicadores de esta denominación se ilustran por voces femeninas y masculinas de la región: "Mi esposa me ayuda con el ganado y en la siembra, así la criaron; en su casa tenía que trabajar como un hombre", "a mi esposo le gusta que lo ayude, cuando él no está yo atiando el ganado, pero él no me ayuda en el trabajo de la casa", "yo le ayudaba a mi esposo, no porque le gustara, sino porque yo veía que se ocupaba (que era necesario)", "mi esposa y mis hijas me ayudan en la

siembra y con el ganado: arrean el ganado, atienden los animales que hay en la casa, cosechan, ayudan a cargar, desgranar maíz, arrean las bestias y abonan...”, “las mujeres que trabajan en el campo son muy ‘jaladoras’, porque tratan de sacar adelante el trabajo del rancho, ayudándose unos a otros en la familia, porque no hay quien ayude o no hay con qué pagar”.

Responsabilidad, iniciativa, trabajo y complementariedad indican que en el trabajo de algunas mujeres hay algo más que una “ayuda” circunstancial, esporádica y en el extremo voluntaria; estas palabras describen a las mujeres más allá de “ayudantes”: son las “coproductoras” que se reducen en la imagen de la simple “ayudante”. Sin embargo, para los rancheros ambos tipos de mujeres –que trabajan dentro y fuera de la casa– son las “ayudantes” que cubren las carencias de mano de obra masculina cuando los hombres están ausentes, cuando no hay proporción entre mujeres y hombres en la familia o cuando no se quiere o no se puede contratar peones o mozos. La diferencia –según opinan los varones– es que unas “ayudan” más que las otras, que unas son “mujeres a toda madre”, “estiradas” e “inteligentes”, mientras que las otras son “muy apenitas”, en tanto que las dedicadas exclusivamente al “trabajo de la casa” son consideradas como “flojas” y “atenidas”.

La “coproductora” reducida a “ayudante”

Las verdaderas “coproductoras” existen en los ranchos ganaderos, desempeñando trabajos relacionados con la cría y explotación de bovinos.⁵⁰ La mayoría de ellas, aparte de realizar sus quehaceres domésticos asignados, trabajan durante varias horas cumpliendo sus responsabilidades ganaderas, llegando así a conocer el teje y maneje de la explotación.

Su grado de implicación en el funcionamiento general de un rancho es diferenciado, dependiendo de su edad y estado civil. Las hijas solteras de terratenientes ganaderos, aunque con rutinas de trabajo agotadoras,

50. Las mujeres no sobresalen en los trabajos derivados del cultivo de maíz, los hombres son los que los encabezan y realizan. Aquí la participación femenina –salvo en las explotaciones dirigidas por mujeres– es efectivamente sólo una ayuda.

tienen un menor grado de responsabilidad en el manejo y conducción de la explotación. En cambio las que tienen el estatus de esposa y, sobre todo, las que una vez casadas se liberan de los trabajos domésticos y de la crianza de los hijos (después de los cuarenta años), centrándose en vigilarlos, controlar su conducta y su desempeño en el trabajo, llegan a ser en la práctica coproductoras reales. Estas mujeres pueden dedicarse exclusivamente a los trabajos ganaderos, contribuyendo en la producción de queso, requesón y becerros para los mercados regionales.

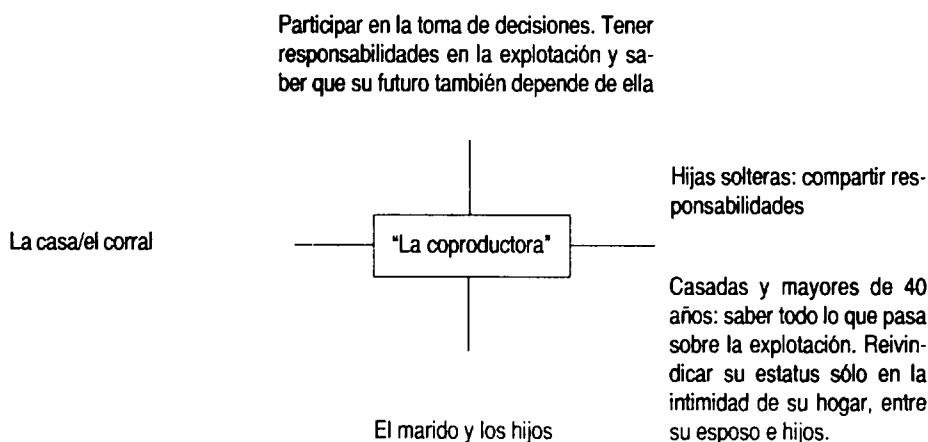
El interés y la preocupación de la coproductora para contribuir con su trabajo a sostener y mantener la explotación agropecuaria se manifiestan en sus proyecciones que sobrepasan su rol y sus preocupaciones de esposa y madre: "Cuando hay necesidad, una mujer debe trabajar en un rancho o dejan (la pareja) acabar sus bienes", "las mujeres que trabajan en la siembra y con el ganado pueden progresar más bien, con lo poquito que quede de cada trabajo, pueden tener más", "un rancho no funcionaría bien sin el trabajo de las mujeres, para todo se ocupan; los hombres solos no saben ni pueden dirigir nada", "cuando trabajo en el campo, puedo decidir más sobre los asuntos del rancho, me siento más contenta". Sentirse indispensable, no sólo para realizar las tareas domésticas, sino también para tomar decisiones trascendentales, para sacar adelante el trabajo agropecuario y el patrimonio familiar, es la principal satisfacción de la coproductora que trabaja "a un cuerpo" con su marido: "Siempre he estado al lado de mi esposo, ayudándolo; de todos modos ya somos la misma persona".

En sus reivindicaciones, la coproductora lucha en el seno de su hogar para que sus opiniones influyan y dirijan las decisiones sobre el patrimonio, el manejo general del rancho y la familia. Su enojo y reclamo ante decisiones que no la convencen o la afectan son incontenibles; si comparte con su marido la carga de sostener el rancho y hacer prosperar sus bienes, si trabaja duramente para producir queso y ganado, al grado de correr el riesgo de quedar "relajada" o "derrengada", se siente con el derecho y el deber de estar al pendiente de lo que se hace y decide con los ingresos obtenidos, sobre el patrimonio, ya que también es el fruto de su trabajo. No importa que los acuerdos sean "acá entre ellos" (pareja), pues sabe bien que una mujer ranchera debe ser "discreta" y

“callada” y no decir lo que no debe. Muchas veces en su discreción sustenta el poder real.

Los indicadores de la denominación de coproductora se sintetizan en la expresión *trabajar a un cuerpo*, aunque los trabajos de “rancho” y “de metate” no sean plenamente compartidos. Los ámbitos y grados de participación de las coproductoras se pueden esquematizar de la siguiente manera:

Esquema 2
Indicadores de la denominación de “coproductora”



El disimulo del verdadero papel de la coproductora en el sostenimiento y explotación de un rancho ocasiona que estas mujeres oscilen, durante el curso diario de su vida, entre dos identidades que se expresan en términos de su rol y espacio asignados y en los que verdaderamente se desempeña: ante todos –y tomando el papel de la auténtica “ayudante”– es la *esposa-madre* que trabaja y reina en la *casa*. Lugar, actividades y poderes transmitidos de mujer a mujer, no reivindicados por los hombres y que complementan el funcionamiento del sistema de producción familiar. No obstante, en la intimidad de su hogar, allá entre su esposo e hijos, es la *esposa-ganadera* que trabaja en el *corral* y por tanto adquiere un lugar importante en la producción. Su búsqueda no

consiste en igualarse al hombre, sino en vigilar e intervenir (prever y actuar) cuando “va a pasar algo” relacionado con el patrimonio, con el funcionamiento del rancho y con la familia; “ahí se debe meter con ganas” –luchar para que le hagan caso– porque, desde su punto de vista, los “hombres no se saben dirigir solos”.

La auténtica “ayudante”

Por su parte, la auténtica “ayudante”, acaparada por las tareas familiares y domésticas, participa poco en los trabajos agropecuarios y no ocupa un lugar específico ni una rutina en éstos. Generalmente pertenece a una familia minifundista o de medieros, pero también la encontramos –en menos casos– en el seno de las familias ganaderas; es la que asume los trabajos domésticos para que las otras mujeres puedan dedicarse a los de “corral”. También es la que se salva de las obligaciones extradomésticas por haber suficiente mano de obra masculina en la familia o por su inclinación marcada y posibilidad para consagrarse a los trabajos de la casa.

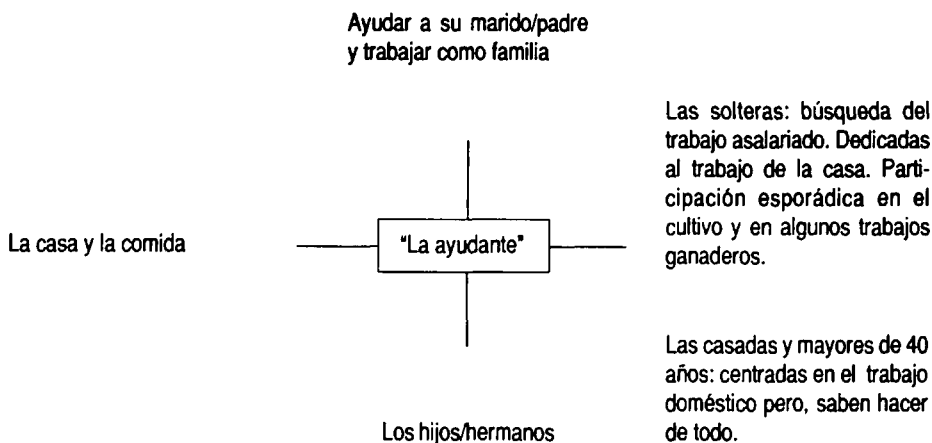
La ayuda de estas mujeres se diferencia también por su estado civil y compromiso reproductivo. Las solteras, dedicadas principalmente al trabajo de la casa, atienden a sus hermanos y padres, sólo participan en actividades esporádicas y coyunturales identificándose con la *hija de familia*, dedicada al trabajo de la *casa*, requisito mínimo (no por ello poco exigente) prematrimonial. Algunas de ellas no dejan de añorar –sin encontrar en su medio– un trabajo asalariado diferente al del campo. Por su parte, las casadas reconocen y enfatizan, ante todo, la trascendencia e importancia de su trabajo doméstico: “Es muy importante lo que hago, se ocupa mucho, no me puedo atener porque no hay quien lo haga”, “el trabajo que hago es importante, porque si no se hace no hay con qué sustentarse”, “el trabajo que hago vale la pena, porque si no, no se comería”. Pero también reconocen que “deben saber hacer de todo”, para poder ayudar a sus esposos en lo que se ocupe.

Sus proyecciones se limitan a la familia y a la reproducción del esquema dominante: “La mujer puede trabajar en el campo, pero más bien su obligación es cuidar a la familia, no desatenderla”, “es importante enseñar a mis hijos a respetar a su papá, también lo ajeno y a sus mayo-

res, y a que sepan trabajar en todo”, “que Dios me dé vida para que mis hijos se acomoden, sean hogareños y tengan resistencia para salir adelante”, “una mujer ranchera no debe hacer menos a su esposo, debe cuidar al hombre y enseñarle la religión a sus hijos”, “las mujeres se ocupan para todo, hay casos en que los hombres solos no pueden salir adelante”.

Su identidad se expresa en términos de su rol como *esposa-madre* en su espacio asignado: la casa. Pero no por esto enmudece ante el marido o deja de tratar de influir en las decisiones de él. Los indicadores de la denominación de ayudante se relacionan con los ámbitos y funciones tradicionalmente asignados al género femenino:

Esquema 3
Indicadores de la denominación de “ayudante”



Como puede notarse, las mujeres de los ranchos participan en los trabajos de la explotación agropecuaria, pero su grado de compromiso y la intensidad de su trabajo son desiguales. Ciertamente todas pueden trabajar en la explotación agropecuaria, pero no en su conducción, al menos abiertamente. Las mujeres rancheras, una vez que contraen ma-

trimonio, necesitan ganarse un lugar respetable dentro de su familia y de la sociedad en general; ellas "se quieren dar a valer" y "quieren tener parte del mando", expresan sus hombres.

"CUANDO LAS 'VIEJAS' AYUDAN, LUEGO RECLAMAN SU DERECHO":

EL PODER FEMENINO, UN PODER BAJO EL VELO DOMÉSTICO

Sin duda el poder es uno de los conceptos claves en el pensamiento político occidental. Este concepto tiene su trasfondo en las ciencias políticas, en la sociología y en la antropología política; disciplinas en las cuales el Estado (o similares), las organizaciones públicas o privadas y las clases sociales han sido las unidades de análisis privilegiadas para ilustrar el poder de una individualidad (grupal o individual) dominante sobre otra oprimida y controlada. Sin desconocer la importancia y trascendencia de estos estudios clásicos,⁵¹ en este trabajo se esbozan poderes distintos a los anteriores, poderes que se viven y se ejercen en la continuidad de los días de hombres y mujeres del común: el poder masculino y a la sombra de éste, el poder femenino. Ambos constituyen otros focos de poder de la sociedad⁵² que se manifiestan, concretamente, en las relaciones de dominación entre hombres y mujeres.

La dinámica de poder que se da entre hombres y mujeres en el seno de los ranchos y de sus hogares, nos remite a la conocida definición weberiana de poder: "es la probabilidad, cualquiera que sea el fundamento de ésta, que, dentro de una relación social, tiene un individuo o

51. Algunos de los estudios clásicos sobre el poder –bajo diferentes perspectivas teóricas e ideológicas– son los siguientes: Max Weber, *Economía y sociedad* (2a. reimpresión), México, FCE, 1974; Robert Dahl, *Análisis político moderno*, Barcelona, España, Fontanella, 1976; Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI de España, 1979 (1978, 1a. ed. francesa); Peter Blau, *Exchange and Power in social life*, John Wileyand Sons, N. York, 1964; Talcott Parsons, *The structure of social action*, New York, 1968, The Free Press (publicado originalmente en 1937); R. Varela, *Expansión de sistemas y relaciones de poder*, México, UAM, 1984, citados en Manuel Villa Aguilera (ed.), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, Venezuela, URSHSLAC, 1986.

52. A los que Foucault llama micropoderes. Véase M. Foucault, *La voluntad del saber*, tomo I de *La historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, 1977. Por su parte Poulantzas habla de aquellos nudos sociales donde se manifiesta el poder, además del Estado, por ejemplo, relaciones de género, no de clase. Poulantzas, *op. cit.*

grupo de imponer su propia voluntad, aun contra toda resistencia”.⁵³ A pesar de que Max Weber privilegia la esfera política (Estado), su conceptualización relacional del poder nos parece útil porque permite cuestionar la visión del poder como algo que sólo puede ser poseído, dado o heredado a una persona o grupo —como puede ser el caso de la dominación masculina—. Aparte de esto, nos sitúa en un campo de lucha donde esa concesión se convierte en una conquista, una construcción constante a partir de la interacción, el forcejeo y la negociación asimétrica que se da entre ambos géneros.

Ver al poder como una probabilidad supone la posibilidad de cierta influencia recíproca que puede estimarse como “la capacidad que tiene uno de los elementos de la relación de resistir al otro, de intercambiar recursos y de compartir zonas de influencia”.⁵⁴ La noción de influencia define una relación en la cual “un actor influye en otro para que este último actúe en una dirección que, de no existir dicha influencia, no hubiera tomado”.⁵⁵ En este sentido, la mujer ranchera, en su lucha por imponer su voluntad y “compartir el mando”, es la que normalmente se esfuerza para influir en su hombre, recurriendo a su papel activo en el trabajo agropecuario, a su conocimiento, iniciativa, inteligencia y astucia; a su llanto, ira, palabras dulces y persuasivas o chantajes variados.

Desde esta perspectiva, el poder se convierte en la capacidad y habilidad de un individuo en interacción con otro para imponerle —utilizando diferentes recursos— sus puntos de vista, deseos o su voluntad. La constante interacción asimétrica entre hombres y mujeres de la sierra se define por el afán de cada uno de imponer su voluntad sobre el otro, a pesar de su resistencia. Este forcejeo recíproco se libra “acá entre ellos”, en la intimidad del hogar y dentro de los márgenes de maniobra tolerados y controlados por el mismo esquema dominante. En esta lucha las mujeres deben desarrollar una capacidad de negociación y de influencia

53. Max Weber, *Économie et Société*. I^o partie, Paris, 1971, Plon, citado por Jean-Pierre Durand y Robert Weil, *Sociologie contemporaine*, Paris, Vigot, 1993, p. 227.

54. Nelson Minello, “Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología al estudio de las estructuras de poder” en Manuel Villa Aguilera (ed.), *Poder y dominación*, Caracas, URSHSLAC-El Colegio de México, 1986.

55. Robert Dahl, 1976, citado en Manuel Villa Aguilera, *op. cit.*, p. 63.

más alta que la de los hombres, quienes ya poseen los atributos y recursos de dominación, “como si fueran de sí y al abrigo de todo cuestionamiento”,⁵⁶ dando la apariencia de un fundamento natural a una identidad que es socialmente impuesta.

Ser hombre –nos dice Bourdieu– implica tener poderes y obligaciones inscritos en la masculinidad como nobleza.⁵⁷ La incorporación de estos esquemas de pensamiento que fundamentan las relaciones de poder entre los géneros es la que hace al hombre verdaderamente hombre, es el principio indiscutible de todos los deberes hacia sí mismo y es el motor y el móvil de todas las acciones que se deben cumplir para estar en regla, para quedar digno ante sus propios ojos.⁵⁸ De esta manera, en el cuerpo masculino socializado “el poder se mete en la misma piel invadiendo sus gestos, sus actitudes, sus discursos, sus experiencias, su vida cotidiana”,⁵⁹ lo mismo ocurre con la sumisión, en el caso de las mujeres.

Si a los hombres los inviste un poder formal, aparente y dado, por el hecho de pertenecer al sexo masculino, las mujeres –objetos de este poder– que luchan por compartirlo conquistan un poder menos visible y evidente; un poder cubierto bajo el velo doméstico y ejercido a través de los hombres, por medio de ellos y no directamente por el daño potencial a su prestigio, honor y virilidad; un poder que, por representar este riesgo, no debe llegar jamás a proyectarse al nivel supremo, en la esfera visible del poder, espacio público, tabú inviolable e imposible para las mujeres; en síntesis, un poder borrado por la imagen masculina: después de la imagen majestuosa y autoritaria del ranchero, la mujer, su esposa (e hijas), parece estar borrada. Cuando hay visitas, ella no se sienta mientras sirve la comida y se alimentan los hombres; ella no externa ninguna orden fuera de su competencia; ella se consagra a los trabajos maternos y domésticos y sólo “ayuda” en los trabajos agropecuarios; ella “no es nada”, “no hace nada”. Pero todo esto es sólo apariencia. De-

56. Pierre Bourdieu, “La domination masculine”, *op. cit.*, pp. 7 y 10.

57. Cuando Bourdieu expresa que *nobleza obliga* quiere decir que los habitus logran que el heredero acepte su herencia (de hombre, de mayor y de noble) como su destino social. Para él, la nobleza está inscrita en el cuerpo del noble bajo la forma de un conjunto de disposiciones que lo gobiernan.

58. *Ibid.*

59. Como lo expresa Foucault cuando refiere la “forma capilar del poder”. Citado por Manuel Villa Aguilera (ed.), *op. cit.*, p. 76.

trás de esta fachada de dominación masculina, exaltada por la sumisión femenina, se esconde una realidad difícil de captar para el observador superficial. Encontramos a una mujer que, a pesar de su asombrosa modestia, preside la mesa en la intimidad del hogar y trabaja duramente en los campos y con el ganado; a una mujer con una gran presencia e influencia en la toma de decisiones importantes –compra de terreno, venta de animales, aceptación o rechazo de futuros yernos o nueras, procedimientos para enfrentar las malas actitudes de los vecinos–, a la que su esposo suele pedir su consejo si es que ella no ha tomado la iniciativa de sugerir soluciones. Estas mujeres, usando a voluntad palabras fuertes o persuasivas y hasta cariñosas según lo estimen pertinente, afirman altamente su autoridad o la disimulan bajo una falsa humildad según el lugar y las personas. Muchas veces, es más sabio para sus hombres decirles que están de acuerdo con ellas que enfrentarlas.⁶⁰

Relacionado con lo anterior, González Sámano expresaba: “el amor es el reino de la mujer, por él sólo llega a ser árbitra soberana de su vencedor; reservándose el derecho de rendirse, le avasalla con su debilidad tanto como le indignaría con la fuerza, y cuando parece que cede, no es sino para mandar muy pronto con mayor imperio”.⁶¹ Si la mujer puede ejercer poder, debe hacerlo desde su debilidad, dulzura y discreción; valerse de rodeos, aparentar ceder para conseguir y conservar los hábitos opuestos a los del sexo masculino, es decir, su feminidad. De otra manera se enfrenta abiertamente a la sociedad y al hombre, quien social y culturalmente está habilitado para someterla.

El poder velado de las mujeres rancheras se cristaliza en las pérdidas y ganancias arrojadas en el proceso de la toma de decisiones referentes al manejo del rancho y de la familia. Según Minello, para que el poder pueda influir en las decisiones, debe ser institucionalizado por la autoridad. La autoridad –siguiendo con Weber– “es la probabilidad de que una orden que tiene un contenido específico dado, sea seguida por un grupo dado de personas”.⁶² Entre poder y autoridad –de acuerdo con T.

60. Como las mujeres bretonas del siglo XIX de las que nos habla Yann Brékilien, citada por Agnes Audibert, *Le matriarcat breton*, París, PUF, 1984, p. 22.

61. Mariano González Sámano, *op. cit.*, p. 252.

62. Max Weber, 1971, *Ibid.*

Parsons— encontramos la misma relación que existe entre dinero y propiedad, donde el primero es, casi siempre, una medida de la segunda. De esta manera, si el poder es una simple relación de hecho, la autoridad es una relación legítima de dominación y de sujeción.⁶³ Cuestionar si verdaderamente las mujeres sólo ayudan en los trabajos agropecuarios y resaltar su papel activo en el ejercicio del poder y de autoridad —bajo ciertas condicionantes sociales—, han sido tareas importantes en este trabajo.

La preasignación de valores, funciones y de atributos diferenciales para hombres y mujeres designa también espacios diferenciados en lo que respecta a la toma de decisiones. No queriendo que la mujer gobierne y haga la ley, ha sido confinada a la esfera doméstica y privada, ahí está su lugar, mientras que el hombre representa y se sitúa en lo público y productivo, detentando poder y autoridad. Sin embargo, la esfera privada también es un espacio de poder, limitado, pero fundamental. Formalmente a la mujer la reviste un poder doméstico que debe centrarse en los hijos, su educación y, si se puede, su planeación: "La mujer se debe fajar los calzones para poder dirigir la familia", dicen ellas. A pesar de ello, de manera disimulada y discreta, va conquistando un poder social de mayor envergadura; un poder sobre la familia, la casa, la explotación, el vecindario, que sólo puede ejercerse —como lo expresa Agnes Audibert— "detrás del trono".⁶⁴ Un poder que algunas mujeres extienden hasta sus maridos mediante un discurso de infantilización respaldado en su poder maternal, como si éstos fueran niños, sin iniciativa y capacidad para sacar adelante la familia, el trabajo y el patrimonio: "Los hombres son como los niños chiquitos; tenemos que estar al pendiente de ellos porque solos no saben ni pueden hacer ni dirigir nada", "los hombres no hacen nada sin que los muevan las mujeres".

El caso siguiente es sólo una muestra de la lucha femenina —a través de un hombre— por imponer su voluntad:

"Con doña *Inés* se toparon". En enero de 1992, un grupo de seis hombres de ranchos, tanto del municipio de Tocumbo, Mich., como del

63. Jean-Pierre Durand y Robert Weil, 1993. *Sociologie Contemporaine*, París, Vigot, p. 227.

64. Agnes Audibert, *op. cit.*

de Manuel M. Diéguez, Jal., acudieron a Santa María del Oro a pedir ayuda al presidente municipal para la apertura de un corto tramo de brecha (5 km) que, a su juicio, era sumamente estratégico: uniría varios ranchos de estos dos municipios, evitando un rodeo de hasta seis horas de traslado por brecha entre algunos de dichos ranchos, por uno de veinte minutos para llegar al mismo destino. Principalmente permitiría a varias decenas de ranchos tener dos diferentes y complementarias vías de acceso a la ciudad de Los Reyes, una transitable únicamente en tiempo seco y la otra transitable en todo tiempo, con la ventaja esta última de tener menos pendientes.

Ante esta argumentación, el alcalde ofreció inmediatamente ayudar con el envío de una máquina y la aportación de seis millones de viejos pesos, cantidad que representaba aproximadamente una cuarta parte de la obra. Los solicitantes advirtieron sobre la oposición que antes ya habían manifestado las propietarias del rancho *La Parota*, Jal., punto de entronque del nuevo camino; de ahí que pidieron al presidente que la obra apareciera como asunto oficial, pues, además de no contar con la aprobación de estas mujeres para pasar por su propiedad, existían ya problemas familiares —que no deseaban agravar— de algunos de los solicitantes con esta familia. Desde luego, el presidente municipal esgrimió con mucha contundencia la supremacía del derecho colectivo sobre el individual, así como la del interés público sobre el privado; por lo que si en un momento dado era necesario se podía recurrir legítimamente a la fuerza pública para hacer valer dichos principios.

Al poco tiempo llegó la máquina (Caterpila D6) y se inició la obra. Conforme ésta avanzaba en dirección al rancho *La Parota*, se iban acentuando los rumores de que ahí sus dueñas no permitirían el entronque. Antes de llegar a dicho punto, *Porfirio*, el único hombre del lugar y sobrino de doña Inés y *Eliodora*, las ancianas propietarias del rancho, acudió en varias ocasiones al encuentro del operador y de quienes dirigían la obra (que también eran los que le llevaban los alimentos y cargaban con el mayor costo del camino) advirtiéndoles que perdían su tiempo y dinero en el camino, porque no les admitiría el paso por su rancho. Esto era reportado al presidente municipal quien daba las instrucciones de continuar, en el mismo plan estaban los vecinos de los

ranchos que serían beneficiados y que se habían comprometido a pagar las dos terceras partes del costo total del camino.

Después que los constructores de la brecha llegaron a la loma contigua a la de la casa, dicen que divisaban a Porfirio paseándose cerca de ésta, cargando en sus manos un “cuerno de chivo”. Cuando llegaron a la colindancia del rancho, junto a la casa, Porfirio amenazó con disparar su arma en contra de quien tocara la cerca de alambre de púas. Como se sabía que ya lo había hecho antes contra otras personas por menos motivos, el operador y sus acompañantes no se arriesgaron a comprobar si Porfirio cumpliría sus amenazas. Dejaron ahí la máquina y se fueron a sus casas. Reportaron estos hechos al presidente, pero éste no tuvo tiempo de acudir pronto al lugar ni de atender dicho asunto.

Entonces uno de los interesados y organizador del paso del camino por parte de los vecinos decidió hablar con Porfirio con el fin de persuadirlo a abandonar dicha actitud:

— Oye Porfirillo —lo abordó el emisario— vengo a ver por qué no dejas que pase el camino por aquí. Le argumentó: “tú eres ya el más beneficiado con él, *ai* andas pa’un lao y pa’otro en tu ‘jeepesillo’, tienes a qué ir tanto a un lao como al otro (ranchos de Jalisco y de Michoacán), no les estamos cobrando nada y con este camino te queda igual de lejos por cualquier lao Los Reyes y ya podrás ir allá también en las aguas”.

— ¡Eh vale —le respondió Porfirio— yo qué más quisiera!, a mí me interesa y me sirve mucho ese camino, pero las pinches viejas no quieren que lo deje pasar.

— Y tú por qué les haces caso. Mándalas a la chingada —aconsejó el emisario.

— Eso sí no puedo —dijo Porfirio— mi tia Inés me dijo que si dejaba pasar la máquina me corría del rancho y no me dejaba sacar ninguno de mis animales.

— Y tú que le crees —dijo el emisario— ¿qué te puede hacer esa viejilla, apenas camina, ni modo que digas que le tienes miedo?

— No —contestó finalmente Porfirio—, es que tengo como sesenta reses y todas están marcadas con su fierro entonces si no hago lo que me dice se encabrona y no me deja hacer ninguna constancia, y ya la conozco, ¡sí me chinga todo el ganao!

Nada se pudo hacer. Unas semanas después el dueño de la máquina terminó llevándosela a otro lugar de trabajo, dejando este camino a sólo unos cuantos metros de su entronque. Como el dueño de la máquina no podía esperar más el pago del trabajo de su D6, tanto el alcalde como los vecinos comprometidos tuvieron que liquidar su cuenta y seguir sin el

camino. Meses después, el presidente municipal se hizo acompañar del destacamento de policía preventiva del estado de Jalisco asignado al municipio y de toda la policía municipal, para acudir al rancho de La Parota. En un rancho cercano a éste pidió mayores informes sobre la peligrosidad de Porfirio y de sus tías e invitó a un medio hermano de este último como estrategia para evitar el recibimiento y posible enfrentamiento a balazos.

Cuando se acercaron las dos camionetas *pick-up* al rancho, los policías saltaron de éstas y sigilosamente se fueron acercando y rodeando la casa. Cuando el presidente y sus colaboradores más cercanos llegaron a la cerca del solar de la casa, sólo vieron adentro a un tipo sentado en el suelo, traspaleando maíz, descalzo, mal vestido y algo sucio que no portaba arma alguna. Era Porfirio que además de su situación inofensiva, estaba algo tomado. Al llamado de la autoridad, salió doña Inés, quien con mucha amabilidad, pero ninguna intimidación atendió al contingente. Al tratarle el motivo de su visita —que ella seguramente conocía de antemano— y preguntarle por qué se oponía al paso del camino, contestó que porque, al pasar cerca del corral, las camionetas le asustaban su ganado, pero que podían pasar dicho camino un poco más abajo, haciendo un mayor rodeo a su vivienda y a su corral. Después de esta negociación, las autoridades pidieron permiso de pasar en sus camionetas a la otra punta del camino —a la que la máquina nunca llegó— y emprender por esa otra vía el regreso.

El presidente municipal concluyó su trienio, el tramo de brecha que se construyó, en menos de un año quedó inservible por falta de tránsito y de mantenimiento, ninguna máquina ha vuelto al lugar. Los vecinos, ante el fracaso de su primer intento, lo inútil de sus gastos y la falta de apoyo del nuevo alcalde, han desistido del camino por ese rumbo; Porfirio sigue atendiendo su ganado y el de sus tías en el rancho de La Parota; doña Inés no ha visto pasar por su terreno más vehículos que los de las autoridades que aquella tarde tuvieron que pedirle permiso para cruzar por enfrente de su solitaria casa.

Con todo, el rechazo masculino hacia el dominio evidente de las mujeres llega a frenar todo intento que éstas dirijan hacia ellos sobre todo si son sus esposas. Esta lucha debe combatir cualquier iniciativa de

dominación femenina y algunas mujeres tienen que “hacerse el ánimo” desde los primeros días de matrimonio, porque, como dicen sus esposos: “cuando el marido les da chanza, lo traen a pan y agua”. El caso de *Livier* es un ejemplo del freno categórico impuesto por su esposo ante el intento manifiesto de imponer su voluntad:

A Livier se la aplacó mi compadre *Adolfo*, ya estaba respingando mucho. Livier no quería que mi compadre fuera a las matanzas, a ella no le gustaba ir y a él le gustaba mucho. Mi compadre llegaba a las matanzas desde un día antes y se iba días después, hasta que acababa todo: el pozole, el alcohol; todo. Livier, enojada, le empezó a decir: “Pedro, ya se va Pedrito a la matanza”, porque había un *Pedro* muy criticado porque cuando lo convidaban a una matanza, diario le gustaba llegar el sábado y se iba po’allá el lunes o el martes. Así le empezó a decir ella y a mi compadre no le gustó. Un día, mi compadre le dijo que él no iba a dejar de ir a las matanzas ni al pueblo ni a ninguna parte; que tenía que acabar con esa costumbrita que han tenido todas ellas (las mujeres de su familia) de que los maridos no salieran a ninguna parte. Le dijo que qué le pasaba, que qué le apuraba puesto que él le dejaba todo arreglado cuando salía: se quedaba *Delia* con ella, le molía la masa y le traía el agua. Que si algo le hacía falta, nomás le dijera. Luego le dijo que viera en el pueblo o donde quisiera estar para dejarla allá y viviera a gusto; que él la mantenía, que le compraba o le rentaba casa, “lo que juera”: “si no estás a gusto conmigo, si no vives a gusto, vete onde tú quieras; yo te mantengo y todo”. Entonces mi compadre jue punto por punto y que ella se quedó callada, a llore y llore; aquella mujer que no se consolaba de ningún modo. A mí no me dijo ella, me platicó *Delia*. Livier es una mujer que tiene más vergüenza, ella no pelió ni nada y ya mejor “se hizo a la horma”. Pero otras no, otras pelean, son más descaradas.

En esta realidad vivida por las mujeres rancheras, también encontramos que a menudo “la mujer tira piedras sobre su propio tejado”, como lo expresa Ángel Oliver:⁶⁵ al no poder luchar abiertamente contra los hombres por el poder en la esfera pública, lo hace entre mujeres, así sí se puede. Si las mujeres, excluidas de los juegos públicos del poder, están preparadas para participar en ellos por la intermediación de sus hombres, es a través de ellos y de manera indirecta, disfrazada y velada que se pueden disputar el poder público. En esta lucha se generan, en y entre

65. Ángel Oliver, *op. cit.*

las mujeres que participan, reacciones de competencia y de rivalidad que intentan debilitar el poder de las otras. Se recurre al desprestigio mutuo a través de la crítica, los comentarios públicos delatadores de la influencia ejercida de ciertas mujeres sobre sus esposos y de aquéllos encaminados a evidenciar que cierta mujer “es la de todo” y que el marido realmente “no es nada”. En ambas situaciones estos comentarios culminan con el compadecimiento y solidaridad de la protagonista con “ese pobre hombre”, humillado socialmente. Pese a su predominio, los casos más difundidos no son los de aquellas mujeres prudentes que logran que el marido o hijos se apeguen a sus consejos, recomendaciones e imposiciones, por más trascendentales que sean, sino los casos de las mujeres que mediante caprichos, berrinches, enfermedades e indiscreciones quieren imponer su voluntad. Las siguientes narraciones son sólo una ilustración de lo anterior:

“La mula reliquia”. Mi papá cambió la mula “Colorada” sin preguntarle a mi mamá si estaba de acuerdo. La mula era muy lista, buena para el tronco (arado) y era la que mi mamá montaba, la quería mucho. Pero mi papá la cambió y no le dijo nada. La mula la amansaron en *El Palmar* y se empicó allá, nomás la soltaban y resultaba allá, sabía abrir las puertas y no se quería quedar. Como no la podía tener ahí, mi papá la cambió por otra a mi tío *Fernando*, dueño de *El Palmar* que la quería para el tronco. Mi mamá se dio cuenta de esto hasta que se hizo el cambio; se enojó mucho, pasaba llorando y le daban ataques (desmayos) a cada rato, ya casi se moría, no comía ni le hablaba a mi papá.

Mi papá le hablaba, pero no le contestaba, entonces buscó a mi abuela (materna) para que la hiciera entrar en razón, pero tampoco pudo. A mi papá le daba pena rajarse en el trato y mejor ofreció comprársela a mi tío *Fernando*. Al cabo de una semana del cambio, la mula “Colorada” volvió a la casa, mi papá la compró para darle gusto a mi mamá.

La gente que no perdió detalle de todo lo que pasó, divertidamente le cambió el nombre de la mula por el de “La Reliquia”, por ser tan apreciada y defendida por su ama. “Cuando un hombre no puede tratar sin el permiso de su mujer, —dice un lugareño— él debe tomarla en cuenta para evitarse problemas y disgustos, porque dice que sí o no a una cosa y luego la mujer no está de acuerdo”. Esto también le pasó a *Emilio* cuando le vendió unas cabezas de ganado a *Rogelio*:

Cuando se andaban peliando Rogelio y mi tío Emilio porque éste no pudo respetar el trato sobre la venta de un ganado porque su esposa no estuvo de acuerdo, Rogelio, sumamente molesto, lo quiso provocar diciéndole: “¡Ah que la chingada, en mi casa se hace lo que yo digo!”, a lo que rápidamente contestó Emilio confundido: “sí, si se hace lo que quieres porque tú mandas, pero en la casa manda *Liduvina*...”.

“Échenle alcoholito”. En una ocasión *Miguel* planeó su ida a Los Estados Unidos junto con sus sobrinos *Jorge* y *Ángel*, quienes vivían en *El Puerto. Rosario*, la esposa de Miguel, no quería que se fuera y el día de la salida le dio ataque sobre ataque, le daba un ataque y caía, le ponían alcohol, nomás volvía y se desmayaba otra vez, era imposible que se compusiera aquella mujer. En El Limón lo estaban esperando sus hermanos *Manuel* y *Salvador* junto con su primo *Ismael* para irse también con él. Entonces ya mandaron a José para que les avisara que no se podían ir porque la señora estaba pues, entre la vida y la muerte. Ninguno se fue, Miguel era el que conocía, era el guía, además a Jorge y a Ángel los dejaban ir porque iban con su tío y, al no poder ir él, no se fue nadie, no hubo salida. De ahí se fueron a trabajar los muchachos a sus desmontes. Rosario es de lo “grieguito” que pueda haber, es muy cruel y muy pesada, es de esas mujeres mañosas y truqueras que para salirse con la suya hacen lo que pueden.

El desmayo es un recurso ampliamente conocido por los lugareños, cuando se menciona que alguna mujer se desmaya en situaciones parecidas, enseguida se comenta con un tono bromista y desconfiado: “échenle alcoholito”, porque ya saben de lo que se trata.

“La olla de hirvada”. Luego que se casan, les agarra mucho amor con la mamá. Eso le pasaba a mi comadre. Ella quería que mi compadre la llevara cada domingo al rancho donde vivía su mamá y una vez que no la llevó, la encontró desmayada. “No, pero mi comadre es una ingrata, descarada, mañosa, no le importa nada... es gruesecita pues”. Una vez mi compadre llevó a Jesús y a Rubén a su casa; entonces, como yo había matado un pollo, me dio lástima con mi comadre porque ya sé cómo es de pollera, que sirvo pollo en una ollita y hay voy a llevárselo. Ellos estaban adentro del ranchillo que tenían allí, era ranchillo de paja. Cuando llegué yo, estaban sentados ellos allí con una olla de agua (“hirvada”) de lo que haiga sido (canela u hojas de limón) para tomársela con alcohol. Entonces le dije a mi compadre —todavía no éramos compadres—: “¿on ta’ *Maria*?” “No, no está aquí —él salió y me dijo así. Me fui a la cocina, yo llevaba a mi hija de cuatro años, dejé la olla y me estuve allí un ratito y luego luego que llega mi comadre y que me dice: “tiéntame como estoy”. Que la voy tentando, ¿tú crees? ya era tarde, aquella mujer como un granizo, mira , pero como un granizo, helada, helada. Que le digo:

“pus qué tienes” yo me asusté, verdá buena que yo me asusté de tentar aquella mujer fría en ese calorón y aquella mujer muerta. “Pus ¿qué tienes?” “No, —dice—, nomás son buenos cuando andan de novios, entonces si andan detrás de uno, pero ya nomás se casan y le dan una patada a uno”. “¿Pus por qué? ¿qué tienes?” —le dije—, “mira nomás cómo estoy a causa de él”. Entonces que le dice a mi hija: “anda ve a tirarles el agua (hirvada) que tienen en el suelo”. Yo le dije que ella no podía ir a hacer ese mandado, estaba chiquilla. Entonces ya vide que lo que traiba aquella mujer era coraje.

A poco rato que sale mi compadre no sé a qué, entonces que le dice mi comadre: “tiras esa olla de hirvada que tienes allí o te la tiro”. Entonces le dijo mi compadre: “anda tiralá”. Dijo mi comadre: “pus sí te la tiro” y que empiezan los otros (los invitados) allá a orejearse, se jue mi compadre y no pasó nada. Al poco rato que sueltan en el radio una canción, estaban cantando todos ellos allí muy contentos tomando, “le estaban ayudando al radio”. Entonces que le dice mi comadre: “Mario, apaga ese radio si al cabo ai tienes qu'en cante, pa' qué quieres más, apaga el radio”. Que empieza a decirles cosas, a aventarles habladas. No hombre, inmediatamente que se levantan todos y que se empiezan a sacudir las nalgas y ai vienen pa' abajo, “como perritos que se comieron el jabón”; así le corrió la visita y la diversión, que era lo que ella quería. Entonces mi compadre se fue a darle de comer a la puerca, le dije que yo también me iba. Cuando íbamos por el camino me dijo: “cómo ves a la mujer, no se puede vivir con ella. Yo le doy por un lado y por otro y la única forma de no pelear tanto es hacer lo que ella diga”. “Lo bueno es que no te dejes” —le dije— “porque si te dejas...” yo vide aquel probecito cristiano, me daba lástima, yo toda la vida los he querido mucho. Es mejor que te la llesves a consejos como puedas, pero no te dejes; si te dejas sí está mal porque yo vide hermanita, yo vide todo el accidente de aquella mujer.

A poco mi compadre quería comprar una mula a Agustín, allá pa' Las Higuierillas. Mi compadre quería *espiar* en la noche (cacería nocturna) y en la mañana subir allá, a Las Higuierillas, pa' ver si vía la mula pa' comprarla y tráisela. Entonces mi comadre le dijo que no, que no iba. Luego mi compadre le dijo que por qué no, que sí iba. Ya luego que mi comadre vido que mi compadre se iba, que agarra el costalillo donde tenía el parque y todo y que se sienta en él, pa' que no juera. Quesque se aplastó en el costalillo y “quitate María, quitate María, deja mi costalillo” —le decía mi compadre. Luego que mi compadre acabó de decirle por la buena que la agarra tal vez de las greñas y que la levanta. No pos ya se moría mi comadre, se puso re mala de puro coraje.

Otro día que mi compadre iba a venir aquí a la casa a una matanza, se le puso a mi comadre que no viniera. Mi compadre se bañó y que mi comadre no le da trapos. Él fue y los sacó, se cambió y cuando salía de su casa que lo moja, que lo deja bien mojado y que le dice mi compadre: “mira cómo me dejates. Otros trapos no te doy” —le dijo mi comadre—, no quiso que los sacara de la petaca, los escondió o cualquiera que haya sido y la ropa no se la dio. Luego le dijo: “ve así, si quieres ir”.

Entonces él, al ver aquella mujer con tanta necesidad, no fue. Y así, cuando mi compadre quiere hacer una cosa, o hay pleito con mi comadre o no la hace.

Como puede verse, este ataque entre mujeres no se libera frente a frente, sino a través de otras mujeres quienes, mediante chismes, rumores y comentarios burlescos o lastimeros, se encargan de difundir en todo el espacio vecindario la situación referida, hasta que la hacen llegar a la protagonista principal, quien lo puede tomar como una llamada de atención para ser más prudente en lo que dice y hace, o como un motivo para contraatacar a la emisora original o a cualquier otra mujer con quien comparta el mismo proceder. En estos casos se trata de mujeres mayores de los cuarenta años, que ya han logrado solidez en la familia, en el trabajo y en el patrimonio, las que libran este tipo de lucha, al interior de cada espacio vecindario. Sin embargo, al mismo tiempo que estas mujeres delatan y critican a las que se exceden en imponer su voluntad, alaban y reconocen a aquéllas que tienen fama de calladas, prudentes y discretas y que no se disputan abiertamente con ellas el poder:

Esas mujeres no se oyen mentar pa' nada. Una gente callada y de su casa, tiene valor; pase lo que pase no cuentan nada. Esas mujeres sí son buenas mujeres, no como otras que se parecen a mí: *Gloria*, *Agustina* parecen perros gorgoreros, nomás hablando, alegue y alegue; muerden a la que se les ponga enfrente y ya tienen pozo en la capilla, de tanto que rezan ¿pa' qué, eso pa' qué?

Pero las mujeres jóvenes también hacen lo suyo, principalmente a partir del momento en que contraen matrimonio. Igualmente voluntariosa y autoritaria la recién casada rechaza ser sometida por su suegra, ser controlada, y frenada por ella: "No me manda ni mi viejo, ninguna vieja hija de la chingada me va a mandar a mí", comenta una joven serrana a raíz de que su suegra no quería que fuese a su rancho de origen para visitar a sus padres. Con frecuencia, entre suegra y nuera se desatan verdaderas luchas frontales que terminan con el rompimiento de relaciones entre ellas por largos periodos, con el cambio de residencia de la pareja y, en el peor de los casos, con el desconocimiento del hijo por parte de la madre, por hacerle más caso a su esposa, por dejarse influir por ella.

Pero no sólo hay rivalidad entre las mujeres de los ranchos, también encontramos complicidad y solidaridad. Según los hombres de la sierra,

las mujeres, aparte de unirse para la diversión (bailar, jugar o bromear), se juntan “cuando quieren chingar a uno”, entonces se aconsejan sobre “cómo hacerle porque el marido les hizo tal cosa”; “pero en caso de enfermedad o de dolor, se les ablanda el corazón y se unen para ayudar en lo que se pueda”. También se unen para rezar y para asistir –inducidas por los sacerdotes, cuando hay oportunidad– a reuniones católicas, como “los grupos de reflexión” y las pláticas cuaresmales. Asimismo, la iniciativa y solidaridad de y entre mujeres han sido un factor importante en el desarrollo local, sobre todo por el rumbo de La Aurora. Allí las mujeres han iniciado y empujado los trabajos y las gestiones necesarias para el logro de servicios públicos como el agua entubada y la luz eléctrica; han organizado y trabajado huertos familiares y tiendas subsidiadas por el Estado de productos básicos como la Conasupo. También algunas trabajaron, con pico y pala, en la apertura y arreglo de terracerías, en la construcción de la plaza (sobre todo en sus jardines) y de la capilla. Gracias “al interés y al trabajo de las viejas” estas obras se realizan, pero sin duda, la intervención y el trabajo de los hombres las han hecho culminar como lo muestra el ejemplo siguiente:

En 1982 se formó un comité de muchachas encabezado por Elvia González Rangel y Maclovia Ocegüera Valencia para introducir la luz eléctrica a La Aurora. “Ellas querían pedir la luz eléctrica para el rancho, pero no sabían dónde ni con quién”. Entonces acudieron a don Jesús Barajas para que él se desplazara a la ciudad de Guadalajara, a las oficinas de la CFE: “usted sabe, usted tiene que ir” –le dijeron. Se le “pegaron como un dolor de muelas que no se podía quitar” y tuvo que ir, lo acompañó el señor Jesús Ocegüera Valencia. En Guadalajara, ante la CFE, pidió información sobre todos los requisitos y regresó a La Aurora con una gran misión que cumplir: juntar el dinero que la CFE pedía para proporcionar el servicio. Las mujeres, aconsejadas por el sacerdote, organizaron kermeses para reunir fondos para que don Jesús pudiera viajar a “Santa María”, Zapotiltic, Ciudad Guzmán y a la ciudad de Guadalajara, Jalisco, para “dar la cara ante el gobierno”. La presidenta municipal de Manuel M. Diéguez en turno, la señora Hermila Barajas Sandoval, se sumó al comité femenino. En Guadalajara don Jesús se entrevistó con Enrique Álvarez del Castillo, gobernador en turno del

Estado de Jalisco; Hermila Vargas Barajas también se reunió con el Gobernador y le solicitó, "por petición de don Jesús", el servicio de energía eléctrica. Finalmente lograron que el Gobierno Federal proporcionara la mitad del costo total de la obra y el Gobierno Estatal una cuarta parte. La parte faltante le tocaba al comité de La Aurora, es decir, a los habitantes de La Aurora y de La Güera. A partir de este momento, la misión de las muchachas que encabezaban el comité consistió en andar casa por casa, tanto para reunir el dinero correspondiente a cada hogar como para convencer a aquéllos que rehusaban el servicio por falta de dinero. Los migrantes de La Aurora pusieron su parte: mandaron unos dólares para mermar a cada familia su cuota. Pero aún así, don Jesús, después de "hacerles ver los beneficios" a los que formaban la resistencia y a pesar de que lo acusaban de "hacer negocio con ellos", les prestó dinero para que la obra fuera posible. En 1985, la luz entra a La Aurora y a La Güera, cuando todavía estaba Hermila en la presidencia municipal.

No obstante, al tratar de realizar pequeñas obras para solucionar necesidades domésticas, las mujeres se han visto solas "porque no hay hombres" (dispuestos a encabezarlas y a hacerlas), como lo expresan ellas. Por ejemplo, algunos depósitos de agua para el consumo doméstico (no ganadero) han sido elaborados por mujeres; los hombres las ignoran o se limitan a criticar los defectos de su fabricación, sus deficiencias: "Nos juntamos las viejas para hacer el depósito... nosotras hicimos la mezcla y todo, los hombres no nos ayudaron, pero luego dijeron que estaba muy chiquito, que lo debimos hacer más grande, después de que no hicieron nada".

Como ha podido observarse, la imposibilidad de las mujeres rancheras de participar a plena luz en la esfera pública se debe, pues, a su pertenencia a un sexo y a las funciones y atributos asignados socialmente y no a su incapacidad natural o desconocimiento de los trabajos, manejo y conducción de un rancho. Sin embargo, a través de su incesante lucha y arduo trabajo, se puede decir, que a nivel de la conducción de la explotación y de la familia, la mujer ranchera puede tener el poder de influir tan fuerte en las decisiones como el hombre, aunque su rol, atributos y reconocimiento no sean idénticos; pero a nivel de la carga y

de las condiciones de trabajo, la mujer ranchera no está en una situación privilegiada. El trabajo desempeñado dentro y fuera de la casa le demanda largas y agotadoras jornadas y le provoca hernias, dolores de espalda, artritis, reumatismo y otras enfermedades que comparten con los hombres, por trabajar como ellos.

Así, en estos remotos lugares, donde la complementariedad sustenta la viabilidad familiar, social, económica y humana, se identifican las relaciones de poder implícitas que esconden el duro e importante papel que desempeñan las mujeres a lo largo de su ciclo de vida. La suma de todos sus afanes, desgastes, valores transmitidos, producidos, exigidos constituye el trabajo femenino socialmente necesario para la reproducción de la sociedad ranchera. Reproducción también garantizada por la apertura a cambios graduales, lentos, adaptables y compatibles con su modo de vida, también en leve movimiento.

CONSIDERACIONES FINALES



Esta etnografía –y su análisis– sobre las prácticas de socialización de las mujeres de la región y sociedad rancheras jalmichanas, ha servido de andamiaje –entre otras cosas– para profundizar en la enseñanza e incorporación femeninas en los trabajos de “rancho”, de “metate” (reproducción) y de “corral” (producción), así como en su identidad y en sus relaciones domésticas de poder. El afán de encontrar un esquema interpretativo que permitiera relacionar estos temas nos llevó a la teoría del habitus. Las interpretaciones aquí planteadas, sobre esta teoría, han sido útiles para explicar dos procesos totalmente distintos y centrales en este trabajo. Por un lado, partiendo de las situaciones sociales en las que se desarrolla la infancia de un individuo, se ha recurrido a la teoría del habitus para ilustrar la inmovilidad y reproducción casi perfectas –integrando pequeños cambios tolerados y controlados– de los esquemas de la dominación masculina sobre las mujeres. Por otro lado, al considerar al habitus como el resultado de una trayectoria social definida sobre varias generaciones (que es confrontada con situaciones inéditas para la persona y para su grupo), se toma una perspectiva de cambio que ilustra el proceso mediante el cual, la sociedad –y cultura– ranchera jalmichana persevera en su ser social, adaptándose lenta y gradualmente a situaciones cambiantes impulsadas, sugeridas y demandadas por el medio urbano. Estas dos perspectivas guían las reflexiones con las cuales se cierra momentáneamente este trabajo.

EL PODER DE LAS MUJERES Y SU “CONSENTIMIENTO” A LA DOMINACIÓN

Postulando, como punto de partida, que en el proceso reproductivo del orden social ranchero, hombres y mujeres actúan, piensan y se expresan

conforme a los principios sociales que se les han inculcado y en medio de los cuales han vivido, se llega al planteamiento de que ambos géneros son vigilados y controlados mutuamente para que guarden su lugar, como si cada uno estuviera dentro de una jaula con barrotes elásticos que les permiten ciertas maniobras, pero sin poder salir de ella, es decir, respetando los estereotipos de género creados culturalmente.

Así, para conocer el poder y la influencia de las mujeres, se completó el estudio del trabajo femenino con la interacción estratégica (forcejeos, conflictos, solidaridades, complicidades y aceptaciones) de hombres y mujeres en la vida cotidiana, esto nos llevó a considerar al género como las diferencias entre los sexos “socialmente construidas y socialmente activas”, abarcando así las dos perspectivas que contempla el análisis antropológico para su estudio:¹ una construcción cultural (simbólica) –y no de características inherentes o fisiológicas– de las categorías “hombre” y “mujer” y una relación social que pueda mostrar las “relaciones hombre-mujer, las actividades del hombre y de la mujer y las contribuciones de los hombres y las mujeres en una sociedad determinada”.²

Esta orientación permitió demostrar³ que, aunque los hombres representen el elemento dominante en la sociedad ranchera, las mujeres poseen y profesan, en realidad, un poder considerable que es minimizado y hasta ignorado debido a la fuerza de los estereotipos sexados, esas ideas culturales y sociales que obligan a hombres y mujeres a conducirse de acuerdo a lo deseado, lo esperado y que comprometen, sobre todo a las mujeres, a cuidar y proteger la “frágil y dependiente” imagen masculina: los varones no pueden renunciar abiertamente al poder que se les ha asignado, porque serían severamente sancionados, las mujeres no pueden ejercerlo insubordinadamente porque también dañarían la imagen de sus hombres que serían condenados socialmente. De esta manera, lo propuesto en la parte final de la primera hipótesis presentada en la introducción –la mujer ordena que el hombre sea el que

1. Cfr. Henrietta Moore, *op. cit.*, p. 27.

2. Ortner y Whitehead, 1981a, citado por Henrietta Moore, 1991.

3. Como lo han podido hacer en otros estudios y sociedades: Friedl (1975), Wolf (1972), Sanday (1974), Lamphere (1974), Rogers (1975) y Ortner y Whitehead (1981a), citados por Henrietta Moore, 1991:50. A los que añado Newbold (1975), Segalen (1980) y Audibert (1984).

mande... y el hombre manda— se queda corto. La mujer no ordena que el hombre mande, ambos están dominados por un orden social superior e inmutable impuesto por el esquema de la dominación masculina; ambos actúan dentro del deber ser atribuido y permitido a cada género; ambos se vigilan mutuamente, se legitiman y son frenados o sancionados cuando rebasan los límites: “no se vaya a decir que la mujer es la que manda”, expresa una preocupada voz masculina. Flandrin nos habla de las sanciones que recibían los maridos incapaces de imponer autoridad a su mujer en la Francia de los siglos XVIII al XX; desde su punto de vista, la mujer que domina a su marido no es tan criticada como el esposo demasiado débil para dominarla. Una antigua estampa francesa muestra a un marido maltratado (golpeado por su esposa) y a guisa de comentario: “él lo ha bien merecido”.⁴

De lo anterior se desprenden dos verdades contradictorias: el valioso papel de las mujeres en el funcionamiento y la organización social y la extensión de su opresión íntimamente ligada a la opresión —más “privilegiada”— que también sufren los hombres. Ambos reproducen los “privilegios” y “desventajas” que les han sido conferidos, pero las mujeres, como agentes socializantes mayoritarios en la sociedad ranchera, juegan un papel primordial, empujadas, fundamentalmente, por la aceptación inconsciente de su destino social heredado: a pesar de la carga de trabajo y de los problemas de salud que provocan las tareas pesadas, las mujeres madres, a través del proceso de socialización, enseñan, estimulan y hasta obligan a sus hijas para que realicen estos trabajos aparte de los domésticos; mientras que a sus hijos varones, los acostumbra a que sean atendidos por las mujeres quienes también deben auxiliarlos en las faenas agropecuarias. Esta flexibilidad —para el sexo femenino— de la división sexual del trabajo permite que existan mujeres que solas puedan conducir y manejar una familia y un rancho, mientras que para los hombres esto es prácticamente imposible, no existe caso alguno en la región de un hombre (casado, viudo, abandonado) que trabaje y enfrente solo las tareas agropecuarias y hogareñas, sobre todo si tiene a

4. Segalen, *op. cit.*, 169.

su cargo hijos menores. Así, a los varones se les hace más dependientes del trabajo de las mujeres a las que también se les inculcan los mecanismos para proteger la imagen viril y autoritaria que se les ha asignado, consintiendo, legitimando y reproduciendo la dominación masculina. En consecuencia, las mujeres, pacientes⁵ de la dominación masculina, contribuyen a su propia dominación porque consolidan las condiciones sociales y económicas dentro de las cuales se generan los estereotipos sobre el género, porque “no es fácil romper la cadena continua de aprendizajes inconscientes que se realiza de cuerpo en cuerpo y con palabras cubiertas –en la relación seguido obscura a ella misma– entre las generaciones sucesivas”.⁶

Sin duda –como nos dice Bourdieu–, “el sexismo” es el “esencialismo” más difícil de desraizar, “sólo una acción colectiva dirigida a organizar una lucha simbólica capaz de cuestionar todos los presupuestos tácitos de la visión falonarcisista del mundo puede determinar la ruptura del acuerdo casi inmediato entre las estructuras incorporadas y las estructuras objetivadas, condición de una verdadera conversión colectiva de las estructuras mentales, no solamente en el caso de los miembros del sexo dominado, sino también (y simultáneamente) en el caso de los miembros del sexo dominante, que sólo pueden contribuir a liberarse liberándose del privilegio trampa”.⁷

Modificar o moldear estas viejas e intocables estructuras consolidadas a través de milenios, no es para que sean las mujeres las que manden, pues, como expresa Graciela Hierro, esta “sería una visión hembra que correspondería a una visión machista”.⁸ Lo que se sugiere es luchar conjuntamente –a todos los niveles– para que las estructuras socioculturales que rigen la división sexual del trabajo sean tan elásticas que permitan a ambos sexos más libertad de acción, es decir, libertad para elegir y luchar por el rol que se quiera o se tenga que asumir, sin tener el temor de ser criticado, cuestionado, devaluado o sancionado: si

5. En términos de acción y pasión.

6. Bourdieu, *op. cit.*, p. 30.

7. *Ibid.*

8. Graciela Hierro, “El próximo siglo será de las mujeres” en *La Jornada*, México, lunes 14 de octubre de 1996. p. 26.

un hombre quiere o se ve orillado a quedarse en la casa para cuidar a los niños y hacer el trabajo doméstico, que sea tan responsable y respetado como aquella mujer que quiere o debe trabajar para proporcionar el sustento en el hogar. Estos márgenes de maniobra contribuirían a disminuir las tensiones y erosiones que sufren las relaciones de la pareja que se encuentra en una situación de inversión de roles.

Este nivel de apertura también nos conduciría a aceptar y respetar las diferencias, las elecciones y las voluntades, libres de la violencia simbólica ejercida mediante la transmisión y asimilación de los principios que dividen a los sexos y que anestesian la consciencia. Sin embargo, la lucha y el forcejeo constante que conllevan las relaciones interpersonales, el hecho de sacar ventaja, de aprovecharse del otro, es un gran problema de los seres humanos y, erradicarlo, es prácticamente imposible.

A partir del momento en que esta lucha simbólica se inscribe en un esquema de inmovilidad y reproducción casi perfecta de las diferencias genéricas, el cuestionamiento y rompimiento de los presupuestos de la dominación masculina es una tarea espinosa y lejana. Mientras tanto, luchas sociales generalmente de mujeres y para mujeres⁹ han legitimado algunos logros en contextos geográficos y culturales dados (derecho al voto, al aborto, acceso al trabajo remunerado, a la educación, a la esfera política), logros que sirven como puntos de arranque hacia nuevas luchas “a contracorriente”; sin embargo, otros tantos avances han sido ignorados, anulados o disfrazados para no exponer la estructura de la dominación masculina, contribuyendo a su reproducción o a su perpetuación social. Quizá por esto Camille Paglia,¹⁰ después de luchar durante varios años en los Estados Unidos para lograr los sueños de los setenta, comenta: “Fallamos en querer cambiar al mundo. Por eso el fracaso y la melancolía [acaso el tedio y el aburrimiento] están ahí”.

9. Las grandes corrientes del feminismo que han conseguido que algunas de las demandas de las mujeres tomen cuerpo son: el feminismo liberal que surge a mediados del siglo XVII, el feminismo radical típicamente producto del siglo XX y el feminismo socialista que surge en los setenta. Cfr. Mercedes Barquet, “El estado actual de los estudios de género: Un breve recorrido por la teoría feminista” en la revista *Casa de las Américas*, año XXI, España, 1991.

10. Mauricio Carrera, “Camille Paglia: la *femme fatale* del feminismo” en *La Jornada*, México, miércoles 7 de diciembre, 1994, p. 31.

“MÁS ANTES” Y HOY: PERMANENCIAS Y CAMBIOS

Históricamente, el Occidente de México ha concentrado una gran cantidad de población ranchera; en nuestros días todavía se pueden encontrar verdaderas zonas ligadas a esta cultura y sociedad.¹¹ Este trabajo se ha realizado en el corazón de una de ellas: la región ranchera jalMichana, localizada entre los estados de Jalisco y Michoacán. La ocupación lenta y gradual de este espacio logra su mayor auge después de la Cristiada (prolongada hasta los años treinta); en esta época existían en toda la región —que engloba los dos espacios vecindarios aquí analizados— las mismas bases de la organización productiva (simbiosis policultivo y ganadería; mediería, arriería, artesanías, trapiches) y los mismos servicios (pequeñas tiendas de abarrotes o zangarros, capillas católicas y visitas sacerdotales, caminos reales y de herradura); el mismo tipo de vivienda (primero con techos de paja, luego de lámina de cartón y de teja, posteriormente de lámina galvanizada), bases culturales similares y estrechos y múltiples intercambios económicos y sociales. A partir de 1960, la región sufre serias transformaciones impulsadas por los cambios nacionales y por las consecuencias que éstos acarrear: decae la industria panochera por el impulso de la azucarera, la zona queda al margen de la red carretera nacional y de otros programas gubernamentales (salud, energía eléctrica, medios de comunicación), se desatienden las capillas católicas y, como consecuencia de todo lo anterior, se acelera el proceso migratorio.

Hasta esas fechas, encontrábamos una región con los mismos padecimientos y logros. Sin embargo, la continuación —a pico y pala— de la terracería que entonces la compañía papelera de Atenquique construyera, primero de Tamazula a sus sierras del oriente y después de Mazamitla hasta la frontera sur del bosque de coníferas de la sierra del Tigre, marcó el inicio del cambio en gran parte de la porción regional jalisciense:¹² la comunicación por esta vía orientó los inter-

11. Definidas como “Santuarios rancheros” por Esteban Barragán. Esteban Barragán, 1994, *op. cit.*

12. Cabe recordar que a finales de la década de los sesenta, esta terracería hecha a pico y pala, transitable sólo en tiempo seco, fue mejorada con maquinaria costeadá por los rancheros, y en 1982, con apoyo gubernamental, quedó transitable en todo tiempo.

cambios sociales y económicos de la población serrana hacia Tamazula, Zapotiltic, Ciudad Guzmán y Guadalajara, Jalisco, en lugar de la tradicional ciudad de Cotija, Michoacán, entonces población más cercana por camino de herradura. Otro factor que ha contribuido a gestar la diferenciación interregional ha sido la pertenencia, de la porción regional occidental (donde se ubica La Aurora), a un municipio rural (incluyendo su cabecera Santa María del Oro, constituido municipio –Manuel M. Diéguez– en 1938) con el que comparte características comunes, problemas similares y presidentes municipales autóctonos.

De esta manera, y a diferencia de la porción michoacana donde se ubica El Santuario, gran parte de los programas estatales y servicios municipales ha sido aplicada en esta área; de entre ellos destacan: El Plan del Sur de Jalisco que logró construir y poner en funcionamiento desde fines de los años sesenta una clínica IMSS-Coplamar en Santa María del Oro (hoy Manuel M. Diéguez)¹³ y escuelas primarias rurales en La Aurora y Abasolo (“La Otra Casa”); mediante gestiones municipales se logró con “Pronasol” que se construyeran (en 1992) bordos para almacenar agua pluvial para el consumo del ganado así como entubar y conducir hasta los hogares agua para el consumo doméstico en La Aurora (1995). Actualmente, el presidente municipal en turno, el señor Jesús Mendoza (el Presidente “Camino”, como lo llaman los lugareños), propietario del rancho de Huilumba, logra continuar la terracería que el gobierno federal, en 1983, dejara inconclusa. Con esta obra se unirá la cabecera municipal con los ranchos localizados al suroeste de este municipio y con la ciudad de Los Reyes, Michoacán (véase cuadro 12).

También el DIF (Programa de Desarrollo Integral de la Familia) mantiene una presencia permanente en la Aurora y rancherías aledañas. Esta institución proporciona despensas alimentarias a las familias, material informativo e instructivo sobre nutrición, higiene, salud. Por su parte, la Secretaría de Salud, a través de la clínica de Manuel M. Diéguez, realiza controles médicos a la población a través de campañas

13. La población local sigue llamando a su cabecera municipal como Santa María a pesar de que en 1938, oficialmente se le llamó Manuel M. Diéguez. En la actualidad se intenta demandar que vuelva a su nombre original.

Cuadro 12
 Presidentes municipales de Manuel M. Diéguez, Jalisco (1938-1997)

Ayuntamiento	Nombre	Procedencia
1938-1939	Daniel Valencia Medina	Manuel M. Diéguez: rancho Los Hoyos
1940	Rodolfo Medina	Manuel M. Diéguez: Santa María
1941	Salvador Medina	Manuel M. Diéguez: Santa María
1942	Pedro Valencia Medina	Manuel M. Diéguez: rancho Los Hoyos/S. M.
1943-1944	Rafael Ochoa Mendoza	Manuel M. Diéguez: Santa María
1945-1946	Joaquín Núñez Barragán	Manuel M. Diéguez: Santa María
1947	Rafael Ochoa Mendoza	Manuel M. Diéguez: Santa María
1948	Daniel Valencia Medina*	Manuel M. Diéguez: rancho Los Hoyos
1949	Higinio del Toro Ochoa	Manuel M. Diéguez: rancho Los Hornos
1950-1951	Rafael Ochoa Sandoval	Manuel M. Diéguez: Santa María
1952	Moisés Barajas Ochoa	Manuel M. Diéguez: rancho El Tejamanil
1953	Rafael Ochoa Mendoza	Manuel M. Diéguez: Santa María
1954-1955	José del Toro Ochoa	Manuel M. Diéguez: rancho Los Hornos/ Las Carámecuas
1956-1958	Gonzalo Valencia Farías	Manuel M. Diéguez: Santa María
1959-1961	Andrés Godínez Silva	Manuel M. Diéguez: limite con Quitupan
1962	Pomposo Sánchez Sandoval	Manuel M. Diéguez: Santa María/San Pablo
1963-1964	Raúl Ochoa Ochoa	Manuel M. Diéguez: Santa María
1965-1967	Rafael**Valencia Sandoval	Manuel M. Diéguez: Santa María
1968-1970	Domingo Sánchez Sandoval	Manuel M. Diéguez: Santa María/San Pablo
1971-1973	Luis Barajas Chávez	Manuel M. Diéguez: rancho El Tepehuaje
1974-1976	Ismael Ochoa González	Manuel M. Diéguez: Santa María
1977-1979	Daniel Valencia Sandoval**	Manuel M. Diéguez: Santa María
1980-1982	Profra. Tránsito Ochoa González	Manuel M. Diéguez: Santa María
1983-1985	Profra. Hermila Vargas Farías	Manuel M. Diéguez: Santa María
1986-1988	Dr. Arturo Facundo Ramírez	Cocula, Jalisco
1989-1992	Dr. J. Ángel Zamorano Chavarín	Cocula, Jalisco
1992-1995	Ing. Audón Sánchez Ochoa	Manuel M. Diéguez: Santa María
1995-1997	Jesús Mendoza Valencia	Manuel M. Diéguez: Santa María

* De 1940 a 1948 en el expediente aparece que el Señor Rafael Ochoa Mendoza firma como presidente municipal.

** Su nombre correcto es Daniel, hijo de Daniel Valencia Medina, primer presidente municipal de este municipio. Daniel utilizaba estos dos nombres.

para desparasitar, para detectar el cáncer mamario y del útero, para vacunar a los niños y para el control natal. Desde luego, también las policías (municipal y preventiva del estado) están presentes para que predomine el orden que no siempre logran. Ciertamente estos servicios y obras gubernamentales han controlado y hasta moldeado algunas acciones y valores de los rancheros, como es el caso de la prohibición y sanción sobre el uso, porte y propiedad de armas de fuego, parte importante de su atuendo y símbolo identitario. A pesar de la estrecha vigilancia de las autoridades sobre la propiedad y portación de armas de fuego, generalmente no hay ningún hogar que carezca de ellas por considerarlas indispensables tanto para la cacería como para la defensa propia y de la familia. El cambio más notable es que las 38 Súper y las 45 ya no se lucen tanto como antes en sus vistosas y caras vestiduras. Ahora van más ocultas entre la ropa, costalillos y vehículos, escondiéndolas de las policías, siempre cerca de ellos y preparadas para lo que se pueda ofrecer, siguiendo, conservando y fomentando el gusto —ahora más reservado— por las armas.

De igual manera la Iglesia ha hecho lo suyo a través de su asistencia constante, favorecida porque Santa María —que está cerca y comunicada con La Aurora— es la cabecera parroquial. Aparte de velar por la salvación y el catolicismo de los rancheros, los sacerdotes de la parroquia se han interesado en impartir cursos de medicina natural y microdosis a la población serrana. Asimismo el señor obispo en turno de la diócesis de Ciudad Guzmán visita por lo menos cada año a los fieles dispersos en los cerros que se reúnen en La Aurora, La Güera, Huilumba o en Petacala, Jalisco. Además, mediante sus discursos, los sacerdotes de la parroquia han intentado gestar principios que empujen a los habitantes de los ranchos a luchar en contra de algunos de sus valores culturales ancestrales; tal es el caso de los mensajes comunitarios que tratan de inculcar la unión y el espíritu de servicio en este grupo que culturalmente se ha distinguido por su individualismo e independencia. Hasta el momento, estos mensajes sólo quedan en el discurso, en los ideales para vivir mejor, ya que en la mayor parte de sus acciones cotidianas sólo afloran las prácticas individualistas que los han conservado desde sus orígenes seculares. Aunados a los factores anteriores, el servicio de

energía eléctrica y por ende la televisión también han favorecido este proceso dinámico que tiende a modificar el estilo de vida y los valores culturales de los rancheros, principalmente, en las generaciones más jóvenes (“la muchachada” y “la chiquillada”) de donde surgen con vigor nuevos agentes de cambio.

Si después de la crisis regional de 1960, gran parte de la superficie regional perteneciente al estado de Jalisco retoma nuevos aires y perspectivas, en la parte michoacana la vida ranchera sigue su mismo curso, sin terracerías que la comuniquen con mayor prontitud con el medio urbano, sin interés ni conocimiento de la elección de sus gobernantes municipales, sin servicio eclesiástico constante posterior a 1976 (en la capilla de El Santuario), sin apoyo gubernamental ni asistencia social, sin servicio educativo permanente y profesional, sin energía eléctrica ni tiendas de abarrotes.

Sólo la radio y los caminos de herradura ponían en contacto a estos rancheros con el medio urbano hasta que, a partir de los ochenta, retorcidas terracerías costeadas por los terratenientes empezaron a surcar los cerros para comunicar a sus habitantes con Los Reyes, Michoacán, y de ahí a su cabecera municipal (Tocumbo) y a la parroquial (Santa Inés), a Cotija y a otros centros urbanos de interés local.

Pero el municipio de Tocumbo, Mich., no es tan homogéneo como el de Manuel M. Diéguez, Jalisco. Tocumbo presenta marcadas diferencias geográficas y de organización del espacio entre la parte norte y la parte sur. La división natural está dada por la franja de pinos de aproximadamente 5 km de espesor que va de poniente a oriente entre Cotija y Los Reyes. La parte norte concentra la mayor parte de su población y de los beneficios de los programas gubernamentales; es plana, urbana y comunicada. La otra parte es el espacio arrugado, incomunicado, seco y olvidado,¹⁴ donde se desarrolla la vida rústica de los rancheros michoacanos de este estudio. Fue hasta 1991 cuando entraron –por vez primera y para no acudir con regularidad– a El Santuario y ranchos

14. Esteban Barragán López, “Tocumbo: Economía y sociedad en Potrero de Herrera” en *Estudios Michoacanos I*, Zamora, El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, pp. 289-307.

aledaños, un médico y una enfermera de la Secretaría de Salud para vacunar a la población infantil. El DIF, igual que cualquier otra dependencia gubernamental, hasta el momento ha brillado por su ausencia y hasta el sacerdote en turno y los últimos obispos desde 1994 han tenido en el más completo olvido a los fieles rancheros del Potrero de Herrera. Sólo el ejército mexicano y las policías judiciales federal y estatal han visitado con más frecuencia la sierra jalMichana, “antes en busca de revolucionarios, de cristeros, de bandoleros y de ‘mitoteros’ y ahora, desde hace alrededor de veinte años, en busca de marihuana y de marihuaneros”.¹⁵ Asimismo, los rancheros michoacanos han sido visitados –en busca del voto que raras veces emiten– durante las dos últimas campañas electorales de los candidatos del PRI que aspiran a la presidencia municipal de Tocombo; después de esto, siguen ignorados en su mundo. Asimismo, desde hace cuatro años, el Pronasol y luego el Procampo han apoyado económicamente –no sin poner cada vez más obstáculos para desanimar– a la mayoría de los productores de maíz temporalero de esta porción de la región.

Como puede notarse, en la parte jalisciense la dinámica de cambio que se desarrolla a partir de la década de los sesenta parece abrir las puertas de acceso a su población rural hacia el modelo de vida urbano, mientras que los habitantes y propietarios de los ranchos michoacanos, olvidados por los agentes que pueden generar cambios desde afuera, no han sufrido transformaciones sociales, económicas y culturales significativas. Se han modificado lenta y moderadamente la relación patrón / mediero,¹⁶ la forma de vestir, el desarrollo y organización de fiestas como las bodas y los quince años. Pero las “matanzas de cerdos” y los intercambios ahí realizados mantienen su originalidad tradicional, aún no son sustituidos por la venta de la carne del animal que podría con-

15. Esteban Barragán, 1990c. *op. cit.*, p. 91.

16. Actualmente la mediería en el cultivo del maíz prácticamente ha desaparecido, ahora se siembra “dado” y sólo quedan para el terrateniente los esquilmos y el terreno desmontado para la generación del pasto. Sin embargo, este frecuente arreglo económico –ubicado dentro del género de los de “a partido”–, se ha activado con vigor en el trabajo y la explotación “a medias” de un rancho ganadero. De igual manera, estos convenios económicos internos han sido trasladados al medio urbano, precisamente en el trabajo de las paletterías, pequeña industria de los rancheros pueblerinos.

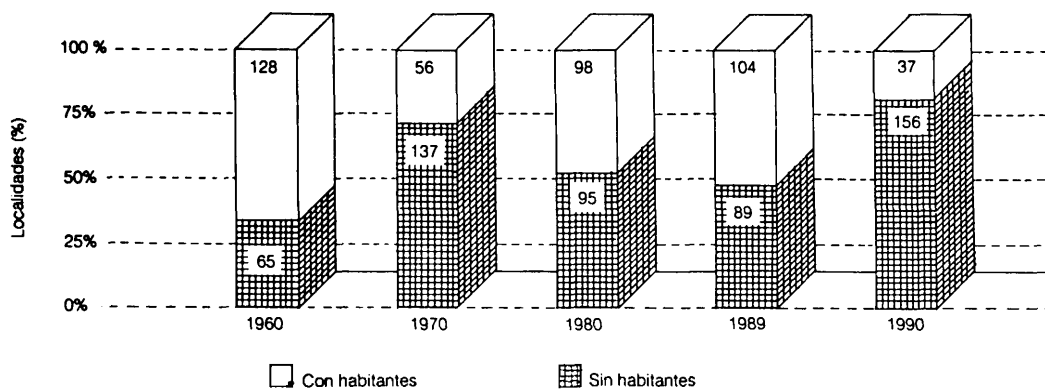
sumirse colectivamente, como ocurre hoy en La Aurora, donde sólo quedan recuerdos de esos momentos de unión, de intercambio y de solidaridad serrana que se rigen por el ritmo de vida marcado por las estaciones del año.

El grado de monetarización en las relaciones e intercambios sociales es hoy muy notorio, la región tiende poco a poco a igualarse en este aspecto. Por ejemplo, en las fiestas de bodas y quince años, ya se eligen padrinos para todo (de vestido, de anillos, de medalla, de pastel, de música, de fotografía, de video, etc.) quienes prácticamente costean los eventos. De igual manera, en el espacio vecindario de El Santuario, los rancheros ya empiezan a vender en los mercados urbanos (gracias al transporte por camioneta) los productos (huevos, queso, frutas silvestres) que antes regalaban a sus parientes que visitaban en los pueblos y ciudades. Asimismo, en esta localidad, aunque se conservan todavía “las matanzas de cerdos”, ya se empieza a engordar estos animales para la venta interna de su carne.

Si en la región jalmichana, algunos factores internos siguieron dinámicas desiguales en las dos porciones municipales que la forman, en todo su territorio se registró una significativa baja demográfica ocasionada tanto por el decrecimiento de la tasa de natalidad como por la aceleración del proceso migratorio (véase gráfica 7). Proceso propiciado, principalmente, por el multifraccionamiento de la tierra, la carencia de servicios y la agudización de conflictos personales por el cultivo de la marihuana. De igual manera, cada vez más ranchos se suman a la red de terracerías que permite el traslado dentro y fuera de la región, sólo en tiempo seco. Asimismo –y a pesar de los cambios generados– gracias a la resistencia y control de los miembros de las generaciones de “los macizos y de los viejos”, todavía encontramos, a lo largo y ancho de la región jalmichana, los valores socioculturales que han caracterizado y unido a sus habitantes desde sus orígenes, pero, ¿por cuánto tiempo?

En este forcejeo entre “lo nuevo” y “lo de más antes”, la muchachada, en su aspiración por el modo de vida ciudadano y partiendo de sus principios socioculturales incorporados, va imponiendo modificaciones en la manera de vestir, de hablar, de lucir maquillajes, de bailar, de trabajar, de pensar y de actuar. Quienes participan en esta lucha apoyan

Gráfica 7
Localidades según situación poblacional.
Caso Manuel M. Diéguez (1960-1990)



Nota: Los valores al interior representan números de localidades.

Fuente: A partir de libros de defunciones. Archivo municipal de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

y aceleran la demanda de servicios públicos (teléfono, plaza, luz eléctrica, agua entubada y clínica) que les facilitarán las faenas domésticas y les generarán otro tipo de necesidades como el trabajo remunerado y medios de esparcimiento.

Estas modificaciones, unidas con otras influencias y cambios, han tendido a alterar el rol de las mujeres rancheras. Por ejemplo, después de haberse adoptado el cultivo ilícito de la marihuana, muchos hombres han caído en manos de la justicia o han tenido que huir, dejando a sus familias y cultivos abandonados. Algunas mujeres, aparte de sacar adelante a la familia y la explotación agropecuaria, se encargan de este cultivo, de su cosecha y hasta de su venta, moviéndose en ambientes masculinos y peligrosos, hasta que deciden o pueden emigrar al medio urbano.

Asimismo, ante la resistencia y control de los adultos y las carencias encontradas en su medio, las jóvenes, si tienen la oportunidad, emigran hacia el medio urbano, y si no, se quedan en sus ranchos con la posibilidad de fungir, en la etapa siguiente de su vida, como agentes del cambio

deseado y moldeado internamente. Las mujeres que se quedan en los ranchos son las que participan directamente en los procesos de la reproducción de la vida y de la cultura rancheras, se adaptan al ser y deber ser atribuidos socialmente y van introduciendo nuevos ingredientes que las conforten y actualicen. Si en el seno de los ranchos dispersos en la sierra la mujer puede aspirar a un cierto grado de poder y de autoridad, ¿cuáles son las perspectivas de las mujeres rancheras que emigran al medio urbano nacional e internacional? ¿qué pasa con los logros conquistados en su medio, en el seno de su sociedad, con los valores, con su cultura? Sin duda, éstos son sólo algunos de los temas que invitan a seguir con la búsqueda y comprensión del rumbo que toma la vida urbana de las mujeres originarias de los ranchos. Indudablemente, este es tema para otro trabajo.

Por el momento sólo se puede decir que si en ambas partes de la región se observa un proceso de cambio social con intensidades diferentes, a fin de cuentas estos cambios —con mayor o menor ritmo— conducen a la población de los ranchos hacia un nuevo núcleo común que los unifica e identifica: al modelo de vida —y cultura— ranchera pueblerina. Llegando a ser los rancheros que, en el seno de ranchos serranos (como es el caso de La Aurora), adoptan prácticas urbanas, o los que residiendo en los pueblos próximos o lejanos a los que emigraron, arriban a coincidir en gustos, prácticas, costumbres y valores que han surgido de las adaptaciones y reajustes del modelo original de pertenencia; tratando —como lo expresarían ellos— “de dejar de vivir al uso viejo, para hacerlo al uso nuevo”, que es lo que han hecho siempre.

ÍNDICE DE FIGURAS

CUADROS

1. Modelo de análisis	48
2. Ranchos estudiados del espacio vecindario de El Santuario, Municipio de Tocumbo, Michoacán. Número de habitantes en 1990	73
3. Ranchos estudiados del espacio vecindario de La Aurora, Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco. Número de habitantes en 1991	74
4. Población por sexo y edad en 1991. Ranchos principales del espacio vecindario de La Aurora, Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco	96
5. Población por sexo y edad en 1990. Ranchos estudiados del espacio vecindario de El Santuario, Municipio de Tocumbo, Michoacán	118
6. Tipos de ranchos (unidades de producción) en la sierra jalMichana	147
7. Estratificación social ranchera	148
8. Configuraciones domésticas en las localidades y los espacios vecindarios de La Aurora y El Santuario	198
9. Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo. Un día en tiempo de aguas (julio-agosto-septiembre-octubre)	262
10. Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo. Un día en el tiempo de los desahogos (noviembre-diciembre-enero-febrero)	262
11. Distribución de las actividades ganaderas según sexo, espacio y tiempo. Un día en tiempo seco (marzo-abril-mayo-junio)	262
12. Presidentes municipales de Manuel M. Diéguez, Jalisco (1938-1997)	316

ESQUEMAS

1. Calendario de la actividad agropecuaria	135
2. Indicadores de la denominación de “coproductora”	288
3. Indicadores de la denominación de “ayudante”	290

GENEALOGÍAS

1. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora. Tronco: Antonio González y Rafaela Figueroa	76
1.A Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora. Tronco: Irineo Pérez y Jesús Grageda	78
1.B Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de La Aurora. Tronco: Santiago Rangel y Filomena Farías	96
2. Orígenes genealógicos de los habitantes del espacio vecindario de El Santuario	100

GRÁFICAS

1. Población por rango de edad y género (1991). Ranchos estudiados del espacio vecindario de La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco	98
2. Población por rango de edad y género (1990). Ranchos estudiados del espacio vecindario de El Santuario, Mpio. de Tocuambo, Mich.	119
3. Defunciones por arma de fuego. Grupos de edad (10-59 años), caso de Manuel M. Diéguez (1896-1991)	166
4. Defunciones por arma de fuego y otras causas (10-60 años). Manuel M. Diéguez (1896-1991)	167
4.1 Defunciones masculinas (15-24 años) Manuel M. Diéguez (1938-1990)	167
4.2 Defunciones masculinas (25-44 años) Manuel M. Diéguez (1938-1990)	168
5. Defunciones por picadura de alacrán. Grupos de edad principales Manuel M. Diéguez (1896-1991)	209
6. Defunciones infantiles (0-9 años) por picadura de alacrán y otras causas. Manuel M. Diéguez (1896-991)	209
7. Localidades según situación poblacional. Caso de Manuel M. Diéguez (1960-1990)	321

ILUSTRACIONES

1. Principales escalas espaciales de identificación entre los rancheros jalmichanos	67
2. Las subdivisiones del día	237

MAPAS

1. Pequeñas regiones de estudio en la sierra de Jalmich	69
---	----

2. Áreas de estudio en la sierra de Jalmich	72
3. Acumulación y distribución de la tierra. Propiedad de Antonio González. La Aurora, Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco	78
4. Croquis de La Aurora (1993). Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco	81
5. Espacio vecindario de La Aurora. Municipio de Manuel M. Diéguez, Jalisco	97
6. Distribución de la tierra. Propiedad de Herón Barragán e hijos	103
7. Croquis del rancho El Santuario (1993). Municipio de Tocumbo, Michoacán	106
8. Espacio vecindario de El Santuario, Municipio de Tocumbo, Michoacán	117
9. Entorno regional de la sierra jalmichana	128
10. Distribución y organización territorial de una unidad de producción agropecuaria. Rancho El Rodeo-Agua Fria-El Santuario	139

GLOSARIO

Aguaje	Abrevadero natural o artificial para el ganado.
Aliviarse	Parir y arrojar la placenta.
Amanillar	Maniatar con manilla (<i>Diccionario de mejicanismos</i>). En nuestro caso se amanilla un animal cuando se le ata una mano con su cuello, reduciéndole su libertad de movimiento y de maniobra.
Añejo (a)	En los animales bovinos, son los que tienen más de un año de edad. Antes se les denomina “chicos” y “punteros”; luego añejos, contra-añejos (alrededor de los dos años), vaquillas y toretes (hacia la edad de tres años, y finalmente vacas (después de un parto) y toros. En las personas este calificativo se aplica para hacer referencia a una etapa que parte de los seis años hasta alrededor de los doce (añejito, añejillo).
Arrastrado (a)	Pobre, desastrado (desaseado), afligido de privaciones y trabajos (<i>Diccionario Océano</i>).
Artesa	Recipiente rectangular a veces estrecho de fondo, por lo general de madera de parota; muy usado para elaborar el queso, pero también se utiliza para lavar los trastos.
Avíos	Utensilios para una cosa (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Balsa	Véase guaje.
Barranquilla	Se le llama a la hendidura de poca profundidad en la tierra con caudal sólo en tiempo de lluvias.
Bonete	Árbol cuyo fruto se asemeja al bonete usado por los obispos (fruto llamado bonete de obispo). Su figura alargada tiene cuatro relieves que culminan en picos; su interior se asemeja a una papaya, pero su sabor y consistencia son diferentes.
Carrizo	Planta gramínea (<i>Phragmites communis</i>). Las cañas miden entre 1 y 5 m de altura; las hojas, cuando son tiernas, proporcionan un excelente forraje, las panículas sirven para hacer escobas y las raíces fijan el suelo (<i>Diccionario Salvat</i>).

Cuajo	Materia contenida en el cuajar de los rumiantes que aún no paren. Sirve para cuajar la leche (<i>Diccionario Océano</i>). Desde hace unos treinta años se usa un producto industrial y no el tradicional cuajo extraído de una vaca.
Cuajada	Parte de la leche que por el cuajo se coagula, formando una masa propia para hacer queso.
Cuajar	Actividad que consiste en ponerle a la leche el cuajo para convertirla en cuajada (partes sólidas que se separan del suero que es líquido). Última de las cuatro actividades en que se divide el estómago de los rumiantes (<i>Diccionario Océano</i>).
Chapil	Granero levantado del piso con horcones, las paredes son de otate o madera enjarradas con lodo y sólo tiene un orificio pequeño en el asiento para sacar el maíz. El techo es de paja o de lámina.
Chimenea	Especie de mesa o banco —de piedra o de madera enjarrado con tierra, o de tabique enjarrado con cemento— sobre el cual se construyen los fogones y se sirven los alimentos.
Chicol	Tronco del que se bifurcan y se cortan a la misma altura, tres picos sobre los cuales se sostiene el cántaro con agua para beber, o se colocan ollas de barro con alimentos.
Dañero (a)	Que causa molestias; maltrata o hecha a perder una cosa.
Derrengada (o)	Descaderar. Quedar lastimado gravemente de la espalda o de los lomos.
Desgordar	Retirar la capa de grasa que se le forma a la leche cruda después de unas horas de reposo.
Enjaquimar	Poner la jáquima a un animal (<i>Diccionario de mejicanismos</i>). Amarrar la cabeza del animal de tal forma que no corra peligro de ahorcarse o jalarse al quedar suspendido. En el caso referido se enjaquima el becerro para atarlo semisuspendido de los cuernos de su madre mientras se ordeña ésta.
Enjarrar	Embarrar con lodo las partes de piedra o madera con que se fabrican las chimeneas para cocinar y los muros de las casas. Así como emparejar y darle mejor presentación a los pisos de tierra.
Enjutar	Enjugar o secar (<i>Diccionario Salvat</i>). Limpiar la humedad que hecha de sí el cuerpo, como el sudor, las lágrimas, etc.
Espiari	Acechar en la obscuridad del bosque la llegada principalmente de los venados a las fuentes de agua o árboles frutales para

	cazarlos. Cacería generalmente nocturna, en un lugar estratégico.
Estirado (a)	Que da de sí, que hace un esfuerzo para alargarse atendiendo con su trabajo el mayor número de tareas.
Fogón	Concavidad sobre la chimenea para la combustión de madera. Sobre el fogón se colocan los recipientes con alimentos y el comal para cocer o calentar las tortillas.
Función	Acto público y con motivo religioso, al cual ocurre mucha gente. "A cada santo se le llega su función".
Grima	Desazón, disgusto. Usado comúnmente en la frase "dar grima" y como sinónimo de asco.
Guaje	Según el <i>Diccionario de mejicanismos</i> , guaje es un aztequismo con el cual se designan genéricamente, los frutos cuyos epicarpos sirven para vasijas. De plantas principalmente cucurbitáceas y bignomiáceas. Localmente el guaje o bule se utiliza principalmente para transportar agua y mantenerla fresca. También para hacer vasijas que adquieren el nombre de jícaras.
Guangocho (a)	Ancho, holgado.
Guzgo (a)	Goloso, guzgo. Que come con glotonería y desatentadamente. (<i>Diccionario Océano y de mejicanismos</i>).
Hirvada	Término local. Bebida preparada con infusiones azucaradas y alcohol (hiervada).
Horcón	Tronco del que se bifurcan dos ramas que se cortan a la misma altura.
Hornilla	Hueco hecho entre la parte superior del fogón y del comal donde se calientan o elaboran las tortillas y otros alimentos. Sirve para dejar salir el humo y el exceso de fuego.
Horro	Se aplica a las hembras que no quedan preñadas y, por extensión, a todo animal temporalmente improductivo.
Jalador (a)	Que se pone en marcha, en acción o actividad. Jalar parejo: tirar por igual (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Jocoque	Preparación hecha con leche cortada y nata agria.
Jais (jaez)	Fig. Calidad o propiedad de una cosa.
Luchista	Persona que lucha, pelea, combate, que se abre paso en la vida buscando lograr una mejor condición.
Lomo	Parte inferior y central de la espalda, en los cuadrúpedos es toda la espalda (<i>Diccionario Océano</i>).

Machigües	Heces del agua en que se humedecen las manos y con la cual rocían la masa las moladoras de maíz, a medida que muelen en el metate (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Mandado	Hacer una cosa por orden de otra persona.
Mantear	Lanzar varias veces al aire a una persona sostenida entre varios brazos.
Mitotero (a)	Chismoso, indiscreto.
Mitotes	Chismes, rumores.
Nicho	Concavidad en el espesor de un muro o pequeña escalinata recargada en una pared de la casa para colocar objetos e imágenes de devoción. Hacia él deben acarearse los penitentes cuando se reza el rosario.
Otate	Planta gramínea de corpulencia arbórea cuyos recios tallos nudosos sirven para bastones y aun para setos (cercados hechos de palos o varas entretejidas) en las habitaciones rústicas, enteros o en rajadas. Abunda en toda la tierra caliente (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Pial	Variante común de peal, por soga, reata (<i>Diccionario Océano</i>).
Pialar	Sujetar las patas de un animal.
Potrero	División del terreno para su organización y aprovechamiento ganadero.
Prensar	Acomodar el queso fresco bien apretado dentro del molde circular de corteza de parota, forrado con dos tiras de henequén tejido o de manta. Una vez lleno el molde, el queso fresco se cubre con las puntas de las tiras, se le acomoda una tabla encima y después una piedra de aproximadamente veinte kilos, esta es la prensa que le escurre el suero al queso y lo compacta. Al día siguiente se le retira la prensa, la envoltura y el molde.
Prieto	Adjetivo que se aplica al color muy oscuro y que casi no se distingue del negro (<i>Diccionario Océano</i>).
Realar	Arrear. Buscar y llevar al corral las vacas que ahí serán ordeñadas.
Rebajado	Bebida popular preparada con agua azucarada, a la que se le adhiere jugo de frutas y alcohol.
Recordar	Despertar.

Reflector o batería	Lámpara o instrumento de iluminación individual alimentado con pilas voltaicas.
Relajado (a)	Padecer una hernia.
Rescoldoso (a)	Calificativo atribuido a las personas recelosas y delicadas. Rescoldo: residuo del fuego, ceniza que aún está caliente.
Rociar	Esparcir el herbicida diluido en agua, en gotas menudas lanzadas a presión desde una bomba colgada en la espalda.
Rodete	Cercado rectangular o cuadrado que rodea un recinto que no tiene techo.
Sesteo	Lugar sombrío donde acude el ganado durante el día.
Talacho	Instrumento de labranza que se usa como hacha y azadón, para romper tierra dura y cortar dentro de ella tallos y raíces (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Tanteado	Que tiene buen tanteo, que tantea bien, que se pone al acecho para reconocer donde pisa al andar (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Tanteadas	Ideas o estrategias inteligentes que dirijan la acción.
Tantear	Considerar con reflexión las cosas antes de llevar a cabo una acción (<i>Diccionario Océano</i>).
Tejabán	Techo de un agua, originalmente de teja, pero por lo común de zacate, cartón o lámina metálica, que cubre un pequeño y rústico recinto anexo o cercano a la casa. Localmente se utilizan más las enramadas: cuatro horcones que sostienen las ramas que se colocan horizontalmente para hacer sombra, sobre un espacio abierto, sin paredes.
Tendarapo	Nombre vulgar de un animal de la clase de los arácnidos y del grupo de los pedipelpos; pero no es venenoso (<i>Phrymus reniformis</i>).
Testal	Porción de masa con que se hace una tortilla (<i>Diccionario Océano</i>).
Tiliches	Trebejos, enseres, trastos de poco valor (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).
Toalla	Cubierta de tela, generalmente de color blanco con motivos multicolores bordados a mano, con la que se cubren las valijas donde se guarda la ropa más cuidada.
Tordo (a)	Lienzo para secarse las manos, la cara y el resto del cuerpo. Que tiene el pelo mezclado de negro y de blanco, como el plumaje del tordo (<i>Diccionario de mejicanismos</i>).

Valsar	Bailar abrazados con leves movimientos giratorios y de traslación.
Zarcillos	Pendientes, aretes.
Zarzo	Entramado de madera que forma una superficie plana, elevada del suelo y sostenida por horcones. Sirve para lavar los trastos y guardar utensilios de cocina; los zarzos de tejido de otate se sujetan con hilos que cuelgan del techo y son utilizados para guardar o “alzar” los alimentos que quedan así fuera del alcance de los animales.

BIBLIOGRAFÍA TEMÁTICA

GEOGRAFÍA REGIONAL Y HUMANA

- ALLAIRE, G., "Problèmes méthodologiques de l'analyse localisée des systèmes socio-économiques" en Marcel Jollivet, *Pour une agriculture diversifiée. Arguments, questions, recherches*, París, "Coloquio DMRD" 17-18 de abril de 1986, L'Harmattan.
- BOURDIEU, Pierre, "L'identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique sur l'idée de régions" en *Actes de la recherche en sciences sociales.*, núm. 35, París, novembre de 1980(b).
- BRUNET, R., *Espace-Temps*, núm. 10-11, París, 1979.
- DE LA PEÑA, Guillermo, "Estudios regionales y la antropología social en México" en *Relaciones*, vol. II, núm. 8, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991.
- FERRAS, Robert et Jean-Paul Volle, "Géographie régionale, 1964, 1974, 1984, et..." en Kayser, Bernard *et al.*, 1990, pp. 165-171.
- FREMONT, A., *La région, espace vécu*, París, PUF, 1976.
- GALLAIS, J., *Le delta intérieur du Niger. Etude de géographie régionale*, vol. 2, Dakar, IFAN, 1967.
- GUMUCHIAN, Hervé, *Représentations et Aménagement du territoire*, París, Ed. Económica, 1991.
- KAYSER, Bernard *et al.*, *Géographe. Entre espace et développement*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1990.
- _____, "La Région comme objet d'étude de la Géographie" en Kayser, Bernard *et al.*, (1964) 1990, pp. 115-131.
- LEFEBRE, Henri, *La production de l'espace*, París, Ed. Anthropos, (1974) 1986.
- PELLEGRINO, P., Coordinador, *La théorie de l'espace humain. Transformations globales et structures locales*, Geneve, Université de Geneve/CRAAL-FNSRS/UNESCO, 1986.

- PELLEGRINO, P., *et al.*, "Représentations du territoire et identité" en *Espaces et culture*, Suise, Ed. Georgi-Saint-Saphorin, 1983.
- SMITH, Carol, "Regional Economic Systems: Linking Geographical Models and Socioeconomic Problems" en Smith, C. (ed) *Regional analysis*, vol. 1, Academic Press, New York, 1976.

IDENTIDADES

- AGUADO, José Carlos y María Ana PORTAL, *Identidad, Ideología y ritual*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 1992.
- BARRAGÁN LÓPEZ, Esteban, "Identidad ranchera. Apreciaciones desde la sierra sur 'jalmichana' en el occidente de México" en *Relaciones* núm. 43, Zamora, El Colegio de Michoacán, Verano de 1990c, pp. 75-106.
- CHEVALLIER, Denis y Alain MOREL, "L'identité culturelle et appartenance régionale" en *Terrain*, núm. 5, Paris, 1985.
- DARRÉ, Alain, "Les modalités du processus identitaire" en *Etudes et travaux du GRICC*, Pau, France, Cricc-Grico, 1991.
- ERIKSON, E., *Adolescence et crise. La quête de l'identité*, Champs-Flammarion traduction, 1978.
- GRANIE, Anne Marie, "Mecanismos de production et de reproduction de l'identité communale", Toulouse, Inédito, 1994.
- LAMEIRAS OLVERA, José, "Región e identidad" (M.S.), en *Seminario sobre región*, San Cristóbal de Las Casas, CIESAS-Suroeste, 1992.
- LAPIERRE, J. W., "L'identité collective, objet paradoxal: d'où nous vient-il?" en *Recherches Sociologiques*, vol. XV, núm. 2/3, France, 1984.
- ORIOU, M., "L'ordre des identités" en *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 1, núm. 2, France, décembre de 1985.
- TAP, P., *Identité Collective et changements sociaux*, Toulouse, Sciences de L'Homme, Privat, 1980.

OBRAS GENERALES

- BREMONS, J., y A. GELEDAN, *Dictionnaire économique et social*, 2^o édition, Paris, Ed. Hatier, 1981.

- BRUNET, Roger, R. FERRAS y H. THERY, *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*, París, Reclus-la Documentation Française, 1993 (1992).
Diccionario Enciclopédico Océano, España, Grupo Editorial Océano, 1996.
Diccionario Enciclopédico Salvat, Barcelona, Gráfica Estella, 1985.
SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario de mejicanismos*, Méjico, Edit. Porrúa, 1983 (1959).

OBRAS HISTÓRICAS Y MONOGRÁFICAS

- ALAMÁN, Lucas, *Historia de México*, t. I, México, Jus, 1990 (1942).
BOTELLO ACEVES, Brígida del Carmen *et al.*, *Memoria del municipio en Jalisco*, México, Gobierno del Estado de Jalisco, 1987.
BRAMBILA, C., *Santa María de Guadalupe. Manuel M. Diéguez, Jalisco*, Diócesis de Ciudad Guzmán, s.e., 1951.
CHRISTIAN SARTORIUS, Carl, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
DE LA PEÑA, Guillermo, *Ensayos sobre el Sur de Jalisco*, México, CISINAH, 1982.
ESQUIVEL VEGA, Enrique, *Peribán y su antigua jurisdicción: Los Reyes, Tingüindín, Charapan, San Francisco Peribán. Metamorfosis de un pueblo*, Guadalajara, 1985.
FERNÁNDEZ, V., Abel, *Un pueblo levítico*. Santa Inés, s.e., 1965.
GERHARD, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, 1986.
LAMEIRAS OLVERA, José, *El Tuxpan de Jalisco*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990,
MURÍA, José María y Jaime OLVEDA (editores), *Estudios Jaliscienses*, núm. 5, Guadalajara, Jalisco, Agosto de 1991.

PODER ENTRE HOMBRES Y MUJERES

- AUDIBERT, Agnes, *Le matriarcat breton*, París, PUF, 1984.
BISILLIAT, Jeanne, "Mots échoués sans contexte", en *Cahiers de Sciences Humaines*, núm. 25, París, 1989.

- BOSERUP, Esther, *Women's Role in Economic Development*, London, George, Allen and Unwin, 1970.
- BOURDIEU, Pierre, "La domination masculine" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, 1990.
- FOUCAULT, M., *La voluntad del saber*, tomo I de *La historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, 1977.
- FREUD, S., "Quelques conséquences physiques de la différence anatomique entre sexes" en *La vie sexuelle*, París, PUF, 1977.
- GONZÁLEZ SÁMANO, Mariano, *Tratado histórico y fisiológico completo sobre la generación. El hombre y la mujer*, Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1837.
- MANIERI, Rosaria, *Mujer y Capital*, Madrid, Tribuna Feminista, Editorial Debate.
- MATHIEU, Nicole-Claude et al., *L'arraisonnement des femmes. Essais en anthropologie des sexes*, París, Cahiers de l'homme, éditions de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1985.
- MINELLO, Nelson, "Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología al estudio de las estructuras de poder" en Manuel Villa Aguilera, 1986, pp. 55-79.
- OLIVER, Ángel, *El androide y los feminismos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.
- VILLA AGUILERA, Manuel (Ed.), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*. Caracas, Venezuela, URSHSLAC, 1986.

RANCHOS Y RANCHEROS

- BARRAGÁN et al., *Rancheros y sociedades rancheras*, México, CEMCA/El Colegio de Michoacán/ORSTOM, 1994.
- BARRAGÁN LÓPEZ, Esteban, 1986, "Tocumbo: Economía y sociedad en Potrero de Herrera" en Carlos Herrejón, (Coord.), *Estudios michoacanos I*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, pp. 289-307.
- _____, *Más allá de los caminos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990a.
- _____, "La organización ranchera del espacio geográfico" ponencia presentada en el "XI Coloquio de Antropología e Historia Regionales: Herencia Española en la Cultura Material de las Regiones de México", Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990b.

- _____ *De recoins en recoins. Formation et glissements des sociétés rancheras dans la construction du Mexique moderne*, Toulouse, Francia, tesis de doctorado, Universidad de Toulouse le Mirail, 1994.
- BARRAGÁN L., Esteban y Martha CHÁVEZ, "Tiempo y Espacio entre los rancheros jalMichanos" en *Relaciones*, núm. 54. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993.
- BRADING, David, *Haciendas y ranchos del bajo. León 1700-1860*, México, Ed. Grijalbo, 1988.
- CHEVALIER, François, *La formación de los latifundios en México*, México, Fondo de Cultura Económica, (1956) 1985.
- CROSBY, Harry, *Los últimos californios*, Serie "Cronistas", núm. 8, Baja California Sur, 1992.
- FERNÁNDEZ RUIZ, Guillermo, "Endogamia en las sociedades rancheras: una opinión médica" en Esteban Barragán *et al.*, 1994, pp. 189-199.
- FLORESCANO, Enrique, "Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el norte de Nueva España, 1521-1750" en *Tierras nuevas, expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*, México, El Colegio de México, 1973 (1969).
- PÉREZ, Herón, "El vocablo rancho y sus derivados: génesis, evolución y usos" en Esteban Barragán *et al.*, 1994, pp. 33-55.
- SHADOW, Robert D., "Los rancheros del occidente: hacia un modelo de su organización comunitaria", Guadalajara, ponencia presentada en el "I Coloquio Occidentalista", Universidad de Guadalajara, 1990.
- SKERRITT, David, *Una Historia agraria en el centro de Veracruz 1850-1940*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1973.

SOCIALIZACIÓN Y HABITUS

- ACCARDO, Alain y Philippe CORCUFF, *La sociologie de Bourdieu*, Bordeaux, Le Mascaret, 1986.
- BERGER, Peter L. y Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorroutu Editores, 1979.
- BOCK, Philip, K., *Introducción a la moderna antropología cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, (1969) 1977.
- BOURDIEU, Pierre, *Le sens pratique*, París, Editions de Minuit, 1980(a).

- DÍAZ DE LA SERNA, María Cristina, *El movimiento de la renovación carismática como un proceso de socialización adulta*, Cuadernos Universitarios 22, México, UAM, Unidad Iztapalapa, 1985.
- DUBAR, Claude, *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, París, Armand Colin, 1991.
- DURAND, Jean-Pierre y Robert WEIL, *Sociologie contemporaine*, París, VIGOT, 1993.
- LORENZER, Alfred, *Bases para una teoría de la socialización*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- MOULIN, Léo, *Les socialisations*, Francia, Duculot, 1975.

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN

- BLANCHET, Alain et Anne Gotman, *L'enquete et ses méthodes: l'entretien*, París, Éditions Nathan, 1992.
- EZEQUIEL, Ander-Egg, 1983, *Técnicas de investigación social*, 9ª edición, Hvmánitas, Colec. Buenos Aires, Guidance.
- QUIVY, Raymond y Luc Van CAMPENHOUDT, *Manuel de recherche en Sciences Sociales*, París, DUNOD, 1988.
- ZUBIZARRETA F., Armando, *La aventura del trabajo intelectual*, 2ª edición, México, Fondo Educativo Interamericano, 1983, segunda edición.

UNIDAD DOMÉSTICA Y RELACIONES DE GÉNERO:

- ARIZPE, S., Lourdes, *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, INI/SEP, 1973.
- BURGUIERE, André et al., *Historia de la familia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- DE TERESA, Ana Paula, "La encuesta genealógica: una propuesta metodológica para el análisis de la reproducción de la economía campesina", ponencia presentada en el "II Coloquio de la Revista Nueva Antropología, México, septiembre de 1990.
- FORTES, Meyer, *Introduction to The Developmental Cycle in Domestic Groups*, Jack (Goody, editor), Cambridge, Cambridge University Press, 1978 (1958).

- GOODY, Jack, "Comparing Family Systems in Europe and Asia: Are there Different Sets of Rurales?" in *Population and Development Review*, New York, NY, núm. 22, March., 1996, pp. 1-22.
- GRANIE, Anne-Marie y Pierre ROUX, "Les agricultrices en cuestión" en *Nouvelles Campagnes*, núm. 35, Francia, 1985.
- MOORE, Henrietta L., *Antropología y feminismo*, Valencia, Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la mujer.
- FRANCO PELLOTTIER, Víctor Manuel, *Grupo doméstico y reproducción social. Parentesco, economía e ideología en una comunidad otomí del Valle del Mezquital*, México, Ediciones de la Casa Chata, Colec. Miguel Othón de Mendizábal. 1992.
- JELIN, Elizabeth, *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Buenos Aires, CEDES, 1984.
- MOUNSEY TAGGART, James, *Estructura de los grupos domésticos de una comunidad de habla náhuatl de Puebla*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/INI, 1991 (1975).
- RAO, Brinda, "Les représentations des femmes et de la nature en sciences sociales" en *Ecologie Politique*, núm. 3-4, Francia, 1992.
- SEGALEN, Martine, *Mari et femme dans la société paysanne*, París, Flammarion, Bibliothèque D'Ethnologie Historique, 1890.
- WEST, Candace y Don ZIMMERMAN H., "Doins Gender" en Lorber, Judith y Susan A. Farrell (eds), *The Social Construction of Gender*, Newbury Park, California, Sage Publications, 1991, pp. 13-37.

ARCHIVOS

Archivo Clínico del IMSS-COPLAMAR, Manuel M. Diéguez, Jalisco.

Archivo de Instrumentos Públicos de Jalisco: Tierras y Aguas. Guadalajara, Jal.

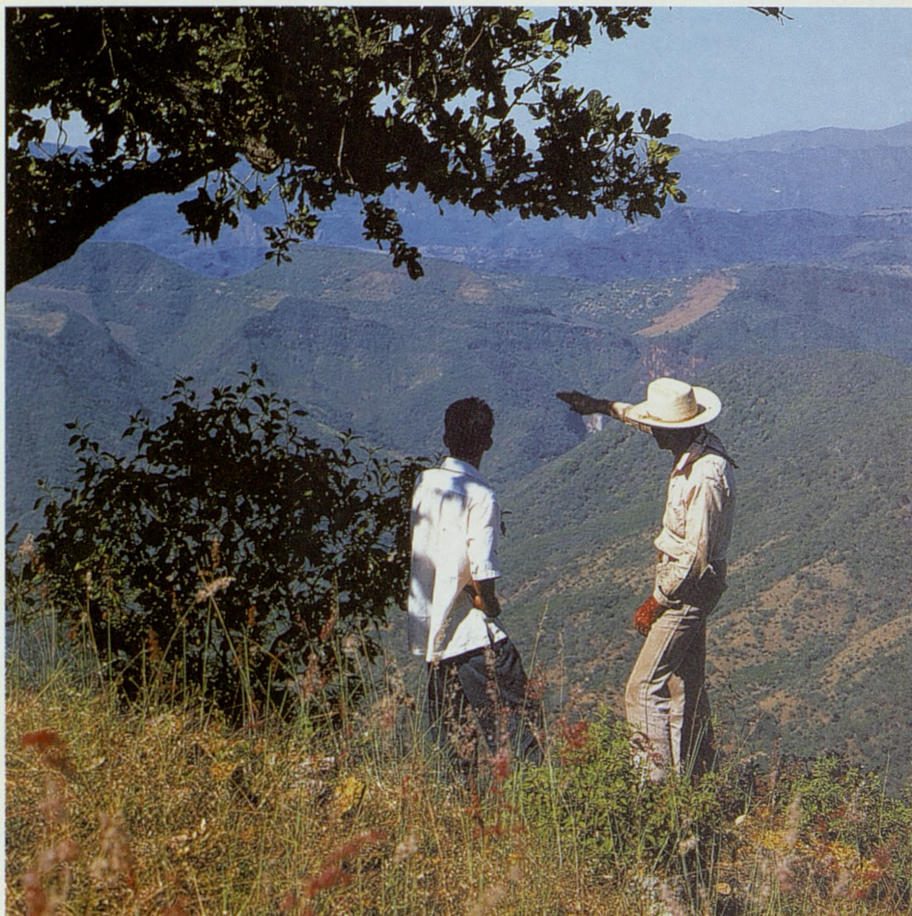
Archivo de la Presidencia Municipal de Manuel M. Diéguez, Jalisco.

PERIÓDICOS

CARRERA, Mauricio, "Camille Paglia: la *femme fatale* del feminismo" en *La Jornada*, México, Miércoles 7 de diciembre de 1994.

HIERRO, Graciela, "El próximo siglo será de las mujeres" en *La Jornada*, México, Lunes 14 de octubre 1996.

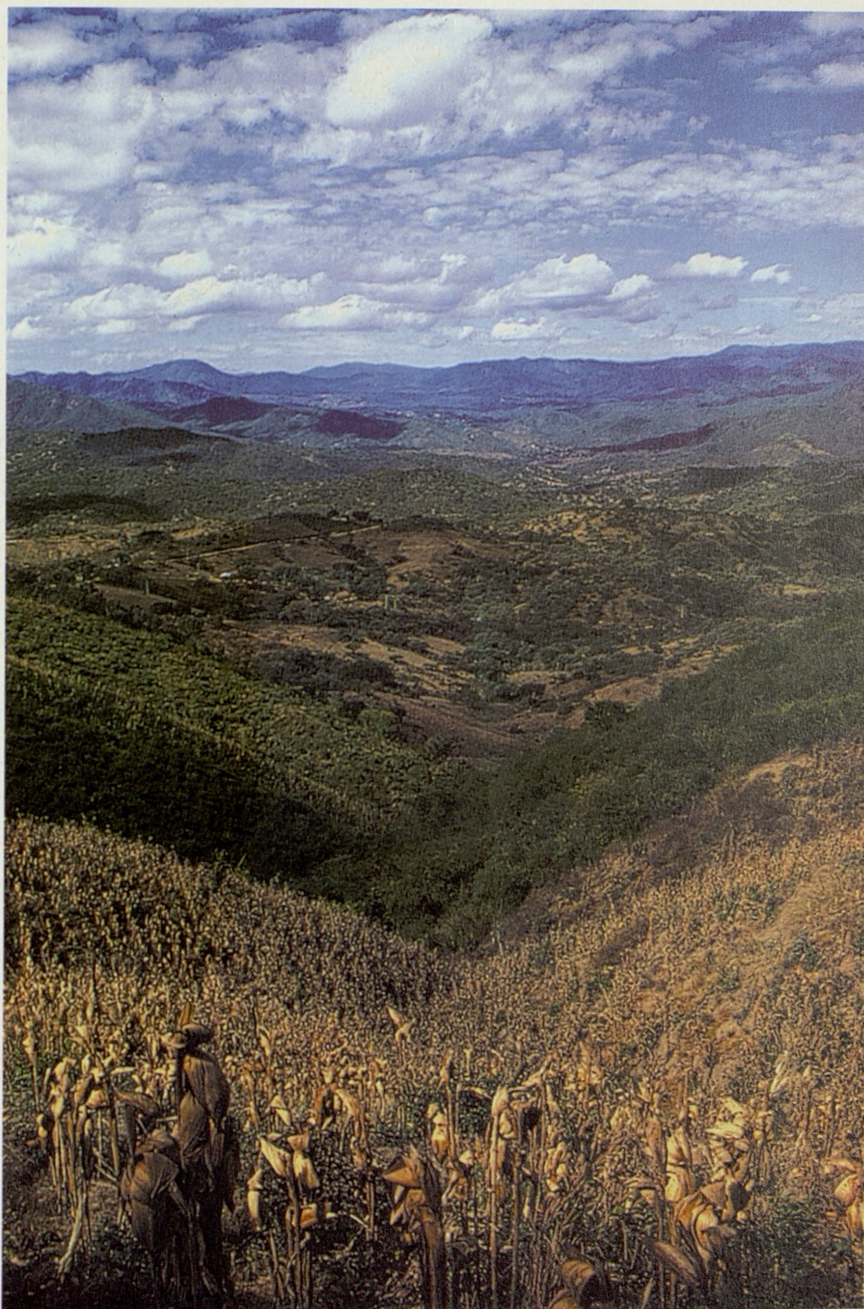
**LUGARES, GENTE
Y VIDA COTIDIANA**



Sierra jalmichana. Montañas en las que se ha perpetuado la vida y cultura ranchera.



La Aurora, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.



La Güera, Mpio. de Manuel M. Diéguez, Jalisco.



La casa por el rumbo de La Aurora.



El pasillo en las casas de adobe de la región.



La plaza de La Aurora en 1991.



La plaza después de 1994. La Aurora, Jalisco.



Tienda de abarrotes de “Don Jesucito”. Lugar de intensos intercambios. La Aurora, Jalisco.



“El agua escondida”. Fuente de agua que abastece a La Aurora.



La capilla en La Aurora y grupo de catequistas que dinamizan la vida religiosa.



Interior de la capilla y niños en la doctrina.



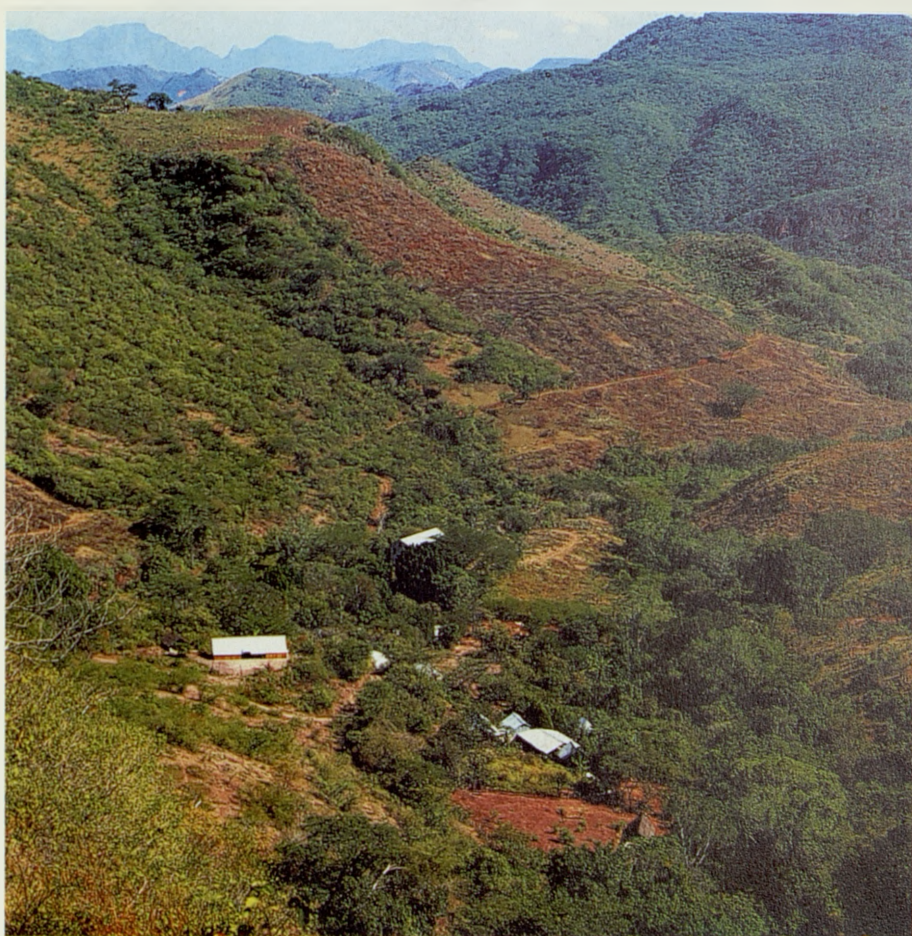
Escuela primaria federal que se construyó en La Aurora gracias al Plan del Sur de Jalisco.



Arriba “Los judíos”; abajo “Lavatorio de pies”. Semana Santa en La Aurora, Jalisco.



“El Judas, La Judas y su escultor”.



El Santuario, Mpio. de Tocumbo, Michoacán.



Construcciones rústicas que alojan a las familias del rumbo de El Santuario.



La capilla de El Santuario. Tiempo de aguas y tiempo seco.



El “nicho” o altar familiar es común en cada casa de la zona. Frente a sus imágenes la familia se reúne a orar cada noche.



Todo hombre sale bien armado para la caza. La presa más codiciada es el venado. Este pasatiempo proporciona carne silvestre que complementa la dieta de los habitantes de los ranchos.



En camino hacia el potrero. Las veredas para trasladarse “a pie” son transitadas para recorrer distancias cortas.



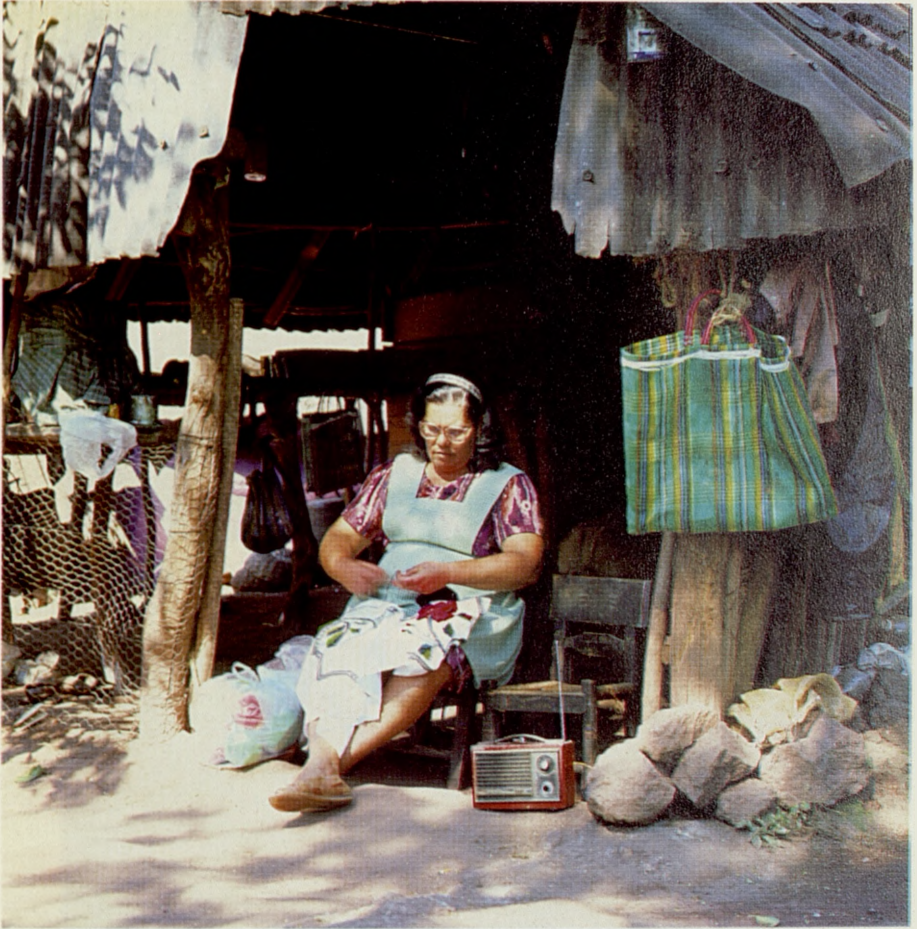
Atender a las aves de corral es una importante tarea cotidiana a cargo de las mujeres. Los huevos y la carne que producen, fundamentan la dieta de los habitantes de estas montañas.



A temprana edad las niñas se incorporan a la elaboración de las tortillas de maíz. A partir de los trece años, podrán hacerse cargo de esta actividad. Sra. Eulalia López M. y su hija Lizeth Sandoval L., La Güera, Jalisco.



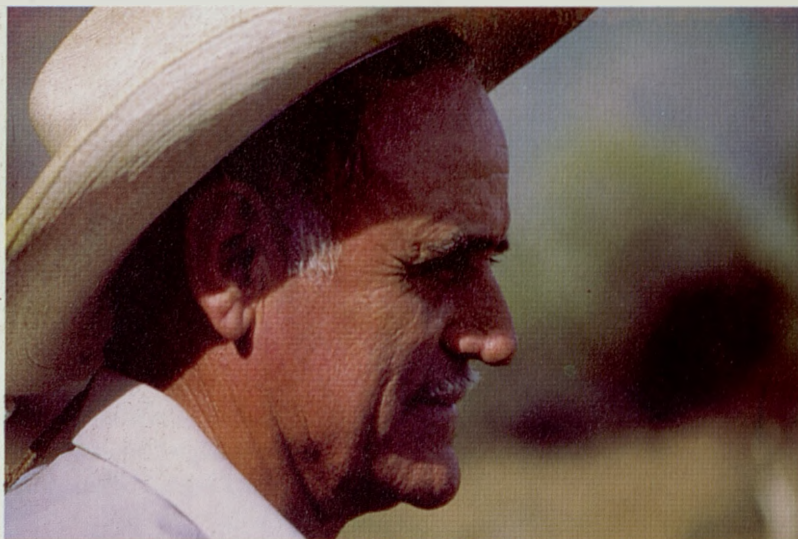
Un viaje de agua limpia para beber y cocinar. Elí Ocegüera Aviña.
Ojo de agua El Mango. La Aurora, Jalisco.



Escuchar radionovelas es uno de los pasatiempos preferido de las mujeres. Para no perder el tiempo, bordan alguna servilleta, almohadón o toalla mientras se emocionan con las aventuras o dramas narrados.



“El zarzo”, colocado entre el “rancho de en medio” y la cocina, es una superficie sobre la cual sólo se pueden colocar utensilios de cocina. También es el fregadero de la casa. El Santuario, Michoacán.



Bajo el ala del sombrero. Sr. Agapito Ocegüera Pérez, descendiente de Irineo Pérez. La Aurora, Jalisco.



Para y en "Las matanzas". Listas para el baile. El Santuario, Municipio de Tocuambo, Michoacán.

Mujeres de rancho, metate y corral
de Martha Chávez Torres,
se terminó de imprimir el mes de agosto 1998,
en Impresos Serigráficos de México.
La edición consta de 1000 ejemplares,
se hizo bajo el cuidado
del Departamento de Publicaciones
de
El Colegio de Michoacán, A. C.
Coordinación:
Jesús Rosales
Asistencia editorial:
Reynaldo Rico
Corrección:
Margarita Mendieta
Composición tipográfica:
Rosa María Manzo Mora
Ilustraciones y Mapas:
Miguel Ángel López
Portada:
Fotografía de Rolando Sandoval
Muñecos elaborados por la señora
María de Jesús Barragán Rangel
de El Ciruelo.



Con sensibilidad extraordinaria, Martha Chávez nos adentra en el mundo desconocido y fascinante de las familias rancheras de las serranías que dividen a Michoacán y Jalisco. Al acompañar a las mujeres –desde *chiquillas* hasta *viejillas*– en sus quehaceres en la casa y en el campo, en las estaciones de secas y aguas, somos testigos de un complejo y eficaz proceso de socialización femenina que exalta valores como el honor, la laboriosidad y el recato. Nos convencimos también del lugar primordial que ocupan las rancheras en la lucha familiar por hacerse de un patrimonio cifrado en tierras y ganado en cerros inhóspitos.

Magníficamente ilustrado, este testimonio de un grupo muy particular de mexicanas rurales cuestiona la imagen femenina estereotipada de sumisión y subyugación. Pintadas por Chávez, las mujeres de rancho, mediante negociaciones con sus hombres en la intimidad doméstica respecto a la marcha de la explotación agrícola y ganadera familiar y la crianza de los hijos, ejercen veladamente poder y autoridad.

Gail Mummert

Martha Chávez Torres es maestra en Antropología Social por El Colegio de Michoacán. En 1994 obtuvo el Diplome d'études approfondir (DEA) Espaces, sociétés Rurales et logiques économiques (ESSOR) en la Université de Toulouse Le Mirail, France. Actualmente es candidata a doctor en la misma Universidad.

COLECCIÓN INVESTIGACIONES